

MALCOLM X

*Vida y voz
de un hombre negro*



AUTOBIOGRAFÍA

MALCOLM X

Vida y voz de un hombre negro

Autobiografía y selección de discursos



Tituloa:

Malcolm X. Vida y voz de un hombre negro

Egilea:

Selección de autores

Argitalpena:

Txalaparta Editorial
Apartado 78
31300 TAFALLA
Nafarroa/Navarra
Tfno. (948) 703277

Lehen edizioa:

Tafalla. Enero 1991

I.S.B.N.: 84-86597-25-0

Legezko gordailua: NA. 213-1991

Copyrights:

© Betty Shabazz and Pathfinder Press
© Txalaparta para la presente edición

Bilduma diseinua:

Benito

Azala:

Esteban Montorio

Fotokonposizioa:

Cometip, S.L.

Fotomekanika

Ernio

Inpresioa:

Gráficas Lizarra

Saila:

GEBARA n.º 6



*Indarkeriaren aldekoa naiz
baldin eta indarkeri-ukatzeak, in-
darkeria ekiditzearen aitzakiaz,
arazoa eperik gabe luzatzera ba-
karrik bagaramatza.*

Malcolm X.

PROLOGO

Malcolm X, en el centro de la revolución

La década de los sesenta, entre brumas y esperanzas, fue una señal generalizada de protesta anticapitalista, de armamento ideológico cargado de futuro, de ofensiva de quienes Frantz Fanon había denominado como «los condenados de la Tierra»... y de revolución. La mitad de Africa se independizaba de las metrópolis europeas, tanto al norte como al sur del Sahara; Cuba respiraba las primeras horas sin gringos y en las calles de París estudiantes y obreros se movilizaban contra la linealidad burguesa. Hasta en Euskal Herria vivíamos el embrión y la gestación de nuestro propio movimiento de liberación, haciendo tambalear tanto los cimientos de un nacionalismo adormecido y resignado con su suerte como de ese pilar sagrado forjado en los sueños unitarios de una victoria militar fraguada veinticinco años antes.

El concepto colonial y racista sobre el que descansaban los fundamentos de Occidente tuvo que ser ampliamente revisado, pero como cien años antes con la abolición de la esclavitud, no por gusto de sus gestores sino por la presión de millones de desposeídos, de anónimo apellidado si alguna vez

lo supieron, que ejercieron de martillo sobre las huecas conciencias del poder y su estructura de cemento.

La historia adquirió entonces su tonalidad cromática más amplia, como la del arco iris tras la lluvia. A Europa se le calificó de «viejo continente», peyorativa e insultantemente, con toda la carga que se le impone a alguien que, entre sus canas teñidas de sangre, no tiene ni puede argumentar en su favor. Las palabras recuperaron su verdadero significado popular, no aquel que siglo tras siglo habían ido imponiendo los ladrones del abecedario. Genocidio, apartheid, colonización, imperialismo, etc., fueron ubicadas en la estela del despojo y el expolio. Che Guevara moría en el llano boliviano completando el diccionario.

Entre este jardín de revoluciones y perspectivas liberadoras se alzó la figura inconfundible de un negro americano, que como el Premio Nobel de Literatura, el yoruba Whole Soyinka, reivindicaba la negritud desde sus asientos más firmes. Nació y murió en medio de una sociedad sin matices, tan racista y clasista que no cabía en injusticias. Su nombre, Malcolm X. Durante una década fue el polo referencial para miles de compañeros, la mano solidaria que se acercaba a las recientes muestras de las posibilidades que guardaban las explosiones de los humillados. Cuba, Argelia, Tanzania, Oriente Medio fueron etapas exteriores de sus viajes; universidades, homeless, callejones y cárceles sus interiores. Malcolm X fue la razón, la teorización y la experiencia contra el tirano en sus propias tripas. Por eso los mismos aparatos del sistema —como una forma más de hacer de su cacareado estilo democrático— acallaron su voz con unos gramos de plomo.

En estos Estados Unidos de América, la potencia que iba a convertir el conjunto del planeta en su patio trasero, los negros, los descendientes de aquellos africanos sacados a golpe de fusil y espada del verdirrojo continente, no podían siquiera ejercer el que dicen primario derecho democrático, es decir el voto. Los negros —tachados como «hombres de color» por algún ignorante que desconocía la coloración morada de su piel tras su propia muerte— tenían prohibido no sólo acercarse a las urnas, sino el sentarse a la mesa de cualquier taberna, subir al autobús municipal o asistir a la escuela estatal.

Unicamente con una generaci3n de por medio, los pupitres yanquis guardaban sin sonrojo un libro de texto en el que se encontraban cosas como 3sta: «la paciencia, docilidad y simplicidad infantil son caracter3sticas del negro, que es un imitador nato, falto de moral, propenso al enga1o y al libertinaje, f3cilmente intimidable. Los negros son una raza servil, est3pida, embrutecida, obediente al látigo, de imaginaci3n infantil...»

Quince millones de personas, por la condici3n de su piel, eran relegadas a categor3as innominables, al amparo de la Ley y su Corte Suprema. La segregaci3n surafricana liderada por Botha y De Klerk no es sino el espejo de hace tres d3cadas en los cincuenta estados de la Uni3n. Las legislaciones respectivas eran calcos. La marca podr3a quedar matizada por ese rol mesi3nico que durante este siglo se han autofijado los Estados Unidos como cuna de libertades, democracias y fantochadas por el estilo.

La primera instituci3n gringa que reprimir3a el apartheid resultar3 ser el Ej3rcito. Pero Fort Braag, obviamente, no ser3 la competencia progresista de Berkeley, sino todo lo contrario. Corea —la guerra y la invasi3n— estaban en su apogeo y los milikos del Pent3gono necesitaban de lo que ellos denominaban como carne de inferior calidad. Los blancos de Manhattan y Beberly Hills pon3an reparos a su incorporaci3n. Los negros de Harlem ser3an un buen y adecuado sustituto a esta sangr3a «tercermundista». Diez por ciento de la poblaci3n americana y sin embargo treinta por ciento del ej3rcito invasor.

El 8 de marzo de 1957, Ghana va a ser la primera excolonia africana que entrar3 en Naciones Unidas. Este hecho significar3 uno de los argumentos iniciales en favor de la igualdad racial en los propios Estados Unidos. Pero cargado de debilidad por cuanto el acceso a los medios de comunicaci3n estar3 cerrado, junto a que los hilos sociales del tejido oficial americano est3 en su cien por cien, en manos de los m3s arduos defensores del estatus vigente.

Desde los sectores m3s reaccionarios, y con el apoyo de las estructuras policiales en su generalidad, hab3a surgido la vanguardia defensora de los valores cl3sicos yanquis, el llamado Ku Klux Klan (KKK), algo as3 como un GAL a lo bestia y a la americana. Jam3s sus asesinatos, jam3s sus linchamientos.

tos, incendios, saqueos y catequizaciones a la fuerza tuvieron una digna persecución judicial. La razón de la impunidad no tenía secretos, puesto que el KKK estaba ejecutando lo que toda una sociedad blanca había plasmado en forma de «legalidad vigente» durante su conformación como Estado. El propio Ronald Reagan, en calidad de gobernador de California y mucho antes de dirigir los destinos de la Unión, había calificado de «perros rabiosos» a esos nacientes defensores de la igualdad racial.

En este mapa interno de la prepotencia elevada a rango oficial, cualquier hecho o respuesta hoy tildado de insignificante, adquiriría una trascendencia extraordinaria. Un asiento en un autobús, en un campo de béisbol o incluso en una parada militar, escondía tras sus tablas un mensaje claro y definido de prioridad. Sólo la puesta en duda de su valor, el poner en tela de juicio su significado clasista, abría un abanico de terror, desde la hoguera hasta la muerte.

Por eso la lucha emancipadora de los negros norteamericanos surgiría desde los puntos más ínfimos y bajos de la desigualdad. Por eso las razones esgrimidas por los defensores de la igualdad, en sus orígenes, no pueden ser calificadas y analizadas desde observatorios excesivamente alejados o en los que la modernidad obnuble el pasado cercano. En nuestra Europa, sin ir más lejos, habría que recordar que los recogidos como grandes pensadores e ideólogos de las corrientes sociales anteriores a la II Guerra Mundial, justificaban en su amplia mayoría (incluidos algunos marxistas), la colonización y el despojo de otros continentes como «medida correctora» imprescindible para el bienestar de las masas trabajadoras metropolitanas.

Es el mismo argumento que las clases medias norteamericanas apuntaban para salvaguardar su nivel y progreso corporativo. Hasta el mismísimo Bartolomé de Las Casas haría, en el siglo XVI, una petición al rey hispano para que acelerase el mercado de esclavos negros en aras a salvaguardar la integridad de los indios centroamericanos ya diezmados en las primeras oleadas de la conquista. La esclavitud había sido abolida junto a la desaparición del siglo XIX, pero todos los argumentos que la habían hecho posible estaban intactos.

Así, un hecho, a priori tan irrelevante como el que se produjo el primero de febrero de 1960 en Greensboro (Caro-

lina del Norte), iba a suponer una chispa de gran intensidad para prender multitud de hogueras secas y dispersas. En esta fecha, un grupo de estudiantes del «Negro Agricultural and Technical College» entraron en un supermercado para hacer varias compras. Después se sentaron en la cafetería del establecimiento y pidieron un café. Los empleados les negaron la consumición en razón del color de la piel. Pero los jóvenes no se marcharon sino que permanecieron en el local hasta su cierre. Luego serían desalojados a la fuerza. La actuación provocaría, simpáticamente, una oleada repetitiva en toda la geografía norteamericana que daría origen a la campaña «sit in». Por reflejo, el KKK quemaría iglesias, apalearía militantes y asesinaría impunemente.

Evidentemente este hecho aislado no puede ser tomado como el inicio del movimiento por la integración, o en otro plano la puesta en marcha de una amplia y masiva fuerza de concienciación. Pero sí ayuda a encuadrar los estadios desde los que debió ponerse en marcha el inacabado proceso por la igualdad racial dentro de la sociedad americana. Y en cierta medida colabora a mostrar en el presente cuán frágil y prostituido es el concepto de «libertad» que los aparatos del Estado norteamericano exportan como inherentes a su concepción nacional.

Cuando Malcolm Little, Malcolm X, llegaba a su mundo marginal en Omaha, allá por 1925, las comunidades negras de América del Norte vivían un proceso un tanto especial. Su líder, Marcus Garvey, acababa de ser condenado a una pena de seis años de prisión por fraude fiscal. Garvey, de quien era fervoroso seguidor —dicen que junto a otros seis millones de negros norteamericanos— el padre de Malcolm, había proclamado en 1921 la creación oficial del Imperio de Africa, del cual el mismo se nombraría presidente a título provisional. Al estilo de las cortes europeas, Garvey imaginaba un Estado americano forjado en base a órdenes nobiliarias: los caballeros del Nilo, los de la orden del distinguido servicio de Etiopía, los duques del Níger y Uganda... Los miembros del «Universal Negro Improvement Assotiation», ciudadanos de derecho del nuevo y pomposo imperio, desfilarían por las calles de Nueva York bajo suntuosos uniformes.

Las doctrinas de Garvey servirían para sacudir a la población negra rural y urbana —localizada organizativamente en

grupos muy desligados entre ellos— y, a la vez, para centrar muchas de las críticas de otras líneas políticas dentro de la propia comunidad. Un hecho es incuestionable: la enorme masa de adeptos que Garvey lograría en pocos años. Du Bois, —el otro polo de la época— fieramente contrario a las tesis filoliberianas de Garvey, le llamaría «fanfarrón irrealista», a lo que el emperador provisional respondería con lo que probablemente era la clave de su éxito: «los otros dirigentes negros quieren que nos convirtamos en blancos, fusionándonos con la raza blanca. Ser negro no es una desgracia, sino un honor, y por eso nosotros no queremos convertirnos en blancos. Amamos nuestra raza y respetamos y adoramos nuestras madres».

Cuatro años después de este cruce dialéctico, el padre de Malcolm era asesinado, a la vez que Garvey fuera amnistiado por el Presidente Coolidge y expulsado a Jamaica, por «extranjero indeseable». Hecho, el de la nacionalidad norteamericana, que muchos se negaban a aceptar. Malcolm también abordó la cuestión en cierta ocasión: «No. Yo no soy americano. Soy uno de los 22 millones de negros que son víctimas del americanismo. Uno de los 22 millones de negros que son víctimas de una democracia que no es más que una hipocresía disfrazada. Contemplo a América con los ojos de víctima. Lo que veo no es un sueño americano sino una pesadilla americana».

La Gran Crisis producto de la I Guerra Mundial desplazaría a las comunidades negras incluso de las tareas más ingratas que ejercían en los centros industriales donde estaban ubicadas. La mayoría de los sindicatos afiliados a la «American Federation of Labor» vetaron la presencia negra en todas aquellas fábricas donde estuvieron en condiciones de hacerlo. La crisis fue más crisis para veinte millones de norteamericanos. Grupos de obreros blancos armados resolvían por vía expeditiva los conflictos más enconados. Estas desavenencias tan abismales llevarían a la creación paralela de otra federación, la «American Negro Labor Congress», que no tendría sino un éxito sumamente limitado. El Partido Comunista de los EEUU, haciéndose eco de las tendencias más progresistas, propuso en su programa de 1930, la creación de una «república independiente negra en el Sur», aunque posteriormente retiraría tal reivindicación, influenciado por los dictados en la

política exterior soviética marcada por Stalin en cuanto al respeto de los mapas trazados por las democracias occidentales.

Malcolm, en un discurso ofrecido en abril de 1964, sería muy explícito a la hora de apoyar las tesis de Garvey o el PC inicial: «No debemos olvidar nunca que no luchamos más por la integración que por la separación. Luchamos por ser reconocidos como seres humanos. Luchamos por obtener el derecho de vivir libres en esta sociedad».

De cualquier manera —y como en los tres siglos de esclavismo en el interior de la sociedad norteamericana— las fuerzas de las comunidades negras estaban dirigidas a crear su propio universo (mantenerlo en todo caso) dentro de la Unión. La separación de razas durante más de trescientos años, junto a la constitución de la mayoría negra como base de la pirámide social americana, engendraría caminos y opciones, entre el colectivo negro, tan distanciadas de las propias de los blancos, que difícilmente podrían explicarse por otras cuestiones distintas de las del rechazo mutuo. La cultura blanca era cristiana, capitalista e imperialista y por ello cualquier peso en el otro lado de la balanza debería excluir estos apellidos ligados a la conducta represora histórica. Por otro lado la integración, desde sus peldaños más bajos, siempre se había planteado en términos de asimilación. Nunca organización o grupo negro que tratase el conflicto en términos profundos podría llevar en su tarjeta de identificación los valores que los blancos utilizaban como excusa centenaria para la segregación.

Así, en 1930 nacería una organización que tendrá una rápida eclosión de adeptos y simpatizantes, bajo premisas inicialmente religiosas. Se llamaría, según quien la califique «Nación del Islam», «Black Muslims» o «Musulmanes negros». La Iglesia, de cualquier comunión, resultaba tradicionalmente la organización más pujante en el mundo del negro norteamericano. En mitad del presente siglo XX cohabitaban en los EEUU, treinta y cuatro Iglesias exclusivamente negras (baptistas, protestantes, católicas...), con más de 35.000 parroquias. La tendencia en 1990 va disminuyendo pero parece expresión acertada la de los historiadores que han afirmado que durante los últimos siglos la Iglesia, en cualquiera de sus tendencias, ha sido «el refugio de la comunidad negra».

La «Nación del Islam», congregó en su seno a muchos de los creyentes negros que escapaban de las atrocidades cometidas en el nombre del cristianismo.

Malcolm describiría sus pensamientos religiosos desde la prisión de Nokfort (1948): «La religión cristiana de los blancos enseñaba al negro que debía poner la otra mejilla, sonreír, escarbar la tierra, inclinarse, humillarse, cantar, rezar y contentarse con las migas que caían de la mesa del blanco; que tenía que esperar el maná que caería del cielo, aspirar a su paraíso en el otro mundo ya que el paraíso de aquí abajo estaba reservado a los blancos». Malcolm, como la mayoría reclusa negra, se convertiría al islamismo en prisión. Como años después lo haría su amigo Mohamed Alí (Cassius Clay) encarcelado por negarse a su propio enrole en el ejército invasor yanqui en la guerra de Vietnam. De la cárcel, Malcolm Little X saldría transformado en El-Hadj Malik El-Shabbaz.

Quince años después (1963) Malcolm sería expulsado de la «Nación del Islam». La excusa fue su respuesta a la muerte de Kennedy. Cuando un periodista le preguntó: ¿Qué piensa usted del asesinato del presidente Kennedy?, Malcolm respondería: «the chickens come home to roost», una expresión inglesa que literalmente significa: «los pollos vuelven al corral» y que libremente podría interpretarse como «el odio se vuelve hacia el mismo que lo provoca».

El fenómeno de la «Nación del Islam» fue más social que religioso. Los musulmanes negros, bajo la dirección de Elijah Poole, que tomó el nombre de Elijah Muhammad —y siguiendo los dogmas esenciales del Islam—, renunciaron a cualquier entendimiento con la comunidad blanca de los EEUU. Con prensa propia («Muhammad speaks»), numerosos templos, explotaciones agrícolas, panaderías, supermercados y restaurantes, confirieron al movimiento un carácter netamente político, sin abandonar los términos de su organización religiosa. El abandono de la nave, en 1963, del propio Malcolm —su portavoz más popular— y la muerte de su director espiritual Elijah (1975) supuso la desintegración del movimiento como colectivo aglutinante de uno de los sectores más radicales de la comunidad negra. El sucesor de Elijah, su hijo Wallace, rebautizó la «Nación del Islam» como «World Community of Islam in the West» (Comunidad Mundial del Islam en Occi-

dente), centrando las nuevas actividades en las estrictamente religiosas y seculares. La nueva organización se abrió desde 1978 y tras el reconocimiento de la Casa Blanca, a todas las razas.

La década de los treinta, que conoce a Malcolm como a millones de sus compañeros en la lucha diaria por la supervivencia, fue el inicio de la escalada fascista en Europa. La invasión de Etiopía por las tropas de Mussolini (1935) serviría como trampolín de apoyo para la unidad de diversos grupos de negros urbanos norteamericanos, que veían en ella la victoria final del hombre blanco sobre el negro. Cuando el führer alemán se negaba a estrechar la mano de Jesse Owens y Ralph Metcalfe en los juegos olímpicos de Berlín, Malcolm acababa de ser detenido en Nebraska por robar sandías. Su familia se había habituado a comer, lo que despectivamente constataban los asistentes sociales: «hierba frita».

En 1936 Philip Randolph fundaría el «National Negro Congress», lo que va a resultar el embrión de las organizaciones integracionistas —mayoritariamente interraciales y frecuentemente ligadas a comunidades religiosas y pacifistas—. La multitudinaria marcha del 28 de agosto de 1963 sobre Washington (200.000 personas por los derechos cívicos reunidas al pie del Lincoln Memorial) será la máxima declaración física de este movimiento. Whitney Young, Martin Luther King, Eugene Blake, John Lewis, Roy Wilkins y el citado Randolph serían las cabezas visibles de la lucha por la integración. La gestación organizativa de estas expresiones se remontaba al «Niagara Movement» (1905) y al NAACP (1909).

Para Malcolm, desde sus primeros discursos, el fracaso de la revolución negra venía del peligro de sus propios compañeros de raza, a quienes él denominaba como «Tíos Tom»: «hablo de los negros que huyen de sus miserables hermanos pisoteados; hablo de los negros que husmean el olor de sus amos ladrando como perros. Hablo de los negros que tiene el espíritu más blanco, más antinegro que los mismos blancos».

Malcolm fue tremendamente crítico y mordaz con la campaña por la integración. La Nación del Islam rehusó participar en el movimiento por los derechos civiles. Líderes blancos, entre ellos John Kennedy y el mismo presidente de la General Electric, se pusieron a la vanguardia de este movimiento en su etapa final, y con un evidente ánimo de capitalizarlo. Hecho

que produjo una fuerte división entre las organizaciones negras.

«La palabra integración es una invención de los liberales del Norte. No tiene ningún sentido. La integración es una imagen, una pantalla de humo fabricada por los zorros liberales del Norte para entretener la confusión sobre las verdaderas aspiraciones del negro americano».

La campaña por la integración actuó de separación insalvable entre unos y otros. La prensa puso en una esquina a Martin Luther King, y en la otra a Malcolm X. A la postre, por caminos bien distintos, ambos serían asesinados por pistoleros a sueldo del FBI (las recientes investigaciones apuntan en esa línea). Para los EEUU, el cristiano representaba la renovación y adecuación de las leyes federales, ampliando la cabida, mientras que el islámico encarnaba la revolución.

El hecho de que la Nación del Islam, y muy en concreto Malcolm, criticaran tan arduamente la estrategia empleada en la campaña por los derechos cívicos, se configuró como una barrera que aceleró el alejamiento entre los musulmanes negros y las organizaciones de la izquierda clásica norteamericana. Todavía muchos de aquellos grupos, con ocasión del veinticinco aniversario del asesinato de Malcolm, han aireado estas diferencias de visión en este aspecto de la lucha por la igualdad.

Malcolm fue sumamente mordaz al respecto: «De repente, los mismos blancos que antes se preocupaban por la Marcha, anunciaron su participación: sería un acto «democrático». Sus declaraciones galvanizaron a la burguesía negra, a los que en principio esta iniciativa les parecía deplorable. Pero ya que los blancos iban a participar... Los integracionistas negros se atropellaron unos a otros para inscribirse los primeros. La marcha de los negros airados se había vuelto chic. «Haber estado» era una cuestión de rango social. Llegó el gran día. Los viejos coches llenos de negros polvorientos, sudados y furiosos, se perdían entre los aviones a reacción, los vagones del tren y los autocares climatizados. Lo que originalmente debía ser una furiosa marea alta, acabó siendo un río tranquilo, como escribió acertadamente un periodista inglés».

La Segunda Guerra Mundial, para la comunidad negra, sería otro ejemplo de que la segregación alcanzaba todos los

niveles sociales. Numerosos líderes negros serían encarcelados por negarse a ser incorporados a filas. Y muchos de los que se sumaban fueron víctimas de ataques de soldados blancos, en especial en los campamentos situados al Sur.

Estos años básicos fueron especialmente duros para los afroamericanos. A la mayoría sólo le quedó el recurso de la emigración. Las estadísticas sociales de aquella época demuestran que el racismo americano, a pesar de encontrarse su Gobierno en una cruzada de risueño nombre, era tan penetrante como para introducir la muerte por inanición en el corazón del Primer Mundo. Durante esos años muchos blancos competían por la miseria y ello haría que los disturbios y enfrentamientos se reprodujesen por doquier. Sólo en 1943 se contabilizaron 242 motines raciales en 47 ciudades diferentes. En Detroit, por ejemplo, al cabo de cinco días de enfrentamientos —que ocasionarían la paralización incluso de la producción de guerra— murieron 34 personas (25 negros y el resto blancos).

En febrero de 1946, Malcolm X, sin haber cumplido aún los veintiún años, fue condenado a diez años de prisión por robo. En la calle los movimientos negros habían dulcificado sus reivindicaciones esperando encontrar, de esta manera, apoyos inmediatos. El fin de la Segunda Guerra llevaría consigo la aparición de una pléyade de organizaciones y colectivos, políticos, cívicos, sindicales y confesionales, que perseguían la igualdad racial. Truman creó, por vez primera, una comisión oficial interracial, destinada a examinar los casos de segregación fundados en el color de la piel. Esta actitud tenía mucho que ver con los cambios políticos que se producían en todo el planeta. Las metrópolis retrocedían ante el impulso de las hasta entonces colonias.

Merze Tate ya había señalado en 1943 que «la paz que sucederá a la Segunda Guerra Mundial no será probablemente más que un interludio —una tregua antes de la guerra de razas y clases— si Gran Bretaña y EEUU no modifican sus profesiones de fe. En el futuro orden mundial, la libertad deberá pertenecer a todos o a nadie».

La conferencia constitutiva de Naciones Unidas (San Francisco, abril de 1945), supuso, en esta línea de esperanzas, un aporte tremendamente importante para las comunidades negras. No sólo para ellas, sino para otros pueblos y culturas.

Las potencias vencedoras esperaban, con Naciones Unidas, la constitución de un aparato que pudiese dar fin a la agresión germano-japonesa. Por contra, los países colonizados confiaban en un organismo del que emanasen las garantías suficientes para que el reconocimiento de sus derechos frente a los estados imperialistas no fuese diluido en retóricas institucionales. Algunos grupos fueron llamados a esta reunión inicial bajo la cobertura de «minorías observadoras». Entre ellos los negros americanos a través de dos de sus organizaciones, la NAACP y las mujeres del «National Council of Negro Women». Haití, India, Liberia y Etiopía apoyarían las tesis de igualdad racial. En el otro lado quienes se mostrarían dispuestos a continuar defendiendo la segregación fueron Holanda, Bélgica y Suráfrica.

La Carta de Naciones Unidas que surgió de estos primeros contactos fue bien explícita: «Nuestra fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de los derechos de hombres y mujeres, así como en las naciones grandes y pequeñas (...), el respeto a los derechos del hombre y las libertades fundamentales para todos, sin distinción de raza, sexo, lengua o religión». Las conclusiones, firmadas y estampadas por los nuevos y viejos estados del planeta, abrieron la puerta de la esperanza a las organizaciones de negros norteamericanos.

Sin embargo el papel de la Carta fue humedecido inmediatamente por los países imperialistas. En el otoño de 1946, la naciente India llevaba a la ONU una proposición de condena a Suráfrica por la discriminación de este país con respecto a los hindús. Gran Bretaña y los EEUU votaron en contra de la condena. Bien es cierto que hasta entonces ninguna de las dos potencias colonizadoras había consentido en tratar la cuestión racial en los foros internacionales. El hecho de llevarlo a votación a la ONU ya había sido valorado como una victoria por parte de sus precursores.

Los avances internacionales animaron al «National Negro Congress» a presentar, un mes después y en nombre del pueblo negro americano, una proposición a la ONU para que ésta se declarase partidaria de la desaparición de la discriminación política, económica y social en los Estados Unidos. Los gobernantes yanquis vetaron la ventura institucional aducien-

do que éste era un problema interno en el cual la ONU, por esencia, no podía inmiscuirse.

Estas intrigas dieron paso al inicio de la «Guerra Fría». La primera noticia de la recién inaugurada «Voz de las Américas» (radio puesta en marcha por el Departamento de Estado para que fuese oída en la URSS) hacía referencia al linchamiento de un joven negro en Carolina del Sur. Era el genuino «made in América», símbolo de «libertad» y «democracia».

En esta cesión de espacios los EEUU redujeron la igualdad racial (aún los negros del Sur tenían prohibido el derecho al voto) al folklorismo. A partir de entonces y hasta 1972, uno de los representantes del Estado yanqui en UNESCO sería negro. En 1972 el representante negro, Charles Diggs, dimitiría de la delegación para protestar por la política norteamericana en África.

En agosto de 1952, Malcolm X, con un traje nuevo y un montón de consejos reinsertadores, dejaba la cárcel tras haber hecho de ella un auténtico centro de formación político religioso. Su destino fue Detroit. La sociedad americana con la que iba a tropezar estaba en período de derechización. El senador republicano por Wisconsin, Joseph McCarthy anunciaba, en febrero de 1950, que tenía conocimiento de la existencia de comunistas en el seno del Departamento de Estado. Tal fantásica afirmación no sería sino el preludio de una feroz campaña conservadora que llevaría poco después a Dwight Eisenhower a la presidencia de los EEUU (enero de 1953). Las tibias medidas electorales de Truman, cinco años atrás, tendentes a la eliminación de barreras raciales fueron abolidas. Toda referencia a la igualdad en los derechos era tachada de «comunista» por los comités mccarthyanos. El color negro y el rojo se acercaron.

En consecuencia el Ku Klux Klan reapareció de forma extremadamente violenta, reproduciendo sus esquemas a lo largo de toda la década 50-60. La sentencia del Tribunal Supremo (1954) en el sentido de reafirmarse en que la segregación en las escuelas públicas era anticonstitucional, fue la excusa esgrimida por la mayor parte de la población blanca del Sur para arremeter contra los ciudadanos negros. Cien miembros de la Cámara de Representantes invitaron a la población a desobedecer la sentencia del Supremo, lo que provocaría centenares de agresiones y asesinatos.

Incluso amplios sectores de la guardia nacional se sumaron a las protestas impidiendo físicamente el acceso de niños negros a las escuelas. El tono excesivamente lento de las reformas raciales hizo exclamar al escritor negro James Baldwin: «al ritmo al que van las cosas, toda África será libre antes de que podamos tomarnos una maldita taza de café».

En Misisipí, Louisiana, Georgia, Carolina del Sur, Alabama y otros estados, la violencia blanca, con total impunidad, era el único argumento a favor de la supremacía racial. A través del KKK, de la misma policía o de los «Consejos de Ciudadanos Blancos» («el KKK de los barrios distinguidos», como los definiría John Franklin), las muertes de los defensores de la igualdad racial se reprodujeron con una facilidad pasmosa. Millones de americanos medios asistían gustosos a la matanza en defensa de su papel ario.

La actitud del NAACP y de la recién creada «Southern Cristian Leadership Conference» (dirigida por Martin Luther King) se dirigió hacia la justicia, a través de una cuidada táctica de ataques jurídicos, junto a una masiva campaña de boycott que dio sus primeros frutos en Montgomery (Alabama) en 1955. Unos y otros fueron tachados de «comunistas» lo que restringió la capacidad operativa legal de estos grupos. La intimidación contra los negros y la lentitud en los resultados provocó una serie de enfrentamientos dialécticos entre Roy Wilkins —dirigente del NAACP— y el propio Luther King, que llegaron a disputarse espacios y subvenciones económicas a sus campañas.

Malcolm X no se quedó atrás en estas discusiones: «El amo cogió a Tom y lo vistió bien, lo alimentó bien y hasta le dio un poquito de educación; le dio una levita y un sombrero de copa e hizo que todos los otros esclavos lo miraran con respeto. Entonces utilizó a Tom para controlarlos. La misma estrategia que se usaba en aquellos tiempos la está usando el mismo hombre blanco. Coge a un llamado negro y lo hace prominente, le da una estatura, le hace publicidad, le convierte en una celebridad. Y entonces éste se convierte en vocero de los negros y en líder negro».

Los Black Muslims continuaron ganando militantes para su causa. Las acciones de los musulmanes, al igual que las de los pacifistas tomarían formas más directas y radicales. La resistencia masiva y el boycott llevarán a la cárcel a miles de

manifestantes y les condenaron a penas de varios meses de trabajos forzados. En Nueva York y Filadelfia piquetes de negros intentaron parar las empresas financiadas por el Estado que se negaban a emplearles como trabajadores en razón del color de su piel. Los Angeles, Boston, Chicago... fueron otros escenarios de las protestas.

En 1955 varios líderes negros fueron asesinados en Misisipi. El KKK actuaba con absoluta impunidad —bajo cobertura policial y judicial— en el apogeo de las campañas de desobediencia civil. El paro entre la población negra había aumentado en los últimos cinco años en un 300%. Los asesores del presidente Eisenhower alertaron a éste de lo que en sus análisis de laboratorio se configuraba como una situación prerevolucionaria. Sería en la década de los sesenta cuando las expectativas de un cambio profundo adquirirían mayor consistencia (el FBI y la CIA estarían implicados en multitud de asesinatos destinados a descabezar los grupos progresistas). Estos últimos años de los cincuenta dejarían constancia del enfrentamiento racial y clasista que se auguraba con intensidad creciente. Ante la gravedad de la situación Eisenhower apostó fuerte para que en 1957 fuese aprobada por la Cámara norteamericana una ley de derechos civiles. La primera de esta índole en la historia de los EEUU.

Sin embargo la innovadora ley era sumamente vaga e incompleta. Eisenhower pretendía con ella dividir el movimiento negro y ganar tiempo frente a las próximas elecciones presidenciales que se presentaban en medio de la consolidación definitiva de los EEUU como primera potencia mundial. En la sociedad americana el «new deal» conformaría y asentaría como ciertos muchos de estos tópicos que retratan la vida cotidiana en los estados de la Unión. En este lanzamiento social, la esperanza de vida para un negro continuaba diez años por debajo de la del blanco, lo que, a pesar de los nuevos horizontes abiertos, ponía de relieve las profundas diferencias.

Malcolm definiría certeramente las expectativas de estos años: «Cualquier estallido racial que tenga lugar en este país actualmente, no será un estallido racial que pueda quedar encerrado dentro de las costas de los Estados Unidos. Será un estallido racial que podrá prender la chispa del polvorín que existe en todo el planeta que denominamos Tierra. Creo que

estaría de acuerdo en aceptar que de las masas de piel oscura de África, Asia y América Latina se rezuma ya la amargura, la animosidad, la hostilidad y la impaciencia con la intolerancia racial que han experimentado en sus propias carnes a manos del Occidente blanco».

Malcolm se estaba refiriendo a los que los propios servicios secretos norteamericanos bautizarían como el «efecto dominó». Efectivamente, entre 1957 y 1965, treinta y seis antiguas colonias africanas recibirían su independencia oficializada por la ONU.

En esta época la actividad del nuevo Malcolm, nacido al Islam tras su paso por la prisión, se volcó en la organización y expansión de los Musulmanes Negros. Miles de compatriotas, musulmanes o no, asistían a los actos dirigidos por el líder religioso Elijah Muhammad en cualquier punto de la Unión. En un principio estos mítines fueron prohibidos a los blancos (excepto periodistas). En la entrada se vigilaba que los asistentes no portasen tabaco ni alcohol.

La Nación del Islam, como actuación política prioritaria, acorde con sus presupuestos religiosos, centró gran parte de sus fuerzas humanas en programas de desintoxicación. Malcolm repetía constantemente que la droga y su penetración era alentada por actitudes policiales perfectamente diseñadas, cuyo fin último era destrozarse las organizaciones negras: «No es pura casualidad que haya más droga en Harlem que en cualquier otra ciudad o barrio del hemisferio occidental. El color y la droga están íntimamente unidos».

La primera fase de los programas de desintoxicación auspiciados por la Nación del Islam se centraba en la misma propaganda antidroga. «El musulmán —contaba Malcolm— explica que la droga se utiliza siempre para escapar de algo; que la mayoría de los drogados negros quieren escapar de su situación de negros en una América blanca. Pero en realidad el negro que se droga presta un servicio al blanco ya que le proporciona la prueba de que el negro no vale nada».

Malcolm consiguió atraer la mirada de los ghettos norteamericanos. Sus mítines atraían diez veces más de oyentes que los organizados por otros líderes negros. De esta manera se convirtió, en poco tiempo, en la voz referencial más atractiva con la que se identificaban las comunidades negras más desposeídas. El inspector jefe de la policía de Nueva York llegó a

afirmar sobre él: «Ningún hombre debería tener tanto poder». La prensa añadiría que era el único negro capaz de desencadenar —o de detener— un motín.

Para conectar con las capas más bajas de la sociedad, Malcolm no había hecho sino estar en contacto directo con ellas; no haber cambiado siquiera de hábitos y costumbres, a pesar de esa transformación profunda en sus convicciones religiosas. Esa fue la clave, que a la postre, le llevaría a enfrentarse directamente con el director de la Nación del Islam, Elijah Muhammad.

Estas diferencias ya se pusieron de manifiesto en 1961, cuando explotó una bomba en la iglesia cristiana de Birmingham (Alabama), matando a cuatro niñas negras. Entonces Malcolm realizó unas durísimas declaraciones que le valieron una reprimenda de su jefe Elijah, quien le ordenó que en adelante se mantuviera más discreto. Dos años después, el 24 de noviembre de 1963, la Nación del Islam prohibiría hablar en su nombre a Malcolm. Unos días más tarde, un negro musulmán al que habían ordenado colocar bajo el coche del proscrito una bomba, advierte a Malcolm de las órdenes que había recibido. Era el momento del divorcio total. Malcolm escribiría: «No temía a la muerte. La traición era mucho peor. Podría concebir la muerte en rigor. Pero traicionar era inconcebible para mí».

Apartado de la Nación, las tareas organizativas de Malcolm se dirigirían hacia la formación de un colectivo que contribuyera a mejorar la salud del hombre negro. Esta decisión la tomo después de conocer algunos datos estadísticos sobre sus compatriotas: la población negra, un diez por ciento de la estadounidense, consumía el 40% de todo el whisky importado por los USA.

La ruptura de Malcolm con la Nación del Islam no supuso el abandono de sus ideas religiosas, aunque sí, en otro aspecto, liberó al recién expulsado de multitud de tareas proselitistas. Lo que a la postre redundaría en una mayor actividad por su parte. Malcolm decidiría por sí mismo, sin tener que consultar la conveniencia de sus actuaciones para el movimiento. Viajaría a La Meca («América necesita comprender el Islam porque es la única religión que ignora el racismo») y Egipto. Con posterioridad efectuaría una visita a la mayoría de los nuevos estados africanos.

En los Estados Unidos, la elección de John Kennedy, en 1960, significaría el comienzo de un nuevo proceso para las comunidades negras. En realidad, Kennedy no iba a solucionar los eternos problemas de fondo sobre la igualdad, pero sus promesas electorales lograron que muchos negros diesen su voto al candidato demócrata. El nombramiento de un republicano, Robert McNamara como secretario de Defensa, vendría a confirmar que en política exterior los gringos se iban a comportar con su habitual prepotencia. Vietnam fue el ejemplo más clarificador.

En el interior de los Estados Unidos, Kennedy se pondría a la cabeza –propagandísticamente– del movimiento de los derechos cívicos. Sin embargo las anunciadas reformas no estuvieron a la altura que se habían anunciado. El país, según anotaba Michall Harrington en su libro «The other America», contaba con 50 millones de pobres, muchos de ellos con el negro como color de su piel.

Las medidas prometidas por el equipo de Kennedy en campaña, relativas a la igualdad racial, no se cumplieron. Cierta número de negros fueron nombrados para ocupar puestos políticos de relevancia mientras en la calle la segregación era una actitud diaria. La legislación apenas fue remodelada, y los Kennedy (el hermano del Presidente, Robert, era Ministro de Justicia) eludieron sus responsabilidades, haciendo caer el peso de la estrategia en los Tribunales.

A principios de los sesenta, el Sur se vio sacudido por una oleada de «marchas por la libertad», «sit in» y campañas de boicot, organizadas por distintos grupos reivindicativos de la igualdad racial. El proyecto de ley de Kennedy a favor de la igualdad de derechos quedaría estancado en el Congreso. La muerte del Presidente, el 22 de noviembre de 1963 en Dallas, haría de la iniciativa papel mojado. Malcolm no creyó en el futuro de estas reformas: «Mientras estos «negros» escogidos estaban dándose la buena vida, codeándose con los blancos, sentándose en Washington DC, las masas de gente negra en este país seguían viviendo en los tugurios y en los ghettos. Las masas de gente negra en este país siguen yendo a las peores escuelas y obteniendo la peor educación».

La propia toma de conciencia de las poblaciones negras, los límites de la democracia a la americana, y la misma ofensiva del KKK y la policía a favor de la segregación racial

hicieron de los años sesenta una época de revolución para los negros americanos. En julio de 1964, tres jóvenes militantes blancos por los derechos cívicos desaparecieron después de ser detenidos en un control policial en Misisipí. Días después aparecieron sus cadáveres acribillados a balazos. Sus asesinatos —policías— jamás serían detenidos. De junio a octubre del mismo año, veinticuatro iglesias negras fueron destruidas en el mismo estado de Misisipí. George Wallace, gobernador de Alabama, se presentaba como la cabeza visible que instigaba a la represión.

Lyndon B. Johnson sería el encargado de continuar la política de John Kennedy tras el asesinato de éste. En 1964 se aprobaría definitivamente por el Congreso la ley de derechos civiles, algo así como una ley para la protección del derecho a voto y poco más. Aunque la aprobación del proyecto fue presentada como histórica e innovadora, las exigencias y expectativas de los negros quedaban sin colmar.

El movimiento por la integración, liderado por Martin Luther King, tocaba su techo en la concentración del Memorial Lincoln en 1963. Entonces su ética no-violenta fue perdiendo paulatinamente influencia, a medida que la sociedad multi-racial, pretendidamente igualitaria, iba tomando cuerpo legal. Ninguno de los problemas ancestrales había sido solucionado. Únicamente, como Malcolm y otros líderes habían vaticinado, se trataba de un maquillaje externo.

Los negros americanos comenzaron a llenar de contenido el término de «revolución». Malcolm era consciente de ello, y para justificar la posibilidad de profundos avances, echaba mano del exterior: «También en 1964 el pueblo oprimido de Vietnam del Sur y toda esa zona del sudeste asiático logró repeler a los agentes del imperialismo. Pequeños agricultores de arroz, campesinos con un fusil, enfrentándose a ese altamente mecanizado equipo bélico: aviones a reacción, napalm, buques de guerra, todo lo demás. Y no pueden hacer retroceder a esos agricultores de arroz hasta donde quisieran. Alguien está despertando».

Las optimistas ideas de Malcolm no hacían sino calar profundamente en sus oyentes, que llenaban por doquier cualquier acto donde su presencia estuviese anunciada. En todos los rincones norteamericanos la figura de Malcolm llegó a adquirir una importancia referencial tan destacada que

los servicios secretos decidieron actuar. En el Estado francés, y ello debido a la internacionalización de la causa negra, los dirigentes negros prohibieron la entrada a Malcolm.

El mismo —desembarazado totalmente del lastre de la Nación del Islam— avanzaba en la idea de una organización armada negra como vanguardia revolucionaria: «Soy partidario de la violencia si la no-violencia sólo nos conduce a alargar indefinidamente la solución del problema negro, bajo pretextos de evitar la violencia».

El verano del 64 sería calificado como «largo y cálido». En Harlem y en otras ciudades americanas, «la dinamita negra explotaba como era de esperar». La prensa nombraba a Malcolm como el símbolo de la revolución negra. Malcolm matizaba el lenguaje: «Cuando los adolescentes blancos de Nueva York cometían asesinatos, era un problema sociológico. Pero cuando los adolescentes eran negros, las potencias americanas buscaban a alguien para colgar».

El 29 de mayo de 1964, en Nueva York, Malcolm iría más lejos que nunca en su defensa de la violencia revolucionaria frente a los trescientos años de esclavismo promovido por los blancos: «Van a ver un terrorismo que les va a aterrar; y si creen que no lo van a ver, están tratando de cerrar los ojos ante el desarrollo histórico de todo lo que están pasando en este planeta. Van a ver otras cosas».

En la madrugada del 13 de febrero de 1965 la vivienda de Malcolm en Nueva York fue incendiada. El 21 de febrero Malcolm X iba a ofrecer un mitin en el Audubon Ballroom de Harlem. Cuando se disponía a hablar, tres hombres descargaron simultáneamente sus armas contra él. Murió al instante.

Las predicciones de Malcolm se cumplirían al poco de su muerte. En 1966, Huey Newton y Bobby Seal fundaron una organización a la que llamarían «Black Panthers». Los propios discursos de Malcolm, así como los recientes trabajos de Frantz Fanon, fueron las primeras aportaciones teóricas al movimiento que sería denominado como «nacionalismo revolucionario», basado en la autodefensa armada.

Los Black Panthers o Panteras Negras, fueron un hito importante dentro de la historia de los Estados Unidos. Por todo el territorio norteamericano se habían producido estallidos de violencia. Una comisión de investigación sobre estos levanta-

mientos, creada por el presidente Johnson, reseñaba que la violencia estaba «provocada por las fuerzas de policía y cuya raíz se encuentra en el racismo blanco que impregna todos los aspectos de la vida americana».

El 4 de abril de 1968, Martin Luther King sería asesinado en un motel de Memphis. Como en la muerte de Malcolm, las investigaciones posteriores han desvelado que el Gobierno de los Estados Unidos, a través de su policía secreta, el FBI, estuvo involucrado en ambos asesinatos. Malcolm los había vaticinado: «Mi voz no es más que una de tantas, pero nuestro objetivo ha sido siempre el mismo. Es verdad, mis métodos son radicalmente opuestos a los de Martin Luther King, apóstol de la no-violencia (doctrina que tiene el mérito de poner de relieve la brutalidad de los blancos). Pero en la atmósfera que reina actualmente en América, me pregunto cuál de los dos 'extremistas', el 'violento' Malcolm X o el 'no-violento' Dr. King, morirá primero».

En mayo de 1990, con motivo del XXV aniversario del asesinato de Malcolm X, se celebraba en La Habana un Congreso Mundial sobre la figura del líder negro. A él asistieron gentes de muy diversos puntos del planeta, que atestiguaron los valores y aportes de Malcolm a la solidaridad internacional. No es casualidad que en los escasos cinco años que el Movimiento de la Nueva Joya, dirigido por Maurice Bishop, estuvo en el poder en Grenada, Malcolm X (cuya madre era oriunda de esta isla caribeña), fuese considerado, junto a Augusto César Sandino, Che Guevara y otros, como Héroe Nacional.

Sus ideas, recuerdos, experiencias y discursos, adquieren hoy y desde Euskal Herria, la importancia y validez de un trabajo en profundidad. Cuando alguien presenta sus problemas delante de la ONU —decía Malcolm X— «cualquiera, en cualquier parte del mundo, se puede convertir en aliado». En la solidaridad está el futuro y la emancipación de los pueblos oprimidos. Como la razón, la historia también está de nuestro lado.

INÁKI EGAÑA

Comprendí que ese gesto le era penoso, pero, nobleza obliga, y lo hizo. Era alto, bien formado, impresionante. Su piel era de color de bronce.

Discutimos durante tres horas. Sus opiniones sobre los blancos eran desoladoras, pero en ningún momento me hizo pensar que como individuo yo también era culpable.

Expuso sus ideas claramente, como lo hace un hombre que reflexiona. Lo que más me sorprendió fue su fe en la doctrina de Elijah Muhammad sobre los orígenes del hombre, en la teoría genética que tiende a demostrar que el negro es superior al blanco, etc...

Desde este primer encuentro comprendí que había dos Malcolm, el privado y el público. Sus actuaciones en la televisión o en los grandes «meetings» eran, me atrevo a decir, aterradoras. La manera en que planteaba y ordenaba lógicamente los hechos tenía algo de diabólica. Era una nueva dialéctica. Aterrorizaba a los telespectadores blancos, derribaba a sus adversarios negros, pero obtenía reacciones muy importantes de los espectadores negros. Muchos de sus adversarios negros acabaron por negarse a tomar la palabra al mismo tiempo que él. Turbaba a los oyentes blancos, los confundía. Los blancos se sentían amenazados por Malcolm X.

Atraía especialmente a dos grupos muy diferentes de negros: las masas desheredadas y toda la galaxia de negros escritores y del mundo de la escena. La burguesía negra, los negros «establecidos», odiaban y temían a Malcolm X tanto como él les despreciaba.

Los negros miserables tenían a Malcolm el mismo respeto que muestra un niño difícil a su abuelo. Era extraño y emocionante pasearse por Harlem con Malcolm X. Todo el mundo le conocía. La gente le lanzaba miradas sobrecogidas. A veces los niños negros le pedían un autógrafo. Siempre me ha parecido que en Harlem le querían porque, aún habiéndose convertido en una personalidad a escala nacional, Malcolm seguía siendo el hombre del pueblo y no le traicionaría nunca. Los negros veían en Malcolm un hombre que tenía una misión. Conocían sus antecedentes y se identificaban con él, a través de ellos. Conocían sus crímenes, su registro penal, sus años de prisión, que Malcolm no trató nunca de ocultar. Miraban a Malcolm con una especie de maravillado asombro. Era un

hombre del mismo arroyo en que ellos aún se agitaban, que había triunfado sobre el crimen, sobre la ignorancia para convertirse en un «leader», era un portavoz enérgico, y el campeón intratable de su pueblo.

Muchos no compartían sus convicciones religiosas, pero veían en el puritanismo de Malcolm un reproche permanente. Malcolm se había liberado por sí solo de todos los vicios que afligen a los negros desheredados: la droga, el alcohol, el tabaco, sin hablar de los delitos. Su vida privada era inmaculada, de un puritanismo inconcebible para la masa. Malcolm había realizado, en la tierra, en su propia vida, ese sueño: la redención del hombre. Y los negros lo sabían.

Encontraba las palabras para definir la miseria y las aspiraciones de las masas desheredadas como éstas mismas no podían hacerlo. Al atacar al hombre blanco, Malcolm no se entregaba en modo alguno a un ejercicio de estilo. Hacía por los negros lo que ellos no podían hacer por sí mismos: atacaba con una virulencia y una cólera que eran los portavoces de siglos de opresión.

Muchos negros, escritores y artistas que son hoy personalidades de primer plano en los Estados Unidos, reverenciaban a Malcolm X por su sinceridad intransigente, su negativa a todo compromiso, su búsqueda de una personalidad que su pueblo había perdido cuando los blancos se lo llevaron encadenado de Africa. Los escritores y los artistas consideraban a Malcolm como un gran catalizador, como el hombre que inspiraba una gran admiración y una entrega total a millones de oprimidos.

Algunos de estos artistas se reunieron un domingo por la tarde en mi casa. Hablamos de Malcolm. «Malcolm no nos traicionará nunca», dijo uno de ellos. «Hemos sufrido demasiado, en el pasado, a causa de las traiciones».

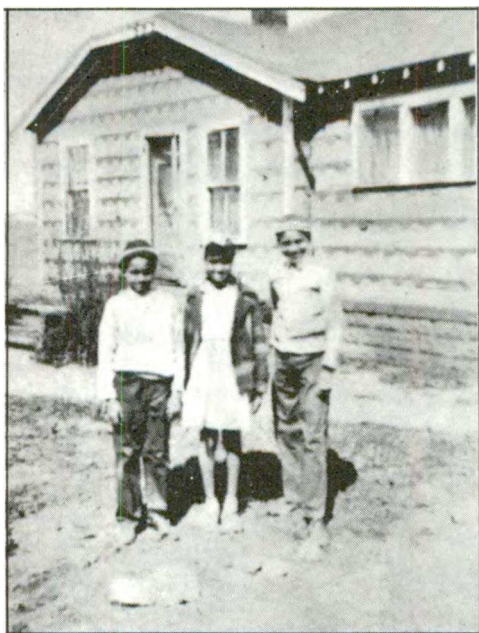
En 1964, Malcolm cambió de actitud respecto al hombre blanco. Este cambio contribuyó a su ruptura con Elijah Muhammad y sus doctrinas racistas. La erupción meteórica de Malcolm X en la escena nacional le permitió frecuentar a blancos que no eran los «diablos» que él había creído. Muy solicitado en las universidades del Este, hablaba siempre muy respetuosamente y con un cierto asombro de las reacciones positivas que había obtenido de los estudiantes blancos.

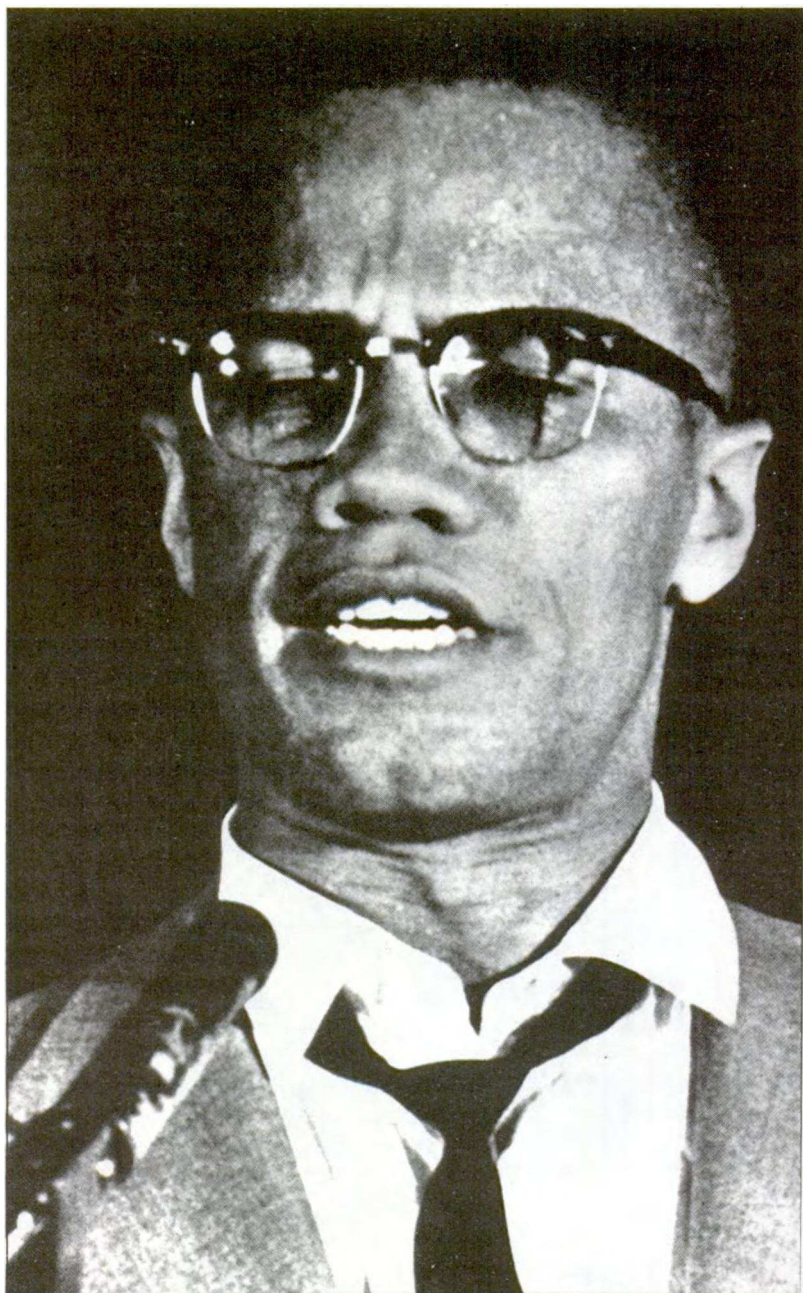
Sus horizontes se ensanchaban a medida que aumentaban

sus dudas sobre la autenticidad de la versión muhammadiana del Islam. Más tarde, estas dudas se convirtieron en certezas. Las prácticas extrarreligiosas de Elijah Muhammad en Chicago hirieron profundamente a Malcolm.

Las balas de los asesinos pusieron fin a la breve carrera de Malcolm en el mismo momento en que acababa de reconocer que los negros eran una parte integrante de la comunidad americana —concepción diametralmente opuesta a las doctrinas separatistas de Elijah Muhammad—. Malcom empezaba a retroceder. Estaba a punto de redefinir sus ideas sobre los Estados Unidos y sobre las relaciones entre blancos y negros. Ya no atacaba a los Estados Unidos, sino a una parte de los Estados Unidos, que representaban abiertamente los que mantenían la supremacía blanca en el Sur y, disimuladamente, los que la mantenían en el Norte.

Malcolm quería dirigir a los militantes negros hacia nuevas victorias en la lucha contra la supremacía blanca en el Sur y en el Norte. En los últimos meses de su vida, el problema negro, al que siempre había considerado como un problema blanco, empezaba a tomar para él nueva dimensión.





AUTOBIOGRAFIA

Pesadilla

Cuando mi madre me llevaba en su vientre, una banda de caballeros del Ku-Klux-Klan, encapuchados, entró en nuestra casa de Omaha (Nebraska). Era de noche. Empuñando sus fusiles y carabinas, rodearon la casa y ordenaron a mi padre que saliese. Mi madre fue a abrir la puerta de la entrada. Se colocó de manera que su estado quedara en evidencia, y dijo que estaba sola con sus tres hijos pequeños, y que mi padre había salido: estaba predicando en Milwaukee. Los hombres del Klan profirieron amenazas, advertencias; era mejor que nos fuéramos de Omaha, dijeron, porque «el buen pueblo cristiano blanco» no soportaría la manera en que mi padre «fomentaba discordias» entre los negros «buenos» de Omaha predicando el «retorno al Africa» preconizado por Marcus Garvey.

Mi padre, el Reverendo Earl Little, era un pastor bautista, y militaba en la Asociación Universal por el Progreso de los

Negros ¹ de Marcus Garvey. Con la ayuda de discípulos como mi padre, Garvey, cuyo barrio general estaba situado en Harlem (Nueva York), levantaba el estandarte de la pureza de la raza negra y exhortaba a las masas negras para que volvieran a África, tierra de sus antepasados. Esto hacía de Garvey el negro más discutido del mundo.

Chillando y amenazando aún, los caballeros del Klan espolearon a sus caballos y galoparon alrededor de la casa, rompiendo todos los cristales que pudieron con la culata de sus fusiles. Después se perdieron en la noche, con sus antorchas encendidas, con la misma rapidez con que habían venido.

A su regreso, mi padre fue puesto al corriente y se encolerizó muchísimo. Decidió esperar mi nacimiento, muy próximo, para marcharse. No sé por qué tomó esta decisión: mi padre no era un negro miedoso, como lo eran entonces la mayoría, y como lo son todavía ahora muchos. Mi padre era un hombre muy alto, medía un metro noventa y seis, y era muy negro. Sólo tenía un ojo. Nunca he sabido cómo perdió el otro. Originario de Reynolds, en Georgia, dejó la escuela al cabo de tres años, o quizás cuatro. Creía, como Marcus Garvey, que los negros americanos no conseguirían nunca la libertad, la independencia y la consideración en América, y que debían por tanto dejarla para el hombre blanco y volver a su tierra de origen, África. Mi padre había visto morir violentamente a cuatro de sus seis hermanos, tres de ellos a manos de los blancos. Uno había sido linchado. Esta era una de las razones por las que había decidido arriesgarse y consagrar su vida a la propagación de sus ideas. Lo que mi padre no podía saber es que de los dos hermanos que le quedaban, sólo mi tío Jim moriría en la cama, de muerte natural. Mi tío Oscar caería poco después bajo las balas de los policías blancos del Norte. El mismo sería también abatido por los blancos.

Siempre he pensado que yo también moriré de muerte violenta. Hago todo lo que puedo para estar preparado.

Yo era el séptimo hijo de mi padre. De un matrimonio anterior, había tenido tres hijos. Ella, Earl y Mary, que vivían en Boston. Conoció y se casó con mi madre en Filadelfia,

1. Universal Negro improvement Association (U.N.I.A.). (N.T.).

donde nació su primer hijo, Wilfred. De Filadelfia, mis padres se trasladaron a Omaha, donde Hilda, y después Philbert, vinieron al mundo.

Luego, llegó mi turno. Mi madre tenía veintiocho años cuando yo nací, el 19 de mayo de 1925, en un hospital de Omaha. Después, mi familia se trasladó nuevamente y Reginald nació en Milwaukee. De pequeño, tuvo una dificultad en la hernia que le marcó para toda la vida.

Mi madre, Louise Little, nacida en Granada, en las Antillas británicas, tenía la piel casi blanca. Su padre era blanco. Tenía el pelo negro pero liso y no hablaba como los negros. De su padre blanco, lo único que sé es que se avergonzaba de él. Me acuerdo que un día dijo que se alegraba de no haberle conocido. Es debido a él, naturalmente, el que yo tengo la piel más bien rojiza que negra, y el cabello del mismo color. Soy más claro que todos mis hermanos (Más tarde, en Boston y en Nueva York, yo sería uno de esos millones de negros lo suficientemente locos como para imaginarse que su color claro simbolizaba su «*standing*», su rango en la jerarquía del color; pero en realidad no es más que la suerte de haber nacido así. Sin embargo, enseguida, empecé a odiar cada gota de sangre que tengo del hombre blanco que violó a mi abuela).

Mi familia estuvo muy poco tiempo en Milwaukee; mi padre buscó un lugar en el que pudiéramos cultivar nosotros mismo algo con que alimentarnos, donde él pudiera abrir un negocio. Marcus Garvey preconizaba la independencia del hombre negro. Mi familia se trasladó, no sé muy bien por qué, a Lansing (Michigan). Mi padre compró una casa y enseguida, como tenía por costumbre, empezó a predicar a diestro y siniestro en las iglesias negras bautistas de los alrededores; durante la semana propagaba por todas partes la palabra de Marcus Garvey.

Había empezado a ahorrar para comprar el negocio que siempre había deseado cuando, unos negros imbéciles, los *Tíos Tom*² de costumbre, avisaron a los blancos de que pro-

2. En el lenguaje popular de los negros norteamericanos se refiere al negro sumiso deseoso de igualarse o de ser aceptado por los blancos. Se origina en el personaje de la novela antiesclavista de Harriet Beecher Stowe, *La cabaña del tío Tom*.

pagaba ideas revolucionarias. Esta vez fue la Legión Negra, organización local que predica el odio racial, la que le amenazó y le ordenó que se marchase. Los legionarios llevaban vestidos negros y no blancos. Muy pronto, aparecieron por todas partes donde se encontraba mi padre y se burlaban de ese «negro que ¿quién se cree que es?», que quería tener un negocio, que vivía fuera del barrio negro de Lansing, que fomentaba discordias e incitaba a los «buenos negros a la rebelión».

Al igual que en Omaha, mi madre estaba encinta, esta vez de mi hermana pequeña. Poco después del nacimiento de Yvonne ocurrió la noche de la pesadilla de 1929, mi primer recuerdo doloroso. Recuerdo que fui despertado bruscamente por una tremenda cacofonía de disparos y gritos. Una cortina de humo y de llamas me envolvía. Era mi padre quien gritaba a los blancos que habían quemado la casa y huían a toda prisa, y quien les disparaba. A nuestro alrededor, la casa ardía. Todos los miembros de la familia corrían, tropezaban, caían unos sobre otros huyendo de las llamas. Mi madre, que tenía al bebé en sus brazos, llegó justo a tiempo al patio; después la casa saltó entre una lluvia de chispas. Recuerdo que nos encontramos fuera, en plena noche, en camisón, llorando y gritando con todas nuestras fuerzas. Los policías, los bomberos blancos, estaban allí; vieron arder la casa hasta que no quedó nada.

Mi padre consiguió que algunos amigos nos dieran ropa y nos albergaran provisionalmente; después nos instaló en otra casa, en las cercanías de Lansing-Est. En aquella época los negros no tenían derecho a entrar en una ciudad por la noche. En Lansing-Est se encuentra la universidad del Estado de Michigan. Expliqué esta historia a los estudiantes cuando fui a dar una conferencia en enero de 1963 (y a ver a mi hermano que hacía mucho tiempo que no veía, y que estaba allí preparando sus oposiciones de psicología). Les expliqué que en Lansing-Est nos hicieron la vida tan imposible que tuvimos que trasladarnos de nuevo, en plena campaña esta vez, a unas dos millas de la ciudad. Es allí donde mi padre construyó por sus propios medios una casa de cuatro habitaciones. De este nuevo período —y de esta casa en la que empecé a crecer— tengo recuerdos más precisos.

Recuerdo que después del incendio la policía citó a mi

padre y le interrogó sobre la pistola con la que había disparado a los blancos que habían quemado la casa: ¿tenía permiso para llevar armas? La policía estaba siempre en casa, registrándolo todo, «sólo para comprobar» o «para buscar la pistola». Esa pistola, que nunca encontraron, y para la que le negaban un permiso, estaba cosida en una almohada. Pero mi padre había dejado a la vista su carabina 22 y su fusil de caza; todo el mundo los tenía para cazar pájaros, conejos y otros animales.

Mi padre y mi madre se entendían cada vez menos. No estaban casi nunca de acuerdo, según parece. A veces mi padre pegaba a mi madre, quizás porque ella era relativamente instruida. De dónde había sacado su educación, no lo sé. Pero me imagino que una mujer instruida no puede resistir la tentación de reprender a un hombre que no lo es. A veces, cuando ella adoptaba ese tono de reproche «como debe ser», él le pegaba.

Mi padre se mostraba agresivo con todos sus hijos, excepto conmigo. Pegaba salvajemente a los más mayores por infracción al reglamento —y éste tenía tantas reglas que era imposible conocerlas todas—. Era casi siempre mi madre quien le daba el látigo. He reflexionado mucho sobre esto. En realidad creo que los blancos habían lavado tanto el cerebro de mi padre que inconscientemente tenía tendencia, aunque fuese antiblanco, a favorecer a los que tenían la tez más clara, y la mía era la más clara de todas. Esta preferencia viene directamente de la tradición esclavista que quiere que el «mulato» sea «mejor», porque es más blanco.

Me acuerdo también de mi padre cuando predicaba. No tuvo nunca una iglesia propia; era un «pastor ambulante». Recuerdo su sermón preferido: «Hay un pequeño tren negro en el horizonte... y ¡tenéis que estar preparados para cuando pase!». Supongo que este tema estaba relacionado con el Retorno a África de Marcus Garvey, el del «tren negro para el país natal».

A mi hermano Philbert, nacido poco antes que yo, le gustaba mucho la iglesia, pero a mí la iglesia me ponía nervioso y no entendía nunca nada. Me quedaba allí sentado, con los ojos en blanco, mientras mi padre gritaba y saltaba de su silla y los fieles gritaban también, entregándose en cuerpo y alma al canto y a la plegaria. A esa edad, yo ya no podía creer en

un Cristo divino. Los hombres de iglesia no me infundían ningún respeto.

Como pastor, mi padre estaba en contacto permanente con los negros de Lansing. Se encontraban en una situación muy triste, puede creerme. Y se encuentran todavía, pero de otra manera. Quiero decir con esto que no conozco ninguna otra ciudad que tenga un número tan elevado de negros «burgueses», como se dice normalmente, satisfechos de sí mismos y llenos de ideas falsas —el tipo de negro integracionista, obsesionado por su *standing* y por su apariencia de riqueza— (Hace poco, me encontraba en un pasillo de las Naciones Unidas, hablando con un embajador africano y su esposa, cuando se me acercó un negro y me dijo: «¿Me conoce?». Me quedé muy sorprendido y pensé que se trataba de alguien de quien debía acordarme. En realidad, era uno de esos negros de Lansing, fanfarrones, serviles, «burgueses». No me hizo ninguna gracia. Esta clase de negros se abstienen de todo contacto con los africanos, hasta el día en que se puso de moda tener amigos africanos, y esta relación se hizo simbólica de un cierto *standing*, incluso para los negros «burgueses»).

Cuando yo era niño, los negros de Lansing que habían «triunfado» eran camareros o limpiabotas. El empleo de *janitor*¹ en un gran almacén del centro era el más cotizado. La verdadera «élite», los «portavoces de la raza negra», eran los camareros del *Country Club*² de Lansing o los limpiabotas de la Cámara de diputados del Estado de Michigan. Los escasos negros que tenían un poco de dinero eran especialistas en juegos de azar, gerentes de casinos, o vivían de una manera u otra a espaldas de los más pobres, es decir, de la masa. Ni la fábrica de *Oldsmobile*, ni la de *Reo*, instaladas en Lansing, admitían negros (Hubo que esperar la guerra para que la fábrica de *Reo* emplease algunos *janitors* de color). Pero la mayoría de negros de Lansing figuraban en las listas de indigentes socorridos por el Estado o se morían de hambre.

1. En los Estados Unidos el *janitor* es el encargado de la conservación del local y de las reparaciones corrientes. (N.T.).

2. En muchas ciudades de los U.S.A. hay «clubs de campo», en los que se monta a caballo y se juega a tenis. Están reservados a la «alta sociedad» (blanca naturalmente) pues las cuotas son muy elevadas. (N.T.).

En aquella época, nosotros disfrutábamos de una situación relativamente buena. Como vivíamos en el campo, teníamos nuestro propio huerto. Vivíamos mucho mejor que los negros ciudadanos que, mientras mi padre pronunciaba su sermón, esperaban el maná que había de llegar del cielo o el paraíso del otro mundo (el de aquí abajo estaba reservado a los blancos).

Sé que las colectas de mi padre nos alimentaban y nos vestían casi siempre, pero también cogía *jobs* temporales. Yo me sentía orgulloso sobre todo de su cruzada de militante garveyista. Muy joven aún, sabía, por lo que oía decir, que mi padre decía cosas que hacían de él un «duro». Me acuerdo de una viejecita que le decía a mi padre sonriendo: «Va usted a clavarles una sagrada patada a esos blandos».

Una de las razones por las que he pensado siempre que yo era el preferido de mi padre, es que a mí era el único, que yo sepa, a quien llevaba a veces a los «meetings» U.N.I.A. de Garvey. Las organizaba discretamente en casa de particulares, nunca en las mismas. La concurrencia no era muy numerosa: unas veinte personas como máximo; pero esto era mucho para una sola habitación. Yo notaba que la misma gente que saltaba y chillaba a veces en la iglesia se comportaba en las reuniones de manera muy distinta. Allí se mostraban, al igual que mi padre, más serios, más inteligentes; tocaban de pies al suelo. Y yo también, como consecuencia.

Recuerdo haber oído el slogan «Africa para los africanos», y mi padre decía que, muy pronto, Africa, sería completamente dirigida «por hombres negros». «Nadie sabe cuando sonará la hora de la redención de Africa. Está en el aire. Va a venir. Llegará un día como una tempestad».

Recuerdo también unas enormes fotos, muy brillantes, de Marcus Garvey que pasaban de mano en mano. Mi padre tenía un sobre lleno que llevaba a todas las reuniones. En estas fotos se veía (o por lo menos yo creía ver) millones de negros desfilando detrás de Marcus Garvey que avanzaba en un coche magnífico. Era un negro muy alto, llevaba uniforme deslumbrante con pasamanería de oro y un extraordinario sombrero de largas plumas. Recuerdo que decían que tenía discípulos no sólo en los Estados Unidos sino en todos los lugares del mundo, y que las reuniones acababan siempre con estas palabras, que repetía muchas veces mi padre, y que

la gente cantaba con él: «Alzate, poderosa raza, podrás conseguir todo lo que quieras».

A pesar de todo lo que oía sobre Africa, nunca pensaba, en aquella época, en los negros africanos. No sé por qué pero, para mí, Africa era una tierra llena de salvajes desnudos, de caníbales, de monos y de tigres, de selvas bajo un calor aplastante.

Mi padre conducía su viejo coche negro, a veces me llevaba a las reuniones que se celebraban por toda la región de Lansing. Me acuerdo de una que se hizo durante el día (la mayoría eran de noche) en la ciudad de Owosso, a la que los negros llamaban «la ciudad blanca», a cuarenta millas de Lansing. Los negros no tenían derecho a pasearse de noche por las calles, como en Lansing-Est; por eso se hizo la reunión de día. En realidad, esta prohibición estaba en vigor en muchas ciudades de Michigan. Cada ciudad tenía sus negros «ciudadanos». A veces era sólo una familia, como en Mason, cuya única familia negra se llamaba Lyons. Lyons había sido la vedette del equipo de fútbol del instituto de Mason; era muy apreciado por los ciudadanos de esta ciudad y podía por lo tanto encontrar empleos domésticos.

Me parece que por esa época mi madre estaba siempre trabajando: cocinaba, lavaba, planchaba, limpiaba y se ocupaba de sus ocho hijos. Por regla general, se peleaba con mi padre, o no le dirigía la palabra. Una de las razones por las que no estaban de acuerdo era que ella tenía unas ideas muy particulares sobre lo que no se debía comer, entre otras cosas, cerdo y conejo, que mi padre adoraba. Era un verdadero negro de Georgia, persuadido de que había que absorber mucho «alimento del alma», como decimos actualmente en Harlem.

He dicho ya que era mi madre quien me pegaba, al menos hasta que le dio vergüenza que los vecinos pudieran creer que iba a despellejarme vivo. En cuanto ella hacía el gesto de levantar la mano, yo me las arreglaba para que todo el mundo se enterase. Si pasaba alguien por la carretera, no me hacía nada o me daba sólo algunos golpes.

Pensándolo bien, me parece que si mi padre me prefería a los demás porque tenía la piel más clara, mi madre me hacía la vida imposible por la misma razón. Su propia piel era muy

clara y sin embargo sus hijos favoritos eran los que tenían la piel más oscura. Sé perfectamente que Wilfred era su favorito. Recuerdo que me ordenaba salir de la casa y ponerme al sol «para que cojas un poco de color», decía. Hacía todo lo posible para evitar que yo me considerara superior porque mi piel era más clara. Y estoy seguro de que si me trataba así, era en parte debido a que ella había nacido también con la piel muy clara.

Enseguida me di cuenta de que las protestas obtenían resultado. Mis hermanos mayores iban ya a la escuela; a veces, cuando volvían, pedían un bizcocho; mi madre enfadada, les decía que no. Pero yo lloraba, hacía una escena, hasta que conseguía lo que quería. Recuerdo muy bien que mi madre me preguntaba porqué no era juicioso como Wilfred, pero yo pensaba en mi interior que Wilfred, tan amable, tan dulce, se quedaba casi siempre con hambre. Comprendí muy pronto que si se quiere conseguir algo hay que hacer ruido.

Teníamos un jardín muy grande, y criábamos gallinas. Mi padre compró polluelos y mi madre los criaba. Nos gustaba mucho el pollo. Y ese plato no ocasionaba ninguna discusión entre mi padre y mi madre. Estuvo muy contento el día que le pedí que me diera un jardín particular. Me dio un trozo de terreno que yo cultivaba con mucho cuidado. Lo que más me gustaba era plantar guisantes, y me sentía muy orgulloso cuando los veía en nuestra mesa. En cuanto aparecían los primeros brotes de hierbas los arrancaba. Arrastrándome a cuatro patas, inspeccionaba mis filas de legumbres, sacaba los gusanos y los insectos, los mataba y los enterraba. A veces, cuando había acabado de limpiarlo todo y veía que mis legumbres podían crecer sin dificultad, me tumbaba entre dos filas, miraba las nubes que pasaban en el cielo y pensaba en tantas cosas...

A los cinco años empecé a ir a la escuela; salía por la mañana con Wilfred, Hilda y Philbert. Era la escuela primaria de Joli Bosquet, a dos millas de la ciudad. Si nuestra presencia no planteaba ningún problema era debido a que éramos los únicos negros de la vecindad. En aquel tiempo, los blancos del Norte «adoptaban» a un número muy reducido de negros que no parecía constituir una amenaza. Los niños blancos no se hacían castillos sobre nosotros. Simplemente nos llamaban *niggers*, *darkies* (de piel oscura), y *Rastus*, y nosotros tomába-

mos estas palabras como nombres que nos eran propios. No pretendían insultarnos; nos veían así, eso es todo.

Una tarde de 1931, cuando Wilfred, Hilda, Philbert y yo volvíamos a casa, encontramos a mis padres a punto de pelearse. Hacía tiempo que la atmósfera era algo tirante a causa de las amenazas de la Legión Negra. Mi padre le ordenaba a mi madre que cociera uno de nuestros conejos (conejos que normalmente vendíamos a los blancos). Con lo fuerte que era mi padre no tenía necesidad de cuchillo para degollar a un conejo o a un pollo. A la primera vuelta de sus grandes manos negras arrancó la cabeza del animal y la arrojó, sangrando, a los pies de mi madre.

Mi madre lloraba. Empezó a sacar la piel del conejo antes de cocerlo. Pero mi padre estaba tan furioso que salió dando un portazo y se fue, por la carretera, a la ciudad.

Entonces mi madre tuvo una visión. Siempre había tenido esta extraña facultad que tenemos también la mayoría de sus hijos, según creo. Cada vez que va a ocurrir algo grave, lo presiento. Nunca me ha ocurrido nada para lo que no estuviese preparado.

Mi padre estaba ya muy lejos cuando mi madre salió chillando a las escaleras. «¡Early! ¡Early!», gritaba. Se cogía el delantal con las manos crispadas; atravesó el patio corriendo y llegó a la carretera. Mi padre se volvió. La vio. Con lo furioso que estaba, no entiendo por qué le hizo una señal con la mano. Pero siguió alejándose.

Mi madre me explicó después que había tenido una visión de la muerte de mi padre. Estuvo toda la tarde fuera de sí, nerviosa, trastornada, llorando. Después de cocer el conejo, lo guardó en un plato en el rincón más caliente del horno. A la hora de acostarnos, mi padre no había vuelto todavía; mi madre nos estrechó entre sus brazos; notamos que pasaba algo raro, no sabíamos qué hacer, ya que nunca había estado así.

Recuerdo que me despertaron los gritos de mi madre. Salté de la cama y vi, en el salón, la policía que trataba de calmarla. Se había vestido a toda prisa para salir con los policías. Y nosotros, que estábamos allí mirando, comprendimos perfectamente, sin que nadie nos lo dijera, que algo horrible le había ocurrido a nuestro padre.

La policía condujo a mi madre al hospital, la llevó a una

habitación donde mi padre estaba tendido, cubierto con una sábana, pero ella no quiso mirar, tenía demasiado miedo. Y desde luego, tenía razón. El cráneo de mi padre estaba completamente aplastado por un lado, según me explicaron posteriormente. Los negros de Lansing murmuraban que había sido atacado y dejado después sobre las vías del tranvía, que le había aplastado. Su cuerpo estaba casi partido en dos.

Sobrevivió en este estado unas dos horas y media. Los negros de entonces eran más resistentes que los de hoy en día, sobre todo los negros de Georgia. Si los negros de Georgia tenían necesidad de ser fuertes, era simplemente para sobrevivir.

Era ya de día y estábamos aún en casa, cuando nos dijeron que había muerto. Yo tenía seis años. Recuerdo que había un gran tumulto; la casa estaba llena de gente que lloraba, que decía amargamente que la Legión Negra había acabado atrapándolo. Mi madre estaba histérica. En su habitación, las mujeres le hacían oler sales. Durante el entierro se encontraba todavía en ese mismo estado.

No recuerdo muy bien el entierro. Lo que más me sorprendió fue que los funerales no se celebrasen en una iglesia, siendo mi padre pastor. Yo había asistido a veces a funerales que él oficiaba, en la iglesia. Pero los funerales de mi padre tuvieron lugar en las pompas fúnebres.

Durante la ceremonia, un moscardón negro se posó sobre la cara de mi padre y Wilfred saltó de su asiento (una silla plegable) para cazarlo. Volvió deshecho en lágrimas. Cuando nos acercamos al ataúd, me pareció que habían echado harina sobre el rostro negro, enérgico, de mi padre.

Al volver a la gran casa de cuatro habitaciones tuvimos que recibir muchas visitas durante toda una semana. Eran amigos de la familia y gente de toda la región que yo había visto en las reuniones de Marcus Garvey.

Los niños se adaptaron con más facilidad que su madre a la nueva situación. No podíamos adivinar como ella lo que nos esperaba. A medida que las visitas iban dejando de venir, empezó a inquietarse seriamente por los dos seguros de vida que mi padre había suscrito, y de los que se sentía tan orgulloso. Siempre decía que había que pensar en la familia en caso de defunción. Uno de los dos seguros, el menos cuantioso, se

nos pagó sin dificultad. No sé a cuanto ascendía. Desde luego, no eran más de mil dólares, quizás la mitad.

Pero cuando mi madre tuvo este dinero, que se fue casi todo con el entierro y otros gastos, empezó a ir y a venir de la ciudad cada vez más preocupada. La compañía que debía pagarnos el seguro más elevado, se negaba a pagar. Pretendía que mi padre se había suicidado. Empezaron de nuevo las visitas, se habló mucho, y muy amargamente, de los hombres blancos: ¿cómo podía ser que mi padre se hubiese aplastado él mismo el cráneo y se hubiese puesto después sobre las vías del tranvía para que éste le aplastara?

Tal era la situación en que nos encontrábamos. Mi madre, que tenía entonces treinta y cuatro años, no tenía ni marido, ni protector, ni apoyo alguno para sus ocho hijos. Sin embargo, la vida familiar se fue reemprendiendo poco a poco. Nos las arreglamos mientras duró el dinero del primer seguro.

Wilfred, que era un tipo bastante estable, maduró de golpe. Creo que era lo suficientemente lúcido como para comprender, mejor que nosotros, que la miseria se nos estaba comiendo. Dejó discretamente la escuela y se fue a la ciudad a buscar trabajo. Cogió el primer empleo que encontró y volvió por la noche con todo el dinero que había podido recoger.

Hilda, que había sido siempre una chica equilibrada, se encargó de los pequeños. Philbert y yo no hicimos nada. Nos limitamos a pelearnos continuamente, uno contra el otro en casa, y contra los niños blancos en la escuela. Algunas veces eran peleas de origen racial, pero normalmente se puede decir que nos peleábamos por cualquier cosa.

Pusieron a Reginald bajo mi protección. Desde que había empezado a andar, nos habíamos hecho muy amigos. Supongo que me gustaba verle, tan pequeño, y tratándome con tanto respeto.

Mi madre empezó a comprar a crédito. Mi padre se había opuesto siempre a este sistema. «El crédito, decía, es el primer paso hacia las deudas, es el principio de la vuelta a la esclavitud». Después se puso a trabajar. Fue a Lansing donde encontró varios empleos (limpieza, costura), en las casas de los blancos. Normalmente no se daban cuenta de que era negra. En Lansing, había muchos blancos que no querían negros en su casa.

Todo iba bien hasta que descubrían quién era, de quién era la viuda. Entonces la despedían. Recuerdo que volvía a casa llorando, tratando de esconder las lágrimas.

Un día uno de nosotros, no me acuerdo cuál, tuvo que ir a donde trabajaba, y la gente, al ver al niño, se dieron cuenta de que la madre era negra; la pusieron inmediatamente en la calle. Esta vez volvió llorando sin disimularlo.

Cuando los de la Asistencia vinieron por primera vez a casa, les encontramos, al volver de la escuela, hablando con nuestra madre. Le hacían mil preguntas. Le miraban, nos miraban, miraban la casa, como si no fuéramos personas. Al menos, ésta era mi impresión. Para ellos éramos cosas, nada más.

Mi madre empezó a recibir cheques: uno venía de la Asistencia y el otro era una pensión de viuda, me parece. Los cheques nos ayudaban a vivir. Pero eran insuficientes, y nosotros, demasiado numerosos. Cuando llegaban, a principios de mes, uno estaba ya hipotecado por entero, o más: lo debíamos al tendero. Y el segundo no duraba mucho tiempo.

Empezamos a ir de capa caída; más lentamente en el plano físico que en el psicológico. Mi madre era, antes y por encima de todo, una mujer tremendamente orgullosa; le costaba aceptar la caridad, y sus hijos la imitaban.

Prontó empezó a mostrarse agresiva con el tendero que no hacía más que aumentar la nota, le decía que no era una ignorante y esto a él no le gustaba. A los de la Asistencia les decía que no era una niña, que podía cuidar a sus hijos sola, y que no tenían por que venir a verla y meterse en sus asuntos. Y esto a ellos no les gustaba.

Pero el cheque mensual les sirvió de introducción. Hicieron como si les perteneciéramos. Mi madre hubiera querido cerrarles la puerta en las narices, pero no podía. Se puso furiosa cuando empezaron a hablar por separado a los más mayores, en las escaleras o en otra parte, haciéndoles muchas preguntas y hablándoles mal de su madre o de sus hermanos.

Nosotros no podíamos llegar a entender por qué nuestra madre no quería aceptar la carne, los sacos de patatas y de frutas, las conservas de todas clases, que el Estado quería darnos. No comprendí hasta mucho tiempo después que se esforzaba desesperadamente en guardar intacta su dignidad y la nuestra.

Era lo único que nos quedaba, ya que en 1934 empezamos realmente a pasar hambre. Creo que fue el peor año de la Depresión. Entre todas las personas que conocíamos, ninguna tenía para vivir. Los viejos amigos de la familia venían a vernos alguna vez. Al principio, nos traían comida. Mi madre la aceptaba, aunque fuera caridad.

En Lansing había una panadería donde comprábamos, por un *nickel*, un gran saco de harina lleno de pan del día anterior y de pasteles secos; después volvíamos a casa. Creo que mi madre sabía hacer gran cantidad de platos diferentes a base de pan: un guiso de tomates con pan, y con huevos si teníamos: un puding de pan, y uvas alguna vez. Si podíamos comprar carne picada, hacía *hamburguesas*, con más pan que carne. Los pasteles secos, nos los comíamos enseguida.

Pero a veces no teníamos ni siquiera un *nickel* y pasábamos tanta hambre que nos daba vueltas la cabeza. Entonces mi madre hervía hierbas en una cazuela. Recuerdo que un vecino decía que comíamos «hierba frita», y los niños se reían de nosotros. Otras veces, con un poco de suerte, podíamos comer cocido de avena o de maíz tres veces al día. O cocido por la mañana y pan de maíz por la noche.

Philbert y yo éramos ya demasiado mayores para pegarnos. Cazábamos conejos con la carabina 22 de mi padre y los vendíamos a nuestros vecinos blancos. Ahora me doy cuenta de que sólo los compraban para ayudarnos, pues ellos también cazaban conejos, como todo el mundo. A veces Philbert y yo nos llevábamos a Reginald a cazar. No era muy fuerte pero estaba muy orgulloso de poder venir con nosotros. Colocábamos trampas de ratón almizclero en el arroyo que corría por detrás de la casa. Y esperábamos, boca a bajo, sin hacer ruido, que llegase una rana que no sospechase nada; entonces la matábamos con una lanza, le cortábamos las patas y las vendíamos a los vecinos, a un *nickel* el par.

Después, a finales de 1934 creo, ocurrió algo grave. La familia se había deteriorado psicológicamente; nuestro orgullo se había ido consumiendo poco a poco, quizás porque teníamos la prueba cotidiana y tangible de nuestra pobreza. Conocíamos otras familias miserables. Sin que nadie lo hubiera dicho nunca explícitamente, nos sentíamos muy orgullosos de no tomar parte en las distribuciones gratuitas de víveres. Ahora en cambio, íbamos como los demás. En la escuela nos

señalaban con el dedo, nos llamaban los «asistidos», y lo decían incluso en voz alta.

Parecía que todo lo que teníamos en casa para comer estuviera marcado «Prohibida su venta». Los víveres que nos daba el Estado estaban todos marcados así para evitar el tráfico. Me sorprende que no llegáramos a creer que «Prohibida su venta» era una marca.

A veces, en vez de volver a casa al salir de la escuela, recorría a pie las dos millas que nos separaban de Lansing. Iba de tienda en tienda, me detenía ante los escaparates llenos de cajas de manzanas, de toneles, de cestos, y buscaba la ocasión de aprovecharme. Me comía lo que fuera.

O bien iba a ver, a la hora de cenar, a una familia que conocíamos. Ellos sabían muy bien por qué iba, pero lo disimulaban para no avergonzarme. Me invitaban a cenar y yo me atracaba.

Me gustaba mucho ir a visitar a los Gohanna. Eran una gente estupenda, de avanzada edad, que iban regularmente a la iglesia. Ellos eran quienes provocaban los saltos y los gritos cuando mi padre predicaba. Tenían un sobrino al que todo el mundo llamaba *Big Boy*. Nos entendíamos muy bien los dos. La señora Adcock, que iba con ellos a la iglesia, vivía también allí. Siempre estaba dispuesta a ayudar, no se separaba de la cabecera de un enfermo. Era ella quien tenía que decirme algo, años más tarde, que no he olvidado nunca: «Malcolm, hay una cosa que me gusta de ti. No vales nada pero no tratas de disimularlo. No eres un hipócrita».

Me volvía cada vez más agresivo: cuando quería algo no podía esperarlo mucho tiempo.

Crecí muy deprisa, más físicamente que moralmente. La gente de la ciudad empezaba a reconocerme, y tomé conciencia de la actitud de los blancos hacia mí. Me di cuenta de que tenía algo que ver con mi padre. Era la versión adulta de lo que murmuraban los niños de la escuela: que la Legión Negra, o el Klan, había asesinado a mi padre y que la compañía de seguros le había hecho una mala jugada a mi madre al negarse a pagar.

Alguna vez me atraparon robando, y los de la Asistencia empezaron a interesarse especialmente por mí. Había que mandarme a algún sitio. Un día mi madre estaba muy excita-

da, diciendo que era muy capaz de educar a sus hijos sola. Cuando se enteró de que yo había robado, empezó a azotarme, y yo intenté dar la alarma gritando. Hay una cosa de la que me he sentido siempre muy orgulloso, y es que nunca le levanté la mano a mi madre.

En las noches de verano mis hermanos y yo nos íbamos por la carretera, o a través de los campos, a robar sandías. Los blancos asociaban siempre las sandías con los negros hasta tal punto que si un niño blanco robaba sandías le decían que hacía como los negros. Los blancos quieren disimular o justificar siempre todos los defectos posibles cargándolos a espaldas de los negros.

Yo cogía fresas. No recuerdo cuánto me pagaban por cada cesto, pero al cabo de una semana de trabajo había ganado un dólar, que en aquel tiempo era mucho. Me dirigía hacia la ciudad pensando en las cosas buenas de comer cuando me encontré con un muchacho blanco, mayor que yo, Richard Dixon, que me preguntó si quería jugar a cara o cruz. Me dio dinero suelto. Al cabo de media hora, lo había recuperado todo, y se quedó mi dólar. En vez de ir a comprar alguna cosa a la ciudad volvía a casa, desengañado. Y lo estuve todavía más cuando descubrí que me había hecho trampas. Hay una manera de tirar un *nickel*, cogerlo y hacerlo salir del lado que se quiere. Fue mi primera lección de juego: el que gana siempre es un tramposo. Es como el negro de América que ve que el blanco gana todas las partidas. El blanco es un profesional: tiene todas las cartas buenas en su mano y nos da siempre las malas.

Fue más o menos por este tiempo cuando los Adventistas del Séptimo Día, que se habían instalado cerca de casa vinieron a ver a mi madre; le hablaron durante horas y horas, le dejaron folletos, prospectos y revistas. Ella los leyó. Wilfred, que volvía a ir a la escuela desde que recibíamos ayudas, leía mucho también. Estaba siempre sobre los libros.

Mi madre empezó a frecuentar asiduamente a los Adventistas. Creo que ejercían una influencia sobre ella porque sus tabús alimenticios eran aún más numerosos que los suyos. Al igual que nosotros, estaban en contra del conejo y del cerdo. Sólo comían carne de rumiante en zuecos partidos, según la ley de Moisés. Acompañábamos a nuestra madre a las reuniones adventistas. Lo que nos interesaba más era que

comíamos bien. Pero también escuchábamos. Había unos cuantos negros que habían venido de las pequeñas ciudades de los alrededores, pero creo que un noventa y nueve por ciento de los asistentes eran blancos. Los Adventistas tenían la convicción de que se acercaba el fin del mundo. De todos los blancos que yo había conocido, eran los más amables. Pero en algunos aspectos se diferenciaban de nosotros: los niños observamos que se ponían muy pocas especias en la comida, y que su olor no era como el nuestro.

Durante todo este tiempo, los de la Asistencia no dejaban de molestar a mi madre. Ella los odiaba y no intentaba disimularlo, no los quería en casa. Pero ellos seguían viniendo, seguros de su derecho, y sembraban entre nosotros los granos de la discordia. Nos preguntaban, por ejemplo, cuál era el más inteligente de nosotros, y por qué yo era «tan distinto».

Pensaban, me imagino, que poner a los niños en familias adoptivas formaba parte de sus funciones legítimas. Yo era su blanco: era un ladrón; esto quería decir que mi madre no se ocupaba de mí.

Todos nosotros habíamos sido traviesos en un momento dado, pero yo más que los otros. Philbert y yo estábamos siempre en guerra. Lo que, entre otras cosas, permitió a los de la Asistencia hacer presión sobre mi madre fue que, un granjero negro vecino nuestro nos había ofrecido carne de cerdo —un cerdo entero, o incluso dos— y ella no lo había aceptado. Esas almas caritativas trataron a mi madre de «loca» porque rechazaba la carne. Ella les explicó que no habíamos comido nunca cerdo y que era contrario a la religión de Adventista del Séptimo Día, pero para ellos esta explicación no tenía sentido.

No tenían por mi madre ninguna simpatía, ninguna compasión, ningún respeto. El día de esa historia de la carne, nuestra familia, nuestra unidad, empezó a desintegrarse. Evidentemente teníamos dificultades, y yo no arreglaba las cosas. Pero hubiéramos podido arreglarnos si hubiéramos permanecido juntos. Yo era malo, lo sé, creaba problemas y preocupaciones a mi madre, pero la quería.

Nos enteramos de que los de la Asistencia habían hablado con la familia Gohanna y que ésta había aceptado albergarme. Pero al saberlo, mi madre sufrió una crisis, y los destructores se largaron por un tiempo.

Fue entonces cuando empezó a venir a vernos el gran negro de Lansing. No recuerdo cuál era su empleo. Por otra parte en Lansing, en 1935, los negros no ejercían verdaderos «empleos». Pero ese tipo se parecía un poco a mi padre. Era soltero y mi madre una viuda de treinta y seis años solamente. Era independiente, y por eso lo admiraba. Ella tenía dificultades para mantener la disciplina, y la presencia de un tipo así le sería muy útil. Y con un apoyo material podría mandar al diablo a los de la Asistencia.

Los niños lo comprendíamos muy bien, sin necesidad de hablar. No pusimos ninguna objeción. Nos acostumbramos—incluso nos divertía, ver a nuestra madre vistiéndose lo mejor que podía (era aún una mujer hermosa). Cada vez que él venía, se transformaba por completo, estaba alegre, sonreía, como no la habíamos visto desde hacía muchos años.

Vino a verla durante un año, creo. Pero hacia 1936 ó 1937, la dejó plantada. Por lo que he podido comprender más tarde, se echó atrás ante la responsabilidad de ocho bocas que alimentar. Desde luego, era para asustarse.

Fue un golpe terrible para mi madre. El principio del fin de la realidad. Empezó a hablar sola, sentada o andando, como si ignorase nuestra presencia. Los de la Asistencia vieron su estado de depresión. Entonces tomaron medidas definitivas para ocuparse de mi familia. Me hicieron ver lo agradable que sería vivir con los Gohanna, que me querían mucho, como *Big Boy* y la señora Adcock.

Yo también les apreciaba mucho. Pero no quería separarme de Wilfred, mi hermano mayor, a quien admiraba; ni de Hilda, que era como una segunda madre para mí; ni de Philbert. Aunque nos pegásemos, éramos buenos amigos. Ni de Reginald, que era muy débil a causa de su hernia y me consideraba como su protector, de la misma manera que yo consideraba a Wilfred. Sin olvidar a los pequeños: Yvonne, Wesley y Robert.

Mi madre, cuanto más hablaba sola, menos se preocupaba de nosotros. Se había vuelto irresponsable. La casa estaba cada vez más sucia. Y nosotros más descuidados. Ahora era Hilda quien hacía la comida.

Veíamos cómo nuestra madre se descuidaba. Era algo terrible. Como el inicio de una catástrofe. Los pequeños se apoyaban en Wilfred y Hilda, los mayores, los más fuertes.

Cuando me mandaron por fin a casa de los Gohanna, estaba bastante contento, al menos en apariencia. Lo único que dijo mi madre, cuando salí de casa con el funcionario que me escoltaba, fue: «No le dejen comer cerdo».

En muchos aspectos, estaba mejor en casa de los Gohanna. Compartía una habitación con *Big Boy*, y nos entendíamos bien. Pero no era un verdadero hermano. Los Gohanna eran muy creyentes. *Big Boy* y yo íbamos con ellos a la iglesia. Los pastores y los fieles saltaban todavía más alto y gritaban todavía más fuerte que los baptistas que yo había conocido. Cantaban a pleno pulmón, se balanceaban de atrás a delante, lloraban, gemían, tocaban tambores, entonaban salmos.

Los Gohanna y la señora Adcock eran unos apasionados de la pesca y, a veces, *Big Boy* y yo les acompañábamos los sábados. Había algunos niños blancos, pero *Big Boy* y yo no íbamos nunca con nuestros compañeros de clase. Cuando íbamos a pescar, el tener que esperar que el pez viniera a morder el anzuelo no nos satisfacía. Yo pensaba que debía haber un truco mucho mejor para cogerlos, pero no lo habíamos descubierto todavía.

El señor Gohanna era muy amigo de los cazadores que nos llevaban algunos sábados a *Big Boy* y a mí a cazar conejos. Con permiso de mi madre, me había llevado la carabina 22. Los mayores tenían su sistema. Normalmente, cuando el perro caza un conejo, éste se salva pero, por instinto, vuelve. De manera que acaba siempre volviendo al mismo lugar en que el perro se le ha echado encima. Pues bien, los viejos se escondían en algún sitio y esperaban que el conejo volviera, entonces le disparaban. Este sistema me dio que pensar, y acabé encontrando otra estrategia. *Big Boy* y yo nos alejábamos de los viejos y nos dirigíamos al lugar por el que, según mis cálculos, tenía que pasar el conejo cuando volvía.

Esto funcionaba siempre. Llegué a coger tres o cuatro conejos mientras ellos no cogían ninguno. Lo curioso, es que los viejos no sabían cómo lo hacía, y no cesaban de prodigarme elogios por mi destreza. Yo tenía entonces unos doce años. Lo único que había hecho era mejorar su técnica y para mí era una lección muy importante: si alguna vez veis que alguien triunfa en lo que vosotros habéis fracasado, sobre todo si estáis en igualdad de condiciones, es que ha hecho algo que vosotros no habéis hecho.

Iba bastante a menudo a casa. De vez en cuando, *Big Boy* o alguno de los Gohanna me acompañaban. Por suerte, porque con ellos era más fácil.

Los de la Asistencia miraron de separar enseguida a mi madre de todos sus hijos. No cesaba de hablar sola, y cada vez había más blancos que iban a verla y le hacían un montón de preguntas. Incluso venían a verme a casa de los Gohanna, me interrogaban en la escalinata, o en su coche.

Mi madre acabó hundiéndose del todo y, por decisión del tribunal, la llevaron al hospital psiquiátrico de Kalamazoo.

Se encontraba a más de setenta millas de Lansing, a una hora y media de autobús. Todos los hijos estábamos bajo la protección de un tal juez McClellan, de Lansing. Estábamos bajo tutela jurídica, «pupilos de la Nación». ¡Un blanco responsable de niños negros! Aún con las mejores intenciones, no era otra cosa que la esclavitud moderna, legalizada.

Mi madre estuvo unos veintiséis años en el hospital de Kalamazoo. Cuando yo era todavía un adolescente, y vivía en Michigan, iba a verla algunas veces. Nada me ha conmovido nunca tanto como el lamentable estado en que la encontraba. En 1963 la sacamos de allí y ahora vive con Philbert en Lansing.

Era mucho peor que si hubiera estado enferma físicamente; en ese caso hubiéramos sabido por qué, le hubiéramos dado medicamentos y se habría curado. Cada vez que iba a verla, en el momento en que la traían, como un simple número, y la alejaban de mí, me ponía más triste.

La última vez que la visité allí, en 1952, yo tenía 27 años. Philbert me había dicho que en su última visita casi no le había reconocido. «A ratos», me dijo. Pero a mí no me reconocía en absoluto. Me miraba fijamente. No sabía quién era. Yo intentaba hablarle, hacerle entender, pero ella tenía siempre la cabeza en otra parte. Le preguntaba: «Mamá, ¿sabes a qué día estamos?». Y ella me decía, mirándome fijamente: «Todos se han marchado».

No puedo explicar lo que sentía entonces. La mujer que me había traído al mundo, cuidado, aconsejado, castigado, querido, no me conocía. Yo la miraba. La oía «hablar». Pero no podía hacer nada por ella. Creo que si alguna familia ha sido destruida por la Asistencia pública, esa es la nuestra. Noso-

tros queríamos estar juntos y lo intentamos. Esa desintegración de nuestro hogar no era necesaria. Pero los de la Asistencia, los tribunales y su médico nos dieron el golpe de gracia. Y no éramos los únicos en este caso.

Aquel día sabía que no volvería a ver a mi madre. Ya que nos habían considerado como números, como casos sociales que figuran en los manuales, y no como seres humanos, yo hubiera podido volverme muy malo y peligroso. Mi madre había llegado a ese estado por que la sociedad había faltado a su deber, se había mostrado hipócrita, avara, inhumana. Por mi parte, yo tampoco tengo compasión por una sociedad que aplasta a los hombres.

Casi nunca he hablado a nadie de mi madre, porque sería capaz de matar sin dudarlo ni un instante a cualquiera que hablase mal de ella. Por eso no he querido abrir ninguna brecha en la que podría precipitarse el primer imbécil que llegara.

Pero volviendo a 1937, cuando mi familia se dispersó, Wilfred y Hilda eran ya lo suficientemente mayores como para que se les autorizase a vivir en la gran casa de cuatro habitaciones que mi padre había construido. Philbert fue colocado en otra familia de Lansing, en casa de la señora Hackett; Reginald y Wesley, en casa de los Williams, amigos de mi madre; Yvonne y Robert, en casa de los McGuire, una gente de las Antillas.

A pesar de la distancia que nos separaba, seguimos estando muy unidos los unos con los otros y nos veíamos en Lansing, en la escuela o en cualquier otra parte, siempre que podíamos.

Mascota

El 27 de junio de 1937, el boxeador Joe Louis venció a James J. Braddock y se convirtió en el campeón del mundo de los pesos pesados. Los negros de Lansing, y los de todas partes, estaban locos de alegría: Joe Louis era el orgullo de nuestra raza, el ídolo de mi generación. Desde que empezaban a andar, los niños negros soñaban con ser la próxima

«bomba negra». Mi hermano Philbert no era una excepción; en la escuela era ya bastante buen boxeador (Yo en cambio, empecé a jugar a baloncesto pero no tuve mucho éxito. Era muy alto, pero muy torpe). En otoño de ese mismo año, Philbert participó en los combates de aficionados que se celebraban en el Auditorium Prudden de Lansing.

Resultó vencedor en las pruebas eliminatorias que eran cada vez más difíciles. Yo iba a ver cómo se entrenaba en el gimnasio. Era apasionante. Quizás sin darme cuenta le envidiaba secretamente. Además, no podía pasarse desapercibido que la admiración que Reginald había sentido siempre por mí empezaba a desviarse.

Philbert era un boxeador innato, decían. Pensé que siendo de la misma familia, yo también debía serlo. Y entré en el mundo del boxeo. Creo que tenía trece años cuando me inscribí para el primer combate. Pero era tan alto y tan atrevido que aparentaba dieciséis, como mínimo. Pesaba 58 kilos. Era por tanto un peso pluma.

Mi contrincante era un blanco, novato como yo, que se llamaba Bill Peterson. Nunca lo olvidaré. Cuando nos llegó el turno, mis hermanos, y casi toda la gente que conocía, estaban mirándome. No es que hubieran venido a verme a mí precisamente, sino a Philbert, que empezaba ya a preparar una buena segunda parte. Sus admiradores querían saber qué haría.

Salté al ring y me presentaron a Bill. Después el árbitro soltó el habitual rollo sobre el *fair play* que esperaba de nosotros. Sonó la campana. Yo sabía que estaba asustado, pero lo que no sabía (Bill Peterson me lo dijo más tarde) es que él también lo estaba. Tenía tanto miedo de que le hiciera daño que me tumbó al menos cincuenta veces.

Perdí mi reputación en el barrio negro hasta tal punto que casi tuve que desaparecer de la circulación. Un negro no puede dejarse vencer por un blanco y volver con la frente alta a su barrio. Y menos en aquella época en que los deportes y, en menor escala, los espectáculos eran los únicos campos en los que un negro podía vencer a un blanco sin ser linchado. Cuando volví a aparecer por allí, los negros que me conocían se burlaban tanto de mí que comprendí que tenía que hacer algo.

Lo que más me humilló fue el comportamiento de Reginald,

mi hermano pequeño: no hablaba nunca del combate. Pero era la manera en que me miraba y evitaba mi mirada. Volví pues al gimnasio y me entrené duramente. Pegaba puñetazos a los sacos, saltaba a la cuerda, gruñía, sudaba agua y sangre. Finalmente me inscribí en las listas, para combatir con Bill Peterson.

Este segundo encuentro tuvo sólo una ventaja respecto al primero, y es que casi ninguno de mis amigos estaba en la sala. Agradecí sobre todo que Reginald no hubiera venido. En cuanto sonó la campana me llegó un puñetazo, después la lona subió; diez segundos más tarde, el árbitro pronunciaba: «¡Diez!» sobre mi cabeza. Fue, sin duda alguna, el combate más corto de la Historia. Oía cómo el árbitro contaba, pero yo me sentía incapaz de levantarme. A decir verdad, no estoy muy seguro de que quisiera hacerlo.

Ese blanco fue el principio y el fin de mi carrera pugilística. Durante estos últimos años, desde que me convertí al mahometanismo, he pensado muchas veces en esta historia y creo que fue Allah quien impidió que siguiera adelante: hubiera podido convertirme en un «punchy».

Poco después de ocurrir esto, entré en una clase con el sombrero puesto. Lo hice adrede. El profesor, que era blanco, me ordenó que me lo quitase y que me paseara por toda la clase hasta que él me lo dijera. «Así, dijo, todo el mundo te verá. Y mientras tanto daremos la clase para los que quieren aprender».

Estaba todavía paseándome cuando se levantó para escribir algo en la pizarra. Todos los alumnos le miraban. Entonces pasé por detrás de su mesa y puse un clavo en la silla. Cuando volvió a sentarse, yo estaba ya lejos del lugar del crimen, en el fondo de la sala. Se sentó sobre el clavo. Le oí chillar y levantarse como un rayo mientras yo salía por la puerta.

Mi conducta era tal, que no me sorprendió lo más mínimo que me expulsaran.

Supongo que debí pensar que no asistiendo a la escuela, podría quedarme en casa de los Gohanna y pasearme por la ciudad o quizás encontrar un trabajo para ganar un poco de dinero. Por esto me quedé tan sorprendido cuando un funcionario del Estado, al que yo no conocía, vino a buscarme a casa de los Gohanna y me llevó ante el tribunal.

Me dijeron que iba a ir a un reformatorio. Yo tenía trece años.

Pero primero me llevaron a una casa de detención, en Mason (Michigan), a doce millas de Lansing. Allí iban todos los chicos y chicas «malos» de la región de Ingham, en espera de comparecer ante el tribunal de menores.

El funcionario blanco se llamaba Maynard Allen. Era más amable conmigo que la mayoría de los de la Asistencia. Incluso trató de consolar a los Gohanna y a la señora Adcock y a *Big Boy* que lloraban a lágrima viva. Yo no. Puse la poca ropa que tenía en una caja. Fuimos a Mason en el coche de Allen. Me dijo que si iba por el buen camino podría llegar a ser alguien, se veía en mis notas. Añadió que se hablaba injustamente de los reformatorios, que eran sitios donde un joven como yo podía mejorar, tomar conciencia de sus errores y llegar a ser alguien de quien todo el mundo se sentiría orgulloso. Me dijo también que la directora del reformatorio, una tal señora Swerlin, y su marido eran muy buenas personas.

Y era verdad. La señora Swerlin dominaba a su marido: recuerdo que era una mujer robusta, con mucho pecho, que siempre estaba riendo. El señor Swerlin era delgado; tenía el pelo y el bigote negros y muchos colores en la cara. Era discreto y educado, incluso conmigo.

Les caí en gracia desde el primer momento. La señora Swerlin me enseñó mi habitación, mi propia habitación, la primera que tenía en mi vida. Estaba en un gran edificio, como un inmenso dormitorio, donde colocaban y colocan todavía, a los jóvenes detenidos. Descubrí enseguida, con gran asombro por mi parte, que se autorizaba comer en la mesa de los Swerlin. Era la primera vez que comía con adultos blancos desde las reuniones de los Adventistas del Séptimo Día. Naturalmente, yo no era el único que tenía ese privilegio: excepto los más indisciplinados —los que habían intentado escaparse— comíamos todos con los Swerlin, que se sentaban al extremo de una mesa muy larga.

Empecé a barrer y a limpiar el polvo como lo hacía en casa de los Gohanna con *Big Boy*.

Todos estaban satisfechos de mí, y como me querían, me aceptaron enseguida. Ahora me doy cuenta de que me tomaban por una mascota. Delante mío, hablaban de todo y de

nada, como quien habla con su canario. Incluso hablaban de mí, o de los *niggers*, como si yo no estuviera o no entendiera el sentido de esa palabra. La repetían al menos cien veces al día, pero no era con malicia, sino al contrario. Un día el señor Swerlin al volver de un paseo por el barrio negro, dijo delante de mí a su esposa: «No entiendo cómo se las arreglan los *niggers* para ser felices y pobres a la vez». Añadió que vivían en barracas, pero en cambio tenían unos magníficos coches a la puerta.

La señora Swerlin respondió, también delante mío: «Los *niggers* son así». No olvidaré nunca esa conversación.

Lo mismo ocurría con los blancos, casi siempre relacionados con la política, que venían a ver a los Swerlin. La mayoría de las veces, los *niggers* eran su tema de conversación. El magistrado que llevaba mi caso en Lansing era muy amigo de los Swerlin. Preguntó por mí en cuanto llegó y me miró de arriba a abajo como si fuera una muestra o un perro de caza.

Jamás se les ocurrió pensar que yo era capaz de entender, que no era un perrito, sino un ser humano. No me atribuían ni sensibilidad, ni inteligencia, ni las facultades que hubieran reconocido en un muchacho blanco. Los blancos han considerado siempre a los negros como unos seres que pueden estar *con* ellos, pero no pueden ser *de* ellos. Aunque pareciese que me abrían las puertas, seguían estando cerradas. En el fondo no me veían nunca, *a mí mismo*.

Y es precisamente esta clase de condescendencia la que hoy trato de desenmascarar a los negros ávidos de «integrarse» en la sociedad americana, que consideran a sus amigos blancos como «liberales», los llamados «buenos blancos». Son «amables». ¿Y después qué? Pensad que no os ven nunca como se ven a sí mismos, o como ven a los suyos. Puede que el blanco esté junto al negro en lo fácil, pero nunca en lo difícil. En el fondo, está convencido hasta la médula de que vale más que cualquier negro.

Pero yo no me daba cuenta de todo esto cuando estaba en la casa de detención. Hacía mi trabajo y todo iba bien. Los fines de semana me daban permiso para ir a Lansing. Nadie me impedía pasear por las calles del barrio negro, incluso de noche. No tenía la edad, pero la aparentaba por mi altura.

Crecía más rápidamente que Wilfred y Philbert. Ellos habían empezado ya a conocer chicas en los bailes de la escue-

la y me presentaron algunas. Pero las que me encontraban agradable no me gustaban a mí, y vice-versa. De todos modos, yo no sabía bailar y no tenía la menor intención de malgastar mis pocos *dimes* con unas chicas. Prefería pasar estos sábados por la noche paseando por los bares y restaurantes negros. En los *jukeboxes* sonaba el *Tuxedo Junction* de Erskine Hawkins. A veces venían algunas «bandas» de Nueva York. Allí oí hablar por primera vez de Lucky Thompson y de Milt Jackson, a los que luego conocería en Harlem.

Muchos jóvenes salían el día previsto de la casa de detención para ir al reformatorio. Pero cuando llegó mi turno, y llegó dos o tres veces, se ignoraron las órdenes. Yo se lo agradecía mucho a la señora Swerlin —sabía que era ella quien lo arreglaba todo— porque no quería irme.

Un día me dijo que iba a ir al instituto de Mason. Era la única escuela de la ciudad. Los pupilos de la casa de detención no iban casi nunca allí. Los únicos negros que habían, además de mí, eran los Lyons, más jóvenes que yo, que iban a clases inferiores. Resultó que éramos los únicos negros de Mason. Los Lyons, aun siendo negros, eran gente muy apreciada. El señor Lyons era inteligente y trabajaba mucho. La señora Lyons era una mujer estupenda. Ella y mi madre eran dos de las cuatro personas procedentes de las Antillas que vivían en Michigan.

Algunos de los jóvenes blancos que conocí eran todavía más simpáticos que los de Lansing. Me trataban como a un *nigger*, naturalmente, pero no querían hacerme ningún daño, como los Swerlin. Al ser el único *nigger* de la clase me hice muy popular, en parte, supongo que debía ser porque representaba una novedad. Estaba muy solicitado. Me daban la primacía absoluta en todo. Pero mi prestigio se debía también a la «recomendación» de la señora Swerlin, que era toda una personalidad en la ciudad. En Mason nadie se atrevía a estar mal con ella. Llegué al extremo de no poder pasar un día en el instituto sin que se me reclamara en los grupos de discusión o en el equipo de baloncesto. Yo aceptaba siempre.

Después la señora Swerlin me encontró un empleo de lavaplatos en un restaurante de Mason: sabía que necesitaba dinero. El dueño del restaurante era el padre de uno de mis compañeros de clase, un blanco con el que nos habíamos hecho muy amigos. Su familia vivía en el piso de arriba. El

empleo me gustaba. Los viernes por la noche, cuando me pagaban, me sentía flotando entre nubes. No recuerdo cuánto ganaba, pero me parecía mucho. Por primera vez en mi vida tenía un poco de dinero mío. En cuanto pude, me compré un traje verde y unos zapatos y llevaba caramelos a los compañeros de mi clase, al menos a los que hacían lo mismo por mí.

Mis asignaturas preferidas eran Literatura e Historia. El profesor de Literatura, el señor Ostrowski, me daba siempre consejos sobre la manera de llegar a ser alguien. Lo único que no me gustaba de las clases de Historia era la manía del profesor, el señor Williams, en explicar «historias de *niggers*». Un día, durante mi primera semana en el instituto de Mason, entré en la clase en el momento en que el señor Williams entonaba para divertirse un poco: «Allá en los campos de algodón hay quien dice que los *niggers* no son unos ladrones»¹. Muy divertido. Me gustaba mucho la Historia, pero a partir de ese día no me gustó más el profesor. El libro de texto dedicaba sólo un párrafo a la historia de los negros. El señor Williams nos lo leyó de un tirón, riéndose al mismo tiempo: los negros habían sido esclavos, se habían emancipado, pero eran casi siempre perezosos, tontos e indolentes. El señor Williams añadía cosas de su cosecha: como verdadero antropólogo nos explicó entre dos carcajadas que los negros tenían unos pies «tan grandes que al andar dejaban agujeros en vez de huellas».

Siento tener que decir que no me gustaban las matemáticas. Muchas veces he reflexionado sobre esto. Creo que era porque en matemáticas no hay discusión posible. Si te equivocas, te equivocas, y basta.

El baloncesto en cambio era para mí muy importante. Formaba parte del equipo. Ibamos a jugar a las ciudades vecinas, Howell, Charlotte. En cuanto me veían, los espectadores me trataban de *nigger* y de «ladrón» a grito pelado. O me llamaban «*Rastus*». Pero a decir verdad, esto no nos importaba ni a mis compañeros de equipo, ni al entrenador, ni a mí. Mi posición era la misma que la de los negros que, todavía hoy, se dejan decir por los blancos —aunque en el fondo les moleste— que «progresan mucho». Les han repetido tanto esta

1. Parodia de una antigua canción del Sur (N.T.).

historia, les han llenado tanto el cerebro, que han acabado por creérselo.

Después del partido de baloncesto había casi siempre un baile en el instituto de uno de los equipos. Si no era en Mason, notaba cómo la sala se enfriaba cuando yo entraba. Los jóvenes se tranquilizaban cuando veían que yo no tenía intención de mezclarme con ellos. Creo que encontré la manera de guardar las distancias sin que pareciera que lo hacía expresamente. Incluso en mi propio instituto notaba —era como una auténtica barrera— que a pesar de las grandes sonrisas, la «mascota» no podía bailar con las blancas.

Me puse a reflexionar largamente sobre un fenómeno muy extraño. Muchas veces mis amigos blancos de Mason, especialmente los que más conocía, me llevaban a un rincón y me incitaban a hacer proposiciones a algunas chicas blancas, incluso a sus propias hermanas. Me explicaban que ellos ya se habían acostado con esas chicas, incluidas sus hermanas, o que lo habían intentado y no habían podido. Comprendí el juego enseguida: si conseguía que ellas rompieran el tabú y fueran conmigo a algún sitio apartado, podría hacerlas cantar después y obligarlas a acostarse con ellos.

Me da la impresión de que los blancos pensaban que, siendo negro, yo debía saber mucho más que ellos de «amor» y de la sexualidad; que sabía por instinto lo que había que decir y hacer a sus amiguitas. No he dicho nunca a nadie que sentía una cierta atracción por algunas blancas y que ellas la sentían por mí. Me lo demostraban de muchas maneras. Pero cada vez que estábamos juntos haciéndonos confianzas o teníamos relaciones que hubieran podido llegar a ser muy íntimas, se interponía un muro entre nosotros. Las chicas que yo deseaba realmente eran dos negras que me había presentado Wilfred o Philbert. Y, sin embargo, con ellas no me atrevía.

Por lo que veía y oía los sábados por la noche en el barrio negro, me di cuenta de que habían parejas mixtas. Pero, por extraño que esto parezca, no me impresionó lo más mínimo. Estoy seguro de que todos los negros de Lansing sabían que los blancos pasaban en coche por algunas calles del barrio negro donde las prostitutas estaban al acecho. Por otra parte, había un puente que separaba el barrio negro del blanco. Las mujeres pasaban a pie o en coche a buscar a los negros que

las estaban esperando. Ya en aquella época, las mujeres blancas de Lansing tenían fama de conquistar a los negros. Entonces yo no sabía todavía que los blancos atribuyen a los negros una virilidad prodigiosa. En Lansing no he oído nunca decir que la mezcla de las dos razas hubiera creado problema alguno. Supongo que todo el mundo lo hacía por dinero, como yo.

En sexto curso fui elegido presidente de mi clase. El primer sorprendido fui yo. Pero ahora entiendo por qué: yo era uno de los mejores alumnos del instituto, un fenómeno único, algo así como un perrito rosa. Y me sentía orgulloso, no puedo negarlo. No era todavía muy consciente de que era negro y trataba por todos los medios de ser blanco. Por eso dedico ahora mi vida a decirle al negro americano que pierde el tiempo queriendo «integrarse». Lo sé por experiencia, pues yo también lo intenté con todas mis fuerzas.

«Malcolm, qué orgullosos estamos de ti», dijo la señora Swerlin al saber que me habían elegido presidente. La noticia corrió por el restaurante donde trabajaba. Incluso mi tutor, que venía a verme a veces, me felicitó. Dijo que mi caso era un perfecto ejemplo de «reforma». Tengo que reconocer que yo le apreciaba mucho, excepto cuando quería dar a entender que mi madre nos había abandonado.

En aquella época conocí a Ella, la hija del primer matrimonio de mi padre. Vivía en Boston y vino a visitarnos.

La encontré un día al salir del instituto. Me estrechó en sus brazos, me miró de arriba a abajo. Ella era una mujer enorme, quizás más que la señora Swerlin. No era simplemente negra, sino negra como el carbón, al igual que mi padre. Por la manera con que se sentaba, se movía, hablaba, se veía que era una mujer que lograba siempre lo que quería. Mi padre estaba orgulloso de ella porque había trasladado a muchos miembros de la familia de Georgia a Boston, donde poseía algunos bienes, a pesar de que había llegado allí con las manos vacías. Nadie me había impresionado nunca tanto.

En el verano de 1940 tomé el autobús de Boston con mi maleta de cartón y mi traje verde. No hacía falta que llevara un cartel que dijera «pueblerino»: se veía demasiado. Desde mi asiento —lo habéis adivinado— en el fondo del autobús, veía pasar, como atontado, la América del hombre blanco.

Ella me esperaba en la terminal. Me llevó a su casa, en el

Harlem de Boston, Roxbury. La sentía más cercana que a una hermanastra, quizás porque los dos tenemos un carácter dominante.

Ella hacía docenas de cosas a la vez; pertenecía a no sé cuántos clubs; era un foco de atracción de la «buena sociedad negra» de Boston. En su casa conocía un centenar de negros que hablaban como ciudadanos y me dejaban con la boca abierta.

Aunque hubiera querido aparentar indiferencia no hubiera podido. La gente hablaba familiarmente de Chicago, de Detroit, de Nueva York. No podía creer que hubieran tantos negros en el mundo, dada la cantidad que veía en Roxbury por las noches, sobre todo los sábados. Luces de neón, night-clubs, bares, y ¡los coches que conducían! Por las calles se olía la cocina negra de los restaurantes, rica, grasa, tan nuestra. Los *jukeboxes* dejaban oír a Erskine Hawkins, a Duke Ellington, a Cootie Williams, y a otros. Los grandes conjuntos de jazz actuaban todas las noches alternadamente: una noche para los negros, la siguiente para los blancos.

Al volver a Mason me sentí incómodo, por primera vez en mi vida, en compañía de los blancos. Entonces no me daba cuenta, pero ahora sé que encontraba a faltar Boston, porque allí había descubierto, por primera vez, un mundo que era el mío.

Un día, al entrar en el instituto, me encontré, no sé cómo, cara a cara con el señor Ostrowski, el profesor de inglés. Enorme, de cara sonrosada, y un espeso bigote. Con él había tenido algunas de mis mejores notas y siempre me había demostrado que me apreciaba. Ya he dicho antes que Ostrowski era un «consejero» innato: daba su opinión sobre lo que había que leer, hacer y pensar sobre todo.

Creo que aquel día llevaba buenas intenciones. Estoy seguro de que no quería hacerme ningún daño. Era sólo algo propio de su naturaleza de americano blanco. Yo era uno de sus mejores alumnos, uno de los mejores alumnos de todo el instituto, pero mi porvenir estaba sólo «en mi sitio»: es esa clase de porvenir que todos los blancos preveen para los negros.

— Malcolm, me dijo, tendrías que pensar en tu porvenir. ¿Lo has hecho?

No lo había pensado nunca. No sé por qué, le dije que

quería ser abogado. En aquella época no había en Lansing abogados negros que hubieran podido darme esta idea. Todo lo que sabía era que un abogado no tenía que fregar platos como yo.

El señor Ostrowski se quedó sorprendido. Sonriendo me dijo:

— Malcolm, en la vida hay que ser ante todo realista. Entiéndeme. Aquí todos te queremos, ya lo sabes. Pero tú eres un *nigger*, y por eso tienes que ser realista. Ser abogado, no es una ambición realista para un *nigger*. Deberías reflexionar sobre todo lo que *puedes* ser. Tienes unas manos muy hábiles. Todo el mundo admira tus trabajos de carpintería. ¿Por qué no te haces carpintero? Personalmente, toda la gente te aprecia, no te faltaría trabajo.

Después, cuanto más pensaba en esta conversación, más me preocupaba. Lo que más me molestó fueron los consejos que el señor Ostrowski daba a mis compañeros de clase —todos ellos blancos—. Animaba a los que querían seguir una carrera por sí solos, hacer algo nuevo. Algunas chicas querían ser maestras, los chicos funcionarios o veterinarios; una chica quería ser enfermera. Todos decían que el señor Ostrowski les animaba a que lo hicieran. Y sin embargo, ninguno de ellos tenía tan buenas notas como yo.

Entonces me di cuenta de que, aunque no valiera mucho, era más inteligente que la mayoría de los blancos. Pero aparentemente nunca sería lo bastante inteligente (a su modo de ver) para hacer lo que deseaba.

Fue entonces cuando empecé a cambiar, interiormente. Evitaba a los blancos. Seguía asistiendo a clase y contestaba cuando me hacían una pregunta, pero la clase del señor Ostrowski se iba convirtiendo en un suplicio para mí. Antes aparentaba no darme cuenta cuando me decían *nigger*; ahora me volvía para mirar cara a cara al que me lo había dicho. Y la gente se quedaba sorprendida.

He pensado muchas veces que si el señor Ostrowski me hubiese animado a ser abogado, hoy sería miembro de esa burguesía negra, que ejerce profesiones liberales, frecuenta cocktails, y se considera portavoz o líder del pueblo negro cuando en realidad su principal preocupación es «integrarse» y recoger las migas que los blancos le ofrecen a disgusto.

Doy gracias a Allah por haberme enviado a Boston en

aquel momento. Sino, hoy sería un cristiano negro con el cerebro lavado.

Compatriota

Yo me parecía a Li'l Abner ¹. Mason (Michigan) estaba escrito en mi cara. Mi cabello rojizo y rizado estaba cortado con un estilo muy pueblerino y no usaba brillantina. Las mangas de mi chaqueta verde me llegaban hasta las muñecas y los pantalones dejaban ver diez centímetros de calcetines. Llevaba un abrigo tres cuartos de color verde claro, con el cuello estrecho, que me había comprado en un gran almacén de Lansing. Ella por poco se cayó al verme. Pero enseguida reconoció que había visto llegar de Georgia a otros miembros de la familia Little en peor estado que yo.

Me había preparado una habitación pequeña y acogedora en el primer piso. Cuando trabajaba en la cocina con sus potes y cazuelas, se veía perfectamente que era una auténtica georgiana. Era la clásica cocinera que te pone en el plato un taco de jamón, judías verdes, guisantes negros, pescado frito, boniatos, salsa y pan de maíz. Y cuanto más comes, más contenta está. Yo me atracaba como si fuera a morirme al día siguiente.

Encontré a Ella tan grande, tan negra, tan obstinada, tan franca, tan impresionante en una palabra, como en Mason y en Lansing. Quince días antes de mi llegada se había separado de su segundo marido, el soldado Frank, que yo había conocido el verano anterior. Me di cuenta enseguida, aunque no se lo dije, que un hombre normal no puede convivir mucho tiempo con una mujer así. El instinto de dominación corría por sus venas. A mí también me dio órdenes. No quería que me buscara un trabajo enseguida, como hacían la mayoría de recién llegados. Ella había incitado a todos los que había hecho venir al Norte a que disfrutaran, fueran a pasear, toma-

1. Joven campesino héroe de unas bandas que se hicieron famosas en los EE.UU. (N.T.).

ran metros y autobuses para acostumbrarse a Boston antes de empezar a trabajar, porque entonces no tendrían nunca ocasión de ver y conocer la ciudad en que vivían. Me prometió que me ayudaría a encontrar un trabajo cuando yo lo quisiera.

Me dediqué a pasearme por el barrio, con los ojos muy abiertos: el barrio de Waumbek y de Humbolt Avenue, sobre la colina de Roxbury, parecido al *Sugar Hill*, donde viví después. Noté que los negros de Roxbury, barrio negro snob, no se comportaban como los otros. Se llamaban a sí mismos los «Cuatrocientos» y miraban por encima del hombro a los negros del *ghetto*, llamado «ciudad», donde vivía mi otra hermanastra Mary.

Pensé que lo que estaba viendo en Roxbury eran los negros «bien», instruidos, importantes, en buena situación, que vivían en casas confortables y tranquilas rodeadas de césped. Andaban con paso seguro y orgulloso. Iban al trabajo, a la iglesia, de visita, con mucha dignidad. Eran la versión bostonia de los limpiabotas y porteros «llegados» de Lansing, con la única diferencia de que los de Boston eran víctimas de un lavado de cerebro mucho más profundo. Se las daban de ser infinitamente más «cultivados», más instruidos, «dignos» y más ricos que sus hermanos negros del *ghetto*, a dos pasos de su casa. Los pobres se morían por imitar a los blancos pensando que «blaqueados» serían «mejores».

Se consideraba de la élite a toda familia que habitara en Boston desde hacía mucho tiempo y fuera propietaria de la casa que ocupaba. Y pertenecían a la élite, aunque para ello tuvieran que alquilar más habitaciones de las que les eran necesarias para poder poseer toda la casa. Los negros nacidos en Nueva Inglaterra despreciaban a sus vecinos que, como Ella, habían emigrado recientemente del Sur. Y un buen número de negros de la Colina eran como Ella: ambiciosos, emigrantes del Sur. También había negros de las Antillas a los que tanto los negros del Norte como los del Sur habían bautizado con el nombre de «judíos negros». Generalmente, eran siempre los negros del Sur y los de las Antillas los que se las arreglaban para comprarse no sólo una casa, sino también otra para alquilarla a particulares. Los snobs del Norte eran los que estaban menos proveídos en este sentido.

En aquella época, todos los que ejercían profesiones libe-

rales —maestros, pastores, enfermeras— se creían superiores a los demás. Los carteros negros, los mozos de los coches-cama y los camareros de los vagones-restaurante parecían diplomáticos, andando muy dignos como si llevaran sombrero de copa y smoking.

A mi modo de ver, de cada diez negros de la colina de Roxbury, ocho hacían trabajos domésticos que disimulaban detrás de frases como: «trabaja en un banco» o «está en una compañía de seguros», como si se tratara de Rockefeller o de Mellon, y no de porteros y camareros negros con el pelo gris que se esforzaban en mantenerse firmes para aparentar una mayor dignidad. «Vivo con una familia de ancianos» era el eufemismo destinado a disimular el empleo de criada o de cocinera en casa de los blancos, criadas y cocineras que, cuando estaban en Roxbury, hablaban entre ellas un lenguaje tan afectado que se hacía incomprensible. No sé cuántos botones de cuarenta o cincuenta años bajaban todas las mañanas de la Colina, vestidos como embajadores con traje negro y camisa blanca, para ir al centro, a la Administración, «a las finanzas», o a su «gabinete de abogado». Todavía hoy me aturde pensar en el número de negros que, tanto entonces como ahora, soportan la indignidad de esta clase de autointoxicación.

Me paseaba por todas partes. Un día fui a la universidad de Boston y al día siguiente cogí el metro por primera vez. Bajé en la estación que había más gente. Era Cambridge: me dediqué a dar vueltas alrededor de la Universidad de Harvard. Había oído hablar de Harvard alguna vez, pero en realidad no sabía nada. Si alguien me hubiese dicho aquel día que veinte años más tarde daría una conferencia en el fórum de la facultad de derecho no le hubiera creído.

Ella empezó a preocuparse porque nunca estaba en la Colina, ni siquiera después de mis visitas turísticas. Yo no quería decepcionarla, y menos preocuparla, pero iba cada vez más a menudo, en contra de su voluntad, al ghetto negro. Me atraía instintivamente ese universo de tiendas, apartamentos y restaurantes baratos, salas de billar, bares, iglesias, escaparates y casas de préstamo.

Esa parte de Roxbury era mucho más excitante y yo me sentía mucho más en mi ambiente entre los negros que seguían siendo ellos mismos y no se daban aires de superioridad.

dad. Aunque vivía en la Colina, no me creía, ni me he creído nunca, «mejor» que los otros negros.

El primer mes que pasé en Boston estaba siempre con la boca abierta. Aquellos «mocosos» tan bien vestidos que corrían por las calles y las salas de billar, visiblemente sin empleo, me fascinaban. No podía creer que tuvieran el pelo tan liso y brillante como los blancos. Ella me dijo que a los que se desrizaban el pelo les llamaban «*conks*». Yo no había probado nunca ni una gota de alcohol ni fumado un cigarrillo, y en cambio veía niños de diez o doce años que jugaban a los dados con dinero, a las cartas, se peleaban, pedían un *penny* o un *nickel* a los adultos para jugar a la lotería. Juraban de mala manera y empleaban palabras de argot que yo no entendía. Por la noche, en la cama, daba vueltas y vueltas a todas esas palabras. En el centro, sobre todo por la noche, se veían a veces una blanca y un negro que se paseaban abrazados por la acera, parejas mixtas bebiendo por los bares, en vez de marcharse a un rincón oscuro como en Lansing. Las parejas mixtas del ghetto me sorprendían muchísimo.

Quería encontrar un trabajo por mí mismo para darle una sorpresa a Ella. Una tarde entré, no sé por qué presentimiento, en una sala de billar que observaba desde hacía mucho rato a través de los cristales de la calle. No tenía intención de jugar; en realidad no lo había hecho nunca. Pero me sentía atraído por los jóvenes que se apoyaban, con una cierta indiferencia, sobre las mesas cubiertas de paño verde y enviaban las bolas a los agujeros. Algo me dijo entonces que tenía que dirigirme al tipo que recogía las bolas y del que sabía que se llamaba *Shorty*¹. Realmente, era muy bajito y tenía el pelo liso y brillante. Un día, cuando salía del billar, me vio en la acera y me dijo «hola, *Red*»² y yo pensé que era un tipo simpático.

Queriendo pasar desapercibido, me deslicé, evitando a los jugadores, hasta el fondo de la sala, donde encontré a *Shorty* que se disponía a llenar una lata de conservas con ese polvo que usan los jugadores de billar para tener las manos secas. *Shorty* empezaría enseguida a burlarse de mí: «¡Uff!

1. Bajito (N.T.).

2. Petirrojo (N.T.).

este mocoso huele a campo a veinte metros, diría riéndose. Tiene las piernas tan largas y los pantalones tan cortos que se le ven las rodillas, ¿y su cabeza? ¡si parece un matorral!».

Pero aquel día Shorty se contuvo la risa al verme tan «pueblerino» cuando le pregunté dónde podía encontrar un empleo como el suyo.

— Si te refieres al de recoger las bolas, dijo Shorty, no conozco a nadie en los billares de por aquí que necesite ayuda. ¿Pero quieres un empleo cualquiera?

Me preguntó qué clase de trabajos había realizado. Le dije que había fregado platos en un restaurante de Mason (Michigan). A Shorty por poco se le cae la lata de polvos:

— ¡No me digas! ¡De mi tierra! ¡Yo también soy de Lansing!

No le dije nunca a Shorty —y él nunca lo sospechó— que tenía diez años menos que él. Creía que teníamos la misma edad. Al principio me sabía mal decírselo y después yo no me acordé más. Shorty había dejado de estudiar su primer curso, en el instituto de Lansing, había vivido con unos tíos en Detroit, y pasado los seis últimos años en casa de un primo de Roxbury. Pero se acordaba perfectamente de muchas personas y lugares de Lansing que yo le citaba, y al cabo de muy poco tiempo parecía que nos hubiésemos criado en la misma calle. Shorty estaba muy contento de haber encontrado un amigo y yo también me alegraba. Había encontrado un amigo.

— Mira, esta ciudad es estupenda si te adaptas a ella, dijo Shorty. Tú eres un muchacho de mi tierra. Voy a darte lecciones de ciudadano.

Me quedé como un imbécil, sonriendo abiertamente.

— ¿No tienes nada que hacer ahora? Entonces espérame.

Lo que me gustó enseguida de Shorty fue su franqueza. Cuando le dije dónde vivía, dijo lo que yo esperaba que dijese, o sea que en el ghetto nadie podía sufrir a los negros de la Colina. Pero a su modo de ver, una hermana que me acogía sin hacerme pagar alquiler y sin darme prisa para encontrar un trabajo, no podía ser mala persona. El oficio de Shorty en el billar le permitía ir viviendo y aprender a tocar el saxofón. Unos años antes había ganado bastante dinero, y había podido comprárselo.

— Ahora está guardado en el armario esperando la lección nocturna.

Shorty iba a clase «con otros tipos» y tenía intención de formar una pequeña orquesta de jazz. «Hay mucho trigo que moler en Roxbury», me aseguró.

Por la tarde, mientras no recogía bolas, Shorty me estuvo hablando de los traficantes que había en la sala. Me dijo que jugaban todos los días un dólar por lo menos. Cuando ganase mucho dinero lo emplearía para formar su conjunto de jazz.

Me daba vergüenza decir que no había jugado nunca dinero. Shorty me excusó. «¡Bah! Es que nunca has tenido nada para gastar. Cuando tengas un empleo podrás empezar». Me señaló con el dedo a los jugadores y a los chulos. Algunos iban con prostitutas blancas, murmuró. «Y no te voy a engañar. A mí también me gusta ir con una por dos dólares. Aquí pasan muchas cosas por la noche. Ya lo verás». Le dije que ya había visto algunas. «¿Ya has ido con alguna?», me preguntó.

Yo no tenía ninguna experiencia y mi confusión me traicionó. «No te dé vergüenza, me dijo. Yo fui con algunas antes de salir de Lansing ya sabes, aquellas preciosidades polacas que cruzaban el puente. Aquí son casi todas italianas o irlandesas. Pero todas las blancas son iguales: prefieren a los negros».

Shorty me estuvo presentando durante toda la tarde a los tipos que venían al billar. «Es un compatriota mío, decía. Busca trabajo. Si sabéis algo...». Todos decían que ya lo mirarían.

A las siete llegó el otro encargado de recoger las bolas. Shorty se fue corriendo a la clase de saxofón. Pero antes de irse me dio los seis o siete dólares de propinas que había hecho aquel día en piezas de cinco o de diez *cents*. «¿Tienes algo para comer, compatriota?».

Le dije que sí, tenía dos dólares. Pero Shorty me hizo coger tres más. «Para rellenar los bolsillos», me dijo. Abrió el estuche del saxofón y me lo enseñó; el cobre brillaba sobre el terciopelo negro. «No te preocupes, compatriota, y vuelve mañana. Alguno de esos te encontrará trabajo».

Cuando llegué a casa, Ella me dijo que un tal Shorty me había telefoneado. Había dejado un recado diciendo que el limpiabotas del Roseland, un baile, se iba aquella misma noche y que yo podría ocupar su puesto.

«Pero si tú no tienes experiencia, Malcolm», me dijo Ella.

Me di cuenta de que no le gustaba esa clase de trabajo. Pero a mí me daba lo mismo. Vería a las orquestas de jazz más importantes del mundo. Esta perspectiva me cortaba la respiración. Ni siquiera me esperé para cenar.

La sala estaba iluminada. En la puerta un hombre hacía entrar a los miembros del conjunto de Benny Goodman. Le dije que quería ver a Freddie, el limpiabotas.

— ¿Eres el nuevo? Me preguntó. Le respondí que sí y él se rió: «Bueno, quizás tú también tendrás suerte y te comprarás un Cadillac». Me dijo donde podía encontrar a Freddie: en el segundo piso, en el lavabo de los hombres.

Antes de subir eché una ojeada a la sala. La pista era inmensa. No podía creer lo que veía. Al fondo, bajo una tenue luz de color rosa, los músicos de Benny Goodman paseaban, hablaban, reían, preparaban sus instrumentos.

Arriba, en el lavabo de hombres, me recibió un tipo delgado como un hilo, de piel morena y pelo liso: «¿Eres tú el compatriota de Shorty?». Le dije que sí. Se presentó: era Freddie. «Es un gran tipo ese Shorty, añadió, te ha telefoneado porque se había enterado de que he ganado la lotería y naturalmente supuso que iba a largarme». Le expliqué lo que me había dicho el portero sobre el Cadillac. Freddie se rió: «Los blancos se mueren de envidia cuando ven que un negro gana la lotería. Sí, les he dicho, para hacerles rabiar, que voy a comprarme un Cadillac».

Después me dijo que le observara atentamente, pero sin molestarle. Intentaría enseñarme el oficio antes del próximo baile, que iba a celebrarse al cabo de pocos días.

Freddie se sentó en su taburete y empezó a darme instrucciones: «Los paños y los cepillos cerca del taburete... cada cosa en su sitio, porque tendrás que ir muy deprisa, no hagas nunca un gesto innecesario...».

Me dijo también que mientras limpiaba los zapatos tenía que vigilar a los clientes que salían del lavabo para darles una toalla blanca. «Hay muchos que no se acuerdan de lavarse las manos, y a veces hasta les da vergüenza cuando les ofreces la toalla. En realidad lo de las toallas es lo mejor que hay aquí. Cuesta sólo un *penny* lavarlas y casi siempre te dan por lo menos un *nickel* de propina».

La música de abajo llegaba hasta nosotros. Yo estaba

como hipnotizado. «¿No has visto nunca un baile grande?», me preguntó Freddie. «Vete a fisgar un poco».

Había ya algunas parejas bailando bajo la luz rosa. Pero lo que más me maravillaba era la gente que entraba. Nunca había visto mujeres tan elegantes, jóvenes, viejas. Los blancos compraban sus entradas y volvían a poner sus gruesos fajos de billetes en el bolsillo, dejaban los abrigos de las señoras en el vestuario, las cogían del brazo y las conducían a la sala.

– «Esto no es nada, muchacho, dijo Freddie. ¡Cuando bailan los nuestros hay ambiente!».

Los discos de Benny Goodman parecían filtrarse por las paredes del lavabo de hombres. Freddie me dejó que bajara a escucharlos. Iba a cantar Peggy Lee. ¡Qué guapa estaba! Era la gran atracción.

– «Estás todavía muy verde en según qué cosas, me dijo Freddie. Unos te pedirán alcohol, otros marihuana. Pero no des nunca nada hasta que estés seguro de que no son policías... Si sabes hacerlo, puedes llegar a ganar hasta diez o doce dólares por baile. Lo más importante es que no olvides que en la vida uno tiene que aprovecharse de lo que puede. ¡Adios, Red!».

Volví a encontrar a Freddie un día por la noche, en el centro. Iba al volante de un Cadillac gris perla que acababa de comprarse.

«¡Cuántas cosas me enseñaste!», le dije, y se rió. Sabía muy bien a qué me refería. No me había sido muy difícil darme cuenta de que Freddie pasaba menos tiempo limpiando zapatos y ofreciendo toallas, que vendiendo alcohol y marihuana y poniendo en contacto a los «primos» blancos con las prostitutas negras. También me había dado cuenta de que venían muchas blancas a los bailes negros. A algunas las mandaba el chulo, otras venían con su amigo negro, otras venían solas a probar fortuna con los negros siempre disponibles y entusiastas.

Naturalmente, los negros no podían entrar en un baile blanco. Pero los chulos de las prostitutas negras se encargaban de hacerle entender al limpiabotas que podía ganarse un suplemento pasando un número de teléfono o una dirección a los «primos» blancos que después del baile se ponían en busca de «negritas».

La mayoría de los bailes de Roseland estaban reservados a los blancos y todas las orquestas eran blancas. Que yo sepa, sólo una orquesta blanca tocaba por las noches en un baile negro, la de Charlie Barnet. Habían muy pocas orquestas blancas capaces de satisfacer a los negros. Pero el *Cherokee* y la *Rumba del Piel Roja* de Barnet les volvía locos. La sala estaba llena hasta los topes de negras con extravagantes vestidos y zapatos de satén, y unos peinados indescriptibles, y hombres con trajes de última moda y *conks*. Todo el mundo reía, chillaba, era como una explosión.

A veces, cerca de las ocho, los músicos venían al lavabo de los hombres para limpiarse los zapatos antes de empezar a trabajar. De este modo he limpiado los zapatos a Duke Ellington, Count Basie, Lionel Hampton, Cootie Williams, Jimmy Lunceford. Johny Hodges, el gran saxo de Duke, me debe todavía quince *cents*... Yo manejaba el paño como un rayo, al ritmo de todos sus discos que rodaban por mi mente. Ningún músico del mundo ha tenido nunca un limpiabotas tan «fan» como yo.

Cuando no había mucho trabajo, bajaba un rato a ver el baile. Los blancos bailaban como si les estuvieran dando clases –izquierda, uno, dos; derecha, tres cuatro– siempre los mismos pasos como si fueran relojes. ¡Pero los negros! Nadie hubiera podido poner reglas a sus bailes. Hacían lo que les pasaba por la cabeza, atrapaban al vuelo cualquier pareja, incluso blancas. Quizás mis hermanos negros me odiarían si les dijera que muchas negras eran pisoteadas por los negros que se lanzaban sobre las blancas. Parecía que Dios hubiese hecho bajar algunos de sus ángeles. Pero los tiempos han cambiado; hoy en día, esas mismas negras se lanzarían sobre los hombres de color, y las blancas lo mismo.

Algunas parejas se soltaban, improvisaban pasos y movimientos. Era algo increíble. Aunque no había bailado nunca, sentía el ritmo en mis venas.

«¡Es la hora del espectáculo!» gritaba la gente hacia el final de la noche. Entonces las parejas más salvajes se quedaban en la pista, las chicas se ponían zapatillas de tenis, la orquesta tocaba, y los demás formaban un círculo, aclamándoles, y tocando palmas, alrededor de las parejas en competición que ocupaban sólo la cuarta parte de la pista. Entre los

espectadores, la orquesta y los que bailaban, el Roseland parecía un barco a punto de hundirse. Los proyectores rosas, después amarillos, verdes, azules, seguían a las parejas que bailaban el *lindy-hop* como locos. La orquesta iba tocando hasta que, agotadas y bañadas en sudor, las parejas iban cayendo una después de otra fuera de la pista.

A veces me quedaba cerca de la puerta, bailando solo, con mi chaqueta gris y el cepillo en el bolsillo. El gerente venía entonces a buscarme porque los clientes estaban esperándome arriba.

No sé cuándo empecé a beber y fumar marihuana. Era la época en que salía con Shorty y sus compañeros por la noche, jugábamos a los dados, a las cartas, apostaba cada día el dólar que ganaba. Seguía siendo un pueblerino, pero mis compañeros me aceptaron. Pasábamos muchas noches juntos, generalmente en casa de alguna chica. La marihuana nos daba la impresión de estar flotando, el whisky nos quemaba el estómago. Todo el mundo sabía que tenía que crecerme un poco el pelo para que Shorty pudiera hacerme un *conk*. Un día dije que ya había ahorrado la mitad del dinero que necesitaba para comprarme un *zoot*¹.

— «¿Ahorrado? (Shorty no podía creerlo). Oye compatriota, ¿tú no has oído hablar del crédito?».

Y me ordenó que fuera al día siguiente a primera hora a ver a un sastre amigo suyo. Este me tomó medidas y me enseñó un traje maravilloso: pantalón azul cielo muy ancho en las rodillas y estrecho en los tobillos, y una chaqueta larga entallada.

El dependiente me aconsejó un sombrero y lo compré. Era azul, con una pluma en la cinta. En el almacén me hicieron un regalo: una cadena de reloj muy larga, chapada en oro, que salía por debajo del dobladillo de la chaqueta. El sistema de crédito me había conquistado para siempre.

Hice la prueba con Ella. «Tenía que ocurrir», dijo. Me hice tres fotos de un tono sepia, a veinticinco *cents* cada una; en una pose de lo más moderno, sombrero inclinado, rodillas juntas, pies separados, y los dos índices señalando el suelo. De esta manera, la chaqueta larga, la cadena y los pantalones

1. Traje de hombre, muy vistoso.

nes Punjab quedaban mucho más espectaculares. Les dediqué una foto a mis hermanos de Lansing, le di una a Ella y otra a Shorty que se emocionó muchísimo. Lo noté por el tono en que dijo: «Gracias, compatriota». Pero el no manifestar las emociones formaba parte de nuestro código.

Shorty decidió poco después que ya tenía el pelo bastante largo para desrizarlo. Me había prometido que me enseñaría como se hacía un *conk* en su casa en vez de ir a pagar tres o cuatro dólares al barbero.

Me hizo una lista de los ingredientes que tenía que comprar: dos latas de sosa cáustica, dos huevos y dos patatas de tamaño medio. En el *drugstore* que había cerca del billar pedí un bote de vaselina, un trozo de jabón, un peine grande y otro pequeño, un tubo de caucho y un grifo de ducha metálico, un delantal de caucho y un par de guantes.

– «¿Es la primera vez que te haces un *conk*?», me preguntó el dependiente.

– «¡Exacto!», le respondí, muy orgulloso.

Shorty me instaló en el apartamento donde él vivía en ausencia de su primo. «Mírame bien», dijo.

Peló las patatas, las cortó a trocitos pequeños y los puso en un gran pote de cristal, después los revolvió con una cuchara de madera y añadió la sosa cáustica hasta que el pote estuvo medio lleno. «No utilices nunca una cuchara de metal, dijo. Con la sosa se pondría negra».

Shorty añadió dos huevos a esa mezcla gelatinosa y almidonada y se puso a batirlos muy deprisa. El *congolene* se volvió amarillo pálido. «Toca el pote», me dijo; puse la mano y la retiré enseguida. «Tienes razón, quema. Es la sosa. Cuando te lo ponga en la cabeza te quemará muchísimo, pero cuanto más aguantes, más liso te quedará el pelo».

Me dijo que me sentara, me ató el delantal del caucho alrededor del cuello y me peinó. Después me dio un masaje de vaselina para que penetrara por el cuero cabelludo. Me untó las orejas, la nuca y la frente. «Cuando te enjuague el pelo, no te olvides de decirme si te quema todavía por algún sitio». Se lavó las manos, se puso los guantes de caucho y se ató el delantal, también de caucho.

«Si el *congolene* no se va te hará una quemadura en la cabeza».

Cuando Shorty empezó a aplicarme el *congolene* sentí sólo un calor agradable. Poco después la cabeza me ardía.

Apreté los dientes y me cogí con todas mis fuerzas a los bordes de la mesa de la cocina. Tenía la impresión de que el peine me arrancaba la piel.

Me lloraban los ojos, se me tapaba la nariz. No podía más. Me arrojé sobre el lavabo. A Shorty le llamé de todo. Por fin abrió la ducha y me enjabonó la cabeza. Hacía espuma, me aclaraba, con el agua cada vez un poco más fría. Esto me alivió mucho.

– ¿Te quema todavía?

– No, le respondí, casi sin poder articular. Las rodillas me temblaban.

– Ve a sentarte entonces. Creo que ya está.

Shorty cogió una toalla y empezó a secarme, friccionándome muy fuerte. La cabeza volvía a quemarme. «Despacio» grité.

– La primera vez es la más dolorosa. Pero te acostumbrarás pronto. Te está muy bien, compatriota. Tienes un buen *conk*.

Vi en el espejo los mechones suaves y húmedos que me caían. La cabeza me quemaba todavía, pero no mucho. Me puso la toalla sobre la espalda y empezó a untarme el pelo con vaselina.

Me peinó hacia atrás, primero con el peine grueso y después con el fino.

Después me cortó el pelo a navaja, muy suavemente, empezando por la nuca y por los lados. Me dejó «patillas».

Mi primera mirada en el espejo bastó para compensar todo lo que había sufrido. Había visto *conks* que no estaban nada mal, pero cuando se ve sobre la propia cabeza, el efecto es mucho mayor.

Shorty estaba de pie detrás mío; nos sonreímos, los dos sudábamos a chorros. Noté sobre mi cráneo un casco espeso, brillante, de cabellos rojos —auténticamente rojos— lisos como los de un blanco.

¡Qué ridículo era! Admiraba en el espejo a un negro con cabellos «blancos». Me juré que no tendría nunca más el pelo rizado, y efectivamente me lo desricé durante muchos años.

Acababa de dar el primer paso hacia la degradación de mí mismo. Me había unido a esa multitud de negros de América, que a base de lavados de cerebro acaban creyendo que los negros son «inferiores» —y los blancos «superiores»— hasta tal punto que no vacilan en mutilar y profanar los cuerpos que Dios les ha dado para parecer «guapos» a los ojos de los blancos.

Mirad a vuestro alrededor en cualquier ciudad, grande o pequeña, desde el *drugstore* hasta el salón «integrado» del Waldorf Astoria, y veréis todavía negros desrizados. Y mujeres negras con pelucas verdes, rosas, violetas, rojas o rubio platino, ridículas como títeres de vaudeville. Y os preguntaréis si los negros han perdido la cabeza, el contacto con sí mismos.

Veréis que se desrizan el pelo muchos, muchos negros, pertenecientes a las clases «superiores» y —me sabe mal decirlo— muchos artistas. Una de las razones por las que siempre he admirado a Lionel Hampton y Sydney Poitier, es que han conservado su pelo natural aún siendo figuras de primera categoría. Admiro a los negros que no se han desrizado nunca el pelo o que han sabido renunciar a hacerlo, como yo hice finalmente.

No sé qué *conk* es más vergonzoso: el que desfigura a los «grandes» o pequeños burgueses negros que tendrían que estar por encima de todo esto; o el de los más miserables, los más humillados, los más ignorantes. Pienso ahora en el negro del gheto, el del S.M.I.G., que yo era cuando me hice el primer *conk*. Es generalmente un pobre imbécil que lleva un pañuelo en la cabeza para que su *conk* dure más. Sólo lo expone en las grandes ocasiones para demostrar que va a la moda. Pero no he oído nunca hablar bien de los *conks* a ninguna mujer, blanca o negra. Por otra parte, no entiendo cómo una mujer negra, orgullosa de su raza, podría pasearse por la calle con un negro con el cabello desrizado: el *conk* es el emblema de su vergüenza de ser negro. Y lo digo por experiencia.

Sophia

Shorty me llevaba muchas veces a las *parties* de su cuadrilla. La luz era suave, la música también, y todo el mundo estaba borracho. Conocí chicas preciosas, como el vino de Mayo, y chicos a los que nada podía asombrar.

Como los cientos de miles de pueblerinos negros que habían llegado antes que yo al ghetto negro del Norte, y los que llegaron después, empecé enseguida a hablar «argot» como si hubiera nacido allí, y me disfracé a la última moda: traje de «zoot», *conk...* alcohol y marihuana. Hacía todo eso para disimular que era de pueblo. Pero me quedaba todavía una tara secreta: no sabía bailar.

No recuerdo cuándo empecé a hacerlo. El baile era la principal distracción de todas las *parties* y me estrené en ellas. Entre el alcohol y la marihuana que me hacían rodar la cabeza y aquella música delirante que sonaba en los tocadiscos, se despertó en mí la herencia africana que llevaba dentro. Recuerdo una *party* en la que todo el mundo bailaba menos yo. Una chica se precipitó sobre mí —muchas veces eran ellas quienes tomaban la iniciativa— y me encontré de pronto en la pista, entre parejas que se retorcían. No tardé mucho en entrar en el juego. Mi instinto africano reprimido se liberó como si alguien hubiera apretado un botón. ¡Y de qué manera!

Como había vivido mucho tiempo en el medio ambiente blanco de Mason, pensaba que para bailar había que aprender una serie de pasos en un cierto orden, como los blancos. Pero allí, entre los míos, que desconocían todas esas inhibiciones, descubrí que el baile consistía en dejar que los pies, las manos, y el cuerpo hicieran espontáneamente los gestos sugeridos por la música.

Desde entonces fui a todas las *parties* —yo mismo me invitaba si era preciso— y bailaba el *lindy-hop* hasta caer rendido.

Siempre he tenido facilidad para aprender cosas nuevas. Recuperé de tal modo el tiempo perdido que luego eran las mismas chicas quienes me reclamaban. Las hacía cansar mucho pero era lo que ellas querían.

No podía estarme quieto en el lavabo de hombres del Roseland. El trapo de limpiar los zapatos se movía al ritmo de

las grandes orquestas que tocaban en la pista. Mis clientes se divertían, sobre todo los blancos, cuando me veían marcar pasos de baile con los pies. Los blancos creen, con razón, que los negros son unos bailarines innatos, incluso los niños. Excepto algunos negros de hoy en día que están tan «integrados», como yo lo estuve, que reprimen todos sus instintos. ¿Habéis visto esos muñecos mecánicos que bailan cuando les dan cuerda? Pues bien, yo era uno de esos muñecos.

Estuve muy poco tiempo trabajando en el Roseland. Le expliqué a Ella que no podía bailar y limpiar zapatos a la vez. Ella se rió. Estaba contenta, porque no le gustaba verme haciendo un trabajo de subalterno.

Al día siguiente de dejar el Roseland, fui muy temprano al sastre. El dependiente verificó mis cuentas y descubrió que únicamente había dejado de pagar una mensualidad. Era un deudor de primera clase. Le dije que ya no trabajaba, pero se fió de mí. Si me hacía falta, podía suspender los pagos durante algún tiempo.

Esta vez examiné con atención todos los trajes de mi talla. Acabé escogiendo un segundo «zoot»: gris tiburón, con una chaqueta larga y unos pantalones muy anchos en las rodillas y tan estrechos en los tobillos que tenía que sacarme los zapatos para ponérmelos. El sastre me hizo comprar también una camisa, un sombrero, unos zapatos de moda: naranja oscuro, con la suela muy fina y la punta cuadrada. El total ascendía a unos setenta u ochenta dólares.

Aquel era mi día y fui a hacerme mi primer *conk* a una barbería. Como Shorty había previsto, esta vez sufrí mucho menos.

Aquella noche me las arreglé para llegar al Roseland en el momento en que había más gente. Actuaba Lionel Hampton, era un baile para negros exclusivamente. Noté que todos observaban mi traje y que las mujeres se fijaban en mí. Subí un momento al lavabo para beber un trago de la botella que llevaba en el bolsillo del abrigo. Encontré a mi sustituto, un negro asustado, con cara de hambre, que acababa de llegar de Kansas City. Al reconocerme, se quedó mirándome, sin poder disimular su admiración. Le dije que él también aprendería pronto.

La orquesta de Hampton había empezado ya a tocar cuando bajé la pista estaba ya llena de gente. Bailaban el *lindy-*

hop. Saqué a una chica a la que no había visto nunca. Era formidable.

Enseguida entré en acción y empecé a sacar a bailar a los cientos de chicas libres que esperaban al borde de la pista y que casi todas bailaban muy bien. En esos momentos perdía el control de mí mismo. Las chicas giraban tan deprisa entre mis brazos que les crujían las faldas. Las hacía dar vueltas sobre mis caderas, sobre mi espalda, las levantaba en el aire, negras, morenas, amarillas, e incluso algunas blancas. Tenía sólo dieciséis años, pero era tan alto que aparentaba veintinueve. Y además era muy fuerte para mi edad.

En Roxbury, como en cualquier ghetto negro americano de aquella época, tener una amante blanca que no fuese prostituta reconocida era un «signo exterior de riqueza» de primer orden, al menos para el negro medio. Y la que estaba delante mío, mirándome, era tan guapa que parecía imposible. El cabello le caía por la espalda, estaba muy bien hecha, y el vestido debía ser muy caro.

Llamémosla Sophia. No bailaba muy bien según los criterios negros, pero a mí me daba lo mismo. Las demás parejas nos observaban. Le dije que bailaba muy bien y le pregunté dónde había aprendido. Intenté comprender qué estaba haciendo allí. La mayoría de blancas venían a los bailes negros por las razones que ya sabéis, pero chicas como ésa se veían pocas.

Sus respuestas eran ambiguas. Pero mientras bailábamos decidimos ir a dar una vuelta en su coche. ¡Estaba de suerte! Ella sabía muy bien a dónde iba. A la salida de Boston tomó una pequeña carretera, después un camino desierto. Lo apagó todo, excepto la radio.

Durante los siete meses siguientes, Sophia vino a buscarme a la ciudad. Yo la llevaba a bailar y recorríamos todos los bares de Roxbury. A veces era ya de día cuando me dejaba en casa de Ella.

La exhibía por todas partes. Los negros la adoraban. Y parecía que ella quería a todos los negros. Salíamos juntos dos o tres veces a la semana. Sophia admitía que también salía con blancos «para guardar las apariencias». Pero me juró que no había ningún blanco que le interesase de verdad.

Me he preguntado muchas veces: ¿Por qué se acercó a mí

con tanto ímpetu la primera noche? ¿Por la experiencia que había tenido con algún otro negro? Pero nunca se lo pregunté y ella tampoco me lo dijo. Vale más no preguntar a una mujer sobre los hombres que ha habido en su vida: o miente, y no adelantáis nada con ello; u os dice la verdad, y entonces os dáis cuenta de que hubiera sido mejor ignorarlo.

Sea como sea, parecía que estaba loca por mí. Cada vez veía menos a Shorty. Cuando le encontré con la cuadrilla me reprochó: «Vaya, yo le saqué la tiña del pelo a ese pueblerino, y ahora tiene una querida de Beacon Hill». Pero como todo el mundo sabía que era Shorty quien me había «espabilado», el hecho de que yo tuviera a Sophia le daba importancia. Cuando se la presenté, ella le dio un gran beso fraternal. Shorty no salía de su asombro. El sólo había ido con prostitutas blancas o con algunas sencillas obreras que deseaban tener una aventura con los negros.

Desde que salía con Sophia había mejorado mi *standing* en Roxbury. Antes era sólo uno más, con mi *conk* y mi *zoot*. Pero ahora que iba a los bares y los clubs con la chica más guapa que jamás había puesto los pies allí, y que además me daba dinero para gastar, hasta los traficantes negros y los gerentes de clubs, los jugadores y los «banqueros» me golpeaban la espalda, nos invitaban a beber y me llamaban «Red». Naturalmente, yo sabía el motivo de tanta amabilidad como sabía mi propio nombre: todos querían quitarme a mi preciosa blanca.

Poco después de mi primer encuentro con Sophia, Ella descubrió el juego. Una mañana estaba mirando por la ventana cuando salí del coche de Sophia. No es de extrañar que desde entonces empezase a llamarme víbora.

Sophia me dio dinero para que compartiese el apartamento de Shorty. Me fui del «drugstore» y encontré enseguida otro empleo en el Parker House. Llevaba una chaqueta blanca almidonada y tenía que llevar las bandejas que los camareros llenaban de vajilla sucia a la cocina.

Unas semanas más tarde, un domingo por la mañana, llegué tan tarde que pensé que me despedirían. Pero el equipo de cocina estaba demasiado excitado para darse cuenta: los aviones japoneses habían bombardeado Pearl Harbor.

«Detroit Red»

Cada día me jugaba las propinas –unos quince o veinte dólares– y soñaba en lo que haría cuando ganase.

Veía gente que se pegaban la gran vida cuando ganaban. No me refiero a los que tenían siempre dinero, sino a la clase trabajadora que a no ser por eso no se verían nunca en los bares, y que habían ganado lo suficiente para dejar de trabajar para los blancos del centro. Casi siempre se compraban un Cadillac, y a veces invitaban a sus amigos a beber y comer bistecs durante dos o tres días. Les juntaba dos mesas para que comiesen y ellos me daban dos o tres dólares de propina cada vez que me veían aparecer con la bandeja.

Todos los días, excepto los domingos, había cientos de miles de negros de Nueva York jugando desde un *penny* hasta sumas de tres unidades. Para ganar había que acertar las tres últimas cifras de la cantidad de los asuntos exteriores e interiores, que se publicaba en la Bolsa y se imprimía cada día en los periódicos.

Algunos jugaban todo el año al mismo número. Otros guardaban las listas de los números que habían salido en años anteriores; calculaban las posibilidades de que volvieran a salir estos números, o inventaban otros sistemas. Otros jugaban según lo que les pasaba por la cabeza: el número de la matrícula de un coche que pasaba, cifras inscritas en cartas, en telegramas, en facturas de la lavandería, o en cualquier sitio. Por un dólar se vendían libros especializados que sugerían números soñados.

El Bar del Paraíso me fascinaba. No había nada más instructivo en todo Harlem. Les caí en gracia a los hombres de negocios negros, sabían que era todavía bastante ingenuo y querían «poner a Red en el buen camino». Me señalaban discretamente, con un guiño, los inspectores de paisano. Para un traficante, era elemental conocerles, y poco a poco fui aprendiendo a adivinar la presencia de un policía. Las reglas del oficio eran: no confiar en nadie, excepto en los amigos más íntimos, que había que escoger a conciencia.

En el Bar del Paraíso necesitábamos estar todos juntos, unidos los unos a los otros, para encontrar una seguridad, un poco de calor, y confort. Nosotros, que hubiéramos podido

explorar el espacio, curar el cáncer, crear industrias, éramos, sin saberlo, las víctimas negras del sistema.

Pero el Bar del Paraíso no era un nido de criminales: insisto en este punto. El universo de traficantes me fascinaba. Pero en realidad, el bar era uno de los sitios más respetables de Harlem, al menos de noche. La policía de Nueva York lo recomendaba a los blancos que buscaban un sitio de Harlem «sin peligro».

Un cincuenta por ciento de los habitantes de Harlem vivían en habitaciones alquiladas. Yo estaba en una casa inmensa de Saint Nicholas Avenue. Era uno de los pocos hombres que vivían allí. La guerra estaba en pleno apogeo. No se podía poner la radio sin oír hablar de Guadalcanal o de Africa del Norte. Muchas de las inquilinas eran prostitutas. Algunas hacían contrabando, otras eran miembros de una banda de ladrones, vendedoras de drogas, y creo que la mayoría de ellas se drogaban. En Harlem, casi todo el mundo se veía obligado a hacer contrabando para sobrevivir y casi todos necesitaban olvidar lo que tenían que hacer para sobrevivir.

En aquella casa aprendí más cosas sobre las mujeres que en ninguna otra parte. Desde el punto de vista moral, aquellas prostitutas valían mucho más que algunas hipócritas que seducen a más hombres, por puro placer, que las mismas profesionales. Y me refiero tanto a las negras como a las blancas. ¡Cuántas negras rivalizaban, en este aspecto, con las blancas de aquellos tiempos de guerra! Mientras sus maridos estaban luchando al otro lado del mar, ellas se acostaban con otros hombres y hasta les daban el dinero de sus maridos. Y cuántas mujeres, que ante todo pretendían ser esposas y madres, iban detrás de los hombres como las prostitutas, aun viviendo con su marido y con sus hijos.

Aprendí los vicios de los blancos de una fuente segura: sus propias mujeres. A medida que me hundía en el mal, podía ver con mis propios ojos la moralidad blanca. Yo mismo ayudaba a los blancos, para ganarme la vida, a satisfacer sus gustos más extraños.

Al vivir en la misma casa que las prostitutas, llegué a acostumbrarme a ver entrar y salir blancos y negros, de día y de noche. Pero la hora clave era entre las seis y las siete y media de la mañana. Todos los hombres salían corriendo y, hacia las nueve, yo era el único que quedaba en la casa.

Estos hombres tan madrugadores eran los maridos que salían de sus casas temprano para poder pasar por la Saint Nicholas Avenue antes de ir a trabajar. Naturalmente, no venían cada día los mismos, pero siempre venían muchos. Incluso habían algunos blancos que llegaban en taxi del centro de la ciudad.

Las responsables de este movimiento matinal eran las esposas dominadoras que a base de quejarse o de pedir demasiado acababan castrando psicológicamente a sus maridos. Esas mujeres eran tan desagradables y ponían tan nerviosos a sus maridos que les hacían perder la satisfacción de ser hombres. Para librarse de la atmósfera tensa que se creaba en su casa y no quedar ridiculizados por su propia mujer, se levantaban todos un poco más temprano y venían en busca de las prostitutas.

Estas conocían bien a los hombres: era su oficio. Me decían que después de los treinta años, la mayoría hacen el amor únicamente para satisfacer su amor propio, y al no comprender esta necesidad las esposas hieren cruelmente al amor propio de sus maridos. En brazos de una prostituta, el menos viril de los hombres se cree un tipo extraordinario. Y ésta era la explicación de lo que pasaba por las mañanas en mi casa. La mayoría de mujeres podrían conservar a sus maridos si se dieran cuenta de que, ante todo, ellos necesitan *ser hombres*.

Las prostitutas no me ocultaban nada. Me explicaban cosas muy curiosas sobre las diferencias entre negros y blancos. ¡Qué perversidades! (Yo pensaba que me las sabía todas, pero descubrí muchas más cuando hice de guía a los blancos). El pequeño italiano al que llamaban «Diez dólares al minuto» hacía reír a toda la casa. Cada mediodía, sin falta, salía de su restaurante situado en una cava y subía a casa de una prostituta. Lo más curioso es que no se quedaba nunca más de dos minutos, y se dejaba cada vez veinte dólares.

Según las prostitutas, era muy fácil hacer perder el juicio a la mayoría de los hombres. Los pobres se quejaban cada día de tener que aguantar los sermones de sus esposas, que tenían de todo y no les faltaba nada. Las prostitutas decían que muchos hombres tendrían que saber lo que sabe cualquier chulo: el hombre tiene que mimar de verlo en cuando a su mujer para demostrarle que la quiere, pero después tiene

que mantenerse duro. Las mujeres más difíciles dicen que prefieren a los hombres así: todas las mujeres son, por naturaleza, frágiles y débiles; se sienten atraídas por los hombres fuertes.

Contrabandista

No recuerdo bien qué clase de contrabando hice en Harlem durante los dos años siguientes. Empecé vendiendo marihuana en los trenes en una sala reservada para ellos en el sótano de *Grand Central Station*. Se jugaba al pocker y al *black jack* durante las veinticuatro horas del día. A veces se perdían hasta quinientos dólares. Un día estábamos jugando al *black jack* y un viejo cocinero del vagón restaurante hizo trampas al repartir las cartas. Le puse mi revólver debajo de sus narices.

Cuando volví a la mesa de juego, tuve una especie de presentimiento. Me colgué el revólver del cinturón en mitad de la espalda. En efecto, alguien se había chivado. Dos enormes policías irlandeses, unas verdaderas cabezas de buey, se presentaron enseguida y me detuvieron. Pero no encontraron el revólver que yo había escondido en un sitio poco común.

Los polis me dijeron que no volviera a poner los pies en Grand Central Station si no era con un billete en el bolsillo. Sabía perfectamente que al día siguiente todas las oficinas de personal de los ferrocarriles tendrían mis señas. Por lo tanto, aquél era mi último empleo ferroviario.

Me encontré con otros mil contrabandistas por las calles de Harlem. Ya no podía vender marihuana: los inspectores de la brigada de estupefacientes me conocían demasiado. Yo era un contrabandista auténtico, sin instrucción, inepto para toda actividad honorable, y con la suficiente experiencia y astucia para componérmelas solo y aprovecharme de cualquier circunstancia que se me presentase. Al menos, tal era mi convicción.

Durante los seis o siete meses siguientes me dediqué al robo y a los golpes de mano. Todos de poca importancia. Siempre fuera de Nueva York, pero no muy lejos. Y no me cogían nunca. Me ponía en forma, tal como lo hacen los

profesionales, con fuertes dosis de droga. Empecé con la cocaína que me había recomendado un tal Sammy.

Mi uniforme de calle, si es que puedo llamarlo así, era normalmente un revólver automático, un 25 de color azul acero, tan pequeño y tan plano que no se notaba. Pero para el trabajo prefería un 32, un 38 ó un 45. Así fue como vi aquellos rostros que palidecían y aquellas bocas que se abrían. Cuando hablaba, la gente parecía escucharme como si estuviera muy lejos de allí y hacían todo lo que les decía.

Me drogaba entre golpe y golpe para no ponerme nervioso.

Un día que trabajaba con Sammy pasé un buen susto. Alguien debía habernos visto. Estábamos a punto de salir a todo correr cuando oímos las sirenas. Nos pusimos a andar a paso normal. Un coche de la policía frenó en seco. Yo me acerqué y les pregunté por una dirección. Como ellos pensaban que éramos nosotros quienes íbamos a informarles, nos soltaron cuatro palabrotas y se fueron corriendo. No les pasó por la cabeza que unos negros pudieran hacerles una jugada parecida. Nos creían demasiado tontos.

Me vestía en los mejores sastres, esos de treinta y cinco a cincuenta dólares. Mi norma era no robar más de lo que necesitaba para vivir. Preguntad a cualquier contrabandista del oficio: os dirá que la avaricia lleva directamente a la cárcel. Tenía una lista de sitios y situaciones vulnerables en la cabeza y sólo daba el golpe cuando disminuía mi fajo de billetes. Nunca antes.

El problema racial de Harlem se agudizaba cada vez más en aquellos años de guerra. La tensión había llegado al límite. Los viejos decían que Harlem no había estado así desde el motín de 1935. En aquella ocasión los negros habían sido excitados por los comerciantes blancos que hacían el gran negocio en Harlem y se negaban a contratar a los negros.

Durante la Segunda Guerra Mundial, La Guardia, alcalde de Nueva York, hizo cerrar el Savoy. Según decían en Harlem, quería impedir con esto que los negros bailasen con blancas. Pero nadie obligaba a las blancas a que vinieran. Adam Clayton Powell ¹ convirtió esta historia en un caballo de bata-

1. Pastor negro escogido por Harlem en la Cámara de Representantes de Washington (N.T.).

lla. Había luchado victoriosamente contra la Compañía Edison y la Compañía de Teléfonos de Nueva York obligándoles a contratar negros. Había participado también en la lucha contra la segregación en la marina y en el ejército americanos. Pero esta vez fue vencido. El Savoy permaneció cerrado durante mucho tiempo. Powell era uno de esos «liberales» del Norte que no consiguieron que los negros se acercasen a los blancos.

Un día corrieron rumores de que, en el Braddock Hotel, unos policías blancos habían disparado a un soldado negro. Yo bajaba por la Saint Nicholas Avenue cuando vi una multitud de negros que corrían hacia la 125th Street. Algunos llevaban muchos paquetes. Un tal Shorty Henderson me explicó lo que había pasado: los negros rompían los cristales de los almacenes y se apoderaban de todo lo que les caía en las manos, de todo lo que podían llevarse —muebles, comida, joyas, vestidos, whisky—. Al cabo de una hora, toda la policía de Nueva York ocupaba Harlem. La Guardia y el difunto Walter White, secretario por aquel entonces de la N.A.A.C.P.¹, llegaron en un coche de bomberos provisto de un altavoz. Exhortaban a los negros furiosos, que chillaban y corrían en todas direcciones, a que volvieran a sus casas.

Hace poco encontré a Shorty Henderson en la Séptima Avenida. Nos reímos mucho pensando en el tipo al que habíamos bautizado con el nombre de «Pie Izquierdo». El día del motín había entrado en una tienda de zapatos de señora, y entre aquella confusión, había cogido cinco zapatos, ¡todos del pie izquierdo! Nos reímos también pensando en el chinito asustado que había puesto un letrero en la puerta de su restaurante que decía: «Yo también soy de color». Nadie le molestó, al contrario. Su letrero había hecho reír a todo el mundo.

Después del motín las cosas se pusieron muy difíciles. Fue una época muy dura para los que vivían del Harlem nocturno, y para los que sacaban sus recursos de los blancos. Durante los años 1920, el dinero de los blancos manaba a raudales. Después llegaba gota a gota. Con el motín, el grifo se cerró del todo.

1. Asociación nacional para el Progreso de los negros. (N.T.).

Hoy en día hay muy pocos blancos que visiten Harlem. Hay quizás algunas decenas que vienen a bailar el twist, el *frug*, el *watusi* y otros bailes de moda al Bar del Paraíso. Pero la mayoría de los blancos tienen miedo de venir a Harlem, y con razón. La vida en Harlem ya no es lo que era, ni siquiera para los negros. Los que tienen un poco de dinero lo invierten en algún local del centro de Manhattan, donde tiempo atrás hubieran sido atrapados por la policía. Esto es la «integración». ¡Qué hipocresía! Antes de que un Creso blanco tenga tiempo de abrir un nuevo hotel de lujo en un rascacielos, los negros, que no tienen donde caerse muertos, caen en la locura de la «integración» y alquilan el hotel para sus «bailes» y sus «congresos».

Las cosas se habían puesto tan difíciles que los contrabandistas se vieron obligados a trabajar honestamente y las prostitutas tuvieron que hacer de criadas o de mujeres de la limpieza y limpiar despachos por la noche. Los chulos estaban tan mal que mi amigo Sammy tuvo que unirse a mí. Habíamos escogido un sitio considerado como inatacable. Ya que es precisamente en esos sitios donde los guardias acaban por confiarse y entonces es fácil dar el golpe.

Nos encontrábamos en pleno trabajo cuando una bala alcanzó a Sammy. Tuvimos el tiempo justo para escaparnos. Por suerte, Sammy no estaba gravemente herido. Nos separamos: es lo más prudente en estos casos.

Fui a casa de Sammy antes de que amaneciera. Su nueva amante estaba allí, una negra española, muy guapa pero muy excitada. Lloraba y explicaba no sé cuántas historias a causa de Sammy. Se tiró sobre mí chillando y con las uñas por delante. Sabía que habíamos dado el golpe juntos. La aparté de mí. No comprendía cómo Sammy no le ordenaba que se estuviera quieta, pero entonces me di cuenta... vi de reojo cómo Sammy cogía su fusil.

Esta reacción de Sammy ante la corrección que le administraba a su amante (a pesar de todo, él y yo éramos amigos íntimos) fue la única flaqueza que le he conocido. La mujer empezó a chillar y se lanzó sobre él. Sabía muy bien que cuando un hombre apunta a su mejor amigo con un fusil es que ya no puede dominarse y va a disparar. Le entretuvo el tiempo suficiente para que yo me apartara. Sammy me persiguió unos cien metros.

Con mi reputación podía entrar fácilmente en el tráfico de los números de lotería, el único con el que no se corría peligro en Harlem. Mi nuevo patrón había prestado un servicio a un gangster blanco quien, a cambio, le había ofrecido un empleo de «banquero» durante seis meses en el Bronx. Los gangsters blancos organizaban el tráfico por zonas. Tal zona se atribuía a tal «banquero» durante un tiempo determinado.

Mi trabajo consistía en atravesar el puente George Washington en autobús y darle una bolsa llena de fichas con los números de las apuestas a un tipo que estaba esperándome al otro lado. No nos decíamos nunca nada. Yo atravesaba la calle y volvía a tomar el autobús en sentido contrario. Nunca he sabido quién era aquel tipo, ni quién se quedaba el dinero. Los contrabandistas no hacen preguntas.

La mujer de mi patrón me admiraba con su sentido para los negocios. Cuando tenía tiempo y ganas, me explicaba muchas cosas. Me hablaba de los «convenios», de los sobornos distribuidos a los funcionarios, a policías novatos, a los abogados ilegales, de la corrupción en los más altos rangos de la policía y la política. Sabía por experiencia que el crimen no existe sino en la medida en que la ley colabora con él. Me enseñó que, en toda institución americana, social, política, económica, el criminal, el agente de la ley y el político son compañeros inseparables.

Fue entonces cuando cambié de apostador. Había estado con el viejo desde la época en que trabajaba en *Small's Paradise*. Le fastidiaba perder a un gran jugador como yo, pero comprendía mi deseo de jugar con alguien de mi propia cuadrilla. Así empecé a hacer mis apuestas con un tal Archie de las Antillas, uno de los peores negros de Harlem.

Archie había salido de la cárcel de Sing-Sing poco antes de mi llegada a Harlem. Pero la mujer de mi patrón no le había contratado únicamente porque ya le conocía. Archie tenía una memoria fotográfica; era un as de las apuestas. No anotaba nunca los números, aún cuando se trataba de combinaciones de varias cifras; los guardaba en la memoria y sólo los escribía cuando tenía que entregar dinero al «banquero». Era el apostador ideal: la policía no le cogía nunca con fichas encima.

Un talento como el de Archie hubiera podido servir para algo útil en otra clase de sociedad. Pero Archie era negro.

Una vez conocí a la «jefa» de un burdel, le había hecho un favor a un amigo suyo, que me enseñó otro aspecto de Harlem nocturno: el mundo cerrado en el que los negros complacían a los blancos en sus más extraños placeres.

A los blancos que había conocido hasta ahora les gustaba mucho que les vieran con negras en los *night clubs* y en los *speakeasies*¹. Estos, en cambio, frecuentaban Harlem clandestinamente. Los motines habían inquietado a tan difíciles clientes. Mientras había otros blancos en Harlem nadie se fijaba en sus furtivas idas y venidas. Pero ahora era diferente. Y además, temían la cólera recientemente desatada de los negros de Harlem. Por eso la «jefa» del burdel me ofreció un empleo de «guía» para proteger sus florecientes negocios.

Era muy difícil obtener un teléfono durante la guerra. Un día, la patrona me pidió que me quedara en casa al día siguiente por la mañana. Habló con no sé quién y a la mañana siguiente, antes de mediodía, vinieron a instalarme el teléfono. Mi número no figuraba en el listín.

La patrona en cuestión era una especialista. Cuando una de sus chicas no podía o no quería satisfacer a un cliente, enviaba a éste a otro sitio, generalmente a un apartamento de Harlem, donde se le suministraba la «especialidad» solicitada.

Para recoger a los clientes, me colocaba enfrente del Astor Hotel, en la esquina —siempre muy frecuentada— de Broadway y la 45th Street. Vigilaba a los coches que pasaban e identificaba enseguida, antes de que se detuviera, al del blanco de mirada ansiosa que buscaba a un negro un poco rojizo, con traje oscuro o impermeable y una flor blanca en la solapa.

Si el blanco llevaba coche, me ponía al volante y le conducía al lugar en cuestión. Si venía en taxi, daba la dirección del Teatro Apollon de Nueva York. Precaución útil, pues algunos taxistas eran policías. En el Apollon tomábamos otro taxi, éste conducido por un negro, a quien indicaba esta vez la dirección exacta.

Cuando había terminado telefoneaba a la matrona. Generalmente me mandaba otra vez a la esquina 45th Street y

1. Bares en los que se bebía alcohol clandestinamente en tiempos de la Ley Seca (N.T.).

Broadway. Los clientes llegaban siempre a la hora fijada. Nunca tuve que esperar más de cinco minutos delante del Astor. Sabía circular de manera que no llamase la atención de la policía secreta o de la de uniforme.

Gracias a las propinas, a veces bastante elevadas, había llegado a ganar hasta cien dólares en una noche, acompañando a unos diez clientes al sitio donde podían ver, hacer, o dejarse hacer, absolutamente todo lo que deseaban. La mayoría de las veces ignoraba el nombre de los clientes. Ricos, hombres de una cierta edad, u hombres más que maduros. No eran estudiantes del *Ivy League*, sino sus padres, o sus abuelos. Personalidades mundanas. Políticos de primer rango. Magnates. Personas importantes que estaban de paso en Nueva York. Grandes vedettes. Personalidades de Hollywood y del teatro. Y, naturalmente, contrabandistas.

Harlem era su escondrijo, el reino del *strip-tease*. Se deslizaban hasta allí furtivamente y dejaban caer sus máscaras asépticas, dignas e importantes que llevaban en el mundo blanco. Esos hombres podían permitirse el lujo de gastar sumas enormes para satisfacer sus extraños apetitos durante dos, tres o cuatro horas.

Pero en esos bajos fondos, nadie expresaba sus opiniones. Se suministraba al cliente todo lo que podía nombrar, describir o inventar con tal de que pagase.

Algunos clientes querían ser azotados. Era una de las principales atracciones de mi circuito. Yo les conducía a un sitio donde una chica enorme, negra como el carbón, fuerte como un toro, musculada como un descargador, les suministraba esta especialidad. Por extraño que parezca, eran los clientes de más edad los que pedían esta clase de tratamiento, los blancos de sesenta y hasta setenta años. No habían tenido aún tiempo de recuperarse que ya me esperaban de nuevo en la esquina de *45th Street* y Broadway para que volviera a llevarles al mismo apartamento para postrarse de rodillas, suplicar y pedir gracia bajo el látigo. Algunos incluso me pagaban un suplemento para que fuera a verlo. Ella se engrasaba el cuerpo con una crema que le volvía la piel más negra y más brillante. Usaba unos látigos pequeños de esparto. Azotaba a los viejos hasta hacerles sangrar y hacía una fortuna a sus espaldas.

Muchos clientes ocupaban puestos de responsabilidad:

daban consejos, ejercían influencia y tenían autoridad sobre los demás. Todos esos blancos expresaban explícitamente su preferencia por las negras: «¡Cuánto más negras sean, mejor!». La patrona del burdel, que lo sabía muy bien empleaba las mujeres más negras que podía encontrar.

Durante todo el tiempo que viví en Harlem, no vi nunca que un blanco tocara a una prostituta blanca, y eso que las había en diversos sitios especializados. Dentro del género exhibicionista, lo que más reclamaban los clientes era el espectáculo de un negro haciendo el amor con una blanca. ¿Significaba esto que los blancos querían ser testimonios del acto que más temían, sexualmente hablando? A veces, llegué incluso a acompañar a algunas blancas a las que sus maridos llevaban a ver este espectáculo. Conocí a otra patrona de burdel que también me ponía en contacto con las blancas. Era una lesbiana guapísima, y vivía con un negro. Hablaba como un carretero. Proporcionaba hombres negros a las ricas blancas.

Yo la había visto ya otras veces con su amiga rubia en los bares, siempre en compañía de jóvenes negros. Era imposible adivinar, si no se estaba al corriente, que lo que aquella mujer quería era reclutarles para su negocio. Una noche les di marihuana a ella y su amiga y me dijeron que era la mejor que habían fumado en su vida. Vivían en un hotel del centro y me pidieron, alguna vez, que les llevara cigarrillos. Cuando iba, me quedaba un rato charlando con ellas.

La lesbiana me explicó que se había especializado por casualidad. Habituada a Harlem, conocía negros a los que les gustaban mucho las blancas. Ella trabajaba entonces en un instituto de belleza del barrio residencial blanco. Veía que sus clientes blancas aburridas, se quejaban de la impotencia sexual de sus maridos: y ella les explicaba que había «oído hablar» de experiencias con negros. Viendo que tal perspectiva excitaba a las clientes, acabó concertando citas entre ellas y los negros de Harlem que conocía. Los encuentros tenían lugar en su propio apartamento.

Después alquiló tres estudios para esta clase de citas. Las clientes la recomendaron a sus amigas. Dejó el instituto de belleza y se dedicó a dirigir sus asuntos por teléfono.

Se había dado cuenta de que también las blancas preferían a los negros.

- Tú no servirías ni para un caso de urgencia—, me dijo.
- Tu piel es demasiado blanca.

Casi todas las clientes especificaban «un negro negro» y a veces *uno de verdad*, o sea, negro, ni moreno, ni rojizo.

Como algunas clientes querían recibir a los negros en sus casas, a una hora establecida de antemano, la lesbiana pensó en montar un servicio de «entrega». Las clientes vivían en los barrios «chics», en grandes edificios de lujo con porteros vestidos de almirante. La sociedad blanca abre fácilmente sus puertas a un negro si se presenta como un criado. El portero telefoneaba al apartamento, la cliente respondía: «¿Quién es? Háglele subir, James» y los «recaderos» negros subían por la escalera de servicio y «entregaban» el artículo encargado por las privilegiadas de Manhattan.

Pero esas mujeres tenían a los negros el mismo respeto que tenían los blancos a las mujeres negras que utilizaban desde los tiempos de la esclavitud. Y los negros por su parte, no sienten tampoco ningún cariño por las blancas con quienes se acuestan (Yo tampoco lo sentía por Sophia que venía a Nueva York cada vez que se lo pedía).

El blanco puede ir hablando de la «inmoralidad» de los negros, pero no hay ser más inmoral en la tierra que los blancos. Y sobre todo los blancos de la «alta sociedad». Hace poco me hablaron de grupos de parejas jóvenes que se reúnen alrededor de un sombrero. Los maridos ponen las llaves de su casa en el sombrero, y después, con los ojos vendados, escogen una llave cualquiera y pasan la noche con la mujer que posee otra idéntica. Nunca he oído hablar de orgías de este tipo en los ambientes negros, ni siquiera en los ghettos.

Abandoné mi empleo de «guía». No sé exactamente por qué. Quizás estaba ya harto de traficar. Prefería ir a los *night clubs* y drogarme con mis compañeros. Me drogaba tanto que viví en un mundo de sueño. A veces fumaba opio en compañía de amigos blancos, actores que vivían en el centro. Pero sobre todo, me entregué a la marihuana. Ya no me bastaban los bastones del tamaño de una cerilla. Estaba tan drogado, que podía fumarme treinta gramos de golpe.

Al cabo de un tiempo encontré un trabajo en el centro. Mi nuevo patrón era un judío. Me quería mucho porque le había hecho un favor. Se llamaba Hymie. Se dedicaba a comprar

bares y restaurantes destartalados que reformaba y decoraba, después organizaba una fiesta de reapertura con banderas y hasta con un proyector. El nuevo bar o restaurante se llenaba enseguida hasta los topes. El letrero «nueva dirección» atraía a la gente, sobre todo a los judíos que buscaban *night clubs* en los que invertir dinero. A veces Hymie volvía a vender el local a los ocho días de haberlo comprado, con un gran beneficio.

Hymie me quería y yo también. Le gustaba mucho hablar. Y a mí me gustaba escucharle. La mitad del tiempo hablaba de los judíos y de los negros. Odiaba a los judíos que habían modificado su nombre. Recitaba los nombres de estos criminales escupiendo en el suelo y contrayendo los labios en señal de desprecio. Algunos eran gente famosa de los que nadie sospechaba que fueran judíos.

— Red, decía, yo soy judío y tú eres negro. Los cristianos no nos quieren ni a ti ni a mí. Si el judío no fuera más astuto que el cristiano, sería todavía peor tratado que los tuyos.

Hymie me pagaba bien: a veces hasta doscientos o trescientos dólares a la semana. Hubiera hecho cualquier cosa por él. Y creo que hice de todo. Pero mi principal tarea era transportar el alcohol clandestino que Hymie suministraba a los bares que él mismo había vendido después de haberlos renovado.

Iba con otro tipo en un coche hasta Long Island donde los traficantes de alcohol tenían su barrio general. Nos llevábamos las cajas de botellas vacías de whisky clandestino que nos tenían guardadas en los bares que suministrábamos. Comprábamos el whisky en bidones de 5 galones, llenábamos las botellas y las entregábamos según las indicaciones de Hymie a los diferentes bares.

Mucha gente pretendía que reconocía su marca y que no había otra; pero eran incapaces de distinguirla de nuestro whisky clandestino, de ocho días de edad y originario de Long Island.

Pero un final de semana ocurrió algo que puso fin a todo este tráfico en Long Island: La *State Liquor Authority* acababa de ser acusada de corrupción. Corrían rumores de que alguien del «interior» se había chivado. Un día estuve esperando a Hymie en el sitio en que habíamos quedado. No vino.

Nunca más he sabido de él. He oído decir que lo arrojaron al mar, y no sabía nadar.

A veces, cuando lo pienso, me pregunto cómo me las he arreglado para estar todavía vivo. Dicen que Dios protege a los imbéciles y a los bebés. He pensado muchas veces que Allah me protegía. Pero durante todo este período de mi vida, yo estaba muerto, en un sentido —muerto interiormente—. Sólo que, en aquella época, no lo sabía.

Cogido en la trampa

Llamaron a la puerta. Sammy, que estaba tumbado en la cama con pijama y bata puestos, preguntó quién era.

Era Archie el de las Antillas. Sammy escondió debajo de la cama el espejo de afeitarse en el que quedaba todavía un poco de cocaína y yo abrí la puerta.

— ¡Red! Dame mi dinero.

Un 32-20 es un revólver muy curioso. Es mayor que un 32 y menor que un 38. No era la primera vez que me encaraba con un negro peligroso, pero para atreverse con Archie había que desear la muerte.

No podía creerlo. Tenía un miedo horroroso. Estaba tan aturdido que mi cerebro y mis labios no llegaban a formular una sola palabra.

— ¿Qué? Expílicate.

Aquella tarde, Archie me había pagado trescientos dólares. Había dado realmente en un buen número. Y ahora pretendía que había mentado cuando le dije que había ganado; me había pagado, a pesar de todo, los trescientos dólares, esperando comprobarlo después en la lista de las apuestas.

— ¿Estás loco o qué?

Hablaba deprisa. Había visto de reojo la mano de Sammy que se deslizaba bajo la almohada en la que guardaba siempre su 45. «Archie, tú que te las das de tan astuto ¿habrías pagado a alguien que no hubiera ganado?».

El 32-20 me apuntaba. Sammy se inmovilizó. «Debería atravesarte la oreja con una bala», le dijo Archie. Volvió a mirarme. «¿No tienes mi dinero?».

Debí sacudir la cabeza.

— Te doy hasta mañana al mediodía.

Era el clásico atolladero. No era un problema de dinero. Tenía todavía doscientos dólares. Si hubiera sido ésta la cuestión, Sammy me habría prestado lo que me faltaba. Y si él no hubiera podido, sus amigas hubieran reunido la suma en un momento. El mismo Archie me lo habría prestado si se lo hubiera pedido. Me habría prestado miles de dólares ya que cobraba el diez por ciento de interés. Una vez se enteró de que estaba en un aprieto y vino a verme. Me alargó el dinero que no le había pedido y dijo: «Toma, ponte esto en el bolsillo».

El problema era la situación en que nos encontrábamos los dos. En la jungla de los traficantes amor propio y honor son palabras sagradas. Un traficante no puede soportar que le digan que alguien le domina. Y lo que es peor, no sólo no puede dejarse dominar sino retroceder ante una amenaza, pasar por un cobarde.

Archie sabía que algunos traficantes jóvenes se hacían famosos poniendo en evidencia a los viejos, y arreglándose las para que todo el mundo se enterara. Archie creía que yo intentaba hacerle una jugaba de ese tipo. Por mi parte, yo sabía perfectamente que defendería su reputación explicando a todo el mundo que me había amenazado. Conocía personalmente a una decena de traficantes que se habían ido de Nueva York porque les habían amenazado. Estaban acabados. Cuando el barrio se enterase, nos sería imposible, tanto al uno como al otro, volvernos atrás. Todo Harlem esperaría nuestro encuentro. Y era posible que la cosa acabase con la muerte para uno, y la cárcel o la silla eléctrica para el otro.

Mis revólveres estaban en casa. Sammy me dio su 32. Me lo puse en el bolsillo y salí, disimulándolo con la mano.

No podía desaparecer de la circulación. Tenía que ir a todos los sitios a los que iba normalmente. Me detuve un momento en la esquina, tenía la mente ofuscada (este estado es típico en los drogados). En esta jungla de Harlem, la gente es capaz de engañar a su propio hermano. Los jugadores que se drogan se dejan dominar muchas veces por los «apostadores»; están tan embrutecidos que son incapaces de demostrar que han ganado cuando alguien se lo niega.

Empecé a preguntarme si Archie no tenía razón. Si no me

había equivocado de números. Me acordaba perfectamente de los números que había jugado. Le había dicho a Archie que me los combinara con un tercero. ¿Pero cuál? ¿Dónde me había equivocado?

Llevé a una chica al Onyx Club donde actuaba Billie Holiday. Fui un momento al lavabo para tomar un poco de cocaína que me había dado Sammy. Al salir de allí decidimos ir a tomar la última copa. Ella no tenía la más mínima idea de lo que pasaba: me propuso ir a un bar al que yo iba a menudo, el de La Marr-Cheri, en Harlem. Tenía mi revólver, el valor que me daba la cocaína, y le dije que sí. A la primera copa estaba ya tan borracho que la envié a su casa en un taxi.

Me quedé en el bar como un imbécil, de espaldas a la puerta, pensando en Archie. Desde aquella noche no me he puesto, ni me pondré nunca, de espaldas a una puerta. Pero aquel día fue una buena solución, porque estoy seguro de que si hubiera visto entrar a Archie le habría matado.

Poco después me encontré cara a cara con él. Me insultaba amenazándome con su revólver. Quería hacer su pequeña demostración en público, para la galería. Todo el mundo —camareros, clientes— se quedó inmóvil, con el vaso en la mano. Se oía el tocadiscos automático desde el fondo de la sala. Era la primera vez que veía a Archie borracho. Pero no estaba borracho de whisky. Yo sabía que era otra cosa: la droga. Todos los traficantes se drogan antes de dar un golpe.

— Voy a matar a Archie, pensé. Esperaré a que se dé la vuelta y le dispararé en la espalda. Palpé mi 32 que colgaba de mi cinturón.

Archie debió leer en mis ojos. Dejó de insultarme. Sus palabras me sobresaltaron.

— Crees que vas a matarme el primero, Red. Pero voy a hacerte reflexionar. Yo tengo sesenta años. Soy viejo. He estado en Sing-Sing. Mi vida está acabada. Tú en cambio eres joven. Si me matas, estás perdido. En el mejor de los casos irás a la cárcel.

He pensado a veces que Archie sólo quería asustarme para salvarnos el pellejo a los dos. Quizás por esto estaba drogado. Ninguno de los presentes sabía que yo no había matado nunca a un hombre, pero todos los que me conocían, yo mismo incluso, sabían que era capaz de hacerlo.

Los amigos de Archie se acercaron a él llamándolo suavemente «Archie... Archie». El se dejó llevar. Lo alejaron, lo llevaron al fondo del bar. Pasaron por delante de mí mirándome burlonamente. Descendí lentamente de mi taburete, dejé un billete sobre el mostrador para el camarero y salí sin volverme. Esperé fuera, pistola en mano, durante unos cinco minutos. Se me veía muy bien desde el interior. Archie no salía. Entonces me fui.

Deberían ser las cinco de la mañana cuando desperté a un actor blanco que conocía y que vivía en el centro. Sabía que necesitaba estar drogado. Durante las horas que siguieron absorbí una cantidad inimaginable de droga. El actor me dio opio. Tomé un taxi y me fui a casa a fumarlo. Llevaba el revólver cargado. A la menor alarma, dispararía.

Sonó el teléfono. Era la lesbiana blanca que me pedía que le llevara cincuenta dólares de marihuana.

Siempre se los llevaba, tenía que hacerlo esta vez también. Pero el opio me daba sueño. Me tomé unas cuantas tabletas de bencedrina para estimularme un poco. Las dos drogas trabajaban simultáneamente, tenía la impresión de que la cabeza se me iba en dos direcciones opuestas.

Llamé a la puerta de mi vecino, un traficante que me proporcionaba marihuana en bruto a crédito. Me ayudó a liar los cigarrillos. Cien. Mientras lo hacíamos nos pusimos a fumar.

Volví al centro para entregar la mercancía. Tuve sensaciones indescriptibles, todas distintas. Sólo una expresión podría definirlo: la ausencia del tiempo. Un día duraba cinco minutos. Media hora duraba ocho días.

Prefiero no pensar en el aspecto que tenía cuando llegué al hotel. La lesbiana y su amiga me ayudaron a acostarme. Caí atravesado en la cama y me quedé dormido.

Me despertaron por la noche. El último plazo de Archie había acabado después de mediodía. Volví muy tarde a Harlem. Todo el mundo estaba al corriente. Noté que los que me conocían se alejaban de mí fingiendo que tenían trabajo. Nadie quería encontrarse en la trayectoria de la bala.

Pero no pasó nada. Al día siguiente tampoco. Yo seguía bajo los efectos de la droga.

En un bar por poco le parto la cara a un traficante muy

joven y enclenque que se había abalanzado sobre mí. Volvió al ataque, con el cuchillo en la mano. Iba a dispararle cuando alguien le apartó y le hizo salir.

Mi sexto sentido me dijo que haría bien deshaciéndome del revólver. Le hice señas a un traficante que estaba al otro lado del bar. Acababa de pasarle el arma cuando entró un policía al que yo había visto antes por allí. Tenía la mano sobre la culata. Estaba al corriente como todo el mundo. Avanzó lentamente persuadido de que yo estaba armado. Sabía que bastaría un estornudo para que me disparara.

– Saca la mano del bolsillo, Red, me dijo. Con *mucho* cuidado.

Obedecí. Al ver mis manos vacías se tranquilizó un poco. Y yo también. Me ordenó que saliera delante suyo. Al otro lado de la acera estaba aparcado el coche patrulla en doble fila, con la radio encendida. Había otro policía esperando. Me registraron entre los dos, palpándome sistemáticamente. La gente se detenía a mirarnos.

– ¿Qué buscan? Les dije, ya que no habían encontrado nada.

– Dicen que estás armado, Red.

– Lo estaba, les dije. Pero he tirado mi revólver al río.

– Yo en tu lugar, Red, no andaría por aquí, me dijo el policía que había entrado al bar.

Volví al bar. Menos mal que les dije que había tirado el revólver, si no, me hubieran llevado a casa y lo que tenía allí me hubiera valido más años de cárcel que diez pistolas juntas... y ellos hubieran ascendido.

Las cosas se ponían cada vez más difíciles para mí. Había caído en la trampa, en varias trampas. Durante cuatro años había sido lo bastante afortunado, o lo bastante astuto, para librarme de la cárcel. Ni siquiera me habían detenido. Nunca me había ocurrido nada grave de verdad. Pero aquel día me di cuenta de que las cosas habían cambiado.

Iba por la Saint Nicholas Avenue cuando oí el claxon de un coche. Para mis oídos fue como un disparo de fusil. No podía pensar que fuese para mí.

– ¡Compatriota!

Me volví en seco. Estuve a punto de disparar. ¡Era Shorty!

¡Shorty de Boston! Por poco se muere de miedo. Yo estaba loco de alegría.

Subí a su coche. Me explicó que Sammy le había telefonado para decirle que yo estaba en un apuro y que él podría sacarme de allí. Shorty le había pedido el coche a su pianista y había quemado kilómetros hasta Nueva York.

Me dejé llevar. Shorty se quedó de guardia a la puerta de mi apartamento mientras yo recogía los pocos objetos que quería conservar. Y nos pusimos en camino. Shorty no había dormido desde hacía treinta y seis horas. Después me explicó que no paré de hablar durante todo el trayecto.

Atrapado

Después de un mes de «hacer el muerto», me di cuenta de que tenía que hacer algo para vivir.

Hablé con Shorty. Primero le hice aceptar mi convicción (de la que él mismo era una prueba irrefutable) de que sólo los imbéciles creen que se puede conseguir algo trabajando.

Cuando le hablé de lo que llevaba entre manos —desvalijar casas— Shorty, que había sido siempre tan conservador, me sorprendió por lo deprisa que aceptó. Ni siquiera sabía nada sobre esta clase de trabajo.

Le expliqué de qué se trataba. Me propuso entonces que nos asociáramos con un amigo suyo que a mí me gustaba mucho, un tal Rudy.

La madre de Rudy era italiana, su padre negro. Había nacido en Boston. Era bajito, de piel clara, tenía el aspecto de buen chico y trabajaba regularmente para una agencia que le hacía hacer de camarero en las *parties* de la alta sociedad. Aparte de esto, se había encontrado un empleo que me traía muchos recuerdos. Rudy iba una vez por semana a casa de un rico y viejo aristócrata, un verdadero pilar de la sociedad de Boston, que le pagaba para que le desnudara, se desnudara él también, le cogiera como a un paquete, le colocara encima de la cama, y le empolvara de pies a cabeza con... *polvos de talco*. Rudy decía que esto hacía feliz al viejo.

Yo les expliqué a él y a Shorty algunas de las cosas que había visto. Rudy dijo que en Boston no habían casas especializadas como en Harlem, o al menos él no las conocía. Sólo había blancos ricos cuyas extrañas pasiones eran saciadas por negros que iban a sus casas disfrazados de chóferes, criadas, camareros, etc... Como en Nueva York, eran hombres de alta sociedad, que habían pasado de la edad de las relaciones sexuales normales, y querían tener «sensaciones» nuevas.

Rudy habló de un viejo blanco que pagaba a una pareja negra para que hiciera el amor delante suyo en su cama. Otro era tan «sensible» que se contentaba con quedarse sentado en la habitación contigua a la que se encontraba la pareja. Le bastaba con dejar trabajar su imaginación.

Un buen equipo de ladrones tiene siempre lo que se llama una «antena». La antena es quien busca los lugares interesantes. También se necesita alguien que examine la disposición de los locales, que encuentre la manera de entrar, la mejor manera de salir, etc. Rudy estaba calificado en ambos terrenos. Como trabajaba en casas buenas podía hacer un cálculo del botín y estudiar los lugares mientras circulaba, aparentemente ocupado, con su chaqueta blanca.

— ¿Cuándo empezamos? dijo entusiasmado, cuando le pusimos al corriente.

Pero yo no quería precipitarme con los ojos cerrados en ese asunto. Mi experiencia y los profesionales, me habían enseñado la importancia de planear bien las cosas. Si se ejecuta correctamente, el desvalijamiento de casas ofrece las mejores posibilidades de éxito y un mínimo de riesgos. Había que evitar encontrar, e incluso conocer, a las víctimas; así no hay tanto peligro de tener que atacarlas, o matarlas. Y si después te cogen, la policía no cuenta con testigos visuales.

También es importante limitarse a un solo sector, todos los ladrones tienen su especialidad: unos entran sólo en los apartamentos, otros en los hoteles, otros en las tiendas o en los almacenes. Los hay que únicamente se interesan por las cajas fuertes.

En la categoría residencial, hay varias subdivisiones: ladrones de día, ladrones de noche (a las horas en que la gente va a cenar o al teatro), ladrones de después de medianoche. Cualquier policía os dirá que hay muy pocos ladrones que

trabajen fuera de sus horas habituales. Mi amigo Jumpsteady era un especialista del robo nocturno en los apartamentos. Hubiera sido difícil hacerle trabajar de día aun en casa de un millonario que se hubiera dejado la puerta abierta al ir a desayunar.

Yo era contrario al robo diurno por una razón muy simple: se me veía demasiado. «Un enorme negro rojizo de un metro noventa de altura» es algo que se ve a simple vista.

Me preparé minuciosamente. La organización debía ser perfecta. Pensé que sería mejor contar con la ayuda de dos blancas, por dos razones. Rudy no trabajaba en muchas casas; dentro de poco nos quedaríamos sin recursos. Y en esos barrios residenciales, un negro que vaya observándolo todo llamaría la atención. En cambio, las blancas podían ser invitadas en cualquier sitio.

No me gustaba demasiado la idea de tener a tantas personas mezcladas en el asunto. Pero Shorty se había hecho muy amigo de la hermana de Sophia; Sophia y yo, parecía que hubiéramos estado juntos cincuenta años. Y Rudy esperaba con impaciencia ponerse manos a la obra. Ninguno de ellos habría dejado su parte; corríamos todos los mismos riesgos. En cierta manera, formábamos una familia.

Sophia no me preocupaba. Hacía todo lo que yo le decía. Y su hermana hacía todo lo que ella le decía. Las dos se adhirieron con gran entusiasmo. El marido de Sophia estaba ausente en aquel momento, había ido a la costa del Oeste.

Sabía que a la mayor parte de los ladrones no se les descubre con las manos en la masa, sino en el momento en que tratan de vender el botín. Tuve la suerte de encontrar una excelente «pantalla». Nos pusimos de acuerdo en un sistema: nuestra «pantalla» no trabajaría nunca directamente con nosotros, nos enviaría a su representante, un ex-presidiario, que estaría en contacto conmigo, y con nadie más. Además de sus negocios ilícitos, tenía varios garajes y algunos almacenes en Boston. Antes de dar un golpe, yo tenía que advertir al representante, darle una idea de lo que íbamos a coger, y él me indicaría en qué garaje o almacén podíamos guardar el botín. Una vez el asunto concluido, el representante examinaría los objetos robados, eliminaría todo lo que pudiera identificarlos, y llamaría a la «pantalla» que diría el precio. Al día siguiente,

el representante me citaría y me pagaría la mercancía robada al contado.

La «pantalla» en cuestión pagaba siempre con unos billetes nuevísimos que crujían en los dedos. Era astuto. Psicológicamente, aquellos billetes tan nuevos en nuestros bolsillos hacían un efecto extraordinario. Pero él debería tener otras razones.

Necesitábamos un punto de reunión fuera de Roxbury. Las chicas alquilaron un apartamento en Harvard Square, contrariamente a los negros, ellas podían ver antes de decidirse el apartamento que más les convenía. Era una planta baja, de la que podíamos entrar o salir a altas horas de la noche, sin llamar la atención.

En nuestra primera reunión en Harvard Square preparamos los golpes. Para ver las posibilidades de cada casa, las chicas se harían pasar por vendedoras, estudiantes que hacían encuestas, etc... Inspeccionarían la mayor parte posible de la casa sin llamar la atención. Nos indicarían después los objetos de valor que habían visto, dónde estaban colocados, y nos harían una composición de lugar. Excepto en caso de necesidad, las chicas no entrarían en el asunto. Sólo los tres hombres. Uno de ellos se quedaría de guardia en un coche con el motor en marcha.

Mientras hacíamos nuestros planos, me senté deliberadamente en una cama, lejos de ellos. De repente saqué el revólver y vacié todas las balas. Ellos me miraban, volví a poner una y me apunté el caño a la sien.

– Voy a ver si tenéis nervio, dije.

Me miraban todos con la boca abierta. Apreté el gatillo. Todos oímos el *click*.

– Voy a hacerlo otra vez.

Me suplicaron que lo dejara. Shorty y Rudy se pensaban interiormente –estoy seguro– si debían precipitarse sobre mí.

Oímos el segundo *click*.

Las chicas estaban histéricas. Rudy y Shorty me suplicaban: «¡... Red... Basta!». Apreté otra vez el gatillo.

– Hago esto para demostraros que no me da miedo morir, les dije... Y ahora, al trabajo.

Después de esto, no tuve nunca ningún problema con los

miembros de la banda. Sophia estaba intimidada. Su hermana por poco me llamó «señor». Con Shorty y Rudy ya no era como antes. No hicieron nunca alusión a este incidente. Creían que estaba loco. Me tenían miedo.

Nuestro primer robo tuvo lugar aquella noche en casa del viejo blanco que pagaba a Rudy para que lo empolvára. No pudo ir mejor. Todo fue sobre ruedas. Recibimos las felicitaciones de la «pantalla», y una recompensa todavía más concreta: billetes nuevos que crujián en los dedos. El viejo le explicó después a Rudy que un ejército de detectives habían examinado la casa y llegado a la conclusión de que nuestro robo era obra de una banda que trabajaba en Boston desde hacía un año.

Muy pronto hicimos una ciencia de aquello. Las chicas examinaban los barrios buenos. Los robos no duraban a veces ni diez minutos. En general, éramos Shorty y yo los que hacíamos el trabajo y Rudy se esperaba en el coche preparado para ponerse en marcha.

Si los propietarios no estaban en casa, abríamos con una llave maestra. Si era un cerrojo de seguridad, empleábamos una palanqueta o una ganzúa. O bien entrábamos por la ventana, pasando por la escalera de incendios o por el techo. A veces las crédulas señoras mostraban todas sus riquezas a las chicas, sólo para oírles exclamar «¡Oh!» o «¡Ah!»». Gracias a los dibujos que ellas nos proporcionaban, y a nuestras linternas, íbamos directos a los objetos codiciados.

A veces las víctimas estaban durmiendo en su cama. El robo en estas condiciones puede parecer muy atrevido. Pero en realidad ¡qué fácil! Esperábamos, en el mayor silencio, a que la gente se pusiera a respirar fuerte. Teníamos una debilidad por los que roncaban, no hay duda; con ellos estaba todo hecho. Entrábamos sin zapatos en su habitación. Desplazándonos muy rápidamente, como sombras, cogíamos los vestidos, relojes, billeteros, bolsos y joyeros que encontrábamos.

Para Navidad teníamos también nuestros Reyes. La gente dejaba regalos por toda la casa. Y sacaban más dinero del banco que de costumbre. A veces, empezando a trabajar un poco pronto, podíamos robar sin ni siquiera haber examinado las casas antes. Si las persianas estaban bajadas, si no había luz, si nadie abría cuando las chicas llamaban a la puerta, nos arriesgábamos a entrar.

Si queréis que no os roben, voy a daros un consejo: dejad siempre una luz encendida. La ideal, es la luz del cuarto de baño. Es la única habitación en la que puede haber alguien a cualquier hora de la noche, y oír el menor ruido. El ladrón, que lo sabe, no se atreverá a entrar. Y es también el método más barato. Los kilowatios cuestan menos que los objetos de valor.

La «pantalla» nos indicaba a veces un buen botín. Durante todo un período, uno de los mejores, nos especializamos en tapices orientales. He sospechado siempre que la «pantalla» los volvía a vender a sus antiguos propietarios. Sea como sea, esos tapices valen una fortuna. Me acuerdo de uno que nos aportó miles de dólares. Imposible saber lo que nuestra «pantalla» se metía en el bolsillo. Todos los ladrones saben que su «pantalla» les roba más de lo que ellos mismos roban a sus víctimas.

Una vez nos libramos de una buena. Acabábamos de subir al coche, íbamos los tres hombres delante, y el asiento de detrás lleno de mercancía. En ese mismo momento, apareció en la esquina un coche de policía. Se acercó a nosotros y pasó de largo. Tan solo se paseaba. Pero luego vi por el retrovisor que daba la media vuelta. Sabía que los policías nos dirían que nos detuviéramos, pues al pasar se habían dado cuenta de que éramos negros, y los negros no tenían nada que hacer por aquel barrio a esas horas.

La situación era bastante delicada. No éramos nosotros sólo los únicos que trabajábamos. En Boston habían muchos robos en marcha en aquel momento. Pero yo sabía que a un blanco le es difícil imaginar que un negro pueda ser más fuerte que él. Antes de que los policías usaran el intermitente, le hice señas a Rudy para que se parara. Hice la misma comedia que la otra vez: salí del coche, y me dirigí al coche patrulla. Les pregunté, tartamudeando, como si fuera un pobre negro que se ha perdido, cómo se iba a tal sitio, en Roxbury. Me dieron la información y se fueron a sus asuntos, mientras nosotros nos íbamos a los nuestros.

Todo iba bien. Cogimos tantas cosas que pudimos descansar por un tiempo. Shorty continuaba tocando con su orquesta. Rudy no se perdía ni una sola sesión de polvos de talco con su viejo señor, ni una velada mundana. Nadie estaba al corriente de nuestras actividades, pero se veía que nos

iban bien las cosas. Las chicas lucían las pieles y las joyas que se habían escogido. A veces venían a vernos. Nos encontrábamos en casa de Shorty, en Roxbury, o en el apartamento de Harvard Square, para fumar marihuana y escuchar un poco de música. No está bien criticar a los demás, pero tengo que decir que Shorty estaba tan obsesionado por su amiguita que cuando apagábamos la luz subía la persiana para ver su carne blanca a la luz de los faroles.

A primeras horas de la noche, antes de empezar a trabajar, iba muy a menudo a un *night club* de Massachusetts Avenue: el Savoy. Sophia me telefoneaba a las horas convenidas. Incluso las noches que íbamos a robar, salía del *night club* para volver enseguida una vez terminado el trabajo. Así, si fuera necesario, la gente podría atestiguar que yo estaba allí a la hora del robo aproximadamente. Cuando la policía les interrogaba, los negros no daban nunca informaciones muy precisas.

En aquella época, había dos inspectores negros en Boston. Cuando volví a Roxbury, uno de ellos, Turner, me dio a entender que no me podía tragar, y esa «simpatía» era recíproca. Hablaba de lo que iba a hacerme y yo le hice saber por la «voz de la calle» claramente mi respuesta. Cuando cambió de propósito, me di cuenta de que la «voz de la calle» era efectiva. Todo el mundo sabía que yo estaba armado. Y él no era tan tonto como para no comprender que no dudaría en dispararle, inspector o no.

Aquella noche estaba en el Savoy a la hora de siempre. El teléfono sonó en la cabina en el mismo momento en que Turner hacía su entrada. Vio cómo me levantaba. Sabía muy bien que el teléfono era para mí, pero entró en la cabina y respondió en mi lugar.

Le oí decir, «*Hello, hello, hello*», mirándome fijamente. Sophia, que no quiso arriesgarse con una voz desconocida colgó el teléfono.

– ¿No era para mí esa llamada? pregunté a Turner.

Dijo que sí.

– ¿Y por qué no me lo has dicho?

Me respondió con un insulto. Sabía que estaba esperando que yo empezara. Los dos éramos muy prudentes. Los dos sabíamos que queríamos matarnos el uno al otro. Pero ningun-

no quería cometer una torpeza. Turner no quería decir nada que pudiera hacerle quedar mal. Yo no quería decir nada que pudiera ser interpretado como una amenaza a un policía.

Pero, aquella noche no pude aguantarme. Recuerdo exactamente lo que le dije.

– Oye Turner, tú que tratas de entrar en la historia, ¿no sabes que si juegas conmigo entrarás de verdad porque te verás obligado a matarme?

Turner se quedó mirándome. Después se alejó. Supongo que no estaba preparado para entrar en la historia.

Yo había llegado casi a cavar mi propia tumba. Todo criminal espera que le cojan de un momento a otro. Es la ley. Trata de evitar lo inevitable el mayor tiempo posible, y basta. La droga me ayudaba a olvidarme de esa perspectiva cada vez que me venía a la memoria. La droga se había convertido en el eje de mi vida. Llegué a absorber tal cantidad diariamente (cigarrillos, cocaína, o los dos a la vez) que estaba por encima de cualquier inquietud o cualquier tensión. Y si, a pesar de todo, afloraba alguna preocupación a la superficie de mi conciencia, podía hacerla volver al sitio de donde habían venido hasta el día siguiente, y al día siguiente hasta el otro.

Pero ahora me costaba mucho drogarme sin que se me notara.

Una noche que no trabajábamos —al día siguiente de una buena pesca— estaba drogado como siempre y fui a un *night club*. El camarero que me dijo «Hola, Red», ponía una cara que no me gustaba nada. Pero no le hice ninguna pregunta. Es un principio: no preguntar nunca nada en esa clase de situaciones; pues la gente os dice entonces lo que están deseando deciros. De todas maneras el camarero no tuvo tiempo de decirme nada pues yo lo vi enseguida.

Sophia y su hermana estaban sentadas en una mesa cerca de la pista, acompañadas de un blanco.

Todavía hoy no entiendo cómo pude cometer semejante error. Hubiera podido hablar después con Sophia. No sabía quién era el blanco, ni me importaba. Pero la cocaína me hizo levantar.

No era el marido de Sophia, sino el mejor amigo de su marido. Habían hecho el servicio militar juntos. Como el mari-

do no estaba, el amigo había invitado a Sophia y su hermana a cenar, y ellas habían aceptado. Después de cenar, él había propuesto ir a dar una vuelta por el ghetto negro.

Todos los ciudadanos negros conocen esta clase de blanco del Norte que va a visitar el «barrio negro» para «divertirse un poco» a costa de los negros.

Las chicas, a quienes conocía todo el mundo en el barrio, trataron de disuadirle. Pero él insistió. Se aguantaron la respiración y entraron en aquel *night club* al que habían ido cientos de veces. Lanzaron miradas glaciales a los camareros y ellos, comprendiendo lo que pasaba, hicieron ver que no las conocían. Pidieron algo para beber, rezando para que ningún negro se acercara a saludarlas.

Fue entonces cuando intervine yo. Recuerdo que las llamé «*Baby*». Se quedaron blancas como el papel. El tipo, rojo como un tomate.

Aquella noche me sentí realmente enfermo en Harvard Square. No físicamente sino más bien debido a las consecuencias de aquellos cinco últimos años que ahora salían a flote. Estaba en pijama, medio dormido encima de la cama, cuando oí que llamaban a la puerta.

Era muy extraño. Todos teníamos una llave y nunca había llamado nadie a la puerta. Me escondí debajo de la cama. Estaba tan borracho que no se me ocurrió coger el revólver de la cómoda.

Desde debajo de la cama, oí girar la llave en el cerrojo y vi entrar unos zapatos y los bajos de unos pantalones. Los vi circular, pararse. Cada vez que el tipo se paraba, yo sabía perfectamente qué estaba mirando. Y sabía, antes que él mismo, que iba a mirar debajo de la cama. Y así lo hizo. Era el amigo del marido de Sophia. Su cara estaba a cincuenta centímetros de la mía. Tenía un aire glacial.

— Ja, ja, ja, ¿le he hecho volverse loco, verdad? le dije.

No tenía ninguna gracia. Salí de debajo de la cama riendo. Tengo que decir en su favor que no echó a correr. Dio un paso atrás. Me miró como si fuera una serpiente.

No tenía la menor intención de ocultarle lo que ya sabía. Las chicas tenían algunas cosas en los armarios, por todas partes. El las había visto. Incluso hablamos un poco. Le dije que las chicas no estaban y se marchó. Lo que más me preo-

cupó fue que me había cogido a mí mismo en la trampa al esconderme debajo de la cama, desarmado. Realmente, me estaba descuidando.

Había llevado un reloj robado a arreglar. Dos días después del episodio de la cama, fui a buscarlo. Mis armas formaban parte de mi ropa, como mis corbatas. Me había colocado el revólver en un estuche atado a la espalda debajo del abrigo. Después me enteré de que el propietario del reloj había indicado la reparación que necesitaba. Era un reloj estupendo y por eso lo había guardado para mí. Todos los relojeros de Boston estaban alerta.

El judío esperó que le pagara antes de poner el reloj en el mostrador. Después dio la señal. Apareció un tipo del fondo de la tienda y se dirigió a mí.

Tenía la mano derecha en el bolsillo. Era un policía, evidentemente.

– Pase al fondo, me dijo tranquilamente.

Me disponía a obedecer cuando otro negro, inocente, entró en la tienda. Más tarde me enteré de que había acabado el servicio militar aquel día. El policía se pensó que era un cómplice mío, y se volvió hacia él.

Permanecí allí, armado, inmóvil, mientras el inspector de espaldas a mí, interrogaba al otro negro. Todavía estoy convencido de que Allah estaba conmigo. No intenté dispararle. Y esto fue lo que me salvó la vida.

Recuerdo que el inspector se llamaba Shark.

Levanté los brazos al aire y le hice señas: «Coja mi revólver», le dije.

Le miré mientras lo cogía. Estaba como atontado. Al ver entrar al otro negro no se le había ocurrido pensar que yo podía estar armado. Estaba realmente emocionado porque no había intentado dispararle.

Con mi revólver en la mano, dio la señal. Otros dos inspectores salieron de sus escondrijos. Me tenían rodeado. Un falso movimiento y habrían disparado.

Si no me hubieran detenido en la relojería, hubiera podido morir de otra manera. El amigo del marido de Sophia se lo había contado a éste. El marido, que había llegado aquella misma mañana, había venido a mi casa, armado. Se encon-

traba allí en el momento en que me llevaron a la comisaría de policía.

Los inspectores me mataron a preguntas. Pero no me pegaron. No levantaron ni un dedo contra mí porque no le había disparado al primer inspector.

Me encontraron papeles con mi dirección. Enseguida detuvieron a las chicas. Habían delatado a Rudy. Todavía no entiendo cómo se las arregló para ser informado a tiempo. Debíó saltar con el primer tren que salía de Boston. No le han cogido nunca.

He pensado mil veces en este día en que escapé dos veces de la muerte. Por esto creo que todo está escrito.

La policía encontró todo lo que buscaba en nuestro apartamento: abrigo de piel, algunas joyas, cosas sin importancia, y nuestros instrumentos de trabajo. Una palanqueta de ladrón, un desmontador de cerraduras, diamantes para cortar vidrio, atornilladores, linternas, llaves falsas... y mi arsenal de armas.

A las chicas les pusieron muy poca fianza. Después de todo, eran blancas. Su crimen más monstruoso era el haberse relacionado con los negros. Pero a Shorty y a mí nos pusieron una fianza de diez mil dólares a cada uno, cantidad que sabían perfectamente que éramos incapaces de reunir.

Las asistentes sociales nos ofrecieron sus servicios. Las relaciones entre blancos y negros eran un tema que las obsesionaba. Nuestras chicas no eran lo que se llama unas «rasteras» o unas «golfas», sino blancas de la buena burguesía. Circunstancia que preocupaba más a las asistentes sociales y a los representantes de la ley que ninguna otra cosa.

¿Cómo, dónde, cuándo las había conocido? ¿Habíamos dormido juntos? Nadie se interesaba por los robos. Lo único que veían era que habíamos cogido unas mujeres que pertenecían a los blancos.

Miré fijamente a las asistentes sociales: «Y bien, ¿qué piensan *ustedes?*».

Hasta los escribanos y los ujieres del tribunal repetían la misma canción: «Unas blancas tan buenas chicas... esos sucios *niggers*...». ¡Y nuestros abogados! El día del juicio le dije a uno de ellos antes de que entrara el juez: «Parece que se nos va a condenar por las chicas». El abogado enrojeció se puso

a revolver sus papeles: «¡Vosotros no tenéis nada que hacer con las blancas!» dijo.

Con el tiempo fui conociendo toda la verdad sobre los blancos. Entre otras cosas, me enteré de que a los que robaban por primera vez se les condenaba a dos años de cárcel. Pero no iba a ser lo mismo para nosotros, para *nuestro* crimen.

Quisiera deciros antes de continuar que nunca había contado mi sórdido pasado a nadie con tantos detalles. Lo hago ahora, no porque me sienta orgulloso del mal cometido, sino porque la gente se pregunta siempre: ¿Por qué soy así? Para comprender a alguien, hay que conocer toda su vida, remontarse hasta su nacimiento. Nuestra personalidad es la suma de todas nuestras experiencias.

Hoy, todo lo que hago me parece de una urgencia tal que no perdería ni una hora dictándoos este libro si mi propósito fuera entretener a los lectores. Si le consagro todo el tiempo necesario es porque es la mejor manera de demostrar hasta qué punto estaba hundido en la sociedad del hombre blanco cuando descubrí, poco después en la cárcel, a Allah y la religión islámica. Mi vida se transformó por completo.

Satán

Dios sabe de dónde había sacado la madre de Shorty el dinero para coger el autobús de Lansing a Boston. «Lee el *Libro de las Revelaciones* y reza», le decía a su hijo cuando iba a visitarle. Una vez me lo dijo a mí también, mientras esperaba la sentencia. Shorty leyó atentamente esta parte de la Biblia; se ponía de rodillas y rezaba como un diácono negro de la secta bautista.

Un día nos encontramos en presencia del juez del tribunal de Middlesex (donde, si mal no recuerdo, habíamos cometido catorce robos). La madre de Shorty lloraba, hacía inclinaciones de cabeza a su Jesús, no muy lejos de Ella y Reginald. Llamaron a Shorty primero.

- Primer cargo. De ocho a diez años...
- Segundo cargo. De ocho a diez años de cárcel...

– Tercer cargo...

Y finalmente:

– Con profusión de penas.

Shorty sudaba tanto que parecía que tuviera la cara cubierta de grasa. Al no entender el significado de estas palabras, había calculado mentalmente unos cien años. Dio un chillido y se desplomó. Los ujieres tuvieron que sostenerle. En ocho o diez segundos, Shorty se volvió tan ateo como yo lo había sido al principio. Fui condenado a diez años de cárcel. A las chicas les salió de uno a cinco años en el Reformatorio de Mujeres de Framingham (Massachusetts). Fue en febrero de 1946. Yo no tenía aún veintiún años. Ni siquiera había empezado a afeitarme.

Nos llevaron a Shorty y a mí, esposados juntos, a la cárcel de Charleston.

No puedo acordarme de ninguno de mis números de cárcel. Parece extraño, aun después de doce años. El número forma parte integrante del preso. Su nombre no se pronuncia jamás, sólo su número. Lo llevaba marcado en todas mis cosas, en todos mis vestidos. Al final, lo tenía impreso en el cerebro.

Toda persona que pretenda amar a su prójimo tiene que reflexionar un buen momento antes de votar una ley que mantiene a los hombres detrás de rejas, enjaulados. No digo que las cárceles tengan que desaparecer, pero sí las rejas. No se «reforma» nunca a un hombre detrás de rejas.

Recién llegado a Charleston, estaba muy mal físicamente y de un humor feroz, al verme de repente privado de la droga. En las celdas no había agua corriente. La cárcel había sido construida en 1805 —en tiempos de Napoleón—. Mi celda era estrecha y sucia, podía tumbarme en el camastro y tocar las dos paredes. Un recipiente tapado hacía de water. Por fuerte que uno sea no puede soportar el olor de la defecación que produce todo un pasillo de celdas.

El psicólogo de la cárcel me interrogó. Le insulté de la manera más obscena que pude, y todavía peor al capellán. La primera carta que recibí en Charleston era de mi piadoso hermano Philbert; me decía que su «santa» Iglesia iba a rezar por mí. Le mandé una respuesta de la que todavía me avergüenzo.

Ella fue la primera que vino a visitarme. Tuvo que dominarse a sí misma y esforzarse en sonreír. Yo llevaba unos *blue-jeans* descoloridos con mi número marcado. No teníamos mucho que decirnos; hubiera preferido que no viniera. Los guardianes, armados, vigilaban una cincuenta de presos y a sus visitas. Cuando volvían a sus celdas, los presos novatos juraban siempre que cuando estuvieran en libertad lo primero que harían sería matar a los guardianes del locutorio. El odio se concentraba en ellos.

La primera vez que me emborraché en Charleston fue con nuez moscada. Mi compañero de celda era uno de esos traficantes que compran cajas de cerillas llenas de nuez moscada robada por los presos asignados a la cocina. Después nos las revendían contra reembolso o a cambio de cigarrillos. Me arrojé sobre la caja como si hubiera sido una libra de droga fuerte. Una caja de cerillas de nuez moscada en un vaso de agua da más o menos la misma euforia que tres o cuatro cigarrillos de marihuana.

Con el dinero que me envió Ella pude comprar enseguida a los guardianes de la cárcel euforias muy superiores. Obtuve marihuana, Nembutal, Bencedrina. Los guardianes las hacían pasar de contrabando para ganar un poco más; todos los detenidos saben que viven de eso.

En total, pasé siete años en la cárcel. Cuando pienso ahora, cuando trato de separar el año de más que pasé en la ciudad de Charleston, los recuerdos se mezclan en mi mente, recuerdos de nuez moscada y otras semi-drogas, de guardianes jurando, de mí arrojando cosas fuera de la celda, rezagándome en las colas, dejando caer la bandeja en el comedor, negándome a responder por mi número, pretendiendo que lo había olvidado, etc...

Prefería estar solo que en comunidad. Me paseaba de arriba a abajo como un leopardo enjaulado, blasfemando en voz alta como un carretero. Odiaba sobre todo a Dios y la Biblia. Desgraciadamente, la ley prevé un plazo después del cual hay que reintegrarse a la celda colectiva. Mis compañeros de celda me llamaron enseguida Satán, por mi hostilidad a la religión.

El primer hombre que me impresionó en la cárcel fue uno de mis compañeros de celda, Bimbi. De piel clara, un poco rojiza, como yo, más o menos de la misma estatura, cubierto

de manchas rojas, ladrón desde siempre. Bimbi había estado en varias cárceles. Trabajábamos en un taller en el que se fabricaban placas para matrículas de coches. Yo estaba en la cadena en la que se pintaban los números. El trabajaba en la máquina que los imprimía.

Muchas veces cuando terminábamos nuestra «cuota de placas», nos sentábamos todos juntos —unos quince— para escuchar a Bimbi. Normalmente a un preso blanco no se le ocurriría nunca escuchar a uno negro. Pero cuando era Bimbi quien daba su opinión, hasta los guardias se inclinaban para oírlo mejor. Bimbi hablaba sobre cualquier tema, el más inesperado a veces.

Fascinaba a su auditorio. Sabía mucho sobre el comportamiento humano y nos demostraba que la única diferencia entre nosotros y la gente de fuera era que a nosotros nos habían atrapado. Cuando explicaba la historia de Concord (a donde yo tenía que ser trasladado poco después) parecía que estuviera pagado por el sindicato de iniciativa. Como tantos otros presos, yo no había oído nunca hablar de Thoreau ¹, antes de que Bimbi le dedicara una conferencia. Bimbi era el más asiduo de los clientes de la biblioteca. Lo que más me fascinaba de él, era que infundía un respeto absoluto... sólo con el poder de las palabras.

Bimbi no me hablaba mucho. Se mostraba arisco conmigo, pero yo notaba que me tenía simpatía. Le gustaba hablar de religión: es lo que me hizo buscar su amistad. Oyéndole me consideraba a mí mismo como alguien que había llegado más allá del ateísmo: yo era Satán. Pero Bimbi hacía del ateísmo un verdadero sistema, si es que puede llamarse así. Desde entonces dejé de atacar a la religión a base de blasfemias. Mis argumentos parecían muy débiles al lado de los suyos. Y él no era nunca grosero.

Bimbi me dijo un día, de buenas a primeras, como acostumbraba a hacer siempre, que no sería tan estúpido si usara mi materia gris. Yo quería su amistad, pero no sus consejos. Con otro preso, me hubiera mostrado grosero; pero nadie era grosero con Bimbi. Me dijo también que debería hacer cursos por correspondencia y utilizar la biblioteca de la cárcel.

1. Henry Thoreau, célebre escritor americano. (N.T.).

Desde que salí de la escuela primaria de Mason no se me había ocurrido nunca estudiar nada (excepto el arte de traficar). Y la calle había borrado por completo todo lo que había podido aprender en la escuela. Ni siquiera sabía reconocer un verbo. Un carta de mi hermana Hilda me sugirió la idea de estudiar inglés y mejorar mi escritura. Las pocas postales que le había mandado eran casi ininteligibles.

De una manera u otra había que matar el tiempo. Me inscribí en un curso de inglés por correspondencia. Un catálogo ciclostilado de los libros de la biblioteca corría de mano en mano y de celda en celda. Apunté mi número en los títulos que no estaban ya prestados. Gracias a los cursos por correspondencia, los ejercicios y las lecciones, fui recordando algunos elementos de gramática. Al cabo de un año, empecé a escribir cartas legibles y más o menos correctas. Influenciado por las explicaciones etimológicas de Bimbi, me inscribí también a un curso de latín por correspondencia.

Bajo la tutela de Bimbi, hice algunas ganancias con mis compañeros de celda. Les ganaba casi a todos jugando al dominó, y cada victoria me proporcionaba un paquete de cigarrillos que acumulaba en mi celda. Apostábamos cigarrillos y dinero en los combates de boxeo y en los partidos de base-ball y casi siempre ganaba. Nunca olvidaré aquel día de abril de 1947 en que Jackie Robinson jugó con los Brooklyn Dodgers. De todos los «fans» de Jackie Robinson, yo era el más fanático. Cada vez que jugaba tenía las orejas pegadas a la radio.

Un día de 1948, acababa de ser trasladado a Concord cuando mi hermano Philbert, que no paraba de adherirse a toda clase de movimientos, me escribió que esta vez había descubierto «la religión natural del negro». Ahora pertenecía, me dijo, a la «Nación del Islam». Añadió que tenía que «rezar a Allah para que me libertara». Le escribí una carta, esta vez en un lenguaje más correcto, es verdad, pero en el fondo todavía peor que aquella en que le decía lo que pensaba de su «santa» Iglesia.

Después recibí una carta de Reginald. Sabía que veía muy a menudo a Wilfred, a Hilda y a Philbert en Detroit, pero no vi ninguna relación entre las dos cartas. Reginald me daba las últimas noticias, y me decía: «Malcolm, no comas más cerdo y no fumes más. Yo te diré cómo salir de la cárcel».

Automáticamente, pensé que había descubierto un truco para librarme de las autoridades penales. Me dormí y me desperté, pensando qué podía ser. ¿Algo psicológico? ¿podría fingir alguna enfermedad que me permitiera salir de la cárcel privándome del cerdo y del tabaco?

Me moría de ganas de consultar a Bimbi. Pero me retuve instintivamente. Era demasiado importante para decírselo a nadie.

No me costó mucho dejar de fumar. Había pasado días enteros sin cigarrillos. Después de leer la carta de Reginald acabé el paquete que tenía empezado. A partir de entonces no toqué ni una colilla.

Tres o cuatro días más tarde nos sirvieron cerdo para comer.

No me acordaba del cerdo cuando me senté en mi sitio, como un robot, en la larga mesa de detenidos. Sentarse, lanzarse sobre el plato, tragar, levantarse, salir en fila: los buenos modales penitenciarios. Me pasaron la carne ¿pero qué carne? Presentada de aquella manera, no se podía saber... De golpe, la prescripción: *no comas más cerdo* apareció en letras luminosas en la pantalla de mi memoria.

Dudé mientras sostenía la bandeja en el aire; luego se la pasé a mi vecino. El se sirvió y después se paró bruscamente. Recuerdo que me miró sorprendido.

– No como cerdo, le dije.

Y la bandeja de carne siguió su camino hacia el otro extremo de la mesa.

Poco después, no se hablaba de otra cosa en toda la cárcel. La vida allí era tan monótona que la menor diversión tomaba proporciones desmesuradas. Aquella noche, todos los detenidos de mi hilera de celdas sabían que Satán no comía cerdo.

Yo me sentía extrañamente orgulloso. Siempre se dice que los negros, presos o no, no pueden pasar sin cerdo. Los presos blancos estaban sorprendidos, lo que me causaba una gran satisfacción.

Más tarde he comprendido que había hecho, sin saberlo, un acto de sumisión preislámica. Había obedecido a la prescripción musulmana: «Da un paso hacia Allah, y Allah dará dos hacia ti».

Mis hermanos de Detroit y de Chicago se habían convertido ya a lo que ellos llamaban «la religión natural del negro» de la que me había hablado Philbert. Rogaban todos por mi conversión en la cárcel. Cuando Philbert les dio a conocer mi mala respuesta, se preguntaron qué camino debían seguir. Concluyeron que era Reginald, el último convertido, el que estaba en más estrechas relaciones conmigo y me conocía mejor, el que tenía que encontrar la manera de convencerme.

Ella, por su parte, había dado todos los pasos necesarios para que me trasladaran a la colonia penitenciaria de Norfolk (Massachusetts), cárcel experimental que tiene como objeto la rehabilitación de los criminales. Los detenidos de otras cárceles decían que con dinero, o con enchufe, se podía ser trasladado a esta colonia que parecía demasiado bonita para ser de verdad. Ella se las arregló de manera que a fines de 1948 obtuvo mi traslado.

En muchos aspectos, esta colonia era un paraíso: los W.C. tenían agua; no habían rejas, sólo muros, y en el interior de estos muros una mayor libertad. Se respiraba aire puro, no estábamos en la ciudad.

La colonia comprendía veinticuatro «unidades» de cincuenta hombres cada una, si mal no recuerdo. Lo que debía hacer un total de 1.200 presos. Cada unidad tenía su «casa», cada casa sus tres pisos, y —¡oh milagro!— cada preso su propia habitación.

Un quince por ciento de los detenidos eran negros; había de cinco a nueve en cada unidad.

Que yo sepa, la colonia de Norfolk es lo más liberal que hay en materia de detención. La «cultura» (o al menos su versión penitenciaria) reemplazaba las habladurías maliciosas, la perversión, la rapiña, los guardianes odiosos. Muchos detenidos de Norfolk tenían actividades «intelectuales», como las discusiones, los debates, y cosas por el estilo. Los instructores formados en las técnicas de la rehabilitación venían de Harvard, la Universidad de Boston. El reglamento era mucho más liberal que el de las otras cárceles: visitas autorizadas casi todos los días, y durante dos horas enteras. Podíamos sentarnos delante de la visita, o a su lado.

Más extraordinaria todavía era la biblioteca cedida por un millonario llamado Parkhurst, especialmente interesado por la Historia y la Religión. Había miles de obras en las estante-

rías, y otras tantas en cajas, a falta de sitio en las estanterías. En Norfolk los detenidos podían entrar en la biblioteca sin autorización y escoger los libros. Los había muy antiguos, y, sin duda, muy raros. Al principio los escogía al azar; después aprendí a seleccionar los libros con un objetivo determinado.

Estuve un tiempo sin noticias de Reginald. Mientras tanto, yo seguía sin fumar y sin comer cerdo. Finalmente, me anunció su visita. Cuando llegó, yo estaba loco de impaciencia: ¿Qué secreto me diría?

Reginald sabía que yo razonaba como un traficante. Por esto era tan eficaz su método. Yo esperaba que me aclarara su misteriosa prohibición. Pero él se limitaba a darme noticias de la familia, de Detroit, de Harlem. Nunca le he pedido a nadie que me explique algo antes de que esté dispuesto a hacerlo. El tono falsamente indiferente de Reginald me hizo comprender que se trataba de algo muy importante.

Por fin, como si la idea acabara de pasarle por la cabeza, me dijo: «Malcolm si existiera un hombre que supiera todo lo que se puede saber, ¿Qué sería este hombre?».

Le conocía bien esta manía exasperante de las adivinanzas. Yo he preferido siempre decir las cosas a la cara.

- Bueno, sería una especie de dios.
- No, es un *hombre* que lo sabe todo.
- ¿Quién? le dije.

Dios es un hombre, respondió Reginald. Su verdadero nombre es Allah.

Allah. Me acordé de pronto de que ese nombre figuraba en la carta de Philbert. Reginald continuó. Dijo que Dios tenía trescientos sesenta grados de conocimiento, o sea «la suma total del saber».

Decir que no entendía nada sería un eufemismo. Seguí escuchando a Reginald que hablaba lentamente.

– El diablo sólo tiene treinta y tres grados de conocimiento; es la franc-masonería, añadió Reginald (Recuerdo las palabras exactas porque las he repetido tantas veces a los demás). El diablo se sirve de la franc-masonería para dominar a la gente.

Reginald me explicó que su Dios había venido a América y se había aparecido a un hombre llamado Elijah, «un negro, un

hombre como nosotros». Ese Dios había dicho a Elijah que el tiempo del diablo estaba llegando al final.

– El diablo también es un hombre, dijo.

– ¿Qué quieres decir?

Con un gesto, Reginald me indicó algunos detenidos blancos y a sus visitas.

– Esos, dijo Reginald. El diablo es el hombre blanco.

– Todos los blancos saben que son diablos, sobre todo los franc-masones.

Nunca olvidaré ese momento. Pensé en todos los blancos que había conocido. No sé por qué, me detuve al llegar a Hymie, el judío que había sido bueno conmigo.

Reginald también le conocía.

– ¿Sin ninguna excepción? le dije.

– Sin ninguna excepción.

– ¿Y Hymie?

– ¿Es una prueba de bondad pagarle a alguien quinientos dólares cuando uno mismo está ganando diez mil?

Reginald se fue. Yo reflexioné. Reflexioné, reflexioné, reflexioné. Todo aquello no tenía ni pies ni cabeza. Ni término medio.

Todos los blancos que conocía desfilaron ante mí. Desde el principio. Los de la Asistencia que se metían en nuestros asuntos tras la muerte de mi padre, asesinado por los blancos. Los blancos que trataban a mi madre de «loca» delante de sus hijos. Los otros blancos que la habían llevado al asilo de Kalamazoo. El juez blanco, los otros jueces que habían separado a los niños. Los Swerlin, los otros blancos de Mason. Los niños blancos de mi clase, los profesores, los que me habían aconsejado que me hiciera «carpintero», porque ser abogado no era propio de un negro.

Sus rostros desfilaban ante mí, me dolía la cabeza. Los blancos de Boston, los del Roseland que bailaban «sólo entre blancos» mientras yo les limpiaba los zapatos. Los del Parker House donde yo llevaba la vajilla sucia a la cocina. Sophia.

Los blancos de Nueva York, los policías, los criminales blancos con los que me había relacionado. Los blancos que se amontonaban en los *speakeasies* negros para probar el «alma negra». Las mujeres blancas que deseaban hombres ne-

gros. Los hombres que yo acompañaba a las casas negras especializadas.

Nuestra «pantalla» de Boston, su representante, un antiguo detenido. Los policías de Boston. El amigo del marido de Sophia. El mismo marido al que no había visto nunca pero del que tanto había oído hablar. La hermana de Sophia. El joyero judío que me había tendido una trampa. Las asistentes sociales. El magistrado que me había condenado a diez años de cárcel. Los presos, los guardianes, las autoridades.

Reginald, que vino a verme unos días más tarde, notó que sus palabras habían producido efecto. Se puso contento. Después, muy seriamente, me habló durante dos horas enteras del «diablo blanco» y del «lavado de cerebro que los negros habían sufrido».

Reginald me dejó terriblemente preocupado. Por primera vez en mi vida, empecé a reflexionar sobre cosas serias. El poder del hombre blanco estaba de capa caída; pronto tendría que dejar de oprimir y de explotar a los que tenían la piel oscura. Y las pieles oscuras iban a tomar ahora su venganza; el hombre blanco iba a perder.

– Tú no sabes quién eres. Ni siquiera sabes, porque el blanco se ha guardado bien de decírtelo, que perteneces a una civilización muy antigua, rica en oro y en reyes. No sabes tu verdadero nombre de familia, no reconocerías tu propia lengua si la oyeras hablar. El hombre blanco te ha alienado. Desde el día en que el diablo blanco te asesinó, violó, arrancó de tu tierra natal en la personal de tus antepasados, has sido su víctima.

Ahora recibía por lo menos dos o tres cartas al día de mis hermanos de Detroit. Eran todos musulmanes, discípulos de un hombre al que llamaban «el Honorable Elijah Muhammad», un hombre amable, de baja estatura, al que a veces también llamaban «el Mensajero de Allah». Elijah Muhammad era, según decían, un «negro como nosotros». Había nacido en los Estados Unidos, en una granja de Georgia. Su familia se había trasladado a Detroit, donde él había conocido a un tal Wallace D. Fard. Afirmaba que Fard era «Dios en persona». Wallace D. Fard había confiado a Elijah Muhammad el mensaje de Allah para el pueblo negro, pueblo que constituía «la Nación perdida y reencontrada del Islam en el desierto de América del Norte».

Todos me exhortaban a «relacionarme con el Honorable Elijah Muhammad». Reginald me explicó que los musulmanes, que adoraban a Dios, no comían cerdo. Los discípulos de Elijah Muhammad condenaban los productos nocivos tales como narcóticos, el tabaco, el alcohol. Leí y oí repetir cien veces que «la cualidad esencial del musulmán es la sumisión a la voluntad de Allah».

Los discípulos del Honorable Elijah Muhammad poseían lo que ellos llamaban «el verdadero conocimiento del hombre negro»; conocimiento que yo debía ir adquiriendo poco a poco gracias a las largas cartas de mis hermanos, y a los folletos que les añadían.

La verdad, en pocas palabras, era que los blancos habían «blanqueado» la historia y los libros de historia, y que lavaban el cerebro del hombre negro desde hacía cientos de años. El Primer Hombre era negro y vivía en un continente que se llamaba Africa, donde la especie humana había aparecido por primera vez en el planeta.

El Primer Hombre, el hombre negro, había instituido imperios y grandes civilizaciones, mientras el hombre blanco vivía todavía en las cavernas y andaba a cuatro patas. «El diablo blanco», a través de toda la historia, no había hecho más que asesinar, violar, explotar y torturar a todas las razas de color.

El tráfico de la carne negra es el crimen más horroroso de toda la historia de la humanidad. Data de la época en que el hombre blanco llegó a Africa para asesinar y secuestrar a los millones de hombres, mujeres y niños negros a fin de transportarlos al Nuevo Mundo en galeras de esclavos.

El diablo blanco había privado al pueblo negro del conocimiento que había tenido de sí mismo, de su lengua, de su religión, de su cultura pasada, hasta tal punto que el negro americano era el único pueblo del mundo que ignoraba por completo su personalidad profunda.

En el espacio de una sola generación, los esclavos negros habían sido violados por sus amos blancos. Pronto apareció una raza, domesticada, que ignoraba su propio nombre. Los amos obligaban a esta raza mixta a adoptar sus nombres de familia.

Decían al «negro» que su Africa natal estaba poblada de impíos, de salvajes negros que se balanceaban en los árboles

como simios. El «negro» lo aceptó, como aceptó toda la instrucción que le dio el hombre blanco y que iba destinada a inculcarle la obediencia y el culto al hombre blanco.

Cuando todas las religiones del mundo enseñaban a sus fieles que su Dios era un ser identificable, un Dios que se parecía a ellos, el esclavista obligó al negro a adoptar la religión cristiana. Le enseñó a adorar un dios extranjero, que tenía el pelo rubio, la cara pálida y los ojos azules de su amo.

Esta religión enseñaba al «negro» que ser negro era una maldición. Que todo el que era negro, incluido él mismo, era un ser odiable. Le enseñó que todo el que es blanco es bueno, admirable, digno de respeto y de amor. Este lavado de cerebro se llevaba de tal manera que el «negro» acababa por creer que cuanto más manchada estaba su piel de la blancura de su amo, más «superior» era. La religión cristiana de los blancos enseñaba al negro que debía poner la otra mejilla, sonreír, escarbar la tierra, inclinarse, humillarse, cantar, rezar y contentarse con las migas que caían de la mesa del blanco; que tenía que esperar el maná que caería del cielo, aspirar a un paraíso en el otro mundo ya que el paraíso de aquí abajo estaba reservado a los blancos.

¿Cómo describir mi reacción ante este lenguaje? Todos los instintos del ghetto, de la jungla, todos los instintos de zorro, de lobo, de criminal, todo lo que había rechazado en mí cualquier enseñanza, quedó aniquilado de repente. Era como si mi vida pasada hubiera desaparecido de una vez para siempre sin dejar la menor huella.

Escribí a Elijah Muhammad. Vivía entonces en Chicago. Tuve que escribir veinticinco veces esa primera carta de una página. Quería que fuera bien legible y comprensible. Pero ni yo mismo podía descifrar mi propia escritura. Mi ortografía y mi gramática eran aún muy malas. Le expliqué a Elijah Muhammad, lo mejor que pude, que mis hermanos me habían hablado de él, y me excusé por mi mala letra.

Muhammad me respondió con una carta dactilográfica. La firma de «Mensajero de Allah» me dejó electrificado. Me daba la bienvenida, y materia de reflexión. El preso negro, decía, es el símbolo del crimen de la sociedad blanca que oprime al negro, deja que se corrompa en la degradación y la ignorancia y hace de él un criminal incapaz de aspirar a una vida honrada. Me decía que tuviera valor. Incluso me manda-

ba dinero, un billete de cinco dólares. Estoy seguro que todavía debe mandar dinero a todos los presos que le escriben.

Mis hermanos me decían, «Reza a Allah... volviéndote hacia el Este». De todas las pruebas que he pasado, la de la oración ha sido la más difícil. Ya me entendéis. Admitía las teorías de Muhammad y las creía. Pero esto no me exigía más que una adhesión de espíritu. Me decía: «Es verdad» o: «No lo había pensado nunca». Pero doblar las rodillas, el acto de rezar, bueno, me costó una semana acostumbrarme.

Ya sabéis qué clase de vida había llevado hasta entonces. Sólo me había arrodillado para desmontar una cerradura antes de entrar a robar. Y aún así me costaba arrodillarme. La molestia y la vergüenza me hacían levantarme enseguida.

Que un pecador se arrodille, reconozca su culpa, implore el perdón de Dios, es lo más difícil que hay en el mundo. Hoy lo digo y lo hago sin dificultad. Pero entonces yo era el mal en persona. Intenté cien veces ponerme en la posición prescrita por el Islam para la oración. Cuando al final conseguí arrodillarme, no sabía que decirle a Allah.

Durante los años siguientes estuve en una soledad casi total. Nunca había estado tan ocupado. Cambié con una rapidez sorprendente de manera de pensar. Mis viejas costumbres caían en el vacío como la nieve que se desliza de los tejados. Era como si alguien —a quien yo conocía muy bien— hubiese vivido del contrabando y el crimen. Y me sorprendía cada vez que recordaba mi anterior personalidad.

Hasta aquí queda recogido íntegramente los primeros nueve capítulos de la Autobiografía. En los siguientes, Malcolm X narra su salida de la cárcel y los largos años de militancia entre los Musulmanes Negros, pero hemos preferido recoger su evolución ideológica con una selección de sus discursos en la segunda parte del libro. Por su interés para reflejar sus últimas posiciones, reproducimos a continuación el último capítulo de su Autobiografía.



Ultimo capítulo

1965

Seamos sinceros. Los negros, los afro-americanos, no manifiestan ningún deseo de plantar cara a las Naciones Unidas, de exigir al mundo entero que se les haga justicia en América. Sabía perfectamente que no moverían ni un dedo. Yo ya estaré muerto cuando el negro americano comprenda que su combate es un combate internacional. Sabía también que los negros americanos no aceptarían el Islam ortodoxo. Nuestros negros —los viejos sobre todo— están demasiado embebidos de cristianismo. Por esto en las reuniones que se celebraban todos los domingos en el *Audubon Ballroom*¹, no trataba de convertir a mis oyentes al Islam, sino de llegar a todos los que estaban presentes:

— No a los musulmanes, cristianos, católicos o protestantes, bautistas o metodistas, demócratas o republicanos, franc-masones u otros, sino al pueblo negro de América, y a todos los pueblos negros del mundo. Pues si nos niegan nuestros derechos cívicos y nuestros derechos humanos, nuestro derecho a la dignidad, es porque formamos parte de la gran colectividad negra.

Notaba una actitud de atención en todos los que me escuchaban. Una incertidumbre acerca de mis intenciones. Y lo comprendía. Desde que la guerra de Secesión le dio la «libertad», el negro se ha encontrado siempre en callejones sin salida. Sus *leaders* le han decepcionado. El cristianismo le ha decepcionado. Al sentirse maltratado, el negro se ha hecho prudente, desconfiado.

Yo mismo, en la cumbre de una colina de Tierra Santa, comprendí de pronto lo peligroso que es tomar a un hombre, sea quien sea, por un dios, o por el emisario de un dios. «Ya estoy harto de la propaganda de los demás (escribí a mis amigos), quiero la verdad, sea quien sea el hombre que la diga. Quiero la justicia, sean quienes sean sus defensores y sus detractores. Por encima de todo soy un ser humano y como tal, quiero todo aquello que es bueno para la humanidad *en conjunto*».

1. Gran Salón de baile y de reunión de Harlem (N.T.).

La mayoría de los periódicos americanos guardaron silencio sobre las declaraciones en las que trataba de abrir un nuevo camino a los negros. Los incidentes se multiplicaron durante todo el «largo y cálido verano» de 1964 y me acusaban continuamente de «incitar a los negros a la revolución», a la «violencia».

Me llamaban «el negro airado número uno». Y yo no renegaba del nombre. Expresaba exactamente lo que pensaba. «Creo en la ira. La Biblia dice que hay un *tiempo* para la ira». Cuando me acusaban de «incitación a la violencia», respondía: «Es falso. Yo no quiero una violencia gratuita. Quiero justicia. Si los negros atacasen a los blancos, y la fuerza pública se viera incapaz de protegerles, entonces los blancos tendrían derecho a defenderse, hasta con las armas si fuera necesario. Por lo tanto, si la ley no protege a los negros contra la agresión de los blancos, los negros tienen que tomar las armas, si es necesario, para defenderse».

«Malcolm X quiere armar a los negros» dijeron los titulares de los periódicos.

¡Pues bien! Creo que el que se deja embrutecer sin hacer nada es un criminal. Si es así como se interpreta la filosofía cristiana, si esto es lo que enseña Gandhi, es que esas doctrinas son criminales.

En todos mis discursos traté de dejar muy clara mi nueva posición respecto a los blancos, pero los periodistas preferían que mi nombre siguiera siendo un sinónimo de violencia.

Soy *partidario* de la violencia, si la no-violencia sólo nos conduce a alargar indefinidamente la solución del problema negro, bajo pretexto de *evitar* la violencia.

Estoy en *contra* de la no-violencia, si ésta representa un retorno de la solución de las calendas griegas. Si, para hacer reconocer sus derechos de ser humano, el negro americano no tiene otro recurso que la violencia, entonces soy *partidario* de la violencia, como lo fueron, y vosotros lo sabéis muy bien, los irlandeses, los polacos, o los judíos que fueron objeto de una flagrante discriminación. Como ellos, yo soy partidario de la violencia sean cuales sean sus consecuencias y sean cuales sean sus víctimas.

El negro americano no hace ni quiere la revolución. Condena un sistema, pero no intenta derribarlo. Simplemente pide

que se le *admita*: ¿Es esto una «revolución»? No. Una auténtica revolución negra traería consigo, por ejemplo, la reivindicación de Estados separados para los negros en el interior del país. Y esto, lo ha preconizado mucha gente antes de Elijah Muhammad.

Cuando el blanco llegó a América ¿dio pruebas de «no-violencia»? He aquí lo que dijo el hombre que representa actualmente el símbolo de la no-violencia ¹:

«Nuestro país nació de un genocidio. Los primeros americanos blancos, consideraron al americano indígena, al indio, como perteneciente a una raza inferior. Mucho antes de que llegaran a nuestras costas los negros de Africa, la plaga de odio racial había ya desfigurado la sociedad colonial. Desde el siglo XVI la sangre corre en la lucha por la supremacía de la raza. Este país es quizás el único en el mundo que ha adoptado una política nacional de exterminio de la población indígena. Peor aún, hemos hecho pasar esta trágica experiencia por una noble cruzada. Todavía no hay nadie que crea que se tiene que volver a examinar este terrible episodio, a nadie le da vergüenza. Nuestra literatura, nuestras películas, nuestro teatro, nuestro folklore le exaltan al máximo. Nuestros hijos aprenden a respetar la violencia que ha reducido a los pueblos de pieles rojas de una época anterior a unos grupos fragmentarios encerrados en miserables reservas».

¡La «coexistencia pacífica»! ¡Otro slogan que sale fácilmente de los labios de los blancos! ¡Muy bien! Pero en realidad, ¿qué es lo que han *hecho*? A través de toda la historia han enarbolado el estandarte del cristianismo... y llevado en la otra mano la espada y el fusil.

¿Qué ha hecho pues este famoso cristianismo en la tierra? Ha llevado a los dos tercios de la humanidad a la rebelión. Y en este mismo momento, los dos tercios de la humanidad dicen al tercio blanco —tercio minoritario—: «¡Vete!». Y el blanco se va. A medida que se retira, los pueblos de color vuelven a sus religiones de origen, que el blanco califica de «paganas». Sólo una religión, el Islam, ha podido combatir al cristianismo del hombre blanco *durante mil años*. Sólo el Islam ha sido capaz de enfrentarse con el cristianismo blanco.

1. Se trata sin duda de Martín Luther King (N.T.).

La cruzada cristiana ha emprendido el camino de Oriente; la cruzada musulmana emprende ahora el camino de Occidente. Asia está cerrada al cristianismo, Africa se convierte rápidamente al Islam y Europa se descristianiza cada vez más. Se considera a la civilización americana como el último baluarte del cristianismo.

¡Pues bien! Si es así, si el «cristianismo» que nos proponen actualmente en los Estados Unidos es lo mejor que nos puede ofrecer el cristianismo mundial, toda persona de espíritu sano debe llegar forzosamente a la conclusión del final del cristianismo. ¿Sabéis que algunos teólogos protestantes califican a nuestra época de «era postcristiana»? Si la Iglesia cristiana ha fracasado es porque no ha combatido el racismo. En este año de gracia de 1965, la «conciencia cristiana» de congregaciones enteras, y de diáconos, cierran las puertas de la iglesia a los fieles negros diciéndoles «la entrada a la casa de Dios está prohibida» a los negros.

Creo que Dios les está dando a los llamados «cristianos» su última oportunidad de arrepentirse y de redimir sus crímenes. Pero ¿es que la América blanca se arrepiente de sus crímenes contra los negros? Y además, ¿cómo podría redimir tantos crímenes —esclavización, violaciones, brutalidades— que han sufrido millones de seres humanos? Una taza de café, un teatro, W.C. mixtos, todas esas formas hipócritas de «integración» no constituyen una redención.

Sin embargo no es el americano blanco el racista. Es la atmósfera política, social y económica lo que fomenta el racismo. El hombre blanco no es congénitamente malo, es la sociedad americana racista quien le impulsa a cometer crímenes diabólicos. Esta sociedad produce y fomenta un estado de ánimo que favorece la expansión de los instintos más bajos, más viles.

Estuve un tiempo en América y después volví al extranjero. Esta vez pasé dieciocho semanas en el Medio Oriente y en Africa.

Conocí a Gamal Abdel Nasser; a Julius K. Nyerere, presidente de Tanzania; a Nnamoi Azikiwe, presidente de Nigeria; al Dr. Kwame N'Krumah, presidente de Ghana; a Sekou Toure, presidente de Guinea; a Jomo Kenyatta, presidente de Kenya; al primer ministro de Uganda, el Dr. Milton Obote, y

otras personalidades religiosas africanas, árabes, asiáticas, musulmanas y no musulmanas.

Durante este tiempo, la campaña electoral de América estaba en pleno apogeo. Las agencias de la prensa americana me telefoneaban del otro lado del Atlántico para preguntarme si prefería a Johnson o a Goldwater.

Les respondí que desde el punto de vista del negro americano tan mal iba el uno como el otro. Johnson era un zorro, y Goldwater un lobo. En América los «conservadores» decían: «Que los *niggers* se queden donde están»; y los «liberales» decían: «Que los *niggers* se queden donde están, pero hagamos ver que les damos algunas ventajas, hagámoslos andar a base de promesas». Para el negro, se trata de escoger cuál de los dos se lo va a comer, el zorro o el lobo.

Tenía tanta simpatía por Goldwater como por Johnson, sólo que, en la boca del lobo, al menos siempre sé donde estoy. El aullido del lobo me mantiene en estado de alerta, mientras que el zorro, con sus artimañas, puede ahuyentar mis sospechas. Johnson es el prototipo del zorro; cuando fue nombrado presidente, gracias al asesinato de Dallas, la primera persona que reclamó a su lado fue Richard Russel, de Georgia. Johnson declaró a quien quería oírle que los derechos cívicos eran «una cuestión moral», pero su mejor amigo, Richard Russell, sudista racista, representaba la oposición a los «derechos cívicos».

Goldwater es un hombre a quien aprecio porque al menos dice lo que piensa. Sus posiciones racistas sobre el problema racial no eran populares. No las hubiera dicho públicamente si no hubiera sido sincero. No hay que olvidar que las eternas canciones de cuna de los zorros del Norte han convertido en un verdadero mendigo al negro del Norte. En cambio, los negros del Sur, frente a frente con unos blancos que enseñan los dientes, se han lanzado siempre a la lucha por la libertad mucho antes que los otros.

Al menos, con Goldwater, los negros hubieran sabido que se las tenían con un lobo auténtico. Johnson es un zorro que ya los habrá medio digerido cuando ellos lleguen a entender lo que les está pasando.

Mi organización nacionalista negra sabía perfectamente todas estas dificultades. ¿Por qué el *nacionalismo* negro? preguntaréis. Porque en una sociedad competitiva como la de

los Estados Unidos, la solidaridad de los negros entre ellos debe preceder a la de los negros y los blancos. Sin la primera, la segunda es imposible.

Desde mi infancia había oído hablar de las doctrinas nacionalistas de Marcus Garvey, doctrinas que le habían valido a mi padre el morir asesinado. Aún cuando era discípulo de Elijah Muhammad me parecía que las doctrinas políticas, económicas y sociales de los nacionalistas negros podían dar al negro su dignidad de raza, podían dar al hombre arrodillado el deseo de levantarse.

Mi organización me asignó como objetivo el contribuir a la formación de una sociedad en la que negros y blancos pudieran ser realmente hermanos. Por lo tanto, para empezar, tenía que hacer olvidar el antiguo Malcolm X, al Malcom X «musulmán negro». Era muy difícil. Se trataba de cambiar progresivamente la idea que el público, el público negro sobre todo, tenía de mí. Yo estaba siempre furioso, pero la experiencia que había tenido en Tierra Santa de una auténtica fraternidad me había hecho reconocer que la ira puede ser ciega.

En cuanto tenía un minuto libre, discutía con las personas que ejercían una influencia en Harlem. A quien quería oírme, le repetía que ahora mis amigos eran negros, marrones, rojos, amarillos y *blancos*.

Pues sé que muchos blancos tratan honestamente de resolver el problema negro; que se sienten tan frustrados como nosotros. Algunos días recibía hasta cincuenta cartas de blancos. Los blancos que asistían a mis mítines me preguntaban continuamente: «¿Qué podemos hacer los que somos sinceros?».

Esto me hace pensar en la estudiante blanca de la que os he hablado, la que tomó el avión desde Nueva Inglaterra para venirme a ver al restaurante musulmán de Harlem. Entonces le dije que no podía hacer nada. Lo siento. Si supiera su nombre, si pudiera escribirle, o telefonearle, ya no le hablaría así.

Le diría lo que he dicho a todos los blancos sinceros: que no pueden adherirse a mi organización nacionalista negra, la Organización de la unidad afro-americana. Estoy profundamente convencido de que los blancos que quieren inscribirse a una organización negra sólo quieren tranquilizar su conciencia sin enfrentarse con el verdadero problema. Girando

alrededor nuestro, «prueban» que están «con nosotros». Pero no es así como se resuelve el problema racial. Los negros no son racistas. Por lo tanto, no es a ellos a quien hay que dar «pruebas», sino a los blancos. La verdadera batalla tiene que entablarse entre los blancos, y no entre nosotros.

La misma presencia de los blancos en las organizaciones negras las hace menos eficaces. Es necesario que los negros se den cuenta de que son capaces de desenvolverse solos, de trabajar solos, entre los suyos; y la presencia de los blancos, aún de los mejores, retarda esta toma de conciencia.

No querría molestar a nadie, pero confieso que nunca he tenido confianza en el blanco, que gira alrededor nuestro con demasiada prisa. No sé... Quizás inconscientemente, me recuerdan a todos esos blancos que he conocido, que he visto emborracharse, volverse rojos, y cogerse después al primer negro que encuentran diciéndole: «Sólo quiero que sepas que eres un gran tipo, tanto como yo». Esos mismos blancos cogen después sus taxis o sus coches y se van al centro, a sus barrios, a donde ningún negro puede ir sino es un criado... Sea como sea, sé que en cuanto un blanco se adhiere a una organización negra, los negros tienen tendencia a dirigirse a él. Y aunque, oficialmente, los dirigentes sean negros, enseguida son los blancos quienes toman las riendas, porque son los que ponen dinero.

«Que cada uno trabaje por su parte, actuando en el mismo sentido», es lo que respondo a los blancos sinceros. «Tendremos gran estima por nuestros camaradas blancos. Reconoceremos su mérito, les daremos nuestra confianza. Pero militaremos entre los nuestros, pues sólo los negros pueden demostrar a los negros que pueden desenvolverse solos. Trabajando por separado, blancos y negros trabajarán juntos».

A veces me atrevería a soñar que la historia llegaría a decir que mi voz —que ha sacado al blanco de su autosuficiencia, de su arrogancia, de su satisfacción— ha contribuido a evitar una grave catástrofe, una catástrofe quizás fatal para América.

Mi voz no es más que una de tantas, pero nuestro objetivo ha sido siempre el mismo. Es verdad, mis métodos son radicalmente opuestos a los del Dr. Martin Luther King, apóstol de la no violencia (doctrina que tiene el mérito de poner de relieve la brutalidad del blanco respecto a los negros). Pero

en la atmósfera que reina actualmente en América, me pregunto cuál de los dos «extremistas»: el «violento» Malcolm X o el «no violento» Dr. King, morirá primero.

Todo lo que hago en este momento lo considero urgente. El hombre dispone de muy poco tiempo para hacer lo que ha de hacer. Yo especulo sobre mi muerte sin gran emoción. Nunca he creído que llegaré a viejo. Lo sé, lo he sabido siempre, que moriré de muerte violenta. Viene de familia. Pensad en las cosas que creo, pensad en mi temperamento, añadid el hecho de que me entrego con cuerpo y alma a la causa que defiendo; con todos estos ingredientes ¿cómo queréis que muera en la cama?

Si he consagrado tanto tiempo a este libro, es con la esperanza de que el lector objetivo encuentre un testimonio útil a la sociedad. En los ghettos negros hay cada día más adolescentes como yo lo he sido. No quiero decir que todos se convertirán en parásitos como yo lo fui. No. Sólo son una fracción, pero esta fracción de jóvenes criminales es cada año más cara y más peligrosa. El F.B.I. ha publicado recientemente un informe sobre el promedio anual de criminalidad en América. Desde la segunda guerra mundial, este promedio aumenta de año en año de un diez a un doce por ciento. El informe no especifica demasiado, pero yo os diré que este acrecentamiento se debe a los ghettos negros. Y en los motines del «largo y cálido verano» de 1964, los jóvenes negros de los ghettos estaban siempre en primera fila.

Y estoy convencido de que estallarán otros motines, más graves todavía, a pesar de la ley sobre los «derechos cívicos» que tranquiliza las malas conciencias. Pues nadie se ha preocupado realmente de la causa de los motines, que no es otra cosa que el cáncer racista.

Creo que ningún negro americano se ha hundido en el fango tan profundamente como yo; ningún negro ha sido más ignorante que yo; ningún negro ha sufrido tanto como yo, conocido la misma angustia. Pero la luz más pura brilla siempre después de la noche más profunda, la alegría más grande viene siempre después de las desgracias más grandes; hay que haber conocido la esclavitud y la cárcel para disfrutar plenamente de la libertad.

Tengo muchas lagunas, lo sé. Lo que más me ha faltado ha sido instrucción. Me hubiera gustado hacer estudios superio-

res. Si tuviera tiempo, no me daría vergüenza matricularme en un instituto, continuaría donde lo dejé, y llegaría hasta la licenciatura.

¡Me gustaría tanto estudiar! En todos los campos, porque tengo el espíritu muy abierto y me interesa todo.

Cada mañana me despierto sabiendo que he ganado un día de más. Vivo como un muerto con prórroga. Querría pedirlos un favor. Cuando esté muerto —lo digo porque sé que ya lo estaré cuando aparezca este libro— cuando esté muerto, leed bien todos los periódicos. La prensa blanca identificará a Malcolm X con el «odio». Ya lo veréis.

El hombre blanco se servirá de mi muerte, como se ha servido de mí en vida: yo encarno a sus ojos, el «odio», encarnación cómoda pues le permite negar la verdad, negar que lo único que he hecho es darle al hombre blanco su propio espejo, a fin de mostrarle los crímenes abominables de su raza contra mi raza.

Ya veréis. En el mejor de los casos, me pegarán la etiqueta de «negro irresponsable». Los *leaders* negros «responsables» son precisamente los que no obtienen nunca ningún resultado.

Yo he obtenido algunos. Desde que soy, en cierta manera, un *leader* de los negros americanos, cada nueva ofensiva, cada nuevo contrataque del hombre blanco me ha afianzado: cuanto más me atacaban, más seguro estaba de ir por buen camino, y de obrar en favor de los negros. Al defender sus posiciones, el racista blanco me ha certificado que yo ofrecía al hombre negro algo de válido.

Sí, he amado mi papel de «demagogo». Sé que muchas sociedades asesinan a los hombres que les han ayudado a cambiar. Si muero habiendo aportado alguna luz, alguna partícula de verdad, si muero habiendo contribuido a destruir el cáncer americano, todo el mérito se debe a Allah. A mí atribuidme sólo los errores.

El asesinato de Malcolm X

por Alex Haley

A principios del año 1965, Malcolm X fue a Francia. Tenía que hablar en un congreso de estudiantes africanos. Se le hizo saber oficialmente que se le prohibiría hablar y que Francia lo consideraba como *persona non grata*. Le pidieron que saliera del territorio. Lo que él hizo, rojo de indignación. Tomó el avión para Londres. Los periodistas de la B.B.C. le hicieron visitar, mientras le entrevistaban, la ciudad de Smethwick, cerca de Birmingham, donde viven muchos negros. Los habitantes de Smethwick criticaron violentamente a la B.B.C. a la que acusaban de «avivar el racismo» en esta ciudad donde la situación era ya bastante tensa. Durante su estancia en la Gran Bretaña, Malcolm X habló en la *London School of Economics*.

Volvió a Nueva York el 13 de febrero. Toda su familia dormía en la noche del 14 hacia las 2 h. 45 de la madrugada, cuando fue despertada por una gran explosión. Betty me explicó más tarde que Malcolm X, dando órdenes y atrapando al vuelo a sus cuatro hijas que gritaban horrorizadas, consiguió hacerlas salir al patio. Alguien había tirado cock-

tails Molotov por la gran ventana que da a la fachada de la casa. Los bomberos tardaron una hora en apagar el incendio. Las llamas alcanzaron sólo la mitad de la casa. Malcolm X no estaba asegurado contra incendios.

Betty aterrada, encinta, y sus cuatro hijas fueron albergadas por algunos amigos íntimos. Malcolm X apretó los dientes y voló al día siguiente, domingo, a Detroit donde tenía que dar una conferencia. El lunes por la mañana, el pastor James X de la Mezquita Número siete de Elijah Muhammad declaró a la prensa que Malcolm X había prendido él mismo fuego a su casa «para darse publicidad».

El lunes por la noche, Malcolm X, fuera de sí, habló en el *Audubon Ballroom*. Sabía que tenía nervios de acero. Aquella noche perdió su sangre fría. «Se me está acabando la paciencia, gritó ante quinientas personas. Si sólo se tratase de mí no me importaría, pero ¡que no toquen a mi familia! Mi casa ha sido bombardeada por los «musulmanes», añadió sin rodeos, y dio a entender que se vengaría: «Hay algunos que cazan. Pero los hay también que cazan a los cazadores».

El martes 16 de febrero, Malcolm X diría a uno de sus compañeros: «Han decidido que he de morir uno de los cinco próximos días. Conozco los nombres de los cinco musulmanes negros escogidos para asesinarme. Revelaré estos nombres en el mitin». A otro amigo le declaró que iba a pedir una autorización para llevar armas. «No sé si me la darán, dijo, sabiendo que he estado en la cárcel».

Al cabo de dos días declaró a un periodista, durante una entrevista que aparecería después de su muerte: «No me importa decirle que no puedo definir exactamente cuál es ahora mi filosofía. Pero soy flexible».

El viernes, Malcolm X tenía una cita con Gordon Parks, el periodista y fotógrafo de *Life*, a quien apreciaba mucho: «Parecía tranquilo y un tanto resplandeciente con su barbilla y su toca de astrakan», escribía después Parks en *Life*. Parecía liberado de gran parte de su agresividad y de la amargura que le había conocido anteriormente, pero la llama, la confianza, estaban siempre en él. Hablando del tiempo en que era discípulo de Elijah Muhammad, Malcolm X dijo a Parks: «Aquello era teatro del malo. ¡Qué enfermedad! ¡Qué locura! ¡Qué contento estoy de haber salido de allí! Ahora es el momento de los mártires. Si he de ser uno, que lo sea por la

causa de la fraternidad. Es lo único que puede salvar a este país. Lo he aprendido a expensas propias, pero lo he aprendido...».

Parks preguntó a Malcolm X si era verdad que le perseguían para matarle. «Es tan cierto como que tú estás delante mía —respondió—. Lo han intentado ya dos veces en quince días». Parks le preguntó si había pensado en hacerse proteger por la policía. Malcolm X se puso a reír: «Sólo un musulmán puede proteger a un musulmán contra otro musulmán, o alguien que conozca las tácticas de los musulmanes. Yo sé algunas, soy yo quien ha inventado muchas de ellas». «En diversos lugares de Africa, añadió, he visto estudiantes blancos que se ponían al servicio de los negros. Cosas como ésta rebaten cualquier clase de argumentos. Como musulmán, he hecho muchas cosas que ahora lamento. Entonces yo era un «zombie», como todos los musulmanes, estaba hipnotizado, me habían designado el camino a seguir y me habían dicho: ¡Anda! Supongo que cualquier hombre tiene derecho a ser un imbécil, si está dispuesto a pagar el precio. Yo lo he pagado durante doce años».

El sábado por la mañana, Malcolm X y Betty fueron a consultar a una agencia inmobiliaria. Les enseñaron una casa que les gustó mucho en Long Island, en un barrio predominantemente judío. Había que pagar 3.000 dólares al contado. Malcolm X estuvo de acuerdo, en principio. Al volver a casa de los amigos que albergaban a su mujer, Malcolm X y Betty calcularon que el traslado les costaría 1.000 dólares. Pasó las primeras horas de la tarde con su mujer. Después se levantó, cogió su sombrero y dijo a Betty desde el pasillo: «A pesar de todo estaremos juntos. Quiero que mi familia esté conmigo. Las familias no tendrían que separarse. Nunca más haré un viaje largo sin ti. Encontraremos a alguien que cuide de los niños. Nunca más te dejaré tanto tiempo sola».

A las 15 h. 30 de aquella tarde, Malcolm X me telefoneó. Por primera vez en dos años no reconocí inmediatamente su voz. Parecía que tuviera reuma. Me dijo que, durante la noche, él y algunos amigos habían ayudado a los agentes de mudanzas a sacar todo lo que había quedado en buen estado de la casa incendiada, antes que la policía sacase todas sus cosas a la acera (la Nación del Islam había conseguido despojar a Malcolm X de esta casa).



Tras su primer atentado.

– Betty y yo hemos visto una casa que queremos comprar. Pero nadie querrá alquilar nada a Malcolm X en los tiempos que corren. (Trataba de bromear), sólo tengo 150 dólares. ¿Cree que el editor me dejaría los 4.000 dólares que necesito adelantándomelos sobre mis derechos de autor?

Le respondí que me ocuparía de ello el lunes.

– ¿Sabe? Cuanto más pienso, menos seguro estoy de que sean los musulmanes los que me han hecho esto. Sé lo que son capaces de hacer, y de no hacer, y no han podido hacer esto. Pienso en lo que me ocurrió en Francia, y no creo que sean los musulmanes.

Después empezó de pronto a hablar de otra cosa.

– Me alegro de haber sido el primero en establecer lazos oficiales entre los afro-americanos y nuestros hermanos de África.

Y colgó.

A continuación, Malcolm X fue al Hotel Hilton de Nueva York. Dejó su Oldsmobile azul en el garaje del hotel y pidió una habitación. Le dieron una en el piso doce. Un botones le acompañó.

Poco después unos negros entraron en el gran hall del hotel, siempre animado, y preguntaron a varios botones cuál era la habitación de Malcolm X. Los botones tenían la consigna de no dar nunca el número de habitación de ningún cliente. Ahora se trataba de Malcolm X. Todos los lectores de los periódicos de Nueva York sabían que Malcolm X estaba en peligro de muerte. Los botones avisaron inmediatamente al detective del Hilton. Desde entonces, y hasta el día siguiente por la tarde, el piso doce fue vigilado de cerca. Malcolm X salió una sola vez de su habitación para ir a cenar al restaurante del hotel.

El sábado por la mañana, a las nueve de la mañana, Betty tuvo la sorpresa de oír a su marido por teléfono preguntándole si no le importaría vestir a sus cuatro hijas y llevarlas al mitin del *Audubon Ballroom*. Dicho mitin estaba previsto para las dos de la tarde. «Claro que no», dijo Betty. La víspera, su marido le había dicho que no fuese.

– ¿Sabes qué me ha pasado hace una hora? le dijo. A las ocho en punto me ha despertado el teléfono. Una voz masculina me ha dicho: «Despiértate, hermano». Y ha colgado.

A mediodía, Malcolm X salió de su habitación. Bajó en el ascensor, cogió su coche y lo condujo, en un día cálido y soleado, al *Audubon Ballroom*. Era el domingo 21 de febrero.

El *Audubon Ballroom*, situado en Harlem, es un edificio de dos pisos que se alquila para bailes, reuniones, etc. Una joven recepcionista que era, a ratos libres, ayudante de Malcolm X me explicó después que aquel día, ella había llegado con bastante tiempo de anticipación, hacia la una y media. Al entrar en la sala vio las cuatrocientas sillas alineadas como de costumbre. En las primeras filas habían ya algunos sitios ocupados. No vio nada de anormal en ello, pues siempre había gente que venía antes para sentarse cerca del orador y saborear plenamente sus palabras. En el estrado, detrás del pupitre, había una fila de ocho sillas.

No hubo registros en la entrada. Semanas antes, Malcolm X, irritado, los había prohibido: «Incomoda a la gente», dijo, y ese rito le recordaba demasiado a Elijah Muhammad. «Si no pudiera estar seguro entre los míos, no lo estaría en ningún sitio», dijo amargamente.

Aquel día había prohibido también la entrada a los periodistas, negros y blancos. La prensa había «deformado» demasiado sus pensamientos últimamente, dijo. Y no se tomaba en serio sus declaraciones de que estaba en peligro de muerte.

Malcolm X entró en la sala poco antes de las dos. Su ayudante notó que su andar era pesado y no ligero como de costumbre. Otros ayudantes entraban y salían de la pequeña antecámara que había cerca del estrado donde Malcolm X se había sentado de través en una silla, retorciendo sus largas piernas por debajo de los barrotes. Llevaba un traje oscuro, una camisa blanca y una corbata estrecha también oscura. Declaró a algunos de sus ayudantes que no tenía la menor intención de hablar de sus problemas personales. «No quiero que la gente venga a oírme por esto». Dijo que iba a confesar que se había apresurado demasiado al atribuir a los musulmanes la responsabilidad del atentado a su casa. «Desde entonces han pasado cosas demasiado importantes, para que sea obra de los musulmanes. Sé perfectamente lo que son capaces de hacer. Las cosas han ido muy lejos: los sobrepasan. En el fondo no debería hablar hoy, añadió. Voy a intentar aliviar un poco la atmósfera diciendo a los negros que no se

peleen entre ellos. Esto forma parte de la maniobra del blanco. Yo no me peleo con nadie. No estamos aquí para esto».

Miraba el reloj muy a menudo pues esperaba al reverendo Milton Galamison, militante presbiteriano de Brooklyn, que también tenía que hablar aquel día.

La ayudante de Malcolm X se dirigió al hermano Benjamín X, también orador de calidad, y le pidió que tomara la palabra mientras esperaban a Galamison.

– ¿Quiere que hable antes que usted? preguntó la ayudante a Malcolm X.

– Ya sabe que no tiene que preguntarme esto delante suyo, exclamó Malcolm X.

Después, dominándose, dijo: «Okay».

El hermano Benjamín X estuvo hablando unos treinta minutos, pero Galamison y las otras personalidades esperadas no habían llegado aún.

– El hermano Malcolm X parecía muy decepcionado, explicó la ayudante. Me daba pena. «Perdone que le haya levantado la voz, me dijo antes de subir al estrado, ya no sé dónde tengo la cabeza». Le dije que lo comprendía muy bien. «Me pregunto si hay alguien que *comprenda realmente*», dijo con una voz lejana.

Subió al estrado y empezaron los aplausos. Después resonó en la sala el saludo familiar de Malcolm X:

– *As Salaam Alaikoum*, hermanos míos, hermanas mías.

– *Alaikoum Salaam*, respondieron varias voces.

Fue entonces cuando se produjo un incidente en la octava fila. Se formó un grupo de hombres y una voz furiosa gritó: «¡Saque las manos de mi bolsillo!». Toda la sala se fijó en la octava fila.

– ¡Calma! ¡calma! calmaros hermanos, dijo suavemente Malcolm X con voz tensa.

Su atención estaba en otro sitio y es posible que no reconociera en ningún momento a sus asesinos.

– El incidente de la octava fila distrajo mi atención, declaró después una señora que estaba sentada en las primeras filas. Cuando me volví hacia Malcolm X, tres hombres al menos, de pie en la primera fila, descargaban simultáneamente sus armas sobre él.

Dos periodistas negros a los que habían dejado entrar en calidad de negros, pero no en calidad de periodistas, declararon que al ruido de los disparos, hombres, mujeres y niños se precipitaron sobre las mesas, las sillas, o se arrojaron al suelo.

– Fue entonces cuando oí un ruido sordo, añadió uno de los periodistas. Malcolm tenía todavía los brazos levantados cuando le alcanzaron las primeras balas. Después se retorció contra las sillas que estaban detrás suyo. Todo el mundo gritaba. Yo también me tiré al suelo. Detrás mío había un hombre disparando. Llevaba el revólver escondido en el abrigo. Tiraba como en las películas de vaqueros retrocediendo hacia la puerta.

– Lo sabía, dijo la joven ayudante que se encontraba en aquel momento en la antecámara. Pero no quise ir a verlo. Quería acordarme de él en vida.

La mano de Malcolm X cayó sobre el pecho cuando le alcanzó la primera bala. Tenía que recibir otras quince. La otra mano se unió a la primera. La sangre corría por su mano izquierda y por su barbilla. Las manos se le crispaban sobre el pecho. Su cuerpo enorme cayó bruscamente hacia atrás, rígido, y su cabeza se estrelló contra el estrado.

Algunas personas se avalanzaron sobre él. Entre ellas, Betty, que también se había tirado al suelo para proteger a sus hijas. Se levantó precipitadamente y se puso a gritar: «¡Mi marido! ¡Lo están matando!». Rasgaron la camisa de Malcolm X, deshicieron su corbata. Una enfermera le aplicó la respiración artificial: «Hubiera muerto voluntariamente en su lugar», declaró esta mujer.

«He oído disparos», dijo el policía Thomas Hoy, de veintidós años que patrullaba delante del *Audubon Ballroom*. Se precipitó en la sala, vio gente que intentaba retener a un fugitivo. «He atrapado al sospechoso», dijo.

Malcolm X fue trasladado al hospital Vanderbilt. Llegó a las 3 horas 15 minutos. «Ya estaba muerto al llegar», declaró poco más tarde un miembro del personal del hospital.

Los amigos de Malcolm X y su mujer salieron del hospital. Los hombres casi no podían dominarse. Uno de ellos se descargó un puñetazo contra la palma de su otra mano. Muchas mujeres lloraban.

En Long Island, a donde la habían llevado después del asesinato de su padre, Attilah, que tenía entonces seis años, escribió esta carta lo mejor que pudo: «Querido papá, te quiero mucho. Dios mío, Dios mío, cómo querría que no estuvieses muerto».

A petición de su mujer, el cuerpo de Malcolm X fue expuesto del martes 23 al viernes 26 de febrero inclusive. Detrás de las barricadas de la policía, la multitud esperaba para verle. Las pompas fúnebres que se habían hecho cargo de la ceremonia eran amenazadas por teléfono. Se registró dos veces el edificio en busca de las bombas anunciadas pero no se encontró nada.

Las puertas se abrieron con cuatro horas de retraso, con Betty, acompañada de cuatro parientes y amigos, en cabeza. «Es una Jacqueline Kennedy negra, declaró un periodista blanco. Sabe lo que ha de hacer, y todos sus gestos reflejan nobleza».

Cuando la familia se alejó del féretro, dejaron entrar a los demás. Entre las siete y las once, dos mil personas, entre ellas gran cantidad de blancos, desfilaron ante el cuerpo, vestido con un traje oscuro. En una placa clavada al féretro se leía: «*El-Hadj Malik El-Shabbazz - 19 de mayo 1925-21 febrero 1965*».

Miles de personas continuaron desfilando ante el cuerpo, y las pompas fúnebres seguían recibiendo amenazas por teléfono.

«Malcolm X ha muerto sin un céntimo», tituló el *Amsterdam News*. A la semana siguiente, se crearon dos organismos cuyos miembros hicieron colectas en Harlem para que Betty pudiera mantener a sus hijas y llevarlas al colegio.

La atmósfera del gran mitin de musulmanes negros que se celebró el viernes siguiente, «Día del Señor», fue muy tensa en Chicago. El fantasma de Malcolm X estaba en la sala. Wallace, el hijo de Elijah Muhammad, que había sido partidario de Malcolm, fue el primero en tomar la palabra. Se acusó a sí mismo y suplicó a los musulmanes que le perdonaran. Después, Wilfred y Philbert, pastores musulmanes y hermanos de Malcolm, exhortaron a los negros a que se unieran a Elijah Muhammad. Finalmente, tomó la palabra este último:

«Durante mucho tiempo, dijo, Malcolm X os ha hablado en

esta sala, ha estado donde yo estoy ahora. Entonces Malcolm estaba seguro. Era amado de todos. Dios mismo le protegía... Después empezó a hacer largos viajes. A Asia, a Europa, a Africa e incluso a La Meca, y por todas partes me ha creado enemigos. Volvió diciendo que no había que odiar a los enemigos. Pero hace pocas semanas vino a aquí a gritar su odio y extender su fango... Nosotros no hemos matado a Malcolm ni hemos intentado hacerlo. Yo quería a Malcolm. Fueron sus locas ideas las que le condujeron a este final... ¡No tenía derecho a rechazarme! gritó Elijah Muhammad, cada vez más excitado. Era una estrella que se fue del buen camino. ¡Y todo el que trata de ahogar el aliento de Elijah Muhammad corre hacia su propio final!».

«Sí...». «Muhammad sea alabado...». «Tan amable...», gritaron entonces tres mil hombres, mujeres y niños musulmanes.

Durante este tiempo, el Cheikh Ahmed Assoun, un sudanés, anciano de barba blanca, amigo y consejero espiritual de Malcolm X, celebró los ritos funerarios musulmanes en Nueva York. Le despojó de su traje occidental, untó el cuerpo con un aceite especial, lo envolvió en siete velos blancos tradicionales, los *kafan*. Sólo el rostro quedaba al descubierto. Después, el Cheikh leyó algunos pasajes del Corán.

Veintidós mil personas en total desfilaron ante el cuerpo. Otras seis mil fueron al cementerio, así como cientos de policías. Los periodistas interrogaban a la gente: «Me fascinaba», dijo una joven blanca al *New York Times*, y una negra añadió: «Estoy aquí para rendir homenaje al negro más grande de este siglo. Es un *negro*. No pongan: hombre de color».

Notas sobre Malcolm X

por Ossie Davis ¹

Ningún negro se sorprendió de que hiciera un elogio a Malcolm X en sus funerales. Muchos negros no comparten sus opiniones, pero todos, del primero al último, saben que Malcolm, aparte de todo lo que pudiera ser o dejar de ser, *jera un hombre!*

Los blancos no necesitan que nadie les recuerde que son hombres. Nosotros, sí. Y esto es, sin discusión, lo mejor que Malcolm ha dado a su pueblo.

El protocolo y el sentido común exigen que los negros se mantengan en retirada, que dejen que el blanco hable por ellos, que les defienda, que dirija su lucha entre bastidores. Malcolm nos ha dicho: ¡Al diablo todo esto! ¿Qué hacéis de rodillas? ¡Levantaros y luchad solos!

Malcolm, como véis, era un fenómeno refrescante, excitante. Nos dio una lección a todos los negros que habíamos

1. Ossie Davis es un actor negro americano. El texto que sigue es la respuesta que dio a una revista que le preguntó: ¿Por qué hizo el elogio de Malcolm X el día de su entierro?

aprendido a ser prudentes e hipócritas delante de los blancos, a sonreírles siempre.

Vosotros sabéis qué peste era Malcolm, qué insoportable y fastidioso, tanto para los negros como para los blancos. Una vez que se os agarraba no había manera de soltarle. Era el hombre más fascinante de este mundo, más encantador, pero no dudaba en tomar su encanto con las dos manos y golpearos con él. Su continua indignación nos era penosa, pero saludable. Nos hacía entrar en furor, pero al mismo tiempo nos hacía sentirnos orgullosos de nosotros mismos. Delante suyo, ningún negro podía defenderse ni excusarse de ser negro. Malcolm no se lo hubiera permitido. Y al dejarle, nos quedaba siempre la furtiva sospecha de que quizás, y a pesar de todo, éramos realmente hombres.

Y Malcolm era un hombre libre. Los que le conocieron antes y después de su peregrinación a La Meca saben que había dejado atrás toda clase de racismo, de separatismo, de odio. Pero había conservado su gusto por las fórmulas explosivas, por la constante agitación en favor de la libertad inmediata, no sólo de los suyos, sino de todos los americanos.

Encontraba siempre un placer maligno en acribillar de flechas al hombre blanco, en avergonzar a los «Tíos Tom», a los negros comprometedores, que se acomodan a todo, para nuestra vergüenza —y digo *nuestra* porque yo también soy uno de ellos— y que son unos hipócritas con tal de existir en un mundo del que envidiamos y despreciamos al mismo tiempo sus valores.

La historia juzgará a este hombre que hoy es todavía el objeto de las más grandes controversias en América. Yo conocí personalmente a Malcolm X. No compartía todas sus ideas, ni mucho menos. Pero, aún cuando se equivocaba, seguía siendo lo que más escasea entre nosotros los hombres: un hombre.

Y si, para conservar mis buenas relaciones con los blancos que me han permitido ganarme correctamente la vida en las tablas, fui demasiado cobarde, demasiado prudente, para reconocerle cuando vivía, ahora que los blancos ya se han librado de él, creo que puedo ser lo bastante sincero conmigo mismo y descubrirme para saludar por última vez a esta



El asesinato en la sala de baile Audubon, Harlem.

caballería negra, hecha de coraje y de ironía, que era su estilo y su atractivo, a esta intrepidez, tan ausente en los demás negros que conozco, y que le condujo, demasiado pronto, a la muerte.

DISCURSOS

Mensaje a las masas ¹

Sólo queremos sostener una conversación informal entre ustedes y yo, entre nosotros. Queremos hablar claro y directo, en un lenguaje que todo el mundo pueda entender con facilidad. Todos estamos de acuerdo esta noche, todos los que hemos hablado hemos estado de acuerdo esta noche en que Estados Unidos tiene un problema muy serio. No sólo tiene Estados Unidos un problema muy serio, sino que nuestra gente tiene un problema muy serio. El problema de Estados Unidos somos nosotros. Nosotros somos su problema. La única razón por la que tiene un problema es que no nos quiere aquí. Y cada vez que uno de ustedes se mira, ya sea negro, moreno, rojo o amarillo, están viendo a una persona que constituye un serio problema para Estados Unidos porque no los quieren a

1. Este discurso lo realizó Malcolm siendo todavía miembro de la Nación del Islam. El resto de discursos fueron dados después de que él rompió con dicha organización.

ustedes aquí. Una vez que se enfrenten a esta realidad, pueden empezar a trazarse un curso que los haga parecer gente de inteligencia y gente sin inteligencia.

Lo que ustedes y yo necesitamos es tratar de olvidar nuestras diferencias. Cuando nos reunimos, no nos reunimos como bautistas ni como metodistas. No vives en un infierno porque seas metodista o bautista; no vives en un infierno porque seas demócrata o republicano; no vives en un infierno porque seas masón o *elk*¹; y seguro que tampoco vives en un infierno porque seas norteamericano, porque si fueras norteamericano no vivirías en un infierno. Vives en un infierno porque eres negro. Tú vives en un infierno y todos nosotros vivimos en un infierno por la misma razón.

Así es que todos somos gente negra, los llamados negros, ciudadanos de segunda, ex esclavos. Ustedes no son más que ex esclavos. A ustedes no les gusta que se lo digan. Pero, ¿qué otra cosa son? Son ex-esclavos. No vinieron en el buque *Mayflower*. Vinieron en un barco de esclavos. Encadenados como un caballo o una vaca o una gallina. Y los trajeron los que vinieron en el *Mayflower*, a ustedes los trajeron los llamados Peregrinos o Padres fundadores de la Patria. Ellos fueron quienes los trajeron a ustedes aquí.

Tenemos un enemigo común. Tenemos esto en común: tenemos a un opresor común, a un explotador común y a un discriminador común. Y una vez que nos damos cuenta de que tenemos un enemigo común, nos unimos sobre la base de lo que tenemos en común. Y lo que ante todo tenemos en común es ese enemigo: el blanco. Es enemigo de todos nosotros. Ya sé que algunos de ustedes creen que algunos de ellos no son nuestros enemigos. El tiempo lo dirá.

Y cuando ustedes y yo aquí, en Detroit y en Michigan y en todo Estados Unidos de Norteamérica, hoy que hemos despertado, miramos a nuestro alrededor, y también nos damos cuenta que aquí en Estados Unidos todos nosotros tenemos un enemigo común, ya esté en Georgia o en Michigan, ya esté en California o en Nueva York. Es el mismo hombre —de ojos azules, pelo rubio y piel pálida—, el mismo hombre. De mane-

1. *Elk* (alce): miembro de la Orden Benevolente y Protectora de los Elks (BPOE), fundada en 1868. (N.T.).

ra que tenemos que hacer lo que hicieron ellos. Ellos acordaron dejar de pelearse. Cualquier disputa que tuvieran la resolvían entre ellos solos, reunidos; no dejes nunca saber al enemigo que tienes una desavenencia.

En vez de ventilar nuestras diferencias en público tenemos que comprender que todos somos una misma familia. Y cuando hay una riña familiar, uno no la ventila en la acera. Si así lo haces, todo el mundo te llamará grosero, sin refinamiento, incivilizado, salvaje. Si tienes problemas en casa, los arreglas en casa; te metes en el armario, los discutes a puerta cerrada y luego, cuando salgas a la calle, muestras un frente común, un frente unido. Y eso es lo que necesitamos hacer en la comunidad y en la ciudad y en el estado. Necesitamos dejar de ventilar nuestras diferencias delante del blanco, sacar el blanco de nuestras reuniones y entonces sentarnos a hablar de negocios entre nosotros. Eso es lo que tenemos que hacer.

Me gustaría hacer algunos comentarios respecto a la diferencia que existe entre la revolución de los negros y la revolución de la gente de color ¹. ¿Son la misma cosa? Y si no lo son, ¿qué diferencia hay? ¿Qué diferencia hay entre una revolución de los negros y una revolución de la gente de color? Primero, ¿qué es una revolución? A veces me inclino a creer que mucha de nuestra gente está usando esa palabra, «revolución», con descuido, sin tomar en cuenta cuidadosamente lo que esa palabra significa realmente y sus características históricas. Cuando estudien la naturaleza histórica de las revoluciones, el motivo de una revolución, el objetivo de una revolución, el resultado de una revolución y los métodos empleados en una revolución, puede ser que cambien de palabra. Puede ser que se tracen otro programa, que cambien de objetivo y cambien de idea.

Miren la revolución norteamericana de 1776. ¿Qué fin perseguía esa revolución? La tierra. ¿Por qué querían la tierra? Porque querían la independencia. ¿Cómo la hicieron? Con sangre. Primero: se basaba en la tierra, base de la inde-

1. *Black revolution* y *Negro revolution*, respectivamente. El término *Black* llegó a reemplazar a *Negro* para significar afronorteamericano durante los años 60 y 70, reflejando el nacionalismo negro que surgió en esa época. Malcolm utiliza estas dos palabras para contrastar el nacionalismo con el reformismo dentro del movimiento negro. (N.T.).

pendencia. Y la única manera de conseguirla era con sangre. La revolución francesa, ¿en qué se basaba? Los que no tenían tierra estuvieron contra el terrateniente. ¿Qué fin perseguía? La tierra. ¿Cómo la obtuvieron? Con sangre. No hubo amor perdido, no hubo compromiso, no hubo negociación. Se lo digo: ustedes no saben lo que es una revolución. Porque cuando descubran lo que es volverán a meterse en el callejón, se quitarán del camino. La revolución rusa, ¿en qué se basaba? En la tierra; los que no tenían tierra pelearon contra el terrateniente. ¿Cómo la llevaron a cabo? Con sangre. No hay una revolución que no derrame sangre. Y a ustedes les da miedo sangrar. Se lo digo, a ustedes les da miedo sangrar.

Eso sí, cuando el blanco los mandó a Corea, sangraron. Los mandó a Alemania y sangraron. Los mandó al sur del Pacífico a pelear contra los japoneses y sangraron. Sangraron por los blancos; pero cuando se trata de ver que bombardeen sus propias iglesias y asesinan a niñas negras, entonces no tienen sangre. Sangran cuando el blanco dice que sangren; muerden cuando el blanco dice que muerdan y ladran cuando el blanco dice que ladren. Me es odioso tener que decir eso de nosotros, pero es verdad. ¿Cómo van a abandonar la violencia en Misisipí con lo violentos que fueron en Corea? ¿Cómo pueden justificar el no ser violentos en Misisipí y en Alabama cuando les bombardean las iglesias y les asesinan a nuestras niñas, y sí van a ser violentos con Hitler y con Tojo y con cualquier otro a quien ni siquiera conocen?

Si la violencia no está bien en Estados Unidos, la violencia tampoco está bien fuera. Si no está bien ser violento defendiendo a mujeres negras y a niños negros y a recién nacidos negros y a hombres negros, entonces tampoco está bien que Estados Unidos nos reclute y nos haga ser violentos en el exterior en defensa suya. Y si está bien que nos reclute y nos enseñe a ser violentos en defensa suya, entonces también es correcto que ustedes y yo hagamos todo lo que sea necesario para defender a nuestra gente aquí mismo, en este país.

La revolución china: querían la tierra. Expulsaron a los británicos y junto con ellos a los chinos entreguistas, a los tíos Tom chinos. Sí, señores, eso hicieron. Sentaron un buen ejemplo. Cuando estaba en la cárcel, leí un artículo... No se espanten cuando les digo que estuve encarcelado. Ustedes todavía están encarcelados. Eso es lo que significa Estados Unidos:

una cárcel... Cuando estaba en la cárcel, leí en la revista *Life* un artículo que mostraba a una niña china, de nueve años: su padre estaba en cuatro patas y ella apretaba un gatillo porque él era un chino «tío Tom». Cuando allá tuvieron la revolución, cogieron a una generación entera de tíos Tom y simplemente los liquidaron. Y en diez años esa niñita se convirtió en una mujer adulta. Se acabaron los Tom en China. Y hoy es uno de los países más recios, más fuertes y más temidos de esta planeta: para el blanco. Porque allá no hay más tíos Tom.

De todos nuestros estudios, la historia es la más calificada para recompensar nuestra investigación. Y cuando uno ve que confronta problemas, todo lo que tiene que hacer es examinar el método histórico empleado en todo el mundo por otros que confrontan problemas similares a los de uno. Cuando ve cómo resolvieron ellos los suyos, ya sabe uno cómo puede resolver los propios. En Africa ha estado teniendo lugar una revolución, una revolución negra. En Kenia, los mau-mau eran revolucionarios; fueron ellos quienes pusieron de moda la palabra «Uhuru». Los mau-mau eran revolucionarios, creían en el principio de la tierra arrasada, derribaban todo cuanto se les ponía por delante, y su revolución también se basaba en la tierra, en un deseo de poseer la tierra. En Argelia, en la parte septentrional de Africa, tuvo lugar una revolución. Los argelinos eran revolucionarios, querían su tierra. Francia les ofreció dejarlos integrarse a Francia. Le dijeron a Francia que al demonio con Francia, que ellos querían un poco de tierra y no un poco de Francia. Y entablaron una batalla sangrienta.

Así, cito estas diversas revoluciones, hermanos y hermanas, para mostrarles que no hay revoluciones pacíficas. No hay revoluciones de «poner la otra mejilla». No hay ni la más remota posibilidad de una revolución sin violencia. La única clase de revolución sin violencia es la revolución de la gente de color. La única revolución que tiene por meta el amor al enemigo es la revolución de la gente de color. Es la única revolución en que la meta es un comedor desegregado, un teatro desegregado, un parque desegregado y un inodoro público desegregado; puedes sentarte al lado de gente blanca... en el inodoro. Eso no es una revolución. La revolución se basa en la tierra. La tierra es la base de toda independencia. La tierra es la base de la libertad, de la justicia y de la igualdad.

El blanco sabe lo que es una revolución. Sabe que la revolución negra es de alcance y naturaleza mundiales. La revolución negra está barriendo en Asia, barriendo en Africa, levantando la cabeza en América Latina. La revolución cubana: eso es una revolución. Echaron abajo el sistema. La revolución está en Asia, la revolución está en Africa y el blanco chilla porque ve la revolución en America Latina. ¿Cómo creen que reaccionará contra ustedes cuando ustedes aprendan lo que es una verdadera revolución? Ustedes no saben lo que es una revolución. Si lo supieran, no usarían esa palabra.

La revolución es sangrienta, la revolución es hostil, la revolución no conoce compromisos, la revolución echa abajo y destruye todo cuanto se le pone por delante. Y ustedes, sentados ahí como un pegote en la pared, diciendo: «Voy a amar a esta gente por más que me odien.» No, ustedes necesitan una revolución. ¿Quién ha oído hablar de una revolución de brazos enlazados, como bellamente señalaba el reverendo Cleage, para cantar «Nosotros lo vamos a superar»? ¹. Eso no se hace en una revolución. No se canta porque uno está muy ocupado golpeando. Se basa en la tierra. Un revolucionario quiere tierra para levantar sobre ella su propia nación, una nación independiente. Estos negros no están pidiendo una nación: están tratando de volver a doblar el lomo en la plantación.

Cuando se quiere una nación, eso se llama nacionalismo. Cuando el blanco desató una revolución en este país contra Inglaterra, ¿para qué lo hacía? Quería esta tierra para poder levantar sobre ella otra nación blanca. Eso es nacionalismo blanco. La revolución norteamericana fue nacionalismo blanco. La revolución francesa fue nacionalismo blanco. La revolución rusa también fue —sí, señores, lo fue— nacionalismo blanco. ¿No lo creen? ¿Por qué creen que Jruschov y Mao no logran ponerse de acuerdo? Nacionalismo blanco. Todas las revoluciones que están teniendo lugar en Asia y en Africa actualmente, ¿en qué se basan? En el nacionalismo negro. Un revolucionario es un nacionalista negro. Quiere una nación. Estaba leyendo unas hermosas palabras del reverendo Cleage en que señalaba por qué no lograba reunirse con casi

1. En inglés, *We Shall Overcome*, canción del movimiento por los derechos civiles. (N.T.).

nadie en la ciudad porque todos tenían miedo de que los identificaran con el nacionalismo negro. Si uno le tiene miedo al nacionalismo negro, le tiene miedo a la revolución. Y si uno ama la revolución, ama el nacionalismo negro.

Para entender esto tienen ustedes que recordar lo que decía este joven hermano sobre el negro doméstico y el negro del campo en los tiempos de la esclavitud. Había dos clases de esclavos: el negro doméstico y el negro del campo. Los negros domésticos vivían en la casa del amo, vestían bastante bien, comían bien porque comían de su comida: lo que él dejaba. Vivían en el sótano o en el desván pero como quiera que sea vivían cerca del amo y amaban al amo más de lo que se amaba éste a sí mismo. Daban la vida por salvar la casa del amo y más rápido que el propio amo. Si el amo decía: «Buena casa la nuestra», el negro doméstico decía: «Sí, buena casa la nuestra». Siempre que el amo decía «nosotros», él decía «nosotros». Por ahí se puede descubrir al negro doméstico.

Si la casa del amo se incendiaba, el negro doméstico luchaba más que el propio amo por apagar el fuego. Si el amo enfermaba, el negro doméstico le decía: «¿Qué pasa, amo? ¿Estamos enfermos?» ¡Estamos enfermos! Se identificaba con el amo más de lo que el propio amo se identificaba consigo mismo. Y si uno iba a ver al negro doméstico y le decía: «Vamos a escaparnos, vamos a separarnos», el negro doméstico lo miraba y le decía: «Hombre, tú estás loco. ¿Qué es eso de separarnos? ¿Dónde hay una casa mejor que ésta? ¿Dónde puede usar ropa mejor que ésta? ¿Dónde puedo comer mejor comida que ésta?» Ese era el negro doméstico. En aquellos tiempos les llamaban *nigger*¹ doméstico». Y así los llamamos actualmente, porque todavía tenemos unos cuantos *niggers* domésticos por ahí.

Este negro doméstico moderno ama a su amo. Quiere vivir cerca de él. Está dispuesto a pagar tres veces el precio verdadero de una casa con tal de vivir cerca de su amo, para luego alardear: «Soy el único negro aquí. Soy el único en mi trabajo. Soy el único en esta escuela». ¡No eres más que un negro doméstico! Y si viene alguien ahora mismo y te dice: «Vamos

1. *Nigger*: término racista, despectivo de negro. (N.T.).

a separarnos», le dices lo mismo que decía el negro doméstico en la plantación: «¿Qué es eso de separarnos? ¿De Estados Unidos, de este buen hombre blanco? ¿Dónde vas a conseguir trabajo mejor que el de aquí?» Quiero decir que eso es lo que tú dices: «No se me quedó nada en África»; eso es lo que dices. ¡Pero sí se te quedó la cabeza en África!

En esa misma plantación estaba el negro campesino. Los negros del campo: ahí estaban las masas. Había siempre más negros en los campos que en la casa. El negro del campo vivía en un infierno. Comía sobras. En la casa comían carne de puerco de la buena. El negro en el campo no recibía más que lo que sobraba de los intestinos del puerco. Hoy en día le dicen a eso «menudencias». En aquellos tiempos le decían lo que era: tripas. Eso es lo que eran ustedes: cometripas. Y algunos de ustedes todavía son cometripas.

Al negro del campo lo apaleaban de la mañana a la noche; vivía en una choza, en una casucha; usaba ropa vieja, de desecho. Odiaba al amo. Digo que odiaba al amo. Era inteligente. Aquel negro doméstico amaba al amo, pero aquel negro del campo, recuerden que era la mayoría y odiaba al amo. Cuando la casa se incendiaba, no trataba de apagar el fuego; aquel negro rogaba por que soplara el viento, por que soplara una brisa. Cuando el amo enfermaba, el negro del campo rogaba por que muriera. Si uno iba al negro campesino y le decía: «Vamos a separarnos, vamos a irnos», él no preguntaba: «Adónde vamos?» Sólo decía: «Cualquier lugar es mejor que aquí». Actualmente tenemos negros del campo en Estados Unidos. Yo soy un negro del campo. Las masas son negros del campo. Cuando ven arder la casa de este hombre blanco, no se oye a los negros pobres hablar de que «*nuestro* gobierno está en peligro». Dicen: «*El* gobierno está en peligro». ¡Figúrense a un negro diciendo «*nuestro* gobierno»! Hasta le oí decir a uno «¡*nuestros* astronautas». ¡Ni siquiera lo dejan acercarse a las instalaciones y él con eso de «*nuestros* astronautas»! «*Nuestra* marina». Ese es un negro que se ha vuelto loco, ¡un negro que se ha vuelto loco!

Igual que el amo de aquellos tiempos usaba a Tom, el negro doméstico, para mantener a raya a los negros campesinos, el mismo viejo amo tiene hoy a negros que no son más que modernos tíos Tom, tíos Tom del siglo XX, para mantenernos a ustedes y a mí a raya, para tenernos controlados, para

mantenernos en la pasividad, pacíficos y sin violencia. Ese es Tom, haciendo de ustedes gente sin violencia. Es como cuando uno va al dentista y aquel hombre le va a sacar una muela. Uno va a luchar contra él cuando empiece a halar. Así es que le inyecta a uno en la mandíbula una cosa llamada novocaína, para hacerle creer que no le están haciendo nada. Con eso se está uno ahí sentado y, como tiene toda esa novocaína en la mandíbula, sufre... pacíficamente. La sangre corriéndole a uno por la cara y uno sin saber lo que está pasando. Porque alguien le enseñó a sufrir... pacíficamente.

El blanco les hace lo mismo a ustedes en la calle, cuando quiere embrutecerlos y aprovecharse de ustedes sin el temor de que se vayan a defender. Para impedirles defenderse se busca a esos viejos y religiosos tíos Tom que nos enseñan a ustedes y a mí, exactamente igual que la novocaína, a sufrir pacíficamente. No que dejen de sufrir: sólo que sufran pacíficamente. Como señaló el reverendo Cleage, dicen que ustedes deben dejar que su sangre corra por las calles. Es una vergüenza. Ustedes saben que él es un predicador cristiano. Si para él eso es una vergüenza, ya saben lo que será para mí.

En nuestro libro, el Corán, no hay nada que nos enseñe a sufrir pacíficamente. Nuestra religión nos enseña a ser inteligentes. Sé pacífico, sé cortés, obedece la ley, respeta a todo el mundo; pero si alguien te pone la mano encima, mándalo al cementerio. Esa es una buena religión. Es más, ésa es aquella religión de los viejos tiempos. Es la religión de la que solían hablar mamá y papá: ojo por ojo, diente por diente, cabeza por cabeza, vida por vida. Esa es una buena religión. Y a nadie le puede doler que se enseñe esa clase de religión sino al lobo que se propone convertirte en su almuerzo.

Así nos pasa a nosotros con el blanco en Estados Unidos. El es un lobo y ustedes son las ovejas. Siempre que un pastor —de ovejas y de almas— nos enseña a ustedes y a mí que no debemos luchar contra el blanco, está siendo un traidor con ustedes y conmigo. No entreguen una vida así. No, preserven su vida porque es lo mejor que tienen. Y si tienen que renunciar a ella, que sea parejo.

El amo cogió a Tom y lo vistió bien, lo alimentó bien y hasta le dio un poquito de educación —*un poquito de educación*—; le dio una levita y un sombrero de copa e hizo que todos los esclavos lo miraran con respeto. Entonces utilizó a

Tom para controlarlos. La misma estrategia que se usaba en aquellos tiempos la está usando hoy el mismo hombre blanco. Coge a un llamado negro, y lo hace prominente, le da una estatura, le hace publicidad, lo convierte en una celebridad. Y entonces éste se convierte en vocero de los negros y en líder negro.

Quisiera mencionar todavía otra cosa brevemente: el método que utiliza el blanco, cómo utiliza a los «peces gordos» o líderes negros contra la revolución de los negros. No son parte de la revolución de los negros. Son utilizados contra la revolución de los negros.

Cuando Martin Luther King fracasó en sus intentos de desegregar a Albany, en el estado de Georgia, la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos llegó a su punto más bajo. King cayó prácticamente en bancarrota como líder. La *Southern Christian Leadership Conference*¹ tenía problemas financieros; y tuvo problemas, sin más, con el pueblo, cuando fracasaron en el intento de desegregar a Albany. Otros líderes de la lucha por los derechos civiles, que gozaban de lo que se llama estatura nacional, fueron ídolos caídos y empezaban a perder su prestigio y su influencia, aparecían líderes negros locales que empezaban a agitar a las masas. En Cambridge, estado de Maryland, fue Gloria Richardson; en Danville, estado de Virginia, y en otras partes del país, también empezaron a agitar a nuestras masas algunos líderes locales, al nivel de las masas. Esto nunca lo hicieron esos negros de estatura nacional. Ellos los controlan a ustedes pero nunca los han incitado ni los han excitado. Los controlan, los contienen, los han mantenido en la plantación.

En cuanto King fracasó en Birmingham, los negros se lanzaron a la calle. King se fue a California, a una gran concentración y recogió qué sé yo cuántos miles de dólares. Vino a Detroit y realizó una marcha y recaudó unos cuantos miles de dólares más. Y recuerden que inmediatamente después Roy Wilkins atacó a King². Acusó a King y a CORE de provocar líos en todas partes y luego hacer que la NAACP los sacara de

1. Conferencia de Líderes Cristianos del Sur (SCLC), la organización fundada por Martin Luther King. (N.T.).

2. Roy Wilkins era dirigente de la NAACP (Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color). James Farmer era dirigente del CORE (Congreso de la Igualdad Racial). (N.T.).

la cárcel y gastara muchísimo dinero; acusaron a King y al CORE de recaudar todo el dinero y no restituirlo. Eso ocurrió; lo tengo, en el periódico, en pruebas documentadas. Roy empezó a atacar a King, y King empezó a atacar a Roy, y Farmer los empezó a atacar a los dos. Y a medida que esos negros de estatura nacional se atacaban unos a otros iban perdiendo su control sobre las masas negras.

Los negros estaban en la calle. Hablaban de cómo iban a marchar sobre Washington. Precisamente entonces había estallado Birmingham y los negros de Birmingham —acuérdense— también estallaron. Empezaron a apuñalar por la espalda a los blancos racistas del sur y a reventarles la cabeza. Sí, señores, eso hicieron. Fue entonces cuando salió Kennedy en televisión y dijo: «Esta es una cuestión moral». Fue entonces cuando dijo que iba a sacar una ley de derechos civiles. Y cuando mencionó la ley de derechos civiles y las blancas racistas del sur empezaron a hablar de que iban a boicotearla o a entorpecerla, entonces los negros empezaron a hablar ¿de qué? De que iban a hacer una marcha hasta Washington, una marcha hasta el Senado, una marcha hasta la Casa Blanca, una marcha hasta el Congreso para obstaculizarlo, detenerlo, para no dejarlo proseguir. Hasta dijeron que iban al aeropuerto a acostarse sobre la pista para no dejar aterrizar a ningún avión. Les estoy diciendo lo que dijeron. Era la revolución. Aquello era la revolución. Era la revolución negra.

Eran las masas las que estaban en la calle. Eso le infundió pánico al blanco, le infundió pánico a la estructura del poder blanco en Washington, D. C.; yo estaba allí. Cuando se enteraron de que aquella aplanadora negra le iba a venir encima a la capital, llamaron a Wilkins, llamaron a Randolph, llamaron a esos líderes negros de estatura nacional que ustedes respetan y les dijeron: «Suspéndanlo». Kennedy dijo: «Miren, todos ustedes están dejando que esto llegue demasiado lejos». Y el viejo Tom dijo: «Amo, no lo puedo parar porque no lo empecé». Les estoy diciendo lo que dijeron. Dijeron: «Ni siquiera estoy metido en eso y mucho menos encabezándolo». Dijeron: «Estos negros están haciendo las cosas por su propia cuenta. Se nos están yendo por delante». Y este viejo zorro astuto dijo: «Si ustedes no están metidos en eso, los meteré yo. Los pondré de cabecillas. Lo endorsaré. Lo saludaré. Lo apoyaré. Me adheriré.»

La cosa pasó en cuestión de horas. Se reunieron en el Carlyle Hotel, en la ciudad de Nueva York. El Carlyle es propiedad de la familia Kennedy; es el hotel donde Kennedy pasó la noche hace dos días; es propiedad de su familia. Una sociedad filantrópica encabezada por un blanco llamado Stephen Currier reunió a todos los grandes líderes de la lucha por los derechos civiles en el Carlyle Hotel. Y les dijo: «Con pelearse entre ustedes no hacen más que destruir el movimiento por los derechos civiles. Y ya que se están peleando por el dinero de los liberales blancos, vamos a crear lo que se conoce por el nombre de *Council for United Civil Rights Leadership* [Consejo Unido de Líderes de los Derechos Civiles]. Vamos a crear ese consejo y pertenecerán a él todas las organizaciones que luchan por los derechos civiles y lo utilizaremos para recabar fondos.» Déjenme mostrarles lo tramposo que es el blanco. En cuanto lo constituyeron, eligieron presidente a Whitney Young; ¿y quién creen ustedes que fue el copresidente? Stephen Currier, el blanco, un millonario. Powell hablaba de eso hoy en Cobo Hall. De eso era de lo que estaba hablando. Powell sabe que así fue. Randolph sabe que así fue. Wilkins sabe que así fue. King sabe que así fue. Cada uno de esos Seis Grandes sabe que así fue.

Una vez que lo constituyeron, con el blanco arriba, éste les prometió y les dio 800 mil dólares para que se los repartieran los Seis Grandes; y les dijo que después que terminara la marcha les daría 700 mil dólares más. Millón y medio de dólares... repartidos entre líderes a los que ustedes han estado siguiendo, por los que ustedes han estado yendo a la cárcel y llorando lágrimas de cocodrilo. Y no son más que Frank James y Jesse James y los hermanos qué sé yo qué.

En cuanto tuvieron montado el aparato, el blanco puso a su alcance a expertos de primera en relaciones públicas; puso a su disposición en todo el país medios noticiosos que entonces empezaron a presentar a estos Seis Grandes como líderes de la marcha. Originalmente ni siquiera figuraban en la marcha. Ustedes hablaban lo de la marcha en la calle Hastings, hablaban de la marcha en la avenida Lenox y en la calle Fillmore y en la avenida Central y en la calle 32 y en la calle 63. Ahí es donde se estaba hablando de la marcha. Ellos se convirtieron en la marcha. Se apoderaron de ella. Y el primer paso que dieron después de apoderarse de ella fue invitar a

Walter Reuther, un blanco; invitaron a un cura, a un rabino y a un viejo cura blanco; sí, a un viejo cura blanco. El mismo elemento blanco que puso a Kennedy en el poder: los sindicatos, los católicos, los judíos y los protestantes liberales; la misma camarilla que puso a Kennedy en el poder se unió a la marcha sobre Washington.

Es exactamente igual que cuando uno tiene un café demasiado negro, lo que significa que está demasiado fuerte. ¿Qué hace? Lo integra con leche, lo pone flojo. Pero si se le echa demasiada leche, ni siquiera se sabrá que tenía café. Estaba caliente y se enfrió. Estaba fuerte y se pone flojo. Te despertaba y ahora te pone a dormir. Eso fue lo que hicieron con la marcha sobre Washington. Se unieron a ella. No se integraron a ella, sino que se infiltraron en ella. Se le unieron, se hicieron parte de ella, se apoderaron de ella. Y al apoderarse de ella la hicieron perder su combatividad. Dejó de ser furiosa, dejó de estar caliente, dejó de ser intransigente. Y hasta dejó de ser una marcha. Se convirtió en un picnic, en un circo. Ni más ni menos que un circo, con payasos y todo. Ustedes tuvieron uno aquí mismo en Detroit y por televisión; con payasos que lo dirigían, payasos blancos y payasos negros. Ya sé que no les gusta lo que estoy diciendo pero se lo voy a decir de todas maneras. Porque puedo probar lo que estoy diciendo. Si creen que les estoy diciendo cosas falsas, tráiganme a Martin Luther King y a Philip Randolph y a James Farmer y a esos otros tres y verán si lo niegan ante un micrófono.

No, la vendieron. Se la apropiaron. Cuando James Baldwin vino de París no lo dejaron hablar, porque no podían hacerlo atenerse a la letra. Burt Lancaster leyó el discurso que suponía que dijera Baldwin; no dejaron que Baldwin se encaramara allí porque saben que Baldwin es capaz de decir cualquier cosa. Lo controlaron todo tan estrechamente que les dijeron a esos negros en qué momento llegar a la ciudad, cómo ir, dónde pararse, qué carteles llevar, qué canciones cantar, qué discurso podían decir y qué discurso no podían decir; y les dijeron entonces que abandonaran la ciudad a la caída del sol. Y no quedaba uno solo de aquellos Toms en la ciudad a la caída del sol. Ya sé que no les gusta que diga esto. Pero lo puedo respaldar. Fue un circo, un espectáculo que le ganó a cualquier cosa que pudiera montar Hollywood, el espectáculo del año. Reuther y esos otros tres demonios debe-

rían recibir un «oscar» por la mejor actuación, porque actuaron como si de verdad amaran a los negros y embaucaron a todo un montón de negros. Y los seis líderes negros también deberían recibir un premio al mejor elenco de asistencia.

(Detroit, 10 de noviembre de 1963)

El voto o la bala

Señor moderador, hermano Lomax, hermanos y hermanas, amigos y enemigos, porque sencillamente no puedo creer que aquí todos sean amigos y no quiero dejar a nadie fuera. Esta noche la cuestión es, a mi entender, «La revuelta negra» y «¿Qué rumbo seguimos de aquí en adelante?» o «¿Y ahora qué?» A mi humilde manera de entenderlo la cuestión es el voto o la bala.

Antes de que tratemos de explicar lo que quiere decir eso del voto o la bala, quisiera aclarar algo con respecto a mí mismo. Todavía soy musulmán, mi religión es todavía la del Islam. Esa es mi creencia personal. Igual que Adam Clayton Powell es ministro cristiano y encabeza la Iglesia Bautista Abisinia en Nueva York, pero al mismo tiempo participa en las luchas políticas para tratar de establecer los derechos de los negros en este país; y que el Dr. Martin Luther King es ministro cristiano en Atlanta, estado de Georgia, y encabeza otra organización que lucha por los derechos civiles de los negros en este país; y que el reverendo Galamison —supongo que habrán oído hablar de él— es otro ministro cristiano en Nueva York y se ha visto seriamente involucrado en los boicots de las escuelas para eliminar la enseñanza segregada; bueno, pues yo también soy ministro, no ministro cristiano, sino ministro musulmán y creo en la acción en todos los frentes y por todos los medios que sean necesarios.

Pero aunque todavía soy musulmán no estoy aquí esta noche para discutir mi religión. No estoy aquí para tratar de hacerlos cambiar de religión. No estoy aquí para discutir ni polemizar sobre ninguna de las cosas en que diferimos, porque es hora ya de que acallemos nuestras diferencias y nos demos cuenta de que es mejor para nosotros ver primero que

confrontamos el mismo problema, un problema común que los hará vivir en un infierno lo mismo si son bautistas que si son metodistas o musulmanes o nacionalistas. Lo mismo si son gente educada que si son analfabetos, si viven en el bulevar que si viven en el callejón, los harán vivir en un infierno igual que a mí. Todos estamos metidos en el mismo barco y a todos no hará vivir en el mismo infierno el mismo hombre blanco. Todos nosotros hemos sufrido aquí, en este país, la opresión política de manos del blanco, la explotación económica de manos del blanco y la degradación social de manos del blanco.

Ahora bien, que hablemos así no quiere decir que seamos antiblancos, pero sí quiere decir que somos antiexplotación, que somos antidegradación, que somos antiopresión. Y si el blanco no quiere que seamos antiblancos, que deje de oprimirnos y de explotarnos y de degradarnos. Lo mismo si somos cristianos que si somos musulmanes o nacionalistas o agnósticos o ateos, tenemos que aprender primero a olvidar nuestras diferencias. Si hay diferencias entre nosotros, vamos a tenerlas metidas en el armario; cuando salgamos a la calle que no haya nada que discutir entre nosotros hasta que no hayamos terminado de discutir con ese hombre blanco. Si el difunto presidente Kennedy podía reunirse con Jruschov para intercambiarle un poco de trigo, no cabe duda de que tenemos más en común entre nosotros que Kennedy y Jruschov entre sí.

Si no hacemos algo muy pronto me parece que estarán ustedes de acuerdo en que nos vamos a ver obligados a escoger entre la bala y el voto. En 1964 hay que escoger entre una cosa y la otra. No es que el tiempo se vaya volando: ¡el tiempo ya se voló! 1964 amenaza con ser el año más explosivo que Estados Unidos haya presenciado jamás. El año más explosivo. ¿Por qué? También es un año político. Es el año en que todos los políticos blancos volverán a meterse en la llamada comunidad de la gente de color para engañarnos y sacarnos unos cuantos votos. El año en que todos los bribones políticos blancos volverán a meterse en la comunidad de ustedes y en la mía con sus falsas promesas, alimentando nuestras esperanzas para luego defraudarles con sus trucos y sus traiciones, con promesas falsas que no tienen intención de cumplir. Mientras ellos alimentan el descontento, todo esto no puede conducir más que a una cosa: a una explosión y ahora

tenemos ya en la vida norteamericana de nuestros días al tipo de hombre negro –lo siento, hermano Lomax– que no tiene ninguna intención de seguir poniendo la otra mejilla.

No dejen que nadie les venga con el cuento de que tienen pocos chances de ganar. Si los reclutan, los mandan a Corea y los hacen enfrentarse a ochocientos millones de chinos. Si ustedes pueden ser tan valientes allá, también pueden serlo aquí mismo. Estas cosas no son tan grandes como aquellas cosas. Y si luchan aquí, por lo menos sabrán para qué están luchando.

No soy político, ni siquiera soy estudioso de la política; la verdad es que apenas si soy un estudioso de nada. No soy demócrata, no soy republicano y ni siquiera me considero norteamericano. Si ustedes y yo fuéramos norteamericanos no habría problemas. Esos *Hunkies*¹ que acaban de bajarse del barco ya son norteamericanos; los polacos ya son norteamericanos; los refugiados italianos ya son norteamericanos. Todo lo que vino de Europa, todo lo que tuviera ojos azules, ya es norteamericano. Y con todo el tiempo que llevamos aquí ustedes y yo todavía no somos norteamericanos.

Bueno, yo no creo en eso de engañarse uno a sí mismo. No me voy a sentar a tu mesa con el plato vacío para verte comer y decir que soy un comensal. Si yo no pruebo lo que hay en ese plato, sentarme a la mesa no hará de mí un comensal. Estar en Estados Unidos no nos hace norteamericanos. Haber nacido aquí no nos hace norteamericanos. Porque si el nacimiento nos hiciera norteamericanos, no se necesitaría ninguna legislación, no se necesitaría ninguna enmienda a la Constitución, no habría que hacerle frente al entorpecimiento de los derechos civiles, ahora mismo, en Washington, D. C. No hay que promulgar leyes de derechos civiles para hacer norteamericano a un polaco.

No, yo no soy norteamericano. Soy uno entre los veintidós millones de negros víctimas del norteamericanismo. Uno entre los veintidós millones de negros víctimas de la democracia, que no es más que hipocresía enmascarada. Así es que no estoy aquí hablándoles como norteamericano ni como patriota ni como el que saluda la bandera ni como el que hace

1. *Hunkies*: término despectivo de blancos. (N.T.)



ondear la bandera; no, yo no. Yo estoy hablando como víctima de este sistema norteamericano. Y veo a Estados Unidos de Norteamérica con los ojos de la víctima. No veo ningún sueño norteamericano; veo una pesadilla norteamericana.

Estos veintidós millones de víctimas están despertando. Se les están abriendo los ojos. Están empezando a ver lo que antes sólo miraban. Se están haciendo políticamente maduros. Se están dando cuenta de que hay nuevas tendencias políticas de una costa a la otra. Como ven estas nuevas tendencias políticas, les es posible ver que cada vez que hay elecciones, la carrera resulta tan apretada que hay que hacer un recuento. Tuvieron que hacerlo en Massachusetts, por lo apretada que estuvo la votación, para ver quién iba a ser gobernador. Lo mismo pasó en Rhode Island, en Minnesota y en muchas otras partes del país. Y lo mismo pasó con Kennedy y Nixon cuando compitieron por la presidencia. Fue tan apretada la cosa que tuvieron que hacer un recuento de todos los votos. Bueno, ¿y eso qué quiere decir? Quiere decir que cuando los blancos estén divididos equilibradamente y los negros tienen un bloque de votos propios, les toca a éstos determinar quién irá a parar a la Casa Blanca y quién irá a parar a la perrera.

Fue el voto del negro el que instaló a la nueva administración en Washington, D. C. El voto de ustedes, el voto estúpido, el voto ignorante, el voto malgastado de ustedes fue el que instaló en Washington, D. C., a una administración que ha tenido a bien promulgar toda clase de leyes imaginables, dejarlos a ustedes hasta el último momento, para terminar entorpeciendo la acción de esas mismas leyes. Y los líderes de ustedes y míos tienen osadía de andar correteando y aplaudiendo por ahí y decir que cuántos progresos estamos realizando. Y que qué buen presidente tenemos. Si no fue bueno en Texas, seguro que no podrá serlo en Washington, D. C. Porque Texas es un estado de linchamientos. Allí soplan los mismos vientos que en Misisipí, no hay diferencia; sólo que en Texas linchan con acento texano y en Misisipí con acento de Misisipí. Y estos líderes negros tienen la osadía de ir y tomar café en la Casa Blanca con un texano, con un blanco racista del sur—eso es todo lo que él es—, para luego venirnos a decir a ustedes y a mí que éste, como es del Sur, va a ser mejor con nosotros porque sabe como tratar a los sureños. ¿Qué clase

de lógica es ésta? Que Eastland sea presidente: él también es del Sur. El sabría todavía mejor que Johnson cómo tratarnos. [...]

De manera que ya es hora de despertar, en 1964. Y cuando los vean venir con esa clase de conspiraciones, háganles saber que ustedes tienen los ojos abiertos. Y háganles saber que hay otra cosa que también está bien abierta. Tienen que ser la bala o el voto. La bala o el voto. Si les da miedo usar una expresión como ésta, deberían irse del país, deberían volver a la plantación algodonera, deberían volver a meterse en el callejón. Ellos reciben todos los votos negros y, después que los reciben, el negro no recibe nada a cambio. Todo lo que hicieron cuando lograron llegar a Washington fue darles grandes empleos a unos cuantos grandes negros. Esos grandes negros no necesitaban grandes empleos, ya tenían trabajo. Eso es un camuflaje, eso es un truco, eso es una traición, un teatro. No estoy tratando de derribar a los demócratas en favor de los republicanos; a éstos ya llegaremos dentro de un minuto. Pero es verdad: ustedes ponen a los demócratas en primer lugar y ellos los ponen en el último a ustedes. [...]

Conque, ¿qué rumbo seguimos de aquí en adelante? Primero, necesitamos unos cuantos amigos. Necesitamos unos cuantos aliados nuevos. Toda la lucha por los derechos civiles necesita una nueva interpretación, una interpretación más amplia. Necesitamos contemplar este asunto de los derechos civiles desde otro ángulo, tanto desde adentro como desde afuera. Para aquellos de nosotros cuya filosofía sea la del nacionalismo negro, la única manera de meterse en la lucha por los derechos civiles será darle una nueva interpretación. La vieja interpretación nos excluía a nosotros. Nos dejaba fuera. Por eso le estamos dando una nueva interpretación que nos permita entrar en ella, tomar parte en ella. Y a estos tíos Tom que han estado actuando con evasivas, claudicaciones y componendas, no los vamos a dejar que sigan con sus evasivas, con sus claudicaciones ni con sus componendas.

¿Cómo pueden agradecerle a un hombre que les dé lo que ya es de ustedes? ¿Cómo pueden, entonces, agradecerle que les dé sólo una parte de lo que ya es de ustedes? Ni siquiera han realizado progresos y lo que les están dando ya deberían haberlo tenido desde antes. Eso no es progreso. Y yo adoro a mi hermano Lomax y la manera en que señaló que nos halla-

mos otra vez donde estábamos en 1954 ¹. Estamos más atrás de donde estábamos en 1954. Hay más segregación ahora que en 1954. Hay más animosidad racial, más odio racial, más violencia racial hoy en 1964, que en 1954. ¿Dónde está el progreso?

Y ahora se enfrentan ustedes a una situación en que el joven negro está apareciendo. Y éste no quiere oír hablar de ese asunto de «dar la otra mejilla»; no. En Jacksonville —y eran adolescentes— estaban arrojando cócteles Molotov. Los negros nunca lo habían hecho antes. Pero eso demuestra que hay algo nuevo entrando en escena. Hay una nueva manera de pensar que está entrando en escena. Serán los cócteles Molotov este mes, las grānadas de mano el mes que viene y otra cosa el mes siguiente. Será la bala o será el voto. Será libertad o será la muerte. La única diferencia es que esta clase de muerte será recíproca. ¿Saben lo que quiere decir «recíproca»? Esa es una de las palabras del hermano Lomax: se la robé a él. Por lo general no manejo esas grandes palabras porque por lo general no me codeo con gente grande. Me codeo con la gente humilde. Sé que uno puede buscar a un montón de gente humilde y poner a correr a un montón de gente grande. Aquellos no tienen nada que perder y pueden ganarlo todo. Y en seguida se lo hacen saber: «Hacen falta dos para bailar; y si yo voy, tú vas».

Los nacionalistas negros, aquéllos cuya filosofía es la del nacionalismo negro, al introducir esta nueva interpretación de todo lo que significan los derechos civiles, lo entienden en el sentido —como señaló el hermano Lomax— de la igualdad de oportunidades. Bueno, está justificado que busquemos los derechos civiles si eso significa igualdad de oportunidades, porque en ese caso todo lo que estamos haciendo es tratar de cobrar nuestras inversiones. Nuestros padres invierten sudor y sangre. Trabajamos trescientos diez años en este país sin recibir *ni un centavo* a cambio. Ustedes dejan que el blanco se pasee por aquí hablando de lo rico que es este país, pero nunca se paran a pensar cómo se hizo rico, pero es que ustedes lo hicieron rico.

1. En 1954 la Corte Suprema decretó que la segregación racial en las escuelas era ilegal. Esta decisión sentó las bases para el comienzo del movimiento por los derechos civiles. (N.T.).

Tomen por ejemplo a la gente que está reunida ahora mismo en este auditorio. Son pobres, todos nosotros somos pobres como individuos. Nuestro salario semanal individual no suma casi nada. Pero si toman colectivamente el salario de todos los que hay aquí podrán llenar un montón de sacos. Es un montón de dinero. Si pueden recoger nada más que los salarios de un año de la gente que está aquí ahora, se harán ricos: más que ricos. Cuando se miran así las cosas, piensen lo rico que tuvo que hacerse el tío Sam, no con este manojo de gente sino con millones de negros. Con los padres de ustedes y los míos, que no trabajaban en turnos de ocho horas, sino desde que, «no se veía» por la mañana hasta que «no se veía» por la noche, y que trabajaban por nada haciendo rico al blanco, haciendo rico al tío Sam.

Esa es nuestra inversión. Esa es nuestra contribución: nuestra sangre. No sólo dimos gratis nuestro trabajo: dimos nuestra sangre. Cada vez que había un llamado a las armas, éramos los negros los primeros en vestir el uniforme. Moríamos en todos los campos de batalla del blanco. Hemos hecho un sacrificio mayor que el de cualquier otro que viva actualmente en Estados Unidos. Hemos hecho una contribución mayor y hemos cobrado menos. Para aquellos de nosotros cuya filosofía es el nacionalismo negro, los derechos civiles quieren decir: «Dénnoslo ahora. No esperen el año que viene. Dénnoslo ayer y todavía no será bastante rápido.»

Podría hacer un alto aquí mismo para señalarles una cosa. Siempre que uno ande detrás de algo que le pertenezca, el que lo prive a uno del derecho a tenerlo es un criminal. Entiendan eso. Siempre que anden detrás de algo que sea de ustedes, están en su derecho legal de reclamarlo. Y el que por cualquier medio intente privarlos de lo que es de ustedes, está violando la ley, es un criminal. Y eso lo señaló la decisión de la Corte Suprema. Puso fuera de la ley la segregación. Y eso significa que la segregación va contra la ley. Y eso quiere decir que un segregacionista está violando la ley. Un segregacionista es un criminal. No se le puede aplicar ningún otro calificativo sino ése. Y cuando hacen una manifestación contra la segregación, la ley está de parte de ustedes. La Corte Suprema está de parte de ustedes.

Ahora bien, ¿quién es el que se opone a la aplicación de la ley? El propio departamento de policía. Con perros policías y

con garrotes. Siempre que ustedes estén manifestando contra la segregación, ya se trate de la enseñanza segregada, de la vivienda segregada o de cualquier otra cosa, la ley estará de parte suya, y el que se les ponga en el camino deja de ser la ley. Está violando la ley, no es representativo de la ley. Siempre que ustedes estén manifestando contra la segregación y un hombre tenga la osadía de echarles encima a un perro policía, maten a ese perro, mátenlo, les digo que maten a ese perro. Se lo digo aunque mañana me cueste la cárcel: *maten a ese perro*. Entonces le pondrán punto final a este asunto. Ahora, si estos blancos que están aquí no quieren ver esa clase de acción, que vayan y le digan al alcalde que le diga al departamento de policía que encierre a los perros. Eso es todo lo que tienen que hacer. Si no lo hacen ellos, lo hará otro.

Si ustedes no adoptan ese tipo de actitud, sus hijos crecerán y los mirarán y pensarán: «¡Qué vergüenza!» Si no adoptan una actitud tajante... No quiero decir con eso que vayan a salir y ponerse violentos; pero, al mismo tiempo, nunca deberían ser gente sin violencia, a menos que se hallaran ante una situación sin violencia. Yo no soy nada violento con los que no son nada violentos conmigo. Pero si alguien me echa encima esa violencia, entonces me hace perder la cabeza y ya no respondo de lo que haga. Y así es como deberían ponerse todos los negros. Siempre que sepan que están dentro de la ley, dentro de sus derechos morales, en conformidad con la justicia, entonces mueran por aquello en lo que ustedes creen. Pero no mueran solos. Que su muerte sea recíproca. Eso es lo que quiere decir igualdad. Lo que es bueno para ti, es bueno para mí.

Cuando empezamos a adentrarnos en este terreno necesitamos nuevos amigos, necesitamos nuevos aliados. Necesitamos ampliar la lucha por los derechos civiles llevándola a niveles más altos: al nivel de los derechos humanos. Mientras estén enfrascados en una lucha por derechos civiles, sépanlo, se estarán limitando a la jurisdicción del tío Sam. Nadie del mundo exterior puede manifestarse en favor de ustedes mientras su lucha sea una lucha por derechos civiles. Los derechos civiles son parte de los asuntos internos de este país. Ninguno de nuestros hermanos africanos ni de nuestros hermanos asiáticos ni de nuestros hermanos latinoamericanos puede abrir la

boca para interferir en los asuntos internos de Estados Unidos. Mientras se trate de derechos civiles, éstos caerán bajo jurisdicción del tío Sam.

Que el mundo sepa lo ensangrentadas que tiene las manos. Que el mundo sepa la hipocresía que se practica aquí. Que sea la bala o el voto. Que él sepa que tiene que ser la bala o el voto.

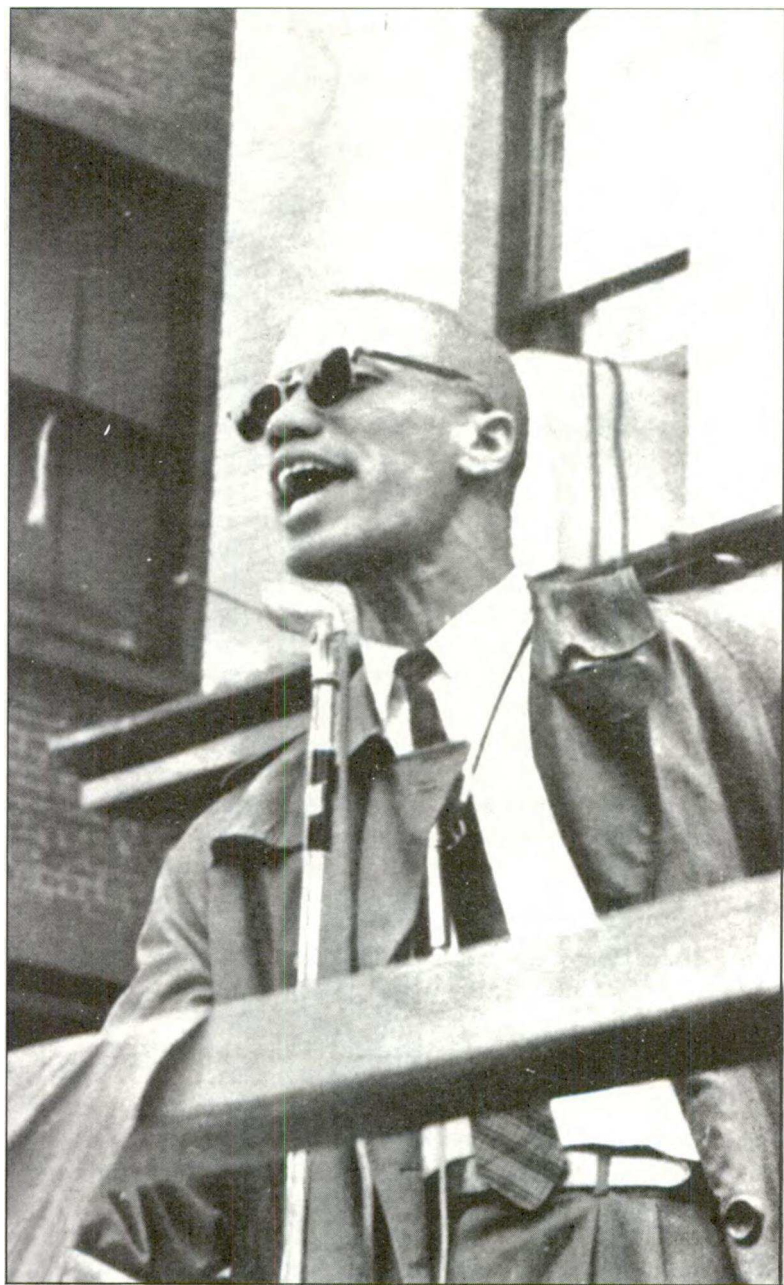
Cuando llevan su caso ante Washington, D. C., lo están llevando ante el criminal responsable; es como huir del lobo hacia la zorra. Todos ellos están encompadrados. Todos hacen trapacerías políticas y los hacen quedar a ustedes como unos zoquetes ante los ojos del mundo. Aquí están ustedes paseándose por Estados Unidos, preparándose para que los recluten y los manden fuera, como soldaditos de plomo, y cuando lleguen allá la gente les va a preguntar por qué luchan y ustedes tendrán que quedarse con la boca cerrada. No, lleven al tío Sam ante los tribunales, llévenlo ante el mundo.

Para mí el voto significa simplemente la libertad, ¿No saben ustedes —y en este punto no estoy de acuerdo con Lomax— que el voto es más importante que el dólar? ¿Que si puedo probarlo? Sí. Miren la ONU. Hay naciones pobres en la ONU; sin embargo, esas naciones pobres unen la potencia de sus votos y les impiden dar un paso a las naciones ricas. Tienen un voto por nación, todo el mundo tiene un voto igual. Y cuando esos hermanos de Asia y Africa y de las naciones más oscuras de esta tierra se unen, la potencia de sus votos basta para mantener a raya al tío Sam. O para mantener a raya a Rusia. O para mantener a raya a cualquier otra parte de esta tierra. De modo que el voto es de la mayor importancia.

Ahora mismo, en este país, si ustedes y yo, los veintidós millones de afronorteamericanos... Sí, eso es lo que somos: africanos que están en Norteamérica... Ustedes no son ni más ni menos que africanos. Ni más ni menos que africanos. Es más, que saldrían ganando con llamarse a sí mismos africanos en vez de negros. Los africanos no viven en un infierno. Ustedes son los únicos que viven en un infierno. Ellos no tienen que promulgar leyes de derechos civiles para los africanos. Un africano puede ir adonde le plazca en este mismo momen-

to. Todo lo que tienen que hacer ustedes es ponerse un trapo en la cabeza. Así mismo, y vayan adonde se les ocurra. Simplemente dejen de ser negros. Cámbiense el nombre por el de Hugagaguba. Eso les demostrará lo imbécil que es el blanco. Se las están viendo con un imbécil. Un amigo mío, que es bien oscuro, se puso un turbante en la cabeza y entró en un restaurante de Atlanta antes de que allí se dijeran desegregados. Entró en un restaurante para blancos, se sentó, lo atendieron y él preguntó: «¿Qué pasaría si aquí entrara un negro?». Y así estaba él sentado, más negro que la noche; pero como tenía la cabeza envuelta en aquel turbante, la camarera se volvió hacia él y le dijo: «Qué va, ningún *nigger* se atrevería a entrar aquí».

De manera que se las están viendo con un hombre cuyos prejuicios y predisposiciones le están haciendo perder el juicio, la inteligencia, cada día más. Está asustado. Mira a su alrededor y ve lo que está pasando en esta tierra, y ve que el péndulo del tiempo se inclina en dirección de ustedes. La gente de piel oscura está despertando. Le están perdiendo el miedo al blanco. No está ganando en ninguno de los lugares donde está peleando ahora. Dondequiera que está peleando lo hace contra hombres de nuestro color, de nuestra compleción. Y esos hombres lo están derrotando. Ya no puede seguir ganando. Ya ganó su última batalla. No pudo ganar la guerra de Corea. No la pudo ganar. Tuvo que firmar una tregua. Eso es una derrota. Siempre que al tío Sam, con toda su maquinaria bélica, lo obligan unos comedores de arroz a hacer una tregua, es que ha perdido la batalla. Tuvo que firmar la tregua. Se supone que Estados Unidos no firme tregua alguna. Se supone que Estados Unidos sea bravo. Pero ya no es bravo. Es bravo mientras puede usar su bomba de hidrógeno, pero no puede usar las suyas por temor de que Rusia use también las suyas. Rusia no puede usar las suyas, pues teme que el tío Sam también use las suyas. De manera que están los dos desarmados. No pueden usar el arma, pues el arma que cada uno de ellos tiene anula la del otro. Así que donde únicamente puede desarrollarse la acción es en tierra y el blanco ya no puede ganar otra guerra en la tierra. Aquellos días ya pasaron. El negro lo sabe, el moreno lo sabe, el cobrizo lo sabe, el amarillo lo sabe. Por eso le hacen frente en guerra de guerrillas. Ese no es el estilo de él. Hay que tener



coraje para ser guerrillero y él no tiene coraje. Se lo digo en este momento a ustedes.

Quiero decirles nada más algunas cosas sobre la guerra de guerrillas porque un día de éstos, un día de estos... Hay que tener coraje para ser guerrillero porque uno está solo. En la guerra convencional se tienen tanques y un montón más de gente con uno para respaldarlo, aviones que le vuelan a uno sobre la cabeza y toda clase de cosas de ese tipo. Pero una guerrilla está sola. Todo lo que uno tiene es un fusil, unas zapatillas y un plato de arroz; y eso es todo lo que se necesita, y mucho coraje. En algunas de esas islas del Pacífico donde estaban los japoneses, cuando desembarcaban los soldados norteamericanos, a veces un solo japonés podía impedir el avance de todo un ejército. Sencillamente, esperaba que el sol se pusiera y cuando el sol se ponía todos ellos resultaban iguales. Entonces empuñaba su cuchillo y se deslizaba de un arbusto a otro y de un norteamericano a otro. Y los soldados blancos no podían bregar con eso. Siempre que se topen con un soldado blanco que haya combatido en el Pacífico, lo verán en temblores, con los nervios alterados, porque allá lo asustaron mortalmente.

Lo mismo les pasó a los franceses en la Indochina francesa. Gentes que sólo unos años antes habían sido campesinos dedicados al cultivo del arroz, se unieron y sacaron de Indochina al altamente mecanizado ejército francés. No se necesitan los armamentos modernos: hoy no sirven esos armamentos. Son los días de la guerrilla. Lo mismo hicieron en Argelia. Los argelinos, que no eran más que beduinos, cogieron un fusil y se alzaron en las lomas y De Gaulle y todo su estupendo equipo bélico no pudieron derrotar a esas guerrillas. En ningún lugar de esta tierra logra ganar el hombre blanco cuando se enfrenta a una guerra de guerrillas. No es su vaina. Por lo mismo que la guerra de guerrillas está prevaleciendo en Asia y en algunas partes de Africa y en algunas partes de América Latina, tienen ustedes que ser muy ingenuos o desempeñar muy pobremente el papel de negros, si no piensan que un día habrá que despertar y darse cuenta de que habrá que escoger entre el voto y la bala.

Me gustaría decir, para terminar, unas cuantas palabras respecto a la Mezquita Musulmana, Inc., que establecimos recientemente en la ciudad de Nueva York. Es verdad que

somos musulmanes y que nuestra religión es la del Islam; pero no mezclamos nuestra religión con nuestra política ni con nuestra economía, como no la mezclamos con nuestras actividades sociales y civiles; ya no. Observamos nuestra religión en nuestra mezquita. Cuando terminan nuestros servicios religiosos, entonces nos metemos como musulmanes en la acción política, en la acción económica y en la acción social y civil. Nos unimos a cualquiera, en cualquier lugar, en cualquier momento y de cualquier manera, siempre que sea para eliminar los males políticos, económicos y sociales que afligen al pueblo de nuestra comunidad.

La filosofía política del nacionalismo negro consiste en que el negro controle la política y a los políticos de su propia comunidad; nada más. El negro de la comunidad negra tiene que ser reeducado en la ciencia de la política, para que sepa lo que la política deberá darle a cambio. No malgasten los votos. Un voto es como una bala. No tiren sus votos hasta que no vean un objetivo y si ese objetivo no está a su alcance, guárdense la boleta en el bolsillo. La filosofía política del nacionalismo negro se enseña en la iglesia cristiana. La están enseñando en la NAACP. La están enseñando en los mítines del CORE. La están enseñando en los mítines del SNCC [Comité Coordinador Estudiantil para la No Violencia]. La están enseñando en los mítines musulmanes. La están enseñando en lugares donde no se reúnen más que ateos y agnósticos. La están enseñando en todas partes. Los negros están hartos de la actitud evasiva, claudicante y de componendas que hemos estado empleando para obtener nuestra libertad. Queremos la libertad *ahora*, pero no la vamos a obtener diciendo «Nosotros lo vamos a superar». Tenemos que luchar hasta superar.

La filosofía económica del nacionalismo negro es pura y simple. Consiste sencillamente en que controlemos la economía de nuestra comunidad. ¿Por qué han de ser blancos los dueños de todas las tiendas existentes en nuestra comunidad? ¿Por qué han de ser blancos los dueños de los bancos existentes en nuestra comunidad? ¿Por qué ha de estar en manos del blanco la economía de nuestra comunidad? ¿Por qué? Si un negro no puede trasladar su tienda a una comunidad blanca, ustedes me dirán por qué un blanco ha de trasladar su tienda a una comunidad negra. La filosofía del nacionalismo negro

comprende un programa de reeducación de la comunidad negra en lo relativo a la economía. Hay que hacerle entender a nuestra gente que cada vez que alguien saca un dólar de su comunidad y lo gasta en una comunidad donde no vive, la comunidad donde vive se va empobreciendo más y más, mientras que la comunidad donde gasta su dinero se va haciendo más y más rica. Y después se preguntan por qué la comunidad donde ellos viven es siempre un ghetto y un barrio de mala muerte. Y otra cosa que nos afecta es que no sólo lo perdemos cuando lo gastamos fuera de la comunidad, sino que el blanco tiene en su poder todas las tiendas de la comunidad; de manera que, aunque lo gastemos dentro de la comunidad, a la caída del sol el dueño de la tienda se lo lleva a otra parte de la ciudad. Nos tiene atenazados.

Así pues, la filosofía económica del nacionalismo negro significa para todas las iglesias, para toda organización cívica, para toda orden fraternal, que ya es hora de que nuestra gente adquiera conciencia de lo importante que es controlar la economía de nuestra propia comunidad. Si nos hacemos dueños de las tiendas, si dirigimos los negocios, si tratamos de establecer algunas industrias en nuestra comunidad, estaremos progresando hacia una posición en que crearemos empleos para los nuestros. Una vez que uno logra el control de la economía en su propia comunidad, no hay necesidad de hacer piquetes y boicots ni de suplicarle un empleo en su negocio al blanco racista del sur del centro comercial de la ciudad.

La filosofía social del nacionalismo negro consiste simplemente en que tenemos que unirnos y suprimir los males, los vicios, el alcoholismo, la narcomanía y otros males que están destruyendo la fibra moral de nuestra comunidad. Tenemos que elevar nosotros mismos el nivel de nuestra comunidad, tenemos que hacer más alto el nivel de vida de nuestra comunidad, tenemos que hacer bella nuestra propia sociedad para sentirnos satisfechos en nuestros propios círculos sociales y no andar por ahí tratando de abrirnos paso hacia un círculo social donde no nos quieren.

Entonces digo que al predicar algo como el nacionalismo negro no nos proponemos hacer que el negro revalorice al blanco —ya ustedes lo conocen— sino que el negro se revalorice a sí mismo. No hagan cambiar de ideas al blanco; no se le

puede hacer cambiar de ideas, y todo ese asunto de apelar a la conciencia moral de Estados Unidos... La conciencia de Estados Unidos está en quiebra. Hace mucho tiempo que perdió toda conciencia. El tío Sam no tiene conciencia. Ellos no saben lo que es la moral. No tratan de eliminar el mal porque sea un mal ni porque sea ilegal ni tampoco porque sea inmoral; lo eliminan solamente cuando amenaza su existencia. De manera que están ustedes perdiendo el tiempo si apelan a la conciencia moral de un hombre en quiebra como el tío Sam. Si tuviera conciencia, arreglaría este asunto sin que se ejerciera sobre él mayor presión. Entonces no es necesario hacer cambiar de ideas al blanco. Tenemos que cambiar nosotros de ideas. No se le puede hacer cambiar sus ideas acerca de nosotros. Somos nosotros quienes hemos de cambiar las ideas que tenemos unos sobre otros. Tenemos que vernos unos a otros con nuevos ojos. Tenemos que vernos unos a otros como hermanos. Tenemos que juntarnos con calor a fin de que podamos desarrollar la unidad y la armonía necesarias para resolver nosotros mismos este problema. ¿Cómo podremos lograrlo? ¿Cómo podremos evitar los celos? ¿Cómo podremos evitar la desconfianza y las divisiones existentes en la comunidad? Ahora les voy a decir cómo. [...]

Nuestro evangelio es el nacionalismo negro. No intentamos amenazar la existencia de ninguna organización, pero divulgamos el evangelio del nacionalismo negro. Donde sea que haya una iglesia que también predique y practique el evangelio del nacionalismo negro, únete a esa iglesia. Si la NAACP predica y practica el evangelio del nacionalismo negro, únete a la NAACP. Si el CORE divulga y practica el evangelio del nacionalismo negro, únete al CORE. Unete a cualquier organización que tenga un evangelio que favorezca el avance del hombre negro. Y cuando entres y los veas vacilando o acomodándose, retírate porque eso no es nacionalismo negro. Encontraremos otra.

Y de esta forma, las organizaciones aumentarán en número y en cantidad y calidad y para agosto pensamos tener una convención nacionalista negra que se integrará de delegados de todo el país quienes se interesen en la filosofía del nacionalismo negro. Después que se reúnan estos delegados, celebraremos un seminario, realizaremos discusiones, escucharemos a todos. Queremos escuchar nuevas ideas y nuevas solu-

ciones y nuevas respuestas. Y en ese momento, si nos parece conveniente organizar un partido nacionalista negro, organizaremos un partido nacionalista negro. Si es necesario organizar un ejército nacionalista negro, organizaremos un ejército nacionalista negro. Será el voto o la bala. Será la libertad o será la muerte. [...]

(Cleveland, 3 de abril de 1964.)

Fragmentos

Islam

«Ustedes quieren saber por qué nosotros, los negros, nos acercamos al Islam. La religión que muchos de nuestros antepasados practicaban antes que fuéramos secuestrados y conducidos a este país por el hombre blanco norteamericano, era la religión del Islam. En los libros de texto del sistema educacional norteamericano se ha destruido esto, para tratar de aparentar que no éramos más que animales o salvajes antes que nos trajeran aquí, y aparentarlo, para ocultar los actos criminales que cometieron con nosotros a fin de rebajarnos al nivel de animales en que estamos hoy. Pero cuando uno vuelve atrás, se encuentra con que hubo grandes imperios musulmanes que se extendían hasta el Africa ecuatorial, el imperio de Mali, de Guinea. Todos estos lugares... su religión era el Islam.

Por eso, aquí en América, hoy día, cuando uno se encuentra con muchos de nosotros que estamos aceptando el Islam

como nuestra religión, lo único que estamos haciendo es regresando a la religión de nuestros antepasados. Además creemos que ésta es la religión que hará más que cualquier otra religión por reformarnos de nuestras debilidades, a las que nos hemos hecho adictos aquí en la sociedad occidental. Y en segundo lugar, podemos ver dónde el cristianismo nos ha fallado en un ciento por ciento. Nos enseñan a volver la otra mejilla, pero ellos no la vuelven.»

(Palm Gardens, Nueva York. El 8 de abril de 1964.)

Terrorismo

«[...] Si vamos a hablar de la brutalidad de la policía, es porque la brutalidad de la policía existe. ¿Por qué existe? Porque los nuestros, en esta sociedad específica, viven en un estado policíaco. Un negro, en Estados Unidos, vive en un estado policíaco. No vive en una democracia; vive en un estado policíaco. Eso es lo que es, eso es lo que es Harlem...

Visité el alcazaba de Casablanca y visité el de Argel, con unos hermanos, hermanos de sangre. Me llevaron allí y me mostraron el sufrimiento, me mostraron las condiciones en que tuvieron que vivir mientras estuvieron ocupados por los franceses... Me mostraron las condiciones en que tuvieron que vivir mientras estuvieron colonizados por esos hombres de Europa. Y también me mostraron lo que tuvieron que hacer para quitarse a esos hombres de encima. Lo primero que tuvieron que comprender fue que todos eran hermanos; la opresión los hacía hermanos; la explotación los hacía hermanos; la degradación los hacía hermanos; la discriminación los hacía hermanos; la segregación los hacía hermanos; la humillación los hacía hermanos.

Y una vez que comprendieron que eran hermanos de sangre también comprendieron lo que tenían que hacer para quitarse a aquel hombre de encima. Vivían en un estado policíaco; Argelia era un estado policíaco. Todo territorio

ocupado es un estado policíaco; y eso lo que es Harlem. Harlem es un estado policíaco. La policía, su presencia en Harlem, es como una fuerza de ocupación, como un ejército de ocupación. No está en Harlem para protegernos; no está en Harlem para cuidar de nuestro bienestar; está en Harlem para proteger los intereses de hombres de negocios que ni siquiera viven allí.

Las mismas condiciones que prevalecían en Argelia y que obligaron a ese pueblo, al noble pueblo de Argelia, a recurrir a las tácticas de tipo terrorista que fueron necesarias para sacudirse el yugo, esas mismas condiciones prevalecen actualmente en Estados Unidos en todas las comunidades negras.

Y yo no sería hombre si me parara aquí a decirles que los afronorteamericanos, los negros que viven en esas comunidades y en esas condiciones, están dispuestos y resueltos a permanecer sentaditos y sin violencia, buscando paciente y pacíficamente alguna buena voluntad que cambie las condiciones existentes. ¡No! [...]

Sólo me gustaría decir lo siguiente para terminar. Van a ver un terrorismo que los va a aterrar; y si creen que no lo van a ver, están tratando de cerrar los ojos ante el desarrollo histórico de todo lo que está pasando actualmente en este planeta. Van a ver otras cosas.

¿Por qué las van a ver? Porque la gente se dará cuenta de que es imposible que una gallina produzca un huevo de pato, aunque ambos pertenezcan a la misma familia de aves. Una gallina sencillamente no tiene un sistema con la capacidad de producir un huevo de pato. No lo puede hacer. Solamente puede producir de acuerdo con lo que ese sistema específico fue construido para producir. El sistema en este país no puede producir la libertad para un afronorteamericano. Le es imposible a este sistema, este sistema económico, este sistema político, este sistema social, este sistema, punto. Le es imposible a este sistema, así como está, producir la libertad ahora mismo para el negro en este país.

Y si alguna vez una gallina produjera un huevo de pato, ¡estoy bastante seguro de que ustedes dirían que realmente era una gallina revolucionaria!»

(Nueva York, 29 de mayo de 1964.)

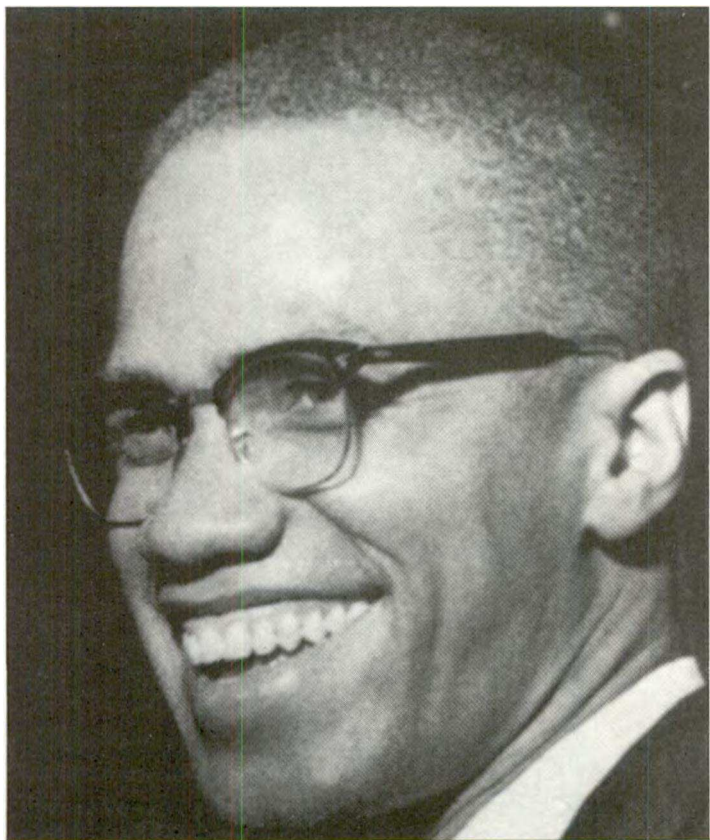
Manifestaciones

«Los días de manifestaciones de protesta se terminaron. Son anticuadas. Todo lo que hacen es meterlos a ustedes en la cárcel. Tienen que pagar para salir. Y aún así no han resuelto el problema. Vayan y averigüen cuánto han tenido que pagar los manifestantes durante los últimos cinco o seis años, en juicios, honorarios y fianzas. Y después averigüen lo que hemos ganado, y verán que estamos endeudados. Estamos en quiebra.

Además, una manifestación de protesta es un acto que es una reacción a lo que algún otro ha hecho. Y mientras se está participando en él, se está en manos de ese algún otro. Ustedes reaccionan contra lo que ellos han hecho. Y todo lo que ellos tienen que hacer para mantenerlos en su puño es continuar creando situaciones para que ustedes continúen reaccionando, para que se mantengan tan ocupados que nunca tengan oportunidad de sentarse a elaborar un programa constructivo propio que nos permita a ustedes y a mí lograr el progreso que tenemos que hacer.

Un ejemplo. Está bien que se haga una manifestación si va a dar resultados. Oh, sí. Pero una manifestación sólo para manifestar es una pérdida de tiempo. Si alguien toca a alguno de los nuestros y queremos ir donde está el culpable, todos vamos juntos. Pero no vamos sólo a caminar por la calle con un cartel. No, vamos a agarrar al que nos perjudicó... eso es una manifestación, eso es lo que se conoce como una acción positiva. Uno no va a caminar alrededor de alguien para hacerle saber que no está de acuerdo con lo que hizo. Para eso, pueden quedarse en la casa y hacerle saber que no les gusta lo que hizo. Si él tiene algún sentido común, sabe que a ustedes no les habrá de gustar lo que hizo. No, toda esa basura es anticuada.

El tipo de manifestación que ustedes y yo queremos y necesitamos es el que dé resultados positivos. No una manifestación de un día, sino una manifestación hasta el fin, el fin de cualquier cosa contra la que hayamos manifestado. Esa es una manifestación. No es decir que a ustedes no les gusta lo que hice e irse a caminar una hora frente a mi casa. No, están perdiendo vuestro tiempo. Me sentaré y dormiré hasta que



vuestra hora se haya terminado. Si vamos a manifestar, habrá de ser una manifestación sin limitaciones.

(Voz del público: «Cuanto antes, mejor.»)

Lo sé, cuanto antes mejor. Pero cuanto antes, mejor, *no*. Porque cuando el pueblo negro sea lo suficientemente independiente para aparecerse con el tipo de manifestación que es necesaria para obtener resultados, habrá sangre. Porque en una manifestación verdadera, el blanco va a resistir... sí, va a resistir. Por eso, si ustedes no están a favor de una acción total, no deberán participar en clase alguna de acción. Eso es todo lo que digo. Si por lo que ustedes manifiestan no vale la pena morir, no manifiesten. Vuestra manifestación es en vano.

Y cuando digo que no valga la pena morir por ello, no quiero decir morir de un solo lado. La muerte tiene que ser recíproca, mutua; algunos muertos por ambas partes. Si no vale eso, quédense en su casa.

Si puede costarle la vida y no estás dispuesto a quitar la vida, ¿Te das cuenta de lo que te estás haciendo a ti mismo? Entras en la guarida del león con las manos atadas. Si no vale la pena morir por ello, apártate de ello. Si puede costarte tu vida y, al mismo tiempo, no estás preparado psicológicamente para quitar la vida, mantente al margen. Apártate. Todo lo que harás es interponerte en el camino. Harás que alguien tenga que hacer algo innecesariamente. Irás y te matarán, y tu hermano tendrá que ir y arrancar la cabeza que arrancó tu cabeza.»

Precio de la libertad

«Tenemos que hacer ver al mundo que el problema que afrontamos es un problema para la humanidad. No es un problema negro; no es un problema norteamericano. Ustedes y yo tenemos que hacerlo un problema mundial, tenemos que hacer saber al mundo que no habrá paz en esta Tierra mientras en los Estados Unidos se violen nuestros derechos huma-

nos. Entonces el mundo tendrá que intervenir y ver que se respeten y reconozcan nuestros derechos humanos. Tenemos que crear una situación que haga estallar bien alto este mundo, a menos que nos escuchen cuando pedimos algún tipo de reconocimiento y respeto como seres humanos. Esto es todo lo que queremos... ser un ser humano. Si no podemos ser reconocidos y respetados como ser humano, tenemos que crear una situación en la que ningún ser humano disfrute de la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Si ustedes no están con eso, no están con la libertad. Significa que ni siquiera quieren ser un ser humano. No quieren pagar el precio que sea necesario. Y si no quieren pagar el precio, ni siquiera se les habrá de permitir que estén en torno a nosotros, otros humanos. Se quedarán en el campo de algodón, donde no se es un ser humano. Si no se está dispuesto a pagar el precio que sea necesario pagar por el reconocimiento y el respeto como ser humano, se es un animal que pertenece al campo de algodón al igual que un caballo y una vaca, o un pollo o una zarigüeya.

Hermanos, en realidad, el precio es la muerte. El precio para hacer que otros respeten vuestros derechos humanos es la muerte. Tienen que estar dispuestos a morir o tienen que estar dispuestos a quitarles la vida a otros. Esto es lo que el viejo Patrick Henry quiso decir cuando dijo libertad o muerte. La vida, la libertad, la búsqueda de la felicidad o mátenme. Trátenme como un hombre, o mátenme. Esto es lo que tienen que decir. Respétenme, o denme muerte. Pero cuando comiencen a darme muerte, ambos vamos a morir juntos. Eso es lo que tienen que decir.

Esto no es violencia. Esto es inteligencia. Tan pronto comienzas a pensar así, dicen que estás propugnando la violencia. No, estás propugnando la inteligencia. ¿No oyeron a Lyndon B. Johnson la semana pasada cuando dijo que irían a la guerra en un minuto para proteger la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad de ellos? ¿Dijeron ellos que LBJ era violento? No, dijeron que era un buen presidente. Bien, seamos ustedes y yo buenos presidentes.»

(En la segunda reunión de la Organización de Unidad Afronorteamericana, celebrada el 5 de julio de 1964 en el Audubon Hall de Harlem.)

Tío Sam

«Rogamos porque nuestros hermanos africanos no se hayan liberado del colonialismo europeo sólo para que ahora sean sometidos y controlados por el *dolarismo* norteamericano. No permitan que el racismo norteamericano sea «legalizado» por el dolarismo norteamericano.

Los Estados Unidos son peores que Africa del Sur, no sólo porque los Estados Unidos son racistas sino porque son falsos e hipócritas. Africa del Sur predica la segregación y practica la segregación. Ella, al menos, practica lo que predica. Los Estados Unidos predicen la integración y practican la segregación. Predican una cosa mientras practican otra.

Una última palabra, mis amados hermanos en esta cumbre africana:

«Nadie conoce mejor al amo que su criado.» Hemos sido criados en los Estados Unidos durante 300 años. Tenemos un conocimiento absoluto y real de este hombre que se llama a sí mismo «Tío Sam». Por tanto deben escuchar nuestra advertencia: No se libren del colonialismo europeo sólo para que el falso y «amistoso» dolarismo norteamericano los esclavice aún más.»

(Del llamamiento dirigido a los jefes de Estado durante la conferencia de la Organización de la Unidad Africana, celebrada en El Cairo en julio en 1964)

Reglas del juego

«Que nadie nos diga a ustedes y a mí que estamos en desventaja... ni siquiera quiero oír eso. Aquellos que piensan que ustedes están en desventaja, que lo olviden. Ustedes no están en desventaja. Únicamente se está en desventaja cuando se está asustado. Cuando uno se despoja de ese miedo no hay tal desventaja para uno. Porque cuando un hombre sabe que cuando comienza a meterse contigo tiene que matarte, ese hombre no va a meterse contigo. Pero si sabe que cuando

se mete contigo vas a retroceder y ser no violento y pacífico y respetable y responsable, ustedes y yo jamás saldremos de sus garras.

Hazle saber que eres pacífico, hazle saber que eres respetuoso y que lo respetas, y que acatas la ley, y que quieres ser un buen ciudadano, y todos esos buenos conceptos. Pero al mismo tiempo hazle saber que estás dispuesto a hacerle lo que él ha estado tratando de hacerte a ti. Y entonces siempre tendrás paz. Siempre la tendrás. Aprendan de la historia, aprendan de la historia.

Que nadie que nos oprima establezca las reglas del juego. No hacerle juego, no jugar el partido por sus reglas. Que sepan que éste es un nuevo partido, ya que tenemos algunas reglas nuevas, y estas reglas significan que aquí todo vale, *todo vale*. Hermanos, ¿están conmigo? Sé que están conmigo.»

(Discurso en el Audubon Hall, el 29 de noviembre de 1964.)

Extremismo

«No creo en forma alguna de extremismo injustificado, pero creo que cuando un hombre emplea el extremismo, cuando un ser humano emplea el extremismo, en defensa de la libertad de los seres humanos, no es una falta. Y cuando uno es moderado en la persecución de la justicia para los seres humanos, digo que es un pecador. Y pudiera añadir mi conclusión: en realidad los Estados Unidos son uno de los mejores ejemplos, cuando se lee su historia, acerca del extremismo. El viejo Patrick Henry dijo «libertad o muerte»... eso era extremista, muy extremista.

Leí una vez, de pasada, acerca de un hombre llamado Shakespeare... sólo leí acerca de él de pasada, pero recuerdo una cosa que escribió que me conmovió. La puso en boca de Hamlet, creo que era, quien dijo: «Ser o no ser.» El sentía duda sobre algo: «si era más noble para la mente sufrir las hondas y las flechas de una fortuna adversa» —moderación—, «o esgrimir las armas contra un mar de dificultades, y enfren-

tándolas darles término». Y yo estoy con eso. Si ustedes esgrimen las armas, lo terminarán. Pero si se sientan a esperar porque el que está en el poder determine que debe terminarlo, estarán esperando un tiempo largo.

Y en mi opinión la joven generación de blancos, negros, pardos, y todo lo demás, están viviendo en una época de extremismo, una época de revolución, una época en la que tiene que haber un cambio. La gente en el poder lo ha empleado mal, y ahora tiene que haber un cambio y tiene que construirse un mundo mejor, y la única forma en que va a construirse es con métodos extremos. Yo por lo menos me uniré con cualquiera, no me importa de qué color sea, mientras quiera cambiar esta condición miserable que existe en esta tierra.»

(Del debate en la Oxford Union Society, 3 de diciembre de 1964.)

Capitalismo

«Miren al continente africano actual, observen qué posición ocupa en esta tierra y se darán cuenta que hay una pelea entre Oriente y Occidente... Entre los países asiáticos, o bien son comunistas, o socialistas: no se encuentran, hoy día, muchos países capitalistas. Casi todo país que ha logrado su independencia, ha ideado algún tipo de sistema socialista, y esto no es accidental. Esta es otra de las razones por la que les digo que ustedes y yo, aquí en los Estados Unidos —que buscamos trabajo, que buscamos mejor vivienda, que buscamos una mejor educación— antes de comenzar a tratar que se nos incorpore, o integre, o desintegre, en este sistema capitalista, debemos mirar allí y averiguar cuáles son los pueblos que han conquistado su libertad optando por proveerse a sí mismos de mejor vivienda y mejor educación y mejor comida y mejor ropa.

Ninguno de ellos opta por el sistema capitalista porque se dan cuenta que no pueden. No se puede dirigir un sistema capitalista, a menos que se sea «buitresco»; para ser un capitalista hay que tener sangre de alguien que chupar. Muéstre-

me un capitalista, y les mostraré un vampiro. Si se trata de un capitalista, no puede ser más que un vampiro. Tiene que sacarla de cualquier lugar que no sea él mismo, y ahí es de donde la saca... de cualquier lugar o de cualquier otro que no sea él. Por eso, cuando miramos al continente africano, cuando miramos la pugna que hay entre Oriente y Occidente, nos encontramos que las naciones en Africa están desarrollando sistemas socialistas para resolver sus problemas.»

Votar

«Ustedes y yo necesitamos aprender cómo ser neutrales de manera positiva. Necesitamos aprender cómo ser no alineados. Si ustedes y yo estudiáramos la ciencia del no alineamiento, hallaríamos que hay más poder en el no alineamiento que en el alineamiento. En este país, es imposible para ustedes alinearse a ninguno de los dos partidos. Alinearse a uno de los dos partidos es un suicidio. Porque ambos partidos son criminales. Ambos partidos son responsables de la situación criminal que existe. Por eso ustedes no pueden alinearse a un partido.

Lo que pueden hacer es inscribirse como electores para que tengan poder, potencial político. Cuando ustedes inscriben vuestro potencial político, eso quiere decir que vuestra arma está cargada. Pero por lo mismo que está cargada, no tienen que disparar hasta que vean un blanco que les sea beneficioso. Si quieren un pato, no disparen cuando vean un oso; esperen hasta que vean un pato. Y si quieren un oso, no disparen cuando vean un pato; esperen a que vean un oso. Esperen hasta que vean lo que quieren... entonces ¡tomen puntería y disparen!

Lo que ellos hacen con ustedes y conmigo es decirnos: «Inscribanse y voten» No se inscriban y voten... ¡inscribanse! Eso es lo inteligente. No se inscriban y voten... pueden votar por un testafierro, pueden votar por un pillo, pueden votar por otro que quisiera explotarlos a ustedes. «Inscribirse» significa estar en posición de tomar una acción política en el momento, el lugar y la forma que nos sea beneficiosa a ustedes y a mí;

estar en posición de sacar ventaja de nuestra posición. Entonces estaremos en una posición en la que se nos respete y reconozca. Pero tan pronto se inscriban y quieran ser demócratas o republicanos, se estarán alineando. Una vez que estén alineados, no tendrán poder para discutir, ni nada por el estilo. Tenemos un programa, que vamos a lanzar, que comprenderá el mayor número de inscripciones de tantas de nuestras gentes como podamos. Pero se inscribirán como independientes. Y estar inscritos como independientes significa que podemos hacer lo que sea necesario, donde sea necesario y en el momento que sea necesario. ¿Comprenden?...»

Mau-Mau

«Como dije hoy –probablemente ustedes leerán mañana algo acerca de eso; ellos lo inflarán y lo tergiversarán– lo que necesitamos aquí en este país (y lo creo con todo mi corazón, con toda mi mente y con toda mi alma) es el mismo tipo de mau mau que tenían allá en Kenya. No se avergüencen jamás de los mau mau. No hay por qué avergonzarse de ellos. Hay que estar orgullosos de ellos. Esos hermanos eran combatientes por la libertad. No sólo hermanos, también había hermanas allí. Conocía a muchos de ellos. Son valientes. Te abrazan y te besan... se alegran de verte. De hecho, si estuvieran aquí, enderezarían este problema en un instante.

Una vez leí un cuento, y los mau mau lo hicieron realidad. Leí una vez un cuento en el que alguien le preguntaba a un grupo de personas cuántas de ellas querían la libertad. Todas levantaron las manos. Creo que había alrededor de 300. Entonces la persona dijo: «Bien, ¿cuántos de ustedes están dispuestos a matar a todo el que se interponga en vuestro camino hacia la libertad?» Unos cincuenta levantaron sus manos. Y él les dijo a esos cincuenta: «Párense aquí.» Quedaron sentadas 250 personas que querían la libertad, pero que no estaban dispuestas a matar por ella. Entonces se dirigió a los cincuenta y les dijo: «Ustedes quisieron la libertad y dijeron que matarían a todo el que se interpusiera en vuestro camino. ¿Ven esos 250? Primero los liquidan a ellos. Algunos

son vuestros propios hermanos y hermanas y madres y padres. Pero son los que se interponen en el camino de vuestra libertad. Temen hacer lo que sea necesario para alcanzarla y les impedirán a ustedes que lo hagan. Desháganse de ellos y la libertad vendrá naturalmente.»

Estoy con eso. Eso es lo que los mau mau aprendieron. Los mau mau se dieron cuenta que lo único que se interponía en el camino de la independencia del africano en Kenya, era otro africano. Por eso comenzaron a liquidarlos uno a uno, todos esos Toms. Uno tras otro, según iban encontrando otro tío Tom africano en el camino. Hoy son libres. El hombre blanco jamás participó... se apartó del camino. Eso es lo mismo que ocurrirá aquí. Tenemos demasiadas de nuestras propias gentes que se interponen en el camino. Son demasiado escrupulosas. Quieren que se les mire como respetables tíos Tom. Quieren que el hombre blanco los mire como gentes responsables. No quieren que él los clasifique como extremistas, o violentos, o irresponsables. Quieren esa buena imagen. Y nadie que busque una buena imagen, será libre jamás. No, esa clase de imagen no los pone en libertad. Ustedes tienen que tener una cosa en vuestras manos, y decir: «Miren, ustedes o yo.» Y les garantizo que entonces les dará la libertad. Dirá: «Este hombre está dispuesto a ello.» Les repito, una cosa en vuestras manos. No definiré lo que quiero decir con «una cosa en vuestras manos». No quiero decir un plátano.»

Cantar

«Nos sentimos honrados al tener con nosotros esta noche no sólo a un combatiente por la libertad, sino también algunos cantantes del programa de hoy... creo que todos están aquí. Les pedí que vinieran esta noche porque cantaron una canción que me conmovió. No soy de los que están con «We Shall Overcome». No creo, sencillamente, que vamos a vencer, cantando. Si van a conseguirse una 45 y comienzan a cantar «We Shall Overcome», estoy con ustedes. Pero no estoy con un canto que, al mismo tiempo, no les diga cómo conseguir algo para usarlo cuando se termina de cantar. Me doy cuenta

que estoy diciendo algunas cosas que ustedes piensan pueden meterme en líos, pero, hermanos, si yo nací en medio del lío. Ni siquiera me preocupa el lío. Me interesa una sola cosa: la libertad... por todos los medios que sean necesarios.»

Del mitin de la Organización de Unidad Afronorteamericana del 20 de diciembre de 1964.)

No violencia

«La experiencia que tengo es que, en muchas ocasiones, cuando se encuentran negros que hablan de no violencia, no son no violentos unos con otros, no se aman unos a otros, ni se perdonan unos a otros. Por lo general cuando dicen que son no violentos, quieren decir que son no violentos con otra gente. Creo que comprenden lo que quiero decir. Son no violentos con el enemigo. Una persona puede llegar a tu casa, y si es blanco y quiere hacerte objeto de un montón de brutalidades, tú eres no violento; o puede llegar a coger a tu padre y ponerle una soga alrededor de su cuello, y tú eres no violento. Pero si otro negro nada más que lo pisa, en un segundo te enredarás con él. Lo que les demuestra que ahí hay una contradicción.

Yo mismo estaría con la no violencia si ésta fuera estable, si todo el mundo fuera a ser no violento todo el tiempo. Diría, está bien, estemos con ella, todos seremos no violentos. Pero no transigiré con clase alguna de violencia, a menos que todo el mundo vaya a ser no violento. Si hacen no violento al Ku Klux Klan, yo seré no violento. Si hacen no violento al Consejo de Ciudadanos Blancos, seré no violento. Pero mientras haya otro que no vaya a ser no violento, no quiero que alguien me venga a hablar de no violencia. No creo que sea justo decirle a nuestra gente que sea no violenta, a menos que alguien esté allá afuera haciendo que el Klan y el Consejo de Ciudadanos y esos otros grupos sean no violentos.

Ahora bien, no estoy criticando aquí a aquellos que son no violentos. Creo que cada quien debe hacerlo en la forma que considere mejor, y felicito a todo el que pueda ser no violento ante toda esa clase de actuación en esa parte del mundo. No

creo que en 1965 encuentren ustedes en la generación que surge de nuestro pueblo, especialmente aquellos que han estado pensando un poco, quien transija con forma alguna de no violencia, a menos que la no violencia sea practicada cabalmente.

Si los líderes del movimiento de la no violencia pueden entrar en la comunidad blanca y predicar la no violencia, bien. Transigiría con eso. Pero mientras los vea predicando la no violencia sólo en la comunidad negra, no podemos transigir con eso. Creemos en la igualdad, y la igualdad significa que tienes que hacer aquí lo mismo que haces allí. Y si sólo los negros van a ser los únicos no violentos, entonces no es justo. Nos quedaríamos sin guardia. En realidad, nos desarmaríamos y nos haríamos indefensos.»

(De las palabras pronunciadas el 31 de diciembre de 1964 en el hotel Theresa.)

Racismo negro

«Habitualmente el racista blanco ha creado al racista negro. En la mayor parte de casos en que halléis el racismo negro, éste constituye una reacción contra el racismo blanco, y si lo analizáis detenidamente, podéis constatar que esto no es realmente racismo negro. Creo que jamás pueblo alguno ha presentado tan poca tendencia al racismo como los negros...

A mi entender, responder con violencia al racismo blanco, no constituye racismo negro. Si venís a ponerme una soga al cuello y sucede que yo os cuelgo por tal motivo, no es racismo. Vuestra actitud es racista, pero mi reacción nada tiene que ver con el racismo; es la reacción de un ser humano que procura defenderse y protegerse. Cosa que los nuestros no han hecho y que algunos de ellos, al menos a nivel universitario, rehuyen hacer. Pero la mayoría no se encuentra en este nivel...»

«...Estaba hablando con el embajador de los EE.UU. en un país de África. Cuando le encontré, empezó diciéndome: «A mi entender, usted es un racista», etc. etc. Yo sentía respeto

por él, pues decía lo que pensaba; una vez le hube expuesto mi posición, mis convicciones... me confesó: «Mientras estoy en Africa trato a las gentes como seres humanos. Resulta curioso, pero no reparo en el color. Soy más consciente de las diferencias lingüísticas que de una diferencia de color: es, sencillamente, que la atmósfera es humana. Pero, en cuanto regreso a los EE.UU. y me dirijo a un no-blanco, tengo conciencia de ello, tengo conciencia de mí mismo y de las diferencias de color».

Le respondí: «Consciente o no, lo que usted me dice demuestra que el racismo no es un elemento fundamental de su personalidad, sino que la sociedad americana, que usted con todos los demás ha contribuido a crear, le convierte en un racista». Es cierto, se trata de la peor sociedad racista del mundo. No existe otro país donde la sociedad transforme más rápidamente a sus habitantes —blancos o negros— en racistas que en éste que se hace pasar por una democracia. En este país, la atmósfera social, política y económica crea una atmósfera psicológica tal que hace casi imposible, si no habéis perdido el *buen sentido* que podáis salir en compañía de un *blanco* sin sentir rubor y sin que también el blanco lo sienta. Es casi imposible, y sentís aflorar esta tendencia racista. Pero es que está unida a la sociedad.»

(Diciembre 1964.)

Jesús

«Siempre se ha venido diciendo que yo era anti-blanco. Yo estoy con quien esté en favor de la libertad. Estoy con quien esté en favor de la justicia. Estoy con quien esté en favor de la igualdad. No estoy con quien me dice que ofrezca la otra mejilla cuando un racista me rompe la mandíbula. No estoy con quien dice a los negros que sean no-violentos, mientras que nadie se lo dice a los blancos. Sé que me hallo en una iglesia y que, seguramente, no debería expresarme en estos

términos. Pero el mismo Jesús estaba dispuesto a desbarolar la sinagoga cuando las cosas no marchaban como debían. En el libro del Apocalipsis, es cierto, se presenta a Jesús a caballo y blandiendo la espada, preparándose para pasar a la acción. No obstante, ni a vosotros ni a mí nos hablan de este Jesús. No nos hablan más que del Jesús pacífico. Nunca nos dejan leer el libro hasta la última página. Solamente nos dejan leer los fragmentos donde todo se hace de manera... no-violenta. Leed, pues, el libro completo, y cuando lleguéis al Apocalipsis veréis como el propio Jesús acabó por perder la paciencia. Una vez agotada la paciencia, volvió a dejarlo todo en orden. Tomó la espada.»

(Diciembre 1964.)

Autodefensa

«Mientras los negros sienten miedo, el Klan está seguro. No obstante, el Klan por sí mismo es débil. Nunca os atacan uno contra uno. Van todos contra uno. Os tienen miedo. Y mientras os están poniendo la soga al cuello, permanecéis inmóviles, diciendo: «Perdónales, Señor, porque no saben lo que hacen.» Con el tiempo que llevan practicándolo saben muy bien lo que hacen, se han convertido en verdaderos maestros. ¡No! Ya que el gobierno ha demostrado que su intervención se limitará a palabras, nuestro deber de hombres, de seres humanos, nuestro deber para con los nuestros, es organizarnos y hacer saber al gobierno que si él no pone término a las actividades del Klan, nosotros mismos lo haremos. Veréis como entonces el gobierno busca remedio a la situación. Mas no penséis que actuará por ningún impulso moral. No es eso. Yo no creo en la violencia, por eso quiero acabar con ella. No conseguiréis ponerle fin mediante el amor, el amor de las cosas que ocurren aquí. ¡No! Todo cuanto pedimos es una vigorosa acción autodefensiva que nos sentimos en derecho de suscitar por no importa qué medio»

(Febrero 1965.)

Aliados

«Tenemos que buscar algunos métodos nuevos, una nueva evaluación de la situación, algunos métodos nuevos para atacarlo o resolverlo, y una nueva dirección, y nuevos aliados. Necesitamos aliados que nos ayuden a lograr la victoria, no aliados que nos digan que seamos no violentos. Si un blanco quiere ser aliado nuestro, ¿qué piensa él de John Brown? ¿Saben ustedes lo que hizo John Brown? Se fue a la guerra. Fue un blanco que marchó a la guerra contra los blancos para ayudar a libertar a los esclavos. El no era no violento. Los blancos dicen que John Brown era un chiflado. Lean la historia, lean todo lo que dicen acerca de John Brown. Tratan de hacerlo parecer como si hubiera sido un chiflado, un fanático. De eso hicieron una película; una noche yo la vi en el cine. Tendría miedo acercarme a John Brown si éste pudiera oír lo que otros blancos dicen de él.

Pero lo representan con esta imagen porque estaba dispuesto a derramar sangre por liberar a los esclavos. Y cualquier hombre blanco que esté presto y dispuesto a derramar sangre por la libertad de ustedes... para los otros blancos, es un chiflado. Mientras quiera aparecerse con alguna acción no violenta, lo aceptan, él es liberal, un liberal no violento, un liberal que ama a todos. Pero cuando llega el momento de hacer, para la libertad de ustedes y la mía, el mismo aporte que a ellos les fue necesario hacer para su propia libertad, entonces se vuelven atrás. Por eso, cuando quieran conocer los blancos buenos en la historia, en lo que respecta a los negros, léanse la historia de John Brown. Ese fue lo que yo llamo un liberal blanco. Pero los de la otra clase, éstos están dudosos.

De manera que si en este país necesitamos aliados blancos, no necesitamos de los que nos exhortan a que seamos corteses, responsables, ustedes saben. No necesitamos de los que nos dan esa clase de consejos. No necesitamos de los que nos dicen cómo ser pacientes. No, si necesitamos algunos aliados blancos, necesitamos de los de la clase de John Brown, o no los necesitamos.»

(5 de julio de 1964)

Lucha común, dirección negra

«Hay en la comunidad blancos que desean sinceramente ayudarnos. ¿Pero cómo pueden ayudarnos? ¿Cómo puede un blanco ayudar a los negros a resolver su problema? ¿Cómo pueden ayudarnos? Para empezar, no podéis resolverlo por ellos. Podéis ayudarles a solucionarlo, pero no podéis ahora resolverlo en su lugar...

Los blancos que desean ayudarnos no pueden hacerlo si se introducen en la lucha mediante la ocupación de cargos directivos, como hasta hoy han intentado hacer. Si realmente desean la libertad de los negros de este país, que no nos den andadores. Es preciso enseñar a los negros cómo liberarse y los blancos sinceros deben apoyar todas las decisiones tomadas por el grupo negro.»

(Abril 1964).

«Los blancos sinceros no nos ayudan en nada cuando se introducen en las organizaciones negras y las transforman en organizaciones integradas. Deberían organizarse entre los blancos y encontrar una estrategia que les permita hacer desaparecer el prejuicio existente en el seno de las comunidades blancas. Así, en el interior de la propia comunidad blanca, pueden realizar la acción más inteligente y eficaz; y, sin embargo, es lo que nunca han hecho...»

(Enero 1965)

El Poder Negro

«... 1964 no ha sido el año de la promesa de que nos hablaban en enero. La sangre se ha derramado por las calles de Harlem, de Filadelfia, de Rochester, de otras ciudades de New-Jersey y de otros Estados. En 1965 correrá aún más, por encima de lo que jamás hayáis imaginado; pero lo mismo ocurrirá en los barrios del centro. ¿Y por qué? ¿Por qué esta sangre? ¿Acaso se han eliminado las causas que la hicieron

brotar en 1964? ¿Y las de 1963? No, han venido subsistiendo hasta hoy...

En 1965 —creedlo— los negros no se dejarán maniobrar por dirigentes estilo *Tío Tom*; no serán arrinconados, retenidos en la plantación por estos capataces, acurrucados nuevamente en el corral no serán contenidos...

La frustración de aquellos representantes de Mississippi al llegar recientemente a Washington imaginando que la Gran Sociedad les acogería, y sentir cómo les daban con las puertas en sus narices, es algo que hace pensar.

Estos les ha hecho comprender quien es su adversario. Ha sido una frustración semejante a la que dio origen al movimiento Mau-Mau; se dieron cuenta de que *era necesario un poder para dirigirse al poder*. Para ser respetado por el poder, es preciso un poder...

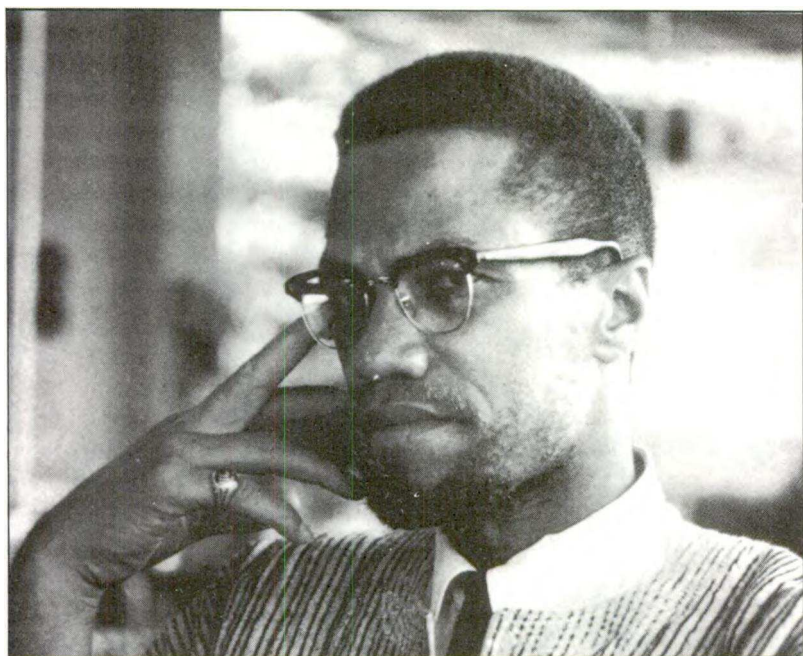
El poder no da nunca un paso atrás, a no ser que se encuentre ante un poder superior. El poder no retrocede ante una sonrisa, ante una advertencia o ante una acción no-violenta basada en el amor. No se encuentra en su naturaleza retroceder ante nada, salvo ante un poder superior. Esto es lo que han comprendido los habitantes del Sudeste asiático, del Congo, de Cuba y de otros lugares del mundo. El poder sólo reconoce al poder: quienes comprendieron esto, triunfaron.»

(Enero 1965).

Lenguaje

«...Nunca nos comunicaremos si nosotros hablamos un idioma y él otro. Nos dedica el lenguaje de la violencia, mientras nosotros nos desgañitamos en pobres razonamientos pusilánimes, imaginando que va a entendernos. Aprendamos a hablar su lenguaje. Si se expresa con un fusil, hablemosle de fusiles. Sí, digo esto: si no comprende otro idioma que el del fusil, tomad un fusil, si no comprende más que el idioma de las sogas, tomad una soga. Si realmente queréis establecer una comunicación real, no perdáis el tiempo hablándole en una lengua que no entiende. Hablad su lengua.»

(Diciembre 1964).



Prensa

«El FBI puede comunicar a la prensa informaciones tales que den a entender a vuestros vecinos que sois elementos subversivos. El FBI conoce el paño, lo hace muy hábilmente, maniobra en la prensa de toda la nación, como la CIA hace en el resto del planeta. Todo su juego sucio lo apoyan en la prensa... Si bajo la opresión de las injusticias que os abruma, estalláis con razón, utilizan la prensa para presentaros como unos vándalos... Son maestros en el arte de fabricar clichés.

No quiero decir con ello que condene a todos los blancos sin excepción. No todos son opresores. Ni todos están en condiciones de serlo. Pero gran parte de ellos pueden y lo hacen. La prensa conoce tanto el oficio de crear reputaciones que puede hacer pasar al asesino por víctima y a la víctima por asesino. Esa es la función de la prensa, de esta prensa irresponsable; hacer pasar al asesino por víctima y a la víctima por asesino. Si no andáis prevenidos, los periódicos os llevarán a odiar a los oprimidos y amar a los opresores.»

(Diciembre 1964).

Socialismo

«Todos los países que actualmente emergen de entre las garras del colonialismo se están volviendo hacia el socialismo. No creo que eso sea accidental. La mayor parte de los países que eran potencias coloniales eran países capitalistas y el último baluarte del capitalismo es actualmente Estados Unidos. Es imposible que una persona blanca crea en el capitalismo y no crea en el racismo. No se puede tener capitalismo sin racismo. Y si encuentran a alguno y logran llevarlo a sostener una conversación y ese individuo expresa una filosofía que asegura no dar cabida al racismo en sus lineamientos, generalmente se trata de un socialista o de alguien cuya filosofía política es la del socialismo.»

(Nueva York, 29 de mayo de 1964)

Mujer

«Una cosa de la que me di cuenta en mis viajes recientes por Africa y el Medio Oriente, en cada país que uno visita, es que por lo normal el grado de progreso no puede ser separado del papel de la mujer. Si tú estás en un país progresista, la mujer es progresista. Si tú estás en un país que refleja conciencia hacia la importancia de la educación, es porque la mujer está consciente de la importancia de la educación. Pero en todo país atrasado encontrarás que la mujer está atrasada, y en cada país que no pone énfasis en la educación encontrarás que es porque a la mujer no se le educa. Así que una de las cosas de la que me convencí totalmente en mis viajes recientes es la importancia de darle la libertad a la mujer, darle educación, y darle incentivos para que salga y transmita ese mismo espíritu y entendimiento a sus niños. Y, para ser sincero, yo estoy orgulloso de los aportes que nuestras mujeres han hecho en la lucha por la libertad y soy una persona que está a favor de darles todo el margen posible porque han hecho aportes más grandes que muchos hombres.

(París, noviembre de 1964)

Sistema

«No es un presidente el que puede ayudar o perjudicar; es el sistema. Y este sistema no está rigiendo únicamente en Estados Unidos, sino en todo el mundo. En nuestros días, cuando un hombre se postula para presidente de Estados Unidos no se está postulando únicamente para presidente de Estados Unidos; tiene que resultar aceptable para otras regiones del mundo donde impera la influencia norteamericana.

Si Johnson se hubiera postulado él solo, no habría sido aceptable para nadie. Lo único que lo hacía aceptable para el mundo era que los astutos capitalistas, los astutos imperialistas, sabían que la única manera de hacer que la gente corriera hacia la zorra era mostrarles un lobo. Por eso crearon una lúgubre alternativa. Y lograron que el mundo entero –in-

cluyendo a gente que se dice marxista— deseara que Johnson derrotase a Goldwater.

Esto es lo que tengo que decirles: los que se proclaman enemigos del sistema estaban de rodillas rogando al cielo que eligieran a Johnson, porque se supone que él era un hombre de paz. ¡Y *en aquel momento* tenía tropas invadiendo el Congo y Viet Nam del Sur! Hasta tenía tropas en regiones de las que se han retirado ya otros imperialistas. ¡Cuerpos de Paz a Nigeria, mercenarios al Congo!»

(París, 23 de noviembre de 1964)

Cuba

«A un revolucionario yo lo quiero. Y uno de los hombres más revolucionarios que está en estos momentos en este país iba a venir junto con nuestro amigo Sheik Babu, pero lo pensó mejor. No obstante, nos envió de todos modos su mensaje. Dice así:

«Queridos hermanos y hermanas de Harlem: Me habría gustado estar junto a ustedes y con el hermano Babu, pero las condiciones actuales no son buenas para esa reunión. Reciban los calurosos saludos del pueblo cubano y especialmente los de Fidel, quien recuerda con entusiasmo su visita a Harlem hace pocos años. Unidos venceremos.»

Este mensaje es del Che Guevara.

Me siento feliz de oír los aplausos calurosos con que responden, porque le hacen saber a ese otro hombre, al blanco, que él no se encuentra actualmente en posición de decirnos a quién debemos aplaudir y a quién no debemos aplaudir. Y aquí no se ve a ningún cubano anticastrista: nos lo comeríamos vivo.»

(Nueva York, 13 de diciembre de 1964)

Medios

«El señor pregunta si creo en la acción política, en primer lugar. Y que si los grupos de izquierda se unieran y me postularan para alcalde, si yo aceptaría. Sí, creo en la acción política. En cualquier tipo de acción política. Creo en la acción y punto. En cualquier clase de acción que sea necesaria. Cuando ustedes me oigan decir «con los medios que sean necesarios», eso es exactamente lo que quiero decir. Creo en todo lo que sea necesario para corregir las condiciones injustas: ya sea político, económico, social, físico, todo lo que sea necesario. Creo en ello siempre que esté dirigido inteligentemente y se proponga obtener resultados.»

(7 de enero de 1965)

Internacionalismo

«Y ése es un buen ejemplo de por qué hay que internacionalizar nuestro problema. Ahora las naciones africanas están manifestándose y vinculando el problema del racismo en Mississippi con el problema del racismo en el Congo y también con el problema del racismo en Viet Nam del Sur. Todo eso es racismo. Todo eso es parte del vicioso sistema racista que han utilizado las potencias occidentales para seguir degradando y explotando y oprimiendo a los pueblos de Africa, de Asia y de América Latina durante los últimos siglos.

Y si esos pueblos de esas diferentes regiones empiezan a ver que el problema es el mismo problema, y si los veintidós millones de norteamericanos negros vemos que nuestro problema es igual que el problema de los pueblos que están siendo oprimidos en Viet Nam del Sur y en el Congo y en América Latina, entonces —pues los oprimidos de la tierra constituyen una mayoría y no una minoría—, entonces afrontamos nuestros problemas como una mayoría que puede exigir y no como una minoría que tiene que suplicar.»

(Nueva York, 28 de enero de 1965)



Ultimas palabras

Discurso de Malcolm del 16 de febrero de 1965, cinco días antes de su asesinato

Primero, hermanos y hermanas, quiero comenzar agradeciéndoles por haberse tomado la molestia de venir aquí esta noche y en especial por la invitación que me hicieron para que viniera a Rochester y participara esta noche en este pequeño diálogo informal sobre temas que son de común interés a todos los elementos en la comunidad, a la totalidad de la comunidad de Rochester. La razón de mi presencia es para discutir sobre la revolución negra que está aconteciendo, que se está llevando a cabo en el globo, de la forma que se está desarrollando en el continente africano, y del impacto que está teniendo hoy día en las comunidades negras, no sólo aquí en Estados Unidos sin también en Inglaterra y en Francia, y en otras antiguas potencias coloniales.

Probablemente muchos de ustedes leyeron la semana pasada que intenté viajar a París y que me lo impidieron. Y París no le niega la entrada a nadie. Como ustedes saben, se supone que cualquiera puede ir a Francia, se supone que es un lugar muy liberal. Hoy, sin embargo, Francia está teniendo problemas a los que no se les ha dado mucha publicidad. Y también Inglaterra está teniendo problemas a los que tampoco se les ha dado mucha publicidad, porque han sido los problemas de Estados Unidos los que han recibido tanta publicidad. Pero ahora estos tres socios, o aliados, tienen problemas comunes sobre los que el negro americano, o afroamericano, no está muy al tanto.

Y para que ustedes y yo comprendamos la naturaleza de la lucha en la que estamos envueltos, tenemos que conocer no sólo los distintos ingredientes que se mezclan a nivel local y a nivel nacional, sino también los ingredientes que se mezclan a un nivel internacional. Y los problemas del hombre negro en este país han dejado de ser simplemente un problema del negro americano o un problema americano. Se ha convertido un problema tan complejo, y con tantas ramificaciones, que uno tiene que estudiarlo en su mundo total, dentro del contexto mundial o en su contexto internacional, para poder ver de lo que realmente se trata. De lo contrario, ni siquiera se pueden entender los temas locales, a menos que se sepa el papel que desempeñan dentro del contexto internacional. Y cuando se examina en ese contexto, se ve de una forma distinta, pero se ve con una mayor claridad. [...]

Como muchos de ustedes saben, dejé el movimiento musulmán negro y durante los meses del verano, pasé cinco de esos meses en el Oriente Medio y en el continente africano. Durante este tiempo visité muchos países, el primero de ellos fue Egipto, y luego Arabia, después Kuwait, Líbano, Sudán, Kenia, Etiopía, Zanzíbar, Tanganica —que hoy es Tanzania—, Nigeria, Ghana, Guinea, Liberia, Argelia. Y en los cinco meses que estuve alejado tuve la oportunidad de sostener largas conversaciones con el presidente Nasser en Egipto, el presidente Julius Nyerere en Tanzania, Jomo Kenyatta en Kenia, Milton Obote en Uganda, Azikiwe en Nigeria, Nkrumah en Ghana y Sekú Turé en Guinea.

Y durante las conversaciones con estos hombres, y con otros africanos en aquel continente, intercambiamos mucha

información que claramente amplió mi entendimiento, y que siento que me amplió el panorama. Puesto que desde mi regreso, no he tenido ningún deseo de enredarme en ninguna discusión sin importancia basada en hechos que tienden a ser confusos y que no conducen a nada, con ningún cabeza de chorlito o persona de mente estrecha sólo porque pertenezcan a alguna organización, mientras que se tienen problemas tan complejos como los nuestros y que se están tratando de resolver.

Entonces yo no vine aquí a hablar acerca de ninguno de estos movimientos que están en pugna entre sí. He venido a hablar del problema que todos tenemos ante nosotros. Y a hacerlo de una manera muy informal. Nunca me ha gustado apegarme a un método o a procedimientos formales cuando hablo ante un público, porque me doy cuenta que, usualmente, la conversación que sostengo gira en torno a la raza, o a cuestiones raciales, lo que no es por culpa mía. No fui yo quien creó el problema racial. Y ustedes saben que yo no vine a Estados Unidos en el *Mayflower* ni tampoco por voluntad propia. A nuestro pueblo se le trajo aquí involuntariamente, contra nuestra voluntad. Por eso, si planteamos el problema ahora, no deberían de culparnos por estar aquí. Ellos fueron quienes nos trajeron. [...]

Para aclarar mi posición, como lo hice hoy temprano en Colgate, soy un musulmán, lo que únicamente quiere decir que mi religión es el Islam. Creo en Dios, el Ser Supremo, el creador del universo. Esta es una forma sencilla de religión, fácil de comprender. Creo en un Dios, y creo que ese Dios tuvo una religión, tiene una religión, y siempre tendrá una religión. Y que ese Dios le enseñó a todos los profetas la misma religión, por lo tanto no es cuestión de debatir quién haya sido el más grande o el mejor: Moisés, Jesucristo, Mahoma, o alguno de los otros. Todos ellos fueron profetas que vinieron de un Dios. Ellos tenían una doctrina, y esa doctrina fue diseñada para darle claridad a la humanidad, para que toda la humanidad viera que era uno solo y así tener un cierto tipo de hermandad que sería practicada aquí en la tierra. Eso es lo que creo.

Creo en la hermandad del hombre. Sin embargo, a pesar del hecho que creo en la hermandad del hombre, tengo que ser realista y entender que aquí en Estados Unidos nos encon-

tramos en una sociedad que no practica la hermandad. No practica lo que predica. Predica la hermandad, pero no practica la hermandad. Y ya que esta sociedad no practica la hermandad, aquellos de nosotros que somos musulmanes —los que nos separamos del movimiento musulmán negro y nos reagrupamos como musulmanes en base al Islam ortodoxo— creemos en la hermandad del Islam.

Pero también nos damos cuenta que el problema que afecta al pueblo negro en este país es tan complejo y tan enredado y ha existido por tanto tiempo, sin resolver, que es absolutamente necesario para nosotros formar otra organización. Y eso fue lo que hicimos, la cual es una organización no religiosa que se conoce como la Organización de la Unidad Afro-Norteamericana, y que está estructurada organizativamente de manera que permite la participación activa de todo afro-norteamericano, cualquier negro norteamericano, en un programa cuyo fin es eliminar los males políticos, económicos y sociales que nuestra gente enfrenta en esta sociedad. Y tenemos esa estructura porque nos damos cuenta que tenemos que luchar contra los males de una sociedad que no logró producir la hermandad para todos los miembros de dicha sociedad. Esto de ninguna manera significa que somos anti-blancos, antiazules, antiverdes o antiamarillos. Somos anti-mal. Somos antidiscriminación. Somos antisegregación. Estamos en contra de todo el que practique cualquier forma de segregación o discriminación contra nosotros porque da la casualidad de que no somos de un color que les resulte aceptable...

No juzgamos al hombre por el color de su piel. No te juzgamos por ser blanco; no te juzgamos por ser negro; no te juzgamos por ser moreno. Te juzgamos por lo que haces y por lo que practicas. Y mientras practiques la maldad, estaremos en tu contra. Y para nosotros, la principal, la forma más grande de maldad es la maldad que se basa en juzgar a un hombre debido al color de su piel. Y creo que nadie aquí puede negar que estamos viviendo en una sociedad que simplemente no juzga a un hombre en base a su talento, según sus habilidades, según sus posibilidades, historial o falta de historial académico. Esta sociedad juzga al hombre exclusivamente en base al color de su piel. Si eres blanco, puedes salir



adelante, y si eres negro, tienes que arreglártelas a cada paso, y aún así no sales adelante.

Estamos viviendo en una sociedad que en gran medida está controlada por gente que cree en la segregación. Vivimos en una sociedad que en gran medida está controlada por gente que cree en el racismo, y practica la segregación, la discriminación y el racismo. Y digo que está controlada, no por los blancos de buena voluntad, sino controlada por los segregacionistas, por los racistas. Y esto se puede ver a través del curso que esta sociedad persigue por todo el mundo. En estos instantes en Asia el ejército norteamericano está dejando caer bombas sobre gente de piel oscura.

Es racismo. Es el racismo que Estados Unidos practica. El racismo que implica una guerra contra las personas de piel oscura en Asia, otra forma de racismo es la que hay detrás de una guerra contra las personas de piel oscura en el Congo ... es lo mismo que hay detrás de una guerra contra las personas de piel oscura en Misisipí, Alabama, Georgia, y Rochester, Nueva York.

Entonces no estamos contra alguien porque sea blanco. Sino que estamos en contra de aquellos que practican el racismo. Estamos en contra de los que dejan caer bombas sobre otras gentes porque sucede que su piel es de una tonalidad distinta a la de ellos. Y porque nos oponemos a eso, la prensa dice que somos violentos. No estamos a favor de la violencia. Estamos a favor de la paz. Sin embargo, la gente que enfrentamos apoya la violencia. No se puede ser pacífico cuando uno trata con ellos.

Nos acusan de lo que ellos mismos son culpables. Esto es lo que siempre hace el criminal. Te bombardean, y luego te acusan de haberte bombardeado a tí mismo. Te aplastan el cráneo, y luego te acusan de haberlos atacado. Esto es lo que los racistas han hecho siempre... el criminal, el que ha desarrollado el proceso criminal al grado de una ciencia. Sus costumbres son las acciones criminales, y luego utilizan la prensa para victimizarte ... hacer que la víctima se vea como el criminal, y el criminal como la víctima. Así trabajan.

Y probablemente ustedes aquí en Rochester saben más al respecto que nadie. Les voy a dar un ejemplo de cómo lo hacen. Ellos agarran la prensa, y a través de la prensa, se burlan del sistema... O a través del público blanco. Porque el

público blanco está dividido. Algunos quieren hacer el bien y otros no quieren hacer el bien. Algunos tienen buenas intenciones y otros no. Esto es cierto. Hay los que son mal intencionados y los que son bien intencionados. Y generalmente los malintencionados son más numerosos que los bien intencionados. Se necesita de un microscopio para encontrar a los de buenas intenciones.

Así que a ellos no les gusta hacer nada sin el apoyo del público blanco. Los racistas, que en general tienen mucha influencia en la sociedad, no realizan sus maniobras sin antes tratar de poner la opinión pública de su lado. Así que utilizan a la prensa para poner la opinión pública de su lado. Cuando quieren suprimir u oprimir a la comunidad negra, ¿qué es lo que hacen? Cogen las estadísticas, y por medio de la prensa, se las dan a tragar al público. Hacen que parezca que en la comunidad negra el crimen juega un papel más grande que en cualquier otro lado.

¿Cuál es el resultado? Este mensaje es un mensaje muy hábil que los racistas usan para hacer que los blancos que no son racistas creen que la tasa de criminalidad en la comunidad negra es tan alta. Esto mantiene a la comunidad negra con una imagen de criminal. Da la impresión de que cualquiera en la comunidad negra es un criminal. Y tan pronto como se ha creado esta impresión, entonces les permite, prepara el terreno para crear un estado policial en la comunidad negra, consiguiendo el apoyo total del público blanco para que cuando la policía llega, empleando todo tipo de medidas brutales para reprimir a los negros, les partan la cabeza, les lancen los perros, y otras cosas por el estilo. Y los blancos lo aceptan. Porque creen que a fin de cuentas allí todos son unos criminales. Es esto lo que hace la prensa.

Esto requiere habilidad. A esta habilidad se le llama... esto es una ciencia que se le llama «fabricación de imágenes». Te mantienen en jaque a través de esta ciencia de las imágenes. Incluso hacen que uno mismo se vea con desprecio, y lo logran dándonos una mala opinión sobre nosotros mismos. Algunos de nuestros mismos negros se han tragado esta opinión sobre ellos mismos y la han digerido, al punto que ni siquiera quieren vivir en la comunidad negra. No quieren estar cerca de los mismos negros.

Es una ciencia que utilizan, muy hábilmente, para hacer

que el criminal aparezca como víctima, y para que la víctima aparezca como criminal. [...]

A nivel internacional el mejor y más reciente ejemplo que sirve de prueba para eso que estoy diciendo es lo que sucedió en el Congo. Vean lo que pasó. Teníamos una situación en la que un avión estaba dejando caer bombas sobre aldeas africanas. Una aldea africana no tiene defensas contra las bombas. ¡Y una aldea africana tampoco presenta la suficiente amenaza como para que se la bombardee! Sin embargo, los aviones estaban dejando caer bombas sobre las aldeas africanas. Al caer, estas bombas no distinguen entre amigos y enemigos. No distinguen entre hombre y mujer. Cuando estas bombas caen sobre las aldeas del Congo, caen sobre mujeres negras, niños negros, bebés negros. Hacen añicos de estos seres humanos. No escuché ninguna protesta, ni una frase de compasión por estos miles de negros que fueron masacrados por los aviones.

¿Por qué no hubo protestas? ¿Por qué no le preocupó a nadie? Porque, una vez más, la prensa, de forma muy hábil, había vuelto a las víctimas en criminales, y los criminales parecían ser las víctimas.

Vean que cuando mencionan las aldeas las califican de «bajo control rebelde». Como quien dice, ya que son aldeas bajo control rebelde, se puede destruir a la población, y está bien. También se refieren a los mercenarios de la muerte como «con entrenamiento norteamericano, pilotos cubanos anti-Castro». Esto hace que todo esté bien. Porque estos pilotos, estos mercenarios, ustedes saben lo que es un mercenario, no es un patriota. Mercenario no es aquél que va a la guerra por amor a su patria. Un mercenario es un matón a sueldo. Es alguien que mata, que saca sangre por dinero, la sangre del que sea. Se mata a un ser humano tan fácilmente como se mata a un gato o a un perro o a una gallina. [...]

Sin embargo esto es algo que uno tiene que observar y por lo que tenemos que dar cuenta. Porque esos son aviones norteamericanos, bombas norteamericanas, escoltados por tropas norteamericanas, armados con ametralladoras. No obstante, nos aseguran que esos no son soldados, que sólo están allí de escolta, así fue como empezaron con algunos asesores en Vietnam del Sur. Eran veinte mil, y todos asesores. No son más que «escolta». Ellos pueden realizar todo este



asesinato en masa y salirse con la suya con ponerle la etiqueta de «humanitario», un acto humanista. O «en nombre de la liberación», «en nombre de la libertad». Todo tipo de consignas altisonantes, pero no deja de ser asesinato a sangre fría, asesinato en masa. Y lo hacen tan hábilmente, que tanto ustedes como yo, que nos consideramos tan sofisticados en este siglo veinte, lo podemos observar, y le damos el visto bueno. Simplemente porque se comete contra personas de piel negra, y lo están cometiendo personas de piel blanca.

Toman a un hombre que es un asesino a sangre fría llamado [Moise] Tshombe. Ustedes han oído hablar de él, el tío Tom Tshombe. El asesinó al primer ministro, el primer ministro legítimo, [Patricio] Lumumba. Lo asesinó. Ahora bien, he aquí un hombre que es un asesino internacional, escogido por el Departamento de Estado y colocado en el Congo y llevado al poder gracias a los dólares de los impuestos que ustedes pagan. Es un asesino. Trabaja para nuestro gobierno. Es un asesino a sueldo. Y para demostrar el tipo de asesino a sueldo que es, tan pronto como toma posesión del cargo, contrata más asesinos de Sudáfrica para que acribillen a su propio pueblo. Y te preguntas por qué está tan desacreditada tu imagen norteamericana en el exterior.

Fíjense que dije, «está tan desacreditada tu imagen norteamericana en el exterior».

Ellos hacen que aceptemos a este hombre con sólo decir en la prensa que él es el único que puede unir al Congo. ¡Ha! Un asesino. No le permiten a China que ingrese a Naciones Unidas porque le declaró la guerra a las tropas de Naciones Unidas en Corea. Tshombe le declaró la guerra a las tropas de Naciones Unidas en Katanga. A él le das dinero y lo promueves. No usas la misma vara para medir. Usas una vara por aquí, y la cambias por allá.

Es cierto, hoy todo el mundo te puede ver. Ante los ojos del mundo te ves como un demente tratando de hacerle creer a la gente que al menos en una época fuiste astuto con tu superchería. Pero ya tu bolsa de trucos está totalmente vacía. El mundo entero puede ver lo que estás haciendo.

La prensa fustiga la histeria del público blanco. Luego, cambia de ritmo y comienza a tratar de ganarse la simpatía del público blanco. Y luego, cambia de ritmo otra vez e intenta conseguir el apoyo del público blanco para cualquier acción

criminal en la que ellos estén planeando involucrar a Estados Unidos.

Acuérdense cómo cuando hablan de rehenes los llaman «rehenes blancos». No «rehenes». Decían que estos «caníbales» en el Congo tenían «rehenes blancos». Ah, y esto a ustedes los sacudió. Monjas blancas, sacerdotes blancos, misioneros blancos. ¿Qué diferencia hay entre un rehén blanco y un rehén negro? ¿Qué diferencia hay entre una vida blanca y una vida negra? Ustedes deben creer que hay diferencias porque su prensa especifica la blancura. «Diecinueve rehenes blancos» le martirizan a uno el corazón.

Durante los meses en que estaban dejando caer cientos y miles de bombas sobre los negros, uno no decía nada. Ni tampoco hacía nada. Pero tan pronto como unos cuantos —un puñado de blancos que en resumidas cuentas no tenían nada que hacer en esa cuestión— tan pronto sus vidas se vieron involucradas, entonces uno se empezó a preocupar.

Yo estaba en África durante el verano cuando ellos... cuando los mercenarios y los pilotos estaban acribillando a gente negra en el Congo como si fueran moscas. Ni siquiera lo mencionaron en la prensa occidental. No lo mencionaron. Y si lo mencionaron, fue en la sección de anuncios clasificados. Allí donde se necesitaría un microscopio para hallarlo.

Y en ese momento los hermanos africanos, en un principio no estaban tomando rehenes. Sólo comenzaron a tomar rehenes cuando se dieron cuenta que estos pilotos estaban bombardeando sus aldeas. Y entonces tomaron rehenes, los llevaron a las aldeas, y le advirtieron a los pilotos que si tiraban bombas sobre la aldea, iban a darle a su propia gente. Era una maniobra de guerra. Estaban en guerra. Únicamente tomaron un rehén en la aldea para evitar que los mercenarios asesinaran de forma masiva a la gente de esos pueblos. No los hicieron rehenes porque eran caníbales. O porque se les ocurrió que su carne era sabrosa. Algunos de esos misioneros habían estado allí por cuarenta años y no se los habían comido. Si se los hubieran comido, se los hubieran comido cuando estaban tiernos y blandos. Es que esa vieja carne blanca no se puede digerir ni siquiera cuando es de gallina vieja.

Son las imágenes. Usan su habilidad para crear imágenes, y luego usan esas imágenes que han creado para confundir a

la gente. Para confundir a la gente y hacer que la gente acepte lo malo como bueno y que rechace lo bueno como malo. Hacer que la gente crea que el criminal realmente es la víctima y la víctima, el criminal.

Aún cuando les señalo esto, ustedes dirán, «¿Qué tiene que ver todo esto con el negro en Estados Unidos? ¿Y que tiene que ver todo esto con las relaciones entre negros y blancos aquí en Rochester?»

Esto hay que entenderlo. Hasta 1959, la imagen del continente africano no la crearon los enemigos de Africa. Africa era una tierra dominada por potencias extranjeras. Una tierra dominada por los europeos. Y en tanto que eran estos europeos los que dominaban el continente de Africa, eran ellos quienes creaban la imagen de Africa que se proyectaba en el exterior. Y a Africa y a la gente de Africa los proyectaron con una imagen negativa, una imagen odiosa. Nos hicieron creer que Africa era una tierra de junglas, una tierra de animales, una tierra de caníbales y de salvajes. Era una imagen odiosa.

Y como tuvieron éxito en proyectar esta imagen negativa de Africa, aquellos de nosotros de ascendencia africana que nos hallábamos aquí en occidente, los afroamericanos, veíamos en Africa un lugar odioso. Veíamos en el africano a un ser odioso. Y si se nos llamaba africanos era como si se nos tratara como sirvientes, o como si se nos tratara como a niños, o como si hablaran de nosotros de la manera en que nosotros no queríamos que se hablara.

¿Por qué? Porque los opresores saben que no se puede conseguir que alguien odie la raíz sin hacer que también odie el árbol. Uno no puede odiar a los suyos sin terminar odiándose a sí mismo. Y como todos vinimos de Africa, no se nos puede hacer que odiamos a Africa sin hacer que nos odiamos a nosotros mismos. Y lo lograron de una manera muy hábil.

¿Y cuál fue el resultado? Terminaron con 22 millones de gente negra aquí en Estados Unidos que odiaban todo lo nuestro que fuera africano. Odiábamos las características africanas, las características africanas. Odiábamos nuestro cabello, odiábamos nuestra nariz, la configuración de nuestra nariz, y la configuración de nuestros labios, el color de nuestra piel. Sí, lo odiábamos. Y fueron ustedes los que nos enseñaron a odiarnos simplemente manipulándonos astutamente

para que odiáramos a nuestros ancestros y a la gente de ese continente.

Mientras odiábamos a aquella gente, nos odiábamos a nosotros mismos. Mientras odiábamos todo lo que creíamos se les parecía, odiábamos nuestra propia apariencia. Y a mí me llamas maestro del odio. Es que tú nos enseñaste a odiarnos a nosotros mismos. Le enseñaste al mundo a odiar a toda una raza de gente y ahora tienes el descaro de culparnos por odiarte, simplemente porque no nos gusta la soga que nos pones al cuello.

Cuando se le enseña a un hombre a que odie sus labios, los labios que Dios le dio, la forma de la nariz que Dios le dio, la textura del cabello que Dios le dio, el color de la piel que Dios le dio, se comete el peor crimen que una raza de seres puede cometer. Y este es el crimen que tú has cometido.

Nuestro color se convirtió en una cadena, una cadena psicológica. Nuestra sangre —la sangre africana— se convirtió en una cadena psicológica, una prisión, porque estábamos avergonzados de ella. Creíamos, y hay quien nos lo dirá a la cara, y dirán que no lo estaban; ¡sí lo estaban! Nos sentíamos atrapados porque nuestra piel era negra. Nos sentíamos atrapados porque teníamos sangre africana en nuestras venas.

Así es como nos hiciste prisioneros. No simplemente con traernos y hacernos esclavos. Sino que la imagen que creaste de nuestro suelo materno y la imagen que creaste de nuestra gente en ese continente eran una trampa, era una prisión, era una cadena, era la peor forma de esclavitud que haya sido inventada jamás por una llamada raza civilizada y por una nación civilizada, desde el origen del mundo.

En este país todavía hoy se puede ver el resultado de esto entre nuestra gente. Debido a que odiábamos nuestra sangre africana, nos sentíamos inadecuados, nos sentíamos inferiores, nos sentíamos impotentes. Y en nuestro estado de impotencia no íbamos a trabajar para nosotros mismos. Recurríamos a tí por un consejo y nos respondías con el consejo equivocado. Nos volvíamos hacia tí por dirección y nos mantenías dando vueltas en círculos.

Sin embargo, ya se ha dado un cambio. Dentro de nosotros mismos. ¿Y de dónde viene? Allá en el 55, en Indonesia, en Bandung, se realizó una conferencia de gentes de piel oscura. Las gentes de Africa y de Asia se reunieron por

primera vez en siglos. No tenían armas nucleares, no tenían flotillas aéreas, ni marina. Sin embargo, platicaron sobre su sufrimiento y se dieron cuenta que había algo que todos teníamos en común: la opresión, la explotación, el sufrimiento. Y que teníamos a un opresor común, un explotador común.

Si un hermano venía de Kenia y llamaba a un opresor inglés; venía otro del Congo y llamaba a un opresor belga; otro venía de Guinea, llamaba a un opresor francés. Pero cuando se ponía juntos a todos los opresores hay algo que todos ellos tenían en común, todos venían de Europa. Y este europeo estaba oprimiendo a la gente de Africa y de Asia.

Y ya que veíamos que teníamos una opresión común, y una explotación común, una tristeza y un dolor comunes, nuestra gente comenzó a unirse en la Conferencia de Bandung y decidió que ya era hora de que nos olvidáramos de nuestras diferencias. Teníamos diferencias. Algunos eran budistas, otros practicaban el hinduismo, otros eran cristianos, otros eran musulmanes, algunos no tenían ninguna religión. Algunos eran socialistas, otros capitalistas, algunos comunistas, y otros no tenían sistema económico alguno. Pero a pesar de todas las diferencias que existían, estaban de acuerdo en algo, el espíritu de Bandung era, a partir de entonces, reducir el énfasis en el área de diferencias y hacer énfasis en las áreas que teníamos en común.

Y fue el espíritu de Bandung el que hizo arder las llamas del nacionalismo y de la libertad no sólo en Asia, sino especialmente en el continente africano. Desde el 55 al 60, las llamas del nacionalismo, de la independencia del continente africano, alcanzaron tanto resplandor y tanta furia, que lograron quemar y azotar todo lo que les salió al paso, y ese mismo espíritu no se quedó en el continente africano. De una forma o de otra, se introdujo en el hemisferio occidental y llegó al corazón, a las mentes y al alma del negro en el hemisferio occidental que supuestamente había estado separado del continente africano por casi 400 años.

Y ese mismo deseo de libertad que motivó al hombre negro en el continente africano comenzó a arder en el corazón y en la mente y en el alma del hombre negro aquí, en Sudamérica, Centroamérica, y Norteamérica, demostrándonos que no estábamos separados. Aunque existía un océano entre nosotros, todavía nos estremecía un mismo palpitar.

El espíritu del nacionalismo en el continente africano... Comenzaron a derrumbarse; las potencias, las potencias coloniales, ya no podían seguir allí. Los británicos se vieron en problemas en Kenia, Nigeria, Tanganica, Zanzíbar, y en otras áreas del continente. Los franceses se vieron en problemas en toda la zona francesa del norte ecuatorial africano, incluso en Argelia. Se volvió un problema para Francia. El Congo ya no iba a permitir que los belgas permanecieran allí. La totalidad del continente africano se volvió explosivo del 54-55 hasta 1959. Para 1959 ya no podían permanecer allí ni un momento más.

No es que se quisieran marchar. No es que de repente se volvieron benévolos. No es que de repente dejaron de querer seguir explotando al hombre negro por sus recursos naturales. Sino que era el espíritu de la independencia que ardía en el corazón y en la mente del hombre negro. Ya no iba a permitir que se le colonizara, que se le oprimiera y explotara. Estaba dispuesto a brindar su vida y a quitarle la vida a los que trataran de arrebatársela, en eso consistía el nuevo espíritu.

Las potencias coloniales no se fueron. Entonces, ¿qué fue lo que hicieron? cuando una persona está jugando baloncesto, y si –ustedes lo van a ver–, los jugadores del equipo contrario lo acorralan y si uno no quiere perder el balón, se lo tiene que pasar a alguien que está en un claro, alguien de su mismo equipo. Y ya que Bélgica y Francia y Gran Bretaña y estas otras potencias coloniales estaban acorraladas –fueron desenmascaradas como potencias coloniales– tenían que hallar alguien que todavía se encontrara en el claro, y el único que se hallaba en el claro en cuanto a los africanos se refería, era Estados Unidos. Así es que le pasaron el balón a Estados Unidos. Y esta administración lo recogió y a partir de entonces comenzó a correr como loca.

Tan pronto como se apoderaron del balón, se dieron cuenta de que se les planteaba un problema nuevo. El problema era que los africanos habían despertado. Y tras su despertar ya no tenían ningún miedo, y puesto que los africanos ya no tenían miedo, era imposible para las potencias europeas que se quedaran en ese continente a la fuerza. Entonces nuestro Departamento de Estado, tomó el balón y según su nuevo análisis, se dio cuenta que tendría que emplear una nueva

estrategia si es que quería reemplazar a las potencias coloniales de Europa.

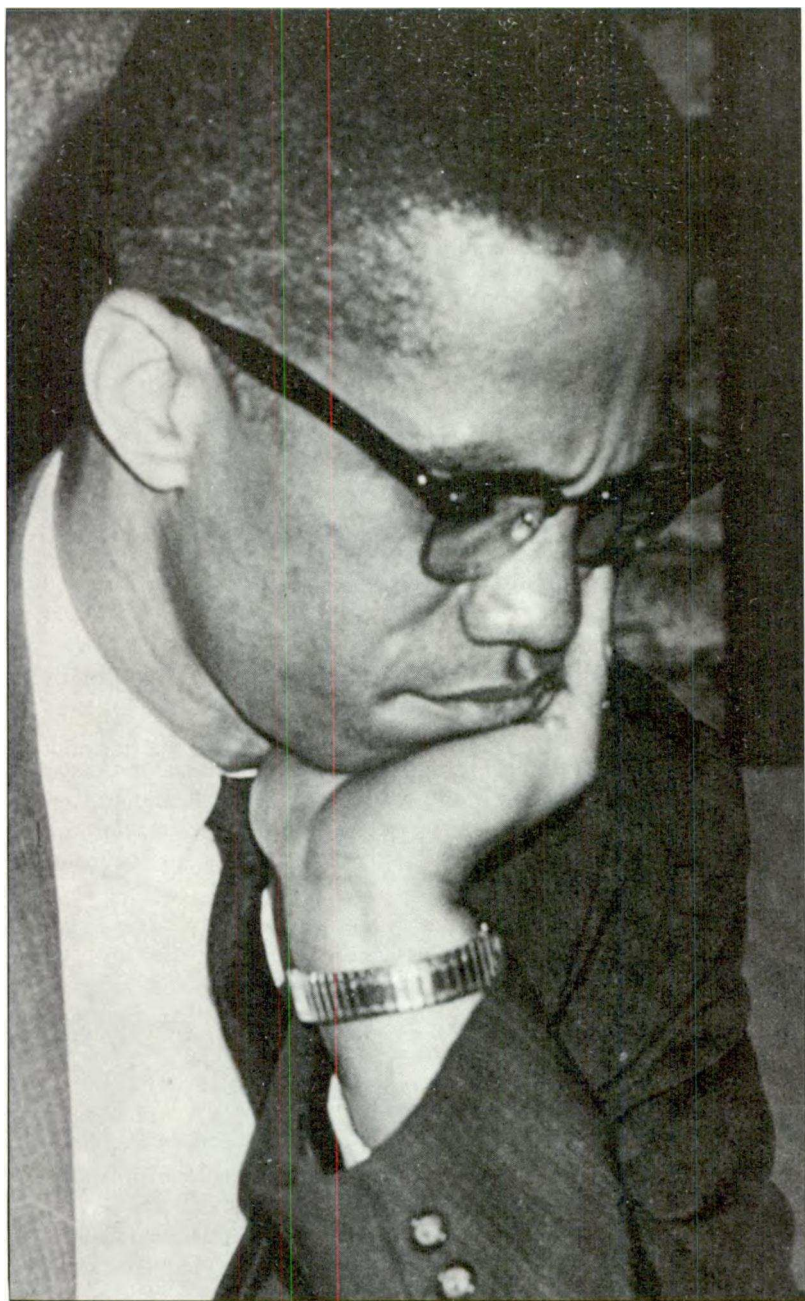
¿Cuál era su estrategia? El acercamiento amistoso. En vez de ir rechinando los dientes, comenzaron sonriéndole a los africanos. «Somos tus amigos». Pero para convencer al africano de que él era amigo de ellos, tuvieron que comenzar pretendiendo que ellos eran amigos de él.

Ustedes no consiguieron que el hombre les sonriera porque le mostraron que eran de cuidado, no. El estaba tratando de impresionar a nuestro hermano al otro lado del mar. Les sonrió para que su sonrisa se volviera consecuente. Comenzó a usar un acercamiento amistoso por allá. Un acercamiento benévolo. Un acercamiento filantrópico. Llámenlo colonialismo benévolo. Imperialismo filantrópico. Humanitarismo respaldado por dolarismo. De las falsas ofrendas. Este es el enfoque que ellos usan. No fueron para allá con buenas intenciones. ¿Cómo puedes salir de aquí y luego ir al continente africano con los Cuerpos de Paz y con las Encrucijadas y todos esos grupos cuando estás linchando negros en Misipi? ¿Cómo es posible?

¿Cómo puedes preparar misioneros, que supuestamente están allá para enseñarles sobre Cristo, cuando no le permites a un negro que siquiera entre a tu iglesia de Cristo aquí mismo en Rochester, ya no se diga en el sur del país? Vale la pena pensar sobre eso. Me caliento cada vez que pienso sobre eso.

Los años entre 1954 y 1964 se pueden ver fácilmente como la era del surgimiento del estado de Africa, y conforme surgió el estado africano entre el 54 y el 64, ¿qué impacto, qué efecto tuvo en el afronorteamericano, en el negro norteamericano? Conforme el negro en Africa obtuvo su independencia, consiguió una posición para ser el amo y el señor forjador de su propia imagen. Hasta 1959, cuando ustedes y yo pensábamos en un africano, pensábamos en alguien desnudo, que venía con tantanes, con huesos atravesados por su nariz. ¡Oh, sí!

Esta es la única imagen que uno tenía metida en la mente sobre lo que era un africano. Y desde el 59, cuando comenzaron a venir a la ONU (Organización de Naciones Unidas) y uno los veía en televisión, uno se quedaba sorprendido. Se trataba de un africano que podía hablar inglés mejor que uno. Tenía mejor sentido que uno. Tenía más libertad que uno. Y a los lugares a los que uno ni siquiera podía ir, lo único que él



tenía que hacer era ponerse su túnica y pasaba frente a uno sin siquiera notarlo.

Te tenía que sacudir. Y era únicamente cuando a uno lo sacudían que uno realmente empezaba a despertar.

De modo que mientras las naciones africanas obtenían su independencia y la imagen del continente africano comenzaba a cambiar, lo acordado como imagen de Africa se cambió de negativa a positiva. Subconscientemente. El negro por todo el hemisferio occidental, en su subconsciente, comenzó a identificarse con esa imagen africana positiva que estaba surgiendo. [...]

Cuando tuvieron que cambiar su enfoque con la gente del continente africano, así también comenzaron a cambiar su enfoque con nuestra gente en este continente. En la medida que usaron las falsas ofrendas y toda una serie de acercamientos amistosos, benévolos, filantrópicos hacia el continente africano, que no era más que esfuerzos falsos, así también comenzaron a hacer lo mismo con nosotros aquí en Estados Unidos.

Las falsas ofrendas. Salieron con todo tipo de programas que en realidad no estaban encaminados a resolver los problemas de nadie. Cada iniciativa que realizaban era una iniciativa falsa. Jamás realizaron una verdadera iniciativa práctica en momento alguno para resolver un problema. Salieron con una decisión de segregación de la Corte Suprema que todavía no han llevado a la práctica. Ni aquí en Rochester ni mucho menos en Misisipí.

Engañaron a la gente de Misisipí al tratar de hacer creer que iban a integrar la Universidad de Misisipí. Metieron un negro a la universidad con el respaldo de entre seis mil y 15 mil soldados, si mal no recuerdo. Y creo que les costó seis millones de dólares.

Y tres o cuatro resultaron muertos en este acto. Y era solamente eso, un acto. Ahora, fíjense, después que uno de ellos logró entrar, dijeron que había integración en Misisipí.

Metieron a dos de ellos en una escuela de Georgia y dijeron que había integración en Georgia. Les debería de dar vergüenza. En serio, si yo fuera blanco, me daría tanta vergüenza que me escondería debajo de una alfombra. Y estando debajo de la alfombra me sentiría tan bajo que no dejaría ni siquiera un bulto.

Este ofrendismo, este ofrendismo era un programa diseñado para proteger los beneficios de tan sólo un puñado de «negros» escogidos. Y a estos «negros» escogidos les dieron altos puestos, y los usaron para que abrieran la boca y le dijeran al mundo, «Vean cuánto progreso estamos logrando». Se debería decir, vean cuánto progreso está logrando él. Puesto que, mientras estos «negros» escogidos estaban dándose la buena vida, codeándose con los blancos, sentándose en Washington, D. C., las masas de gente negra en este país seguían viviendo en los tugurios y en los getthos. Las masas, las masas de gente negra de este país siguen desempleadas, y las masas de gente negra en este país siguen yendo a las peores escuelas y obteniendo la peor educación.

Durante la misma época apareció un movimiento conocido como el movimiento musulmán negro. El movimiento musulmán negro hizo lo siguiente: Hasta el momento en que el movimiento musulmán negro entró en escena, la NAACP era considerada radical. La querían investigar. La querían investigar. CORE y todos los demás grupos se hallaban bajo sospecha. No se oía hablar de King. Cuando el movimiento musulmán negro llegó diciendo todas esas cosas que ellos dicen, el blanco dijo, «Gracias a Dios por el NAACP».

El movimiento musulmán negro ha hecho que la NAACP se vuelva aceptable ante los blancos. Hizo que sus líderes se volvieran aceptables. Y comenzaron a referirse a ellos como los líderes negros responsables. Lo que quería decir que eran responsables ante los blancos. Ahora, no estoy atacando a la NAACP. Sólo les estoy platicando de ella. Y lo peor es que no se pueden negar.

Así que ésta es la contribución que ese movimiento hizo. Asustó a mucha gente. Muchas gentes que no podían portarse bien por amor, comenzaron a portarse bien por miedo. Porque Roy [Wilkins] y [James] Farmer y algunos otros le solían decir a los blancos, vean si ustedes no actúan bien a nuestra cuenta, entonces van a tener que rendirle cuentas a ellos. Nos usaban para mejorar su posición, su propia posición negociadora. No importa lo que uno opine de la filosofía del movimiento musulmán negro, cuando uno analiza el papel que jugó en la lucha del pueblo negro durante los últimos 12 años uno tiene que ubicarlo en su contexto adecuado y verlo a través de su perspectiva adecuada.

El movimiento en sí atrajo a los elementos más combativos, los más insatisfechos, los más intransigentes de la comunidad negra. Y también a los elementos más jóvenes de la comunidad negra. Y en la medida que este movimiento creció, atrajo a toda esta capa de elementos militantes, intransigentes e insatisfechos.

El movimiento en sí supuestamente estaba basado en la religión del Islam por lo tanto era supuestamente un movimiento religioso. Pero porque el mundo del Islam o el mundo musulmán ortodoxo jamás aceptaría al movimiento musulmán negro como una auténtica parte de él, a aquellos que pertenecíamos a él nos puso en una especie de vacío religioso. Nos colocó en una posición en la que nos identificábamos en base a una religión, mientras que el mundo en el que esa religión se practicaba nos rechazaba por no ser practicantes genuinos, practicantes de esa religión.

También el gobierno trató de manipularnos y de tildarnos como políticos y no como religiosos de manera que nos pudieran acusar de sedición y subversión. Esta es la única razón. Sin embargo, aunque se nos calificó de político, debido a que nunca se nos permitió participar en la política, políticamente estábamos en un vacío. Estábamos en un vacío religioso. Estábamos en un vacío político. En realidad estábamos alienados, separados de todo tipo de actividad, incluso, del mundo contra el que estábamos luchando

Nos convertimos en una especie de híbrido religioso-político, aislados. Sin involucrarnos en nada sino parados en las líneas laterales condenando todo. Pero sin poder corregir nada porque no podíamos actuar.

Pero al mismo tiempo, la naturaleza del movimiento era tal que atraía a los activistas. Aquellos que querían acción. Aquellos que querían hacer algo respecto a los males que enfrentaban a todos los negros. No nos preocupaba de forma particular la religión del negro. Porque ya fuera metodista o bautista o ateo o agnóstico, le tocaba vivir el mismo infierno.

Entonces veíamos que teníamos que llevar a cabo alguna acción, y aquellos de nosotros que éramos activistas nos llenamos de descontento, nos desilusionamos. Y finalmente se impuso la disensión y eventualmente nos separamos. Los que se separaron eran los verdaderos activistas del movimiento, que eran lo suficientemente inteligentes como para desear

algún tipo de programa que nos permitiera luchar por los derechos de todos los negros aquí en el hemisferio occidental.

Pero al mismo tiempo queríamos nuestra religión. Entonces, cuando nos separamos, lo primero que hicimos fue reagruparnos en una nueva organización conocida como la Mezquita Musulmana, con sede en Nueva York. Y en esa organización adoptamos la verdadera, la religión ortodoxa del Islam, que es una religión de hermandad. Así es que mientras aceptábamos esta religión y montábamos una organización que pudiera practicar esa religión... inmediatamente esta Mezquita Musulmana fue reconocida y patrocinada por los funcionarios religiosos del mundo musulmán.

Al mismo tiempo nos dimos cuenta que en esta sociedad teníamos un problema que iba mucho más allá de la religión. Y por esa razón establecimos la Organización de la Unidad Afro-Norteamericana en la que cualquier miembro de la comunidad pudiera participar de un programa de acción diseñado a producir el reconocimiento y respeto plenos de la gente negra como seres humanos.

El lema de la Organización de la Unidad Afro-Norteamericana es «Por todos los medios que sean necesarios». No creemos en batallas en las que las reglas las vayan a dictar nuestros opresores. No creemos que podemos ganar una batalla donde las reglas las dicten los que nos explotan. No creemos que podemos continuar una batalla tratando de darnos el afecto de aquéllos que por tanto tiempo nos han oprimido y explotado.

Creemos que nuestra lucha es justa. Creemos que nuestros reclamos son justos. Creemos que las prácticas malignas realizadas contra los negros en esta sociedad son un crimen y lo que se envuelven en dichas prácticas criminales no pueden ser vistos más que como criminales. Y creemos que estaríamos dentro de nuestro derecho de luchar contra esos criminales por todos los medios que sean necesarios.

Esto no explica que apoyemos la violencia. Sin embargo, hemos visto que el gobierno federal ha mostrado su incapacidad, su absoluta falta de voluntad, de proteger las vidas y la propiedad de los negros. Hemos visto cómo los racistas blancos organizados, los miembros del [Ku Klux] Klan, del Consejo de Ciudadanos, y otros entran a las comunidades negras y

agarran a un negro y lo hacen desaparecer y no se hace nada al respecto.

Nosotros reevaluamos nuestra condición. Si regresamos a 1939, los negros en Estados Unidos estaban lustrando zapatos. Algunos de los mejor educados daban lustre en Michigan, de donde yo vengo, en Lansing, la capital. Los mejores trabajos que uno podía conseguir en la ciudad eran los de llevar las bandejas en el club campestre para servirle comida a los blancos. Y por lo general el mesero del club campestre era visto como un gran señor del pueblo porque se había conseguido un buen trabajo entre unos blancos «buenos», así era.

Tenía la mejor educación y sin embargo lustraba zapatos justo en la Cámara Estatal, el capitolio. Lustrándole los zapatos al gobernador, y al procurador general, y esto lo convertía en alguien que sabía lo que estaba pasando, así es, porque le podía lustrar los zapatos a los blancos de altos puestos. Cuando los que estaban en el poder querían saber qué estaba sucediendo en la comunidad negra, iban donde su criado. El era lo que se conoce como «el negro del pueblo», el líder «negro». Y los que no lustraban zapatos, los predicadores, ellos también tenían una gran influencia en la comunidad. Eso es todo lo que nos dejaban hacer: lustrar zapatos, servir de meseros y predicar.

En 1939, antes que Hitler se soltara como loco, o más bien en esa época... sí, antes que Hitler se soltara, un negro ni siquiera podía trabajar en la fábrica. Estábamos cavando zanjas para la WPA. Algunos de ustedes se olvidaron demasiado pronto. Estábamos cavando zanjas para la WPA.

Esa era la condición en la que se encontraba el hombre negro, y esto fue así hasta 1939... Hasta que empezó la guerra, nos limitaban a esas labores de criados. Cuando empezó la guerra, ni siquiera nos aceptaban en el ejército. A un negro no se le reclutaba. ¿Se le reclutaba o no? ¡No! Uno no podía entrar a la armada. ¿Se acuerdan? No reclutaban a nadie. ¡Esto fue apenas en 1939 en los Estados Unidos de América!

A uno le enseñaban a cantar «dulce tierra de libertad» y todas esas tonterías. ¡No! Uno no podía entrar en el ejército. Uno no podía entrar a la armada. Ni siquiera te reclutaban. Sólo aceptaban blancos. No nos empezaron a reclutar sino hasta que el líder «negro» abrió la boca, diciendo que: «Si los blancos van a morir, nosotros también debemos morir».

El líder «negro» consiguió que mataran a muchos negros en la segunda guerra mundial, los cuales no tenían que haber muerto. Así es que cuando Estados Unidos se metió en la guerra, inmediatamente se vio con escasez de mano de obra. Hasta el inicio de la guerra, uno ni siquiera podía entrar a una planta. Yo vivía en Lansing, donde estaban las plantas de la Oldsmobile y de la Reo. Había tres en toda la planta, y cada uno tenía una escoba. Tenían educación. Habían ido a la escuela. Creo que uno había ido a la universidad. Y sin embargo era un «escobólogo».

Cuando la situación se puso difícil y había una verdadera falta de mano de obra, entonces nos dejaron entrar en la fábrica. No como resultado de nuestro propio esfuerzo. No fue a causa de un repentino despertar moral de su parte. Nos necesitaban. Necesitaban la mano de obra. La mano de obra que fuera. Y cuando se vieron desesperados y en la necesidad, abrieron el portón de la fábrica y nos dejaron entrar.

Así que empezamos a aprender a manejar máquinas. Comenzamos a aprender a manejar maquinaria cuando ellos nos necesitaron. Metieron a nuestras mujeres lo mismo que a nuestros hombres. Mientras aprendíamos a manejar las máquinas, comenzamos a ganar más dinero. Cuando comenzamos a ganar más dinero, pudimos vivir en barrios un tanto mejores. Cuando nos mudamos a los barrios un tanto mejores, fuimos a escuelas un tanto mejores. Y cuando fuimos a esas mejores escuelas, recibimos una educación un tanto mejor y nos pusimos en una posición un tanto mejor como para conseguir trabajos un tanto mejores.

No es que de su parte sus sentimientos cambiaran. No fue el despertar repentino de su conciencia moral. Fue Hitler. Fue Tojo. Fue Stalin. Sí, fue la presión del exterior, a un nivel mundial, la que nos permitió dar unos cuantos pasos hacia adelante.

¿Por qué no nos querían reclutar y ponernos en el ejército en primer lugar? Nos habían tratado tan mal, tenían miedo de que si nos ponían en el ejército y nos daban un arma y nos enseñaban a disparar... tenían miedo que no nos iban a tener que decir contra qué disparar.

Y lo más probable es que no lo habrían tenido que hacer. Era su propia conciencia. Así es que yo señalo esto para mostrar que no se trató de un cambio en los sentimientos del

tío Sam lo que permitió que algunos de nosotros pudiéramos dar unos pasos adelante. Fue la presión mundial. Fue la amenaza del exterior. El peligro del exterior fue lo que ocupó su mente y lo obligó a permitirnos a mí y a ustedes a que nos irguiéramos un poquito más. No porque quería vernos erguidos. No porque quería vernos avanzar. Se vio obligado a hacerlo.

Y una vez se analizan adecuadamente los elementos que abrieron las puertas, incluso el grado en que fueron abiertas a la fuerza, cuando uno ve de lo que se trató, uno va entendiendo mejor su posición actual. Va entendiendo mejor la estrategia que se necesita hoy día. Cualquier tipo de movimiento a favor de la libertad de los negros que se base únicamente en los confines de Estados Unidos está absolutamente condenado a fracasar.

Y mientras uno lidie con el problema dentro del contexto norteamericano, los únicos aliados que va a conseguir van a ser los compatriotas norteamericanos. Mientras uno lo siga llamando de los los derechos civiles, será un problema doméstico dentro de la jurisdicción del gobierno de Estados Unidos. Y el gobierno de Estados Unidos está compuesto por segregacionistas y por racistas. Es que los hombres más poderosos del gobierno son unos racistas. Este gobierno está controlado por 36 comités. Veinte comités del congreso y 16 comités senatoriales. Trece de los 20 congresistas que componen los comités del congreso son del sur. Diez de los 16 senadores que controlan los comités senatoriales son del sur. Lo que significa, que de los 36 comités que gobiernan la dirección y el temperamento doméstico y del exterior del país en que vivimos, de los 36, 23 de ellos están en manos de racistas. Segregacionistas declarados y absolutos. Esto es lo que ustedes y yo enfrentamos. Estamos en una sociedad donde el poder está en manos de los que pertenecen a la peor estirpe de la humanidad.

Ahora, ¿cómo los vamos a eludir? ¿Cómo vamos a obtener justicia en un Congreso que ellos controlan? ¿O en un Senado que ellos controlan? ¿O en una Casa Blanca que ellos controlan? ¿O en una Corte Suprema que ellos controlan?

Vean la despreciable decisión que la Corte Suprema emitió. Caramba, ¡véanla! Acaso no se sabe que estos tipos de la Corte Suprema son maestros no sólo de la ley, sino de la

fraseología legal. Son maestros del lenguaje legal de tal manera que fácilmente podrían haber emitido una decisión sobre la desegregación en la educación redactada de manera tal que nadie se habría podido escapar. Pero la redactaron de manera tal, que habiendo pasado ya diez años, todavía hay todo tipo de rendijas en ella. Ellos sabían lo que estaban haciendo. Pretenden darle a uno algo, cuando saben en todo momento que uno no lo va a poder usar.

El año pasado salieron con la ley de los derechos civiles a la que le dieron publicidad por todo el mundo como si nos llevaría a la tierra prometida de la integración. ¡Oh, sí! Apenas la semana pasada, el Justo y Reverendo Doctor Martin Luther King saliendo de la cárcel se fue a Washington, D. C., diciendo que todos los días va a solicitar que se creen nuevas leyes para proteger el derecho al voto de los negros de Alabama. ¿Por qué? Acaban de darle la legislación. Acaban de darle la ley de los derechos civiles. ¿Me quieren decir acaso que la tan anunciada ley de los derechos civiles no le da al gobierno federal ni siquiera el poder suficiente como para proteger a la gente negra en Alabama que lo único que quieren hacer es registrarse para votar? Si no es más que otro truco asqueroso, porque ellos... nos engañan años tras año. Otro truco asqueroso.

No quiero que piensen que estoy predicando el odio. Yo amo a todos los que me aman a mí. Pero también es seguro que no amo a los que no me aman.

Ya que vemos todos estos subterfugios, esta superchería, este manipuleo... no es sólo a nivel federal, a nivel nacional, a nivel local, en todos los niveles. La joven generación de negros que ahora surge puede ver que en tanto que esperemos para que el Congreso y el Senado y la Corte Suprema y el presidente resuelvan nuestros problemas, nos van a tener de meseros por otros mil años. Y ya no hay días como esos.

Desde la ley de los derechos civiles... yo solía ver a los diplomáticos africanos en la ONU denunciar la injusticia que se estaba cometiendo contra los negros en Mozambique, en Angola, el Congo, en Sudáfrica, y me preguntaba por qué y cómo podían irse a sus hoteles y encender sus televisores y ver que los negros estaban siendo mordidos por perros a unas cuadas de allí, y ver a la policía desarmar las tiendas de los negros con sus cachiporras apenas a unas cuadas, y lanzar

agua contra los negros con tanta presión en las mangueras que nos rompía la ropa, apenas a unas cuerdas. Y me preguntaba cómo podían hablar tanto acerca de lo que pasaba en Angola y Mozambique y en todas partes, y ver qué estaba sucediendo a unas cuerdas, pararse frente al podio de la ONU y no decir nada al respecto.

Sin embargo, fui y hablé con algunos de ellos. Y ellos me respondieron que mientras el negro en Norteamérica califique a su lucha como una lucha por los derechos civiles... que en el contexto de los derechos civiles, es una cuestión doméstica y continúa permaneciendo bajo la jurisdicción de Estados Unidos. Y si alguno de ellos abría la boca para decir algo al respecto, se consideraría una violación a las leyes y normas del protocolo. Y la diferencia con los otros pueblos era que ellos no llamaban a sus reclamos, reclamos por los «derechos civiles», sino que los llamaban reclamos por los «derechos humanos». Los «derechos civiles» se hallan bajo la jurisdicción del gobierno donde se disputan. Pero los «derechos humanos» son parte de la carta de las Naciones Unidas.

Todas las naciones que firmaron la carta de la ONU redactaron la Declaración de los Derechos Humanos y cualquiera que califique sus reclamos bajo el título de violaciones de los «derechos humanos», esos reclamos se pueden llevar ante Naciones Unidas y ser discutidos por las personas del mundo entero. En tanto que se les llame «derechos civiles» los únicos aliados podrán ser las personas de la comunidad vecina, muchos de los cuales son los responsables mismos de los reclamos. Pero cuando se les llama «derechos humanos» se vuelven una cuestión internacional. Entonces uno puede llevar sus problemas a la Corte Mundial. Uno los puede presentar ante el mundo. Y cualquiera en cualquier parte del mundo se puede convertir en aliado.

Así es que uno de los principales pasos que tomamos, los que estábamos en la Organización de la Unidad Afro-Norteamericana, fue elaborar un programa que convertiría nuestros reclamos en algo internacional y haría que el mundo viera que nuestro problema ya no es el problema de los negros o un problema norteamericano sino un problema humano. Un problema para la humanidad. Y un problema que debería ser abordado por todos los elementos de la humanidad. Un problema que era tan complejo que eran imposible



que el Tío Sam lo resolviera por su propia cuenta y por eso es que queremos integrar un organismo o una conferencia con personas que estén en posiciones tales que nos puedan ayudar a obtener un cierto ajuste que esta situación antes que se vuelva tan explosiva que ya nadie la pueda manejar.

Gracias.



Cronología Afronorteamericana

«La cuestión del negro en los USA no ha sido nunca una mera cuestión de raza, ni lo es aún hoy en día. La clase, la raza y la nacionalidad forman parte por igual del problema. La nación norteamericana se ha convertido en el gigante industrial que es actualmente a expensas de los negros... Cuando alguien habla de la cantidad de rusos muertos en campos de concentración tras el telón de acero, el relato no logra conmover en absoluto a los negros americanos. La causa es muy simple. Los obreros norteamericanos blancos no tuvieron que pasar las de Caín, como los obreros rusos en tiempo de Stalin, porque los negros las pasaron por ellos.»

(James BOGGS)

- 1619.—Llegan a USA los primeros esclavos negros siguiendo un circuito triangular África-América (esclavos), América-Inglaterra (materias primas), Inglaterra-Africa (productos manufacturados) establecido a finales del siglo XVI al agotarse la mano de obra indígena y ser insuficientes los esclavos europeos. USA intenta imitar la experiencia antillana (explotación por medio de esclavos de grandes plantaciones) con poco éxito en el tabaco (Virginia, Maryland, Carolina del Norte) y algo mayor en el arroz (Georgia, Carolina del Sur).
- 1776.—Declaración de Independencia: acuerdo entre el capitalismo industrial-financiero del Norte (asalariados libres) y la aristocracia esclavista del Sur.
- 1778.—Una organización negra de Newport propone a la *Free African Society* de Filadelfia un retorno al África de los negros libres. La idea es recogida en 1817 por la *American Colonisation Society* y es llevada a cabo en 1822 —creación del Estado de Liberia— embarcando sin medios suficientes de inversión a unos 20.000 negros hacia África.
- 1794.—Eli Whitney inventa la desmontadora mecánica de algodón: el sistema esclavista —monocultivo e inespecialización— llega a ser rentable por primera vez. El esclavismo en el Sur

no es pues un residuo feudal sino una institución capitalista fruto de la revolución industrial (su período álgido está comprendido entre 1820-1860). El algodón substituye al arroz y se extiende por Alabama y Misisipi.

- 1823.—Wilberforce crea en Inglaterra la Sociedad Antiesclavista.
- 1828.—Inglaterra boicotea el algodón USA (que sufre una crisis brutal) en protesta por los aumentos de aranceles: acentuación del conflicto entre el Norte proteccionista y el Sur libre-cambista.
- 1831.—Revolta de esclavos de Nat Turner. Poco antes hay batallas raciales en Cincinnati (1829), Filadelfia (1828, 1834, 1835, 1838, 1842)... Oleada de revueltas y evasiones.
- 1833.—Inglaterra anula la esclavitud en las Antillas: Francia hará lo mismo en 1848.
- 1840.—El abolicionismo blanco —William Lloyd Garrison: pacifismo, no-resistencia, persuasión moral— es dejado a un lado por el abolicionismo negro —Frederic Douglass: acción directa— culminando con el golpe de mano de John Brown en Harper Ferry (1859).
- 1856.—El *Free Soil Movement* —pioneros del Oeste con un programa antiesclavista y de tierras para sus estados— elabora decisivamente en la fundación del partido republicano.
- 1862.—Abraham Lincoln —republicano— proclama la emancipación de los esclavos por motivos militares: por desorganizar los servicios auxiliares del ejército sudista, por provocar desertiones...
- 1865.—Derrota sudista. Asesinato de Lincoln. Se inicia el *período de Reconstrucción* durante el cual fraternizan y colaboran en el gobierno los *pobres blancos* y los negros liberados, constituyen clubs, *Union Leagues*, milicias populares, cooperativas agrícolas... Durante unos años, amparados en la ocupación militar nordista, *USA vive democráticamente* en un plan de igualdad política (sufragio universal) y económica de los oprimidos.
- 1873.—Crisis económica que, unida a los inicios de revuelta obrera en el Norte, lleva a la burguesía a la reacción: retroceder, evitar el reparto de tierras para restituirlas a la aristocracia, retirar las tropas, dejar el campo libre al sector blanco (*Ku Klux Klan*) contra blancos pobres y negros ahora indefensos.
- 1890.—Renace la colaboración entre razas: el *People's Party*. El populismo logra hacer fracasar los primeros intentos de legislación segregacionista (en los trenes de Carolina del Norte, por ejemplo). «Si no podemos sentarnos en la misma mesa», dicen, «rompamos la mesa, y que todos se encuentren sentados en el suelo».

- 1896.—El Tribunal Supremo, prescindiendo de las enmiendas 14 y 15 de la Constitución, aprueba las leyes de segregación promulgadas por los estados del Sur. Se extienden los procedimientos indirectos para privar del voto a los negros —*poll taxes*, cláusulas «del abuelo», *white primaries*, exámenes, etc.—. El *separate but equal* que actualmente conocemos, al igual que el racismo nazi, no es un vestigio feudal sino un fenómeno del siglo XX: se calcula que fue hacia 1914 cuando el negro perdió su estatuto legal.
- 1905.—William Burghard Du Bois funda el *Niágara Movement* que cuatro años más tarde se convertirá en el *National Association for Advancement of Colored People* (N. A. A. C. P.). En 1915 el Tribunal Supremo proclama, aunque no aplica, la inconstitucionalidad de las *white primaries*; en contraste, aprueba, en 1937, las *poli taxes*; los progresos son lentos y ambiguos.
- 1909.—Huelga negra en el *Georgia Bailroad*: en 1918 lograrán la igualdad de retribución que reivindican, en 1944 el derecho a conseguir trabajo especializado (mecánico) gracias a la intervención del Tribunal Supremo que reitera su decisión en 1948 al no verla cumplida.
- 1911.—Du Bois participa en un congreso internacional de razas en Londres. Asistirá a congresos panafricanos en 1919, 1921, 1923, 1927, 1945.
- 1917.—Los soldados negros de Houston (Tejas) se amotinan por el trato indigno de que son víctimas. El hecho se repetirá en Camp Stewart (Georgia) en 1943 sin resultados.
- 1919.—Luchas raciales en Chicago. El fenómeno se repetirá: Detroit (1942 y 1943), Harlem (1943).
- 1921.—Marcus Garvey, creador de la *Universaal Negro Improvement Association*, se proclama presidente provisional del Imperio de Africa: su utópico programa de retorno a Africa tiene la virtud de movilizar las masas negras y de darles conciencia de su condición.
- 1930.—William D. Fard funda la *National of Islam (Black Muslims)* de inspiración similar al programa de Garvey. El mismo año el P. C. incluye en su programa una «república negra independiente en el Sur», programa que posteriormente minimizará —influencia stalinista de la «ronda de las democracias»— reduciéndolo a una reivindicación de autogobierno.
- 1936.—A. Philip Randolph funda el *National Negro Congress*. Desde él seguirá la campaña de acción directa iniciada frente al AFL. En 1941 amenaza con una marcha sobre Washington de la que desiste frente a la creación por parte del presidente Roosevelt del *Committes on Fair Employment Practice* (F. E. P. C.) abolido cinco años más tarde. En 1948 emprende una campaña de desobediencia civil contra la

segregación en el ejército pero desiste también el mismo año frente a las promesas de solución que se le hacen: en Corea (1950-1951) no obstante habrá aún discriminación racial, y cuando en 1954 ésta es eliminada se hace por razones meramente técnicas.

- 1946.—La CIO se introduce en el Sur (*Southern Drive*): como sindicato le interesa reducir al mínimo el número de no-sindicados (ya en 1929 y en 1934 se habían producido grandes huelgas en la industria textil del Sur). El AFL imita su ejemplo. El *Klan* se enfrenta al *Labor*.
- 1947.—Se constituye un comité presidencial para los Derechos Cívicos encabezado por el presidente de la *General Electric*: la burguesía se da cuenta de que le interesa resolver pronto dicho problema. Al año siguiente el presidente Truman escribe un mensaje inspirado en el trabajo de este comité; pero todo acaba al abandonar él el poder (1952) sin haber realizado nada en concreto en la práctica.
- 1954.—El Tribunal Supremo condena la segregación: integración escolar (1954), derecho de voto (1957), integración en la vivienda (1962)...
- 1955.—Huelga de autobuses en Montgomery (Alabama) que consigue la integración en los mismos (1956). El dirigente de la huelga, Luther King, funda en 1956 la *Southern Christian Leadership Conference*. El año siguiente lleva a término la acción en Little Rock (Arkansas) contra la discriminación en las escuelas. En 1961 en Albany (Georgia) para la integración en los transportes, etc.
- 1960.—Se realiza en Greensboro (Carolina del Norte) el primer *sit-in*: de este movimiento surgirá el *Student Non Violent coordinating Committee* de James Forman (conocido como *Snick*).
- 1961.—Los *Freedom Riders* de James Farmer, en los cuales participa F. Williams —promotor de la *autodefensa* y posteriormente refugiado en Cuba desde donde dirige las emisiones radiofónicas *Free Dixie*— crean el CORE (*Congress for Racial Equality*) que con el *Snick* son los organismos militantes por excelencia.
- 1963.—Conferencia de la Unidad Africana en Addis-Abeba sentida como cosa propia por el negro americano, interesado ya anteriormente por Bandung (1955, primera conferencia afroasiática), por la revolución cubana (en 1960, Castro aprovecha su estancia en Nueva York para visitar Harlem y entrevistarse con Malcolm X) y por la descolonización en general. Marcha sobre Washington según la vieja idea de Philip Randolph pero con el beneplácito del presidente Kennedy; una acción masiva formidable, impresionante pero ineficaz. Con motivo de la marcha se constituye el *Council for United Civil Rights Leadership* en el cual se agrupan

Urban League NAACP, Snick, CORE y dos organizaciones obreras negras: el sindicato del automóvil de Walter Reuther (UAW) y el Negro American Labor Council.

- 1965.—Stoleky Carmichael, dirigente del *Snick*, lanza el slogan PODER NEGRO (*Black Power*) en el que se concreta la clásica aspiración de «Libertad inmediata» (*Freedom Now*), siguiendo un esquema similar al de los últimos tiempos de Malcolm. A partir de aquí los incidentes, básicamente radicados en los ghettos, adquieren un significado prácticamente nuevo: Los Angeles, Watts, Nueva York, Jacksonville, San Francisco, Atlanta, Cleveland, Filadelfia, etc... Como ha advertido Carmichael al presidente Johnson, si éste no rectifica su política frente al problema negro «las ciudades norteamericanas se verán en un estado constante de insurrección...».

Materiales y libros empleados

- «MALCOLM X. EL PODER NEGRO». Autobiografía. Editorial EDIMA. Barcelona, 1967.
- «MALCOLM X. Autobiografía». Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1974.
- «MALCOLM X SPEAKS». Pathfinder. New York, 1965.
- «HABLA MALCOLM X. LA LUCHA POR LA LIBERACION NEGRA EN E. U. A.». Pathfinder. New York, 1984.
- «PERSPECTIVA MUNDIAL». Nueva York, febrero 1990.
- «THE AUTOBIOGRAPHY OF MALCOLM X». Alex Haley. Ballantine Books. New York, 1964.
- «MALCOLM X. THE LAST SPEECHES». Pathfinder. New York, 1989.
- «MALCOLM X. TALKS TO YOUNG PEOPLE». Pathfinder. New York, 1991.

Indice

Malcolm X, en el centro de la revolución	9
Iñaki Egaña	
Notas sobre Malcolm X	31
M. S. Handler	

AUTOBIOGRAFIA

Pesadilla	37
Mascota	57
Compatriota	68
Sophia	81
«Detroit Red»	85
Contrabandista	88
Cogido en la trampa	98
Atrapado	103
Satán	114
Ultimo capítulo	128

Colección «GEBARA» Saila

1. **«Nuestra América contra el V Centenario»**
M. Benedetti, Roa Bastos, M. Bonasso, Casaldáliga, Noam Chomsky, J. Petras, G. Selser, H. Diererich, Fidel Castro, Cardoza y Aragón, Guayasamín, Alejo Carpentier y otros.
2. **«TERRORISMO DE ESTADO. El papel internacional de EE.UU.»**
Noam Chomsky, M. Bonasso, J. Petras, J.N. Pieterse, W. Schulz, E.S. Herman.
3. **«PERESTROIKA. La Revolución de las esperanzas»**
Marta Harnecker, Kiva Maidanik, Nadia Zamkova.
4. **«La mujer habitada»**
Gioconda Belli.
5. **«Camilo camina en Colombia»**
María López Vigil.
6. **«MALCOLM X. Vida y voz de un hombre negro»**
Autobiografía.

Cuando acaban de cumplirse 25 años del asesinato de Malcolm X, su popularidad sigue aumentando entre los negros norteamericanos. Su imagen sigue presente en los barrios negros, donde los jóvenes ya no imitan a los blancos en vestidos o peinados, ni aspiran a ser ningún sumiso «Tío Tom». Con Malcolm, el color, el origen africano, la nacionalidad, se hicieron motivo de orgullo.

No sólo los negros, sino todos los pueblos y minorías oprimidas tienen bastante que aprender de su biografía. Según él, el débil deja de serlo cuando se levanta, cuando se defiende sin poner jamás la otra mejilla. Conceptos como violencia, pacifismo, terrorismo o democracia tienen muy diferente sentido para quienes, como Malcolm X, la libertad debe conseguirse *por todos los medios que sean necesarios*.

